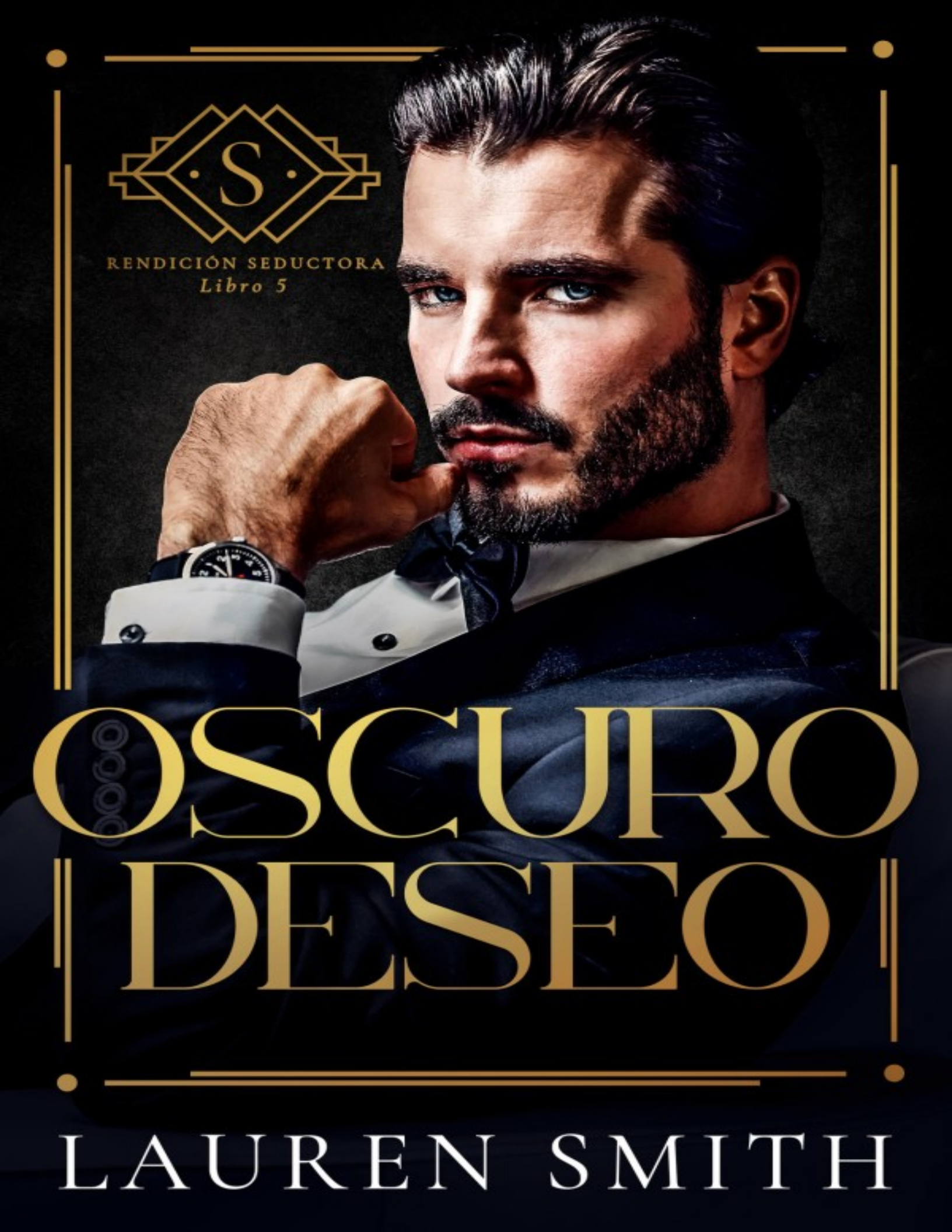

S
RENDICIÓN SEDUCTORA
Libro 5
OSCURO DESEO
LAUREN SMITH

OSCURO DESEO

LAUREN SMITH

Traducido por
L. M. GUTEZ

Lauren SMITH
TIMELESS ROMANCE

ÍNDICE

Nota de la autora

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo

La presente es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos o bien son producto de la imaginación del autor o se emplean de manera figurada, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o escenarios, es mera coincidencia.

Copyright por Lauren Smith

Traducción hecha por L.M. Gutez

Copyright Traducción 2026

Todos los derechos reservados. De acuerdo con la Ley de Derechos de Autor de Estados Unidos de 1976, el escaneo, la transferencia y el intercambio electrónico de cualquiera de las partes de este libro sin el permiso del editor, representa un acto de piratería ilegal y un robo de la propiedad intelectual del autor. Si desea utilizar material de este libro (que no sea para fines de reseña), debe obtener un permiso previo por escrito poniéndose en contacto con el editor en lauren@laurensmithbooks.com. Gracias por su colaboración en la defensa de los derechos del autor.

El editor no es responsable de los sitios web (o de su contenido) que no sean de su propiedad.

ISBN: 978-1-967219-15-5 (edición libro electrónico)

ISBN: 978-1-967219-16-2 (edición papel)

NOTA DE LA AUTORA

Queridos lectores,

Dentro de estas páginas hay temas que pueden ser difíciles de leer. Elena, la heroína, es sobreviviente de dos meses de agresión sexual y cautiverio. Esos acontecimientos no forman parte de esta historia (solo se mencionan en pensamientos o diálogos). Elena sufre pesadillas y traumas derivados de ese pasado. Si no deseáis leer sobre una heroína que supera estos traumas, entonces no continuéis. Si queréis ver cómo vence sus miedos y vuelve a encontrar el amor, entonces continuad leyendo.

¿Por qué decidí escribir esto? Porque yo también soy una sobreviviente, como Elena. Mi situación no fue nada comparada con la de ella, pero forma parte de mi historia, y sé que muchas mujeres han vivido situaciones similares de acoso o algo peor. Creo que las mujeres pueden superar estos traumas, aunque de ninguna manera estoy diciendo que sea fácil. Sin embargo, creo que el poder de la ficción ofrece a escritores y lectores la oportunidad de explorar temas que pueden ser incómodos, pero importantes. Os aseguro que este libro tiene un final feliz para Elena y su héroe, Dimitri.

Lo que debéis saber sobre este libro: Elena, la heroína, ya tenía interés en el BDSM antes de ser agredida sexualmente. Dimitri es un hombre alfa dominante, pero respeta plenamente sus decisiones y sus elecciones. De ninguna manera este libro pretende sugerir que

las víctimas de agresión sexual se sentirán atraídas por el BDSM, ni tampoco que la única forma de superar el trauma de una agresión sexual sea a través de una relación romántica.

Por favor recuerda que esta es una novela romántica de ***ficción***, y que cada persona tiene una manera distinta de superar el trauma. Las decisiones de Elena funcionan para su personaje. Ella tiene el control de su propio proceso de recuperación, y Dimitri respeta completamente que sea ella quien decida si desea —y cuándo—, volver a tener intimidad con un hombre. No pretendo restarle importancia al trauma de la agresión sexual ni romantizarlo. Dimitri no utiliza la violencia contra Elena ni intenta presionar sus límites para satisfacer sus propios deseos.

Escribir un libro como este ha estado en mi mente durante muchos años. Hace algunos años conocí a Elizabeth Smart cuando visitó mi ciudad natal para dar una conferencia. Tuve el gran honor y la experiencia profundamente conmovedora de conocerla en privado después de su discurso, y tuve la oportunidad de hablar con ella y también de abrazarla. Irradiaba calidez y amor, y comencé a llorar cuando la abracé. Era fuerza y vida, belleza y valentía al mismo tiempo.

La lección que aprendí de ella ese día se quedó conmigo: los sobrevivientes de agresiones no tienen que seguir siendo víctimas el resto de sus vidas, ni tienen que ser definidos por su trauma. Eso no significa que el trauma no haya sido horrible ni que deje de importar después de superarlo. Pero sí significa que no estás inevitablemente atrapado en él, y que puedes recuperar el valor para vivir la vida que mereces.

Como escritora, mi don es poder llegar a las personas a través del poder de mis historias. Espero que la historia de Elena os conmueva. También espero que disfrutéis el romance entre Elena y Dimitri, la historia de dos almas que se sienten perdidas y se encuentran mutuamente. Dicen que el tiempo cura todas las heridas, pero yo creo que el amor es una fuerza de sanación aún mayor, especialmente el amor por uno mismo. Así que, mientras lees cada capítulo, tómate un momento para recordarte lo maravilloso que

eres, lo increíble que eres, y que cada día que estás vivo en esta tierra eres un regalo para alguien, incluso para ti mismo.

Con todo mi cariño para ti, querido lector,

Lauren Smith

Abril de 2021

PRÓLOGO



Maine
Veinte años atrás

Con una mano aferrada a su vientre de embarazada y empapada en sangre, una joven mujer se tambaleó hasta urgencias al caer la noche sobre el hospital rural. Apenas podía respirar, mientras oleadas de contracciones sacudían su cuerpo con espasmos. Sentía como si dos manos gigantes trataran de desgarrarla por dentro. Todo pesaba demasiado. No podía moverse, ni siquiera dar un paso más.

—Ayuda… Por favor, ayudadme…

Se desplomó, apoyando las manos en la pared justo cuando dos hombres con pijamas quirúrgicos corrían hacia ella. ¿Enfermeros? Tenían ese aire eficiente y resuelto. El sudor le corría por la piel, empapando su vestido premamá manchado de sangre. El impulso instintivo de empujar era tan abrumador que soltó un gemido y clavó las uñas en el brazo del hombre más cercano mientras este la ayudaba a mantenerse en pie.

—Salvad a mi bebé —suplicó—. Por favor… que no me encuentren…

Se dejó sostener por los fuertes brazos del enfermero. Aquel lugar era seguro… Aquellas personas la ayudarían.

Si lograba resistir un poco más, mantenerse con vida solo un poco más, no importaría haber herido a los dos hombres que intentaron matarla. Por un breve instante, estaba a salvo. A salvo para hacer lo que debía.

Se dobló sobre sí misma, sin fuerzas ya en las piernas, y volvió a apoyarse contra el enfermero. Él la alzó con rapidez y la depositó en la camilla que se acercaba. Sus dedos se aferraron al azul suave del uniforme cuando la acostaron. Solo entonces se dio cuenta de que el tejido azul estaba manchado de rojo por culpa de su vestido. El hombre la llevó por los pasillos hasta la zona de exploración.

—Señora, ¿esta sangre es suya? —preguntó uno de los enfermeros mientras le cortaba el vestido empapado para examinarla.

Otra contracción le atravesó el cuerpo y se retorció sobre la camilla.

—No… No es mía…

—¿Cuál es su nombre?

—Tatiana… Anderson —jadeó, antes de desplomarse sobre el colchón, incapaz de respirar por un momento. Solo entonces se dio cuenta de su error. Nunca debería haber dicho su nombre, pero todo sucedía tan deprisa, con tanto dolor, que no podía pensar con claridad.

Uno de los enfermeros comenzó a empujar la camilla fuera de la sala de exploración.

—Vamos a llevarla a la sala de partos —le dijo.

—¿Qué ha pasado, Tatiana? —escuchó que le preguntaban mientras cerraba los ojos.

—Intentaron matarme… Logré escapar.

Nunca sabría cómo la habían encontrado. Se suponía que estaba a salvo, que la habían protegido. Aquello no era Rusia, era Estados Unidos. El Ejército Rojo no debería haber podido alcanzarla, pero de alguna forma, lo habían hecho.

—¿Quién intentó matarla?

—No puedo decirlo… No es seguro…

Ya había hablado demasiado. Su mente no funcionaba bien. Estaba agotada, aterrada, desesperada.

—Vamos a ayudarla a dar a luz —le dijo una mujer mientras un médico entraba en la sala y se lavaba las manos en el fregadero.

—¿Señora Anderson? —preguntó el doctor.

Tatiana asintió. Estaba tan cansada… Llevaba semanas huyendo y ahora el bebé estaba a punto de llegar. No podía seguir corriendo, ni de su destino, ni de los hombres que querían verla muerta, a ella y a su hija. Apretó la manga del médico con fuerza.

—Si vienen a por ella… no los dejéis llevársela.

Él la miró, alarmado por su agarre tembloroso.

—¿Quién?

Pero ella ya no podía responder. Solo pudo gritar mientras otra oleada de dolor la desgarraba. Su hija estaba *llegando*.

Un tiempo después —una eternidad, tal vez—, Tatiana se dejó caer exhausta sobre la cama y rompió a llorar de alivio al escuchar el llanto de su bebé.

—Enhorabuena, señora Anderson. Ha tenido una niña sana.

El doctor colocó un pequeño bulto en sus brazos.

Tatiana enredó los dedos en la manta que cubría el cuerpo de su hija y bajó la tela con cuidado para contemplar su carita. Era la criatura más hermosa que jamás había visto. Al mirarla, tan nueva, tan inocente en este mundo cruel, algo dentro de ella se rompió.

—Doctor —susurró—, debe llevársela. Tiene que darla en adopción de inmediato.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó él, al igual que las enfermeras, desconcertados.

—Por favor, no está a salvo. Debe estar lo más lejos posible de mí. Llévesela ahora. No ponga mi nombre en su pulsera. ¿Lo entiende?

—Mire, señora Anderson, debería hablar con una orientadora antes de tomar una decisión así...

—Si no lo hace, estará muerta en una semana. ¡Llévesela!

Tatiana lo dijo con tal determinación que una de las enfermeras se apresuró a coger a la bebé.

La niña fue llevada lejos, y Tatiana exhaló un suspiro de pura rendición. Fue entonces cuando su cuerpo dijo basta, y empezó a sangrar. Mientras se desvanecía, sus últimos pensamientos fueron

para el futuro de su hija. Una hija que llevaba en su ADN uno de los mayores secretos del mundo.

❄

A tres kilómetros al sur del lago Kardyvach, Rusia

Sergei Razin observaba a su hijo con orgullo. El niño sostenía la espada de esgrima con firmeza. A sus ocho años ya dominaba una docena de armas, iba tres cursos adelantado en la escuela y solo le quedaban dos años para ingresar en las filas del Ejército Blanco. Con su cabello oscuro y sus ojos azul claro, casi traslúcidos, el niño era el vivo retrato de su madre, y a Sergei se le hinchaba el pecho de ternura al mirarlo.

—¡Ataque! —ordenó el maestro de esgrima.

El pequeño se lanzó hacia adelante y, con unos pocos movimientos, desarmó al instructor. La hoja del hombre cayó al suelo con un leve repiqueteo metálico.

Sergei aplaudió, radiante de orgullo. El maestro se giró hacia él.

—Me vence cada vez, Sergei. No puedo enseñarle nada nuevo. Aprueba el curso con honores.

Recogió su arma y, con un gesto elegante, saludó con la espada al muchacho. Dimitri sonrió, aunque el rubor coloreó sus mejillas. Era un buen chico, humilde, pero listo y talentoso. El mejor hijo que un hombre podía desear.

—Dimitri, ven conmigo.

El niño dejó su espada sobre el soporte de la pared y corrió tras su padre.

Aquel mediodía, el palacio estaba tranquilo. Los sirvientes andaban ocupados en sus tareas, y los pocos residentes permanentes estaban fuera, en misión. La ubicación remota del palacio les permitía vivir alejados de la mirada del Kremlin. Y eso era clave. Si querían derrotar algún día a los hombres corruptos del poder en la Plaza Roja, el Ejército Blanco necesitaba a sus mejores soldados listos.

Las fuerzas del Kremlin se especializaban en romper a las personas, en especial a las mujeres, hasta convertirlas en marionetas vacías, herramientas para sus juegos políticos.

El Ejército Blanco era lo opuesto. Fomentaban el talento individual, valoraban a cada miembro, y luchaban por una Rusia que había sido asesinada en un sótano décadas atrás. Pero también creían en el cambio, en no estancarse en el pasado. El día que cayó el último de los Romanov, el Ejército Blanco desapareció bajo tierra, esperando su momento para resurgir.

—¿Lo estoy haciendo bien, padre? —preguntó Dimitri.

—Muy bien. Es hora de que conozcas a los otros chicos. Serán como hermanos para ti.

—¿Cuántos son?

—Tres más. Cuatro, contigo.

Dimitri caminó junto a su padre por la galería de retratos.

—¿Tan pocos?

—Tenemos que protegernos los unos a los otros. Esos chicos serán tu mundo. Solo en ellos podrás confiar. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí —respondió el niño.

Algún día comprendería lo peligrosa que podía llegar a ser esa vida, pero no hoy. Hoy seguía siendo un juego para él.

Sergei tiró del marco de uno de los cuadros y reveló un pasadizo oculto. Ya había contactado con los padres de los otros tres muchachos y los había hecho llamar aquella misma mañana, para que pudieran encontrarse por fin. Padre e hijo caminaron juntos por la oscuridad hasta llegar a otra puerta.

La abrieron, y entraron en un atrio bañado de luz. Era una sala sagrada del palacio, donde los tragaluces dejaban caer haces de sol dorado sobre el mármol blanco del suelo. Las paredes, pintadas de rojo y azul, brillaban como joyas. Había libros, sillones cómodos y una mesa preparada con bebidas y algunos aperitivos preparados por el cocinero del palacio.

Tres niños más aguardaban allí, todos de unos ocho años, de pie junto a la mesa, esperando con respeto a que Sergei se dirigiera a ellos.

—Dimitri, estos son los hijos de mis amigos más cercanos y de mayor confianza. A partir de ahora, serán tus amigos, tus confidentes, tus hermanos en todo salvo en la sangre. Él es Leo —dijo, señalando a un niño de cabello rubio y ojos color avellana que observaba a Dimitri con curiosidad abierta—. Y él es Maxim —un chico de mirada intensa, pelo negro y ojos castaños, asintió en silencio a modo de saludo—. Y él es Nicholas —el último de los niños, de ojos gris paloma y cabello castaño claro, sonrió con desenfado y saludó con la mano a Dimitri. Nicholas se parecía mucho a su madre, un encanto nato que se ganaba el corazón de todo aquel que la conocía—. Él es mi hijo, Dimitri —dijo Sergei, y dio un paso atrás.

Había llegado el momento de que su hijo empezara a forjar su destino junto a aquellos chicos. Ellos eran el futuro del Ejército Blanco. Renacerían de las cenizas y salvarían Rusia algún día. Protegerían el legado del pasado y lucharían por un mundo mejor, y Sergei se aseguraría de que cada uno de ellos recibiera el entrenamiento necesario para sobrevivir… y prosperar.

Dimitri se separó del lado de su padre y entró en la sala. Al principio se mostró un poco tímido, pero en cuestión de segundos, los cuatro muchachos hablaban animadamente. El lazo entre ellos se formó de inmediato, como estaba destinado a ser.

Sergei se contuvo para no sonreír. Quería reír de alegría al ver aquella escena, pero aquel era un momento importante, solemne, y no quería que Dimitri confundiera su emoción con otra cosa. Así que guardó silencio… y observó cómo el futuro comenzaba a desplegarse ante sus ojos.

CAPÍTULO 1



No puedo respirar… no… necesito aire…

Elena Allen se incorporó de golpe en el incómodo asiento de la zona de embarque del aeropuerto de Moscú. Una mano se aferró a su pecho. Su corazón latía con tanta fuerza que sentía como si alguien estuviera golpeando sus costillas desde dentro. Los fragmentos de la pesadilla seguían dispersos en su mente mientras luchaba por recordar dónde estaba. Estaba en un aeropuerto. No estaba encadenada. No estaba en la oscuridad. Recuperó el aliento y miró a su alrededor, buscando instintivamente cualquier amenaza antes de que por fin lograra calmarse.

Varios pasajeros cercanos la observaban con abierta preocupación. Ella logró esbozar una sonrisa temblorosa antes de bajar la mirada hacia su regazo, donde descansaba su teléfono celular. Faltaban diez minutos para abordar su vuelo de regreso a Estados Unidos. Entonces podría empezar a sentir un alivio profundo, hasta los huesos, al pensar que por fin saldría de Moscú.

Destellos del sueño que la había despertado aún acechaban en su mente. La pesadilla de lo que había soportado durante dos meses se había grabado tan profundamente en ella que las cicatrices atravesaban su alma. Si nunca hubiera ido a aquel club esa noche, jamás habría sido secuestrada, violada, torturada y privada de alimento por ese sádico mafioso ruso adinerado, Vadym. Nunca

habría tenido que soportar las cosas oscuras y perversas que casi acabaron con su vida.

Un entumecimiento helado se apoderaba de ella cada vez que los recuerdos de lo que Vadym le había hecho la inundaban.

Una empleada comenzó a hablar en ruso, y Elena recogió su bolso al darse cuenta de que era el llamado para abordar.

Mientras hacía fila con los demás pasajeros, sintió un cosquilleo en el cuero cabelludo. Alguien la estaba observando. Giró la cabeza apenas lo suficiente para mirar primero a su derecha y luego a su izquierda; sus movimientos fueron medidos, tan sutiles que las personas a su alrededor no notarían el miedo que sentía. Había tenido esa extraña sensación intermitente desde su llegada al aeropuerto, pero cada vez que miraba no veía a nadie mostrando un interés particular en la estudiante universitaria estadounidense de veinte años que esperaba el vuelo a Los Ángeles.

Pero eso no significaba que nadie la estuviera observando, y la idea de un mirón oculto la empujó al borde del pánico. Tal vez Vadym estaba cumpliendo la promesa que le había hecho: que la mataría, y que finalmente venía por ella. No había sido la primera mujer que él había capturado, ni sería la última, pero según él, había sido la que más tiempo había sobrevivido. No había perdido interés en ella debido al fuego en sus ojos.

—Como esmeraldas que me queman. No te romperás tan fácilmente. Eso me gusta de ti —había gruñido Vadym.

Ella había estado encadenada a la pared en una habitación secreta escondida en su oficina, asfixiándose lentamente en la oscuridad hasta que él abría la puerta. Ese era el horror al que se enfrentó cada día. Desear morir en silencio, sola y en paz en aquella pequeña recámara oscura, respirando aire viciado, sin tener que enfrentarse a la violencia del hombre que había robado su vida. Hubo tantos días en que había anhelado la muerte, pero nunca llegó.

Ahora era libre, gracias a un profesor de paleontología llamado Royce Devereaux y a su estudiante de posgrado, Kenzie Martin. Vadym los había secuestrado y obligado a ayudarlo a sacar fósiles de contrabando desde Mongolia, pero su plan había salido mal. Royce y

Kenzie le habían salvado la vida, y los tres habían logrado llegar sanos y salvos a la embajada de Estados Unidos en Ulán Bator, Mongolia, hacía aproximadamente una semana y media. Desde allí habían viajado a la embajada estadounidense en Moscú, donde el personal la había ayudado a organizar los trámites para su regreso a Estados Unidos. Gran parte de los días desde su escape se sentían borrosos.

Una vez que pudo moverse sin dolor constante, la embajada estadounidense en Moscú la trasladó a uno de sus apartamentos mientras trabajaban en conseguir los documentos necesarios para su regreso. Poco a poco había comenzado a sentirse segura detrás de las rejas del edificio protegido. Y ahora había iniciado su viaje de regreso a casa, dejando atrás a quienes la habían ayudado.

Elena subió al avión detrás de los demás pasajeros y revisó el número de su asiento en la tarjeta de embarque. Se detuvo, confundida, porque el número la llevaba a la clase ejecutiva. La embajada de Estados Unidos había dicho que solo podían ofrecerle clase económica, y sus padres tampoco tenían dinero suficiente para pagar un asiento en clase ejecutiva.

—Señorita, ¿puedo ayudarla? —preguntó uno de los asistentes de vuelo mientras se acercaba.

—Sí, eh… Mi tarjeta de embarque dice que este es mi asiento —señaló la costosa butaca de cuero que podía convertirse en una pequeña cama.

El asistente de vuelo examinó su pase y asintió.

—Sí, es correcto. Adelante, por favor, tome su asiento.

El chico comenzó a coger su mochila para colocarla en el compartimento superior, pero Elena la presionó contra su pecho. Esto era un error. Tenía que serlo. Se dejó caer en el asiento junto a la ventanilla y esperó, creyendo que alguien se acercaría a decirle que se marchara. Este no podía ser su asiento. Observó a los hombres y mujeres que seguían avanzando por el pasillo. Uno de ellos tendría su asiento. Solo tenía que esperar la confirmación.

Uno a uno los pasajeros pasaron, pero nadie reclamó su lugar. Se inclinó un poco hacia atrás sobre el respaldo y notó que el avión ya estaba completamente lleno, excepto por el asiento a su lado. ¿Por

qué seguía sentada allí? No tenía sentido. Las aerolíneas no daban mejoras sorpresa, no gratis, y ella definitivamente no había pagado por ese asiento. Aunque ya estaba en el avión y debería relajarse, no podía hacerlo. Algo estaba mal. Tenía que estarlo.

—Tenemos un último pasajero —dijo uno de los miembros de la tripulación a otro mientras comenzaban a cerrar los compartimentos superiores.

Tenía que ser eso, el último pasajero del avión. Exhaló un suspiro de alivio. Pronto descubriría dónde estaba realmente su asiento y todo estaría bien.

Miró fijamente hacia la puerta, expectante, esperando que alguien apareciera por el pasillo y reclamara su lugar. Repasó mentalmente la disculpa que diría por haber ocupado el asiento de esa persona. Era una tontería, pero en los dos meses que había pasado con Vadym se había acostumbrado a disculparse por todo y a suplicar misericordia. Ahora sentía que tenía que planear cada encuentro y ensayar cada escenario para que nada malo volviera a sucederle.

Su respiración se detuvo repentinamente cuando un hombre alto y de cabello oscuro entró en la cabina. Había una elegancia casual en su ropa y en sus movimientos que gritaba que era adinerado. Sonrió a una de las azafatas, y su sonrisa perezosa fue tan encantadora que la pobre mujer casi se desmayó mientras se ofrecía a ayudarlo a encontrar su asiento.

Así que él era el dueño de su asiento. Su mirada se posó en ella. Avanzó por el pasillo hasta detenerse en su fila. Era imposible no notar cómo los pantalones color carbón se ajustaban con naturalidad a sus muslos, y su camisa blanca abotonada era exactamente lo que un hombre rico usaría para viajar a un resort. Llevaba las mangas arremangadas, dejando al descubierto la piel ligeramente bronceada de sus antebrazos. Este hombre era la personificación de la elegancia sensual. Se le secó la garganta y tragó saliva. Su corazón dio un vuelco cuando algo comenzó a latir en su sangre: atracción. Jamás había imaginado que volvería a sentir atracción por un hombre después de todo lo sucedido.

Elena se puso de pie mientras el hombre revisaba su tarjeta de embarque y murmuraba un educado:

—Disculpa.

Luego se sentó en el asiento vacío a su lado, bloqueándole la salida de la fila.

—Disculpa, ¿estás seguro de que ese no es tu asiento? —preguntó ella, señalando el suyo.

El hombre se volvió hacia ella. Sus ojos azules, tan suaves y a la vez tan intensos, hicieron que todos los pensamientos en su cabeza se dispersaran.

—*Este* es mi asiento —colocó la mano sobre el reposabrazos. Su acento era ruso, pero su voz era suave y profunda, como el whisky, no como los tonos guturales de Vadym. Este hombre era un verdadero ejemplar de masculinidad, con una mandíbula lo bastante marcada como para cortar piedra. Tenía el tipo de rostro que ella podía imaginar en una sesión fotográfica de *GQ*, promocionando trajes de Armani, abrigos de Burberry o relojes Breitling.

—Oh… está bien —Elena se dejó caer de nuevo en el asiento a su lado, aturdida. La escotilla que conectaba con la pasarela de embarque se cerró. Listo. De algún modo había tenido una suerte increíble, y durante las próximas doce horas y media volaría de regreso a Los Ángeles en clase ejecutiva junto a este hombre. Tal vez el karma había decidido que le debía algo.

—Será mejor que abroches tu cinturón —dijo el hombre a su lado mientras se ponía el suyo.

—¿Qué? Ah… sí, claro —se apresuró a meter su mochila bajo el asiento frente a ella. Intentó abrocharse el cinturón, pero sus manos comenzaron a temblar y le costó encajar la hebilla.

—Permíteme —el hombre se inclinó de pronto hacia ella. Sus antebrazos musculosos quedaron justo frente a su rostro mientras sus manos apartaban suavemente las de ella y encajaban el cinturón con un clic. Al principio se apartó, sobresaltada, pero luego se relajó. Sus dedos, aunque solo rozaron los suyos por un instante, le provocaron un hormigueo maravilloso en la piel, en lugar de desagradable. Sintió un impulso repentino de deslizar las manos por

sus firmes antebrazos y recorrer con los dedos las venas que apenas se marcaban en su piel bronceada.

Esto era una locura. ¿Por qué no estaba entrando en pánico? Un hombre extraño tan cerca de ella, tocándola, debería haberla lanzado a un torbellino de estrés postraumático que la hiciera desmayarse. Pero no había ocurrido. Desde que había escapado de Vadym, no había podido permitir que ningún hombre la tocara. ¿Y ahora…?

¿Sería porque sus ojos eran amables? Sonaba absurdo, pero quizá era cierto. Los labios podían mentir, pero la malicia fría y calculadora no podía ocultarse en los ojos de una persona.

—Gracias —giró el rostro hacia la ventana para observar al personal de tierra cargando las últimas maletas en el avión.

—Por supuesto. Es un placer, *kiska* —respondió el hombre a su lado.

¿*Kiska*? Era una palabra que no reconocía. Había estudiado ruso durante dos años, pero aún había mucho que desconocía. Abrió su mochila, sacó su pequeño diccionario de bolsillo y buscó la palabra. Cuando la encontró, volvió a mirar al hombre.

¿La había llamado *gatita*? Un escalofrío la recorrió, aunque no por miedo. Un par de años atrás, cuando Elena había cumplido dieciocho, había descubierto que tenía una tendencia sumisa… pero solo en el dormitorio. No había experimentado realmente —al menos no de forma oficial—, con el estilo de vida BDSM. Había tenido relaciones sexuales algunas veces con un novio de la universidad durante su primer año, y él la había atado un par de veces. Aunque a ella le había gustado, a él no le interesaba demasiado la experiencia. Entonces había comenzado a investigar sobre el BDSM y había aprendido que muchos *doms* se veían a sí mismos como lobos y a sus sumisas como gatitas o pequeñas criaturas dulces a las que protegerían ferozmente.

Había ido con un par de amigas a aquel bar en Moscú esa noche con la esperanza de observar algo de ese ambiente, de ver si la excitaba en la vida real como lo hacía en sus fantasías. Ese había sido su error. Incluso yendo con un grupo de amigas, no había

estado segura. Había sido emboscada al salir del baño, y durante los dos meses siguientes había vivido a merced de un sádico.

Elena cerró los ojos cuando la tripulación anunció que debían prepararse para el despegue. Sujetó con fuerza los reposabrazos, y su mano rozó los dedos del hombre. Ella miró fijamente el punto donde sus dedos se tocaban, antes de estremecerse y apartar la mano.

—¿Temerosa de volar? —preguntó el hombre.

—¿Qué? —A Elena le tomó un segundo procesar lo que le había preguntado—. Oh, no es eso.

La observó con esos intensos ojos azules. Nunca había visto un azul tan puro y claro.

—Entonces, ¿qué es?

—Yo… —Elena se mordió el labio inferior. No debería estar hablando con un extraño, y sin embargo algo en él la hacía querer confiar—. Realmente necesito salir de Moscú, y me aterra que algo me obligue a quedarme aquí —dijo mientras el avión avanzaba, rugiendo por la pista.

Un suspiro escapó de sus pulmones cuando sintió que el avión aceleraba, y se dejó caer contra el respaldo con un profundo alivio. No fue hasta que el avión se elevó del suelo que notó lo tensa que había estado. Ahora cada músculo de su cuerpo le dolía, e intentó contener una oleada de emociones. Pero no pudo detener el torrente de miedo y alivio que la invadió.

—¡Disculpa! —jadeó mientras se desabrochaba el cinturón.

Los ojos del hombre se abrieron con sorpresa cuando ella pasó apresuradamente por encima de él hacia el pasillo, pero no podía quedarse sentada. Un asistente de vuelo que se había abrochado el cinturón para el despegue levantó el brazo y le indicó que volviera a su asiento, pero ella se apartó de él y se dirigió al baño de clase ejecutiva. No podía permanecer sentada ni un segundo más. La ansiedad que la había perseguido durante los últimos meses le revolvía el estómago, y necesitaba un lugar privado para llorar.

Ella abrió la puerta de un tirón; las luces interiores se encendieron de golpe y la desorientaron.

—Kiska.

El sonido justo detrás de ella la hizo girarse bruscamente hacia el hombre de su fila, y un grito comenzó a formarse en su garganta cuando la acorraló. Pensamientos aterrorizados cruzaron su mente, y el dolor de lo vivido con Vadym golpeó sus nervios. Levantó los brazos para detenerlo —*¿pensaba estrangularla? ¿violarla? ¿matarla?* —, pero sus fuerzas se habían agotado después de tanto tiempo de abuso. Estaba cansada, derrotada, y cuando él la empujó suavemente dentro del baño y cerró la puerta detrás de ellos, lo dejó hacerlo sin oponer resistencia. Se inclinó hacia adelante cuando un sollozo sacudió su cuerpo.

—*Kiska* —murmuró de nuevo, y luego sus brazos rodearon su cuerpo rígido, firmes pero suaves.

El sollozo se transformó en llanto verdadero cuando cayó en su abrazo. Ahora sabía que él no iba a hacerle daño, y en ese momento no le importaba de dónde provenía su bondad. Se apoyó en su fuerza cuando la suya comenzó a fallar. Los dos meses de tener que ser fuerte, de no permitirse llorar ni sentir nada más que terror o entumecimiento ante la amenaza constante de su muerte, se precipitaron sobre ella. Estaba completamente abrumada.

El avión se tambaleó en su ascenso, el sonido de las luces de advertencia del cinturón de seguridad sonó, y recordó de nuevo que estaban en el aire, camino a casa, lejos del sádico animal que la había lastimado. Estaba a salvo. Su vida volvía a ser suya. Aunque sabía que tal vez nunca volvería a sentirse tan viva como antes.

—*Kiska*, por favor, seca tus ojos —suplicó el hermoso ruso—. Eres demasiado hermosa para llorar —depositó un beso en la coronilla de su cabeza, como si estar en el baño de un avión con una desconocida que lloraba desconsoladamente fuera lo más normal del mundo.

Sintió que el avión se estabilizaba y supo que ya estaban a gran altura. Moscú había quedado atrás y nunca volvería. Cuando su cuerpo dejó de temblar, fue completamente consciente de que seguía en los brazos del hombre. Un hombre muy fuerte y muy atractivo.

Debería tener miedo. Debería estar gritando.

Pero no lo estaba. Alzó la vista hacia su rostro. Esos ojos seguían siendo insoportablemente tiernos, y sus labios eran más carnosos que los de la mayoría de los hombres. Suaves, besables. Pero no quería pensar en besar a nadie nunca más. Incluso si quisiera una vida amorosa, estaba segura de que jamás podría volver a tener relaciones sexuales. Tenía cicatrices, por dentro y por fuera, y la idea de estar con un hombre otra vez hacía que su boca se llenara de un sabor metálico.

—Por favor, suéltame —dijo Elena.

El hombre obedeció de inmediato.

—¿Te sientes mejor? —preguntó en voz baja.

Ella asintió. Él la observó durante un largo momento antes de parecer convencido de que estaba lista para volver a su asiento.

—Bien, porque la tripulación no estará muy contenta. Déjame hablar con ellos primero.

Volvió a asentir, agradecida de que él se encargara del problema que había causado. Estaba demasiado cansada para enfrentarlo sola. Él abrió la puerta, y ella asomó la cabeza por encima de su hombro para ver a uno de los asistentes de vuelo mirándolos con desaprobación. El hombre que había acudido en su ayuda habló rápidamente en ruso con el asistente, y su expresión severa se suavizó.

—¿Se siente mejor, señorita? ¿Puedo traerle algo? —preguntó el asistente en inglés.

—Gracias. ¿Podría traerme un poco de agua? —pidió ella, con la voz apenas por encima de un susurro.

—Por supuesto —el azafato fue hacia el carrito de bebidas, y ella y el misterioso hombre regresaron a sus asientos. Todos la estaban mirando, pero estaba demasiado cansada para que le importara. No tenía fuerzas para lidiar con el agotamiento, así que simplemente se dejó caer en su asiento y cerró los ojos.

—Gracias —le dijo al hombre a su lado, que había permanecido en silencio. Se alegraba de ello. No era un hombre hablador, y eso la tranquilizaba. En ese momento no habría podido soportar intentar responder a ninguna de las preguntas que él pudiera hacerle.

—De nada.

Unos segundos después, Elena se quedó dormida.

❄

Dimitri Razin contuvo el aliento mientras observaba a Elena quedarse dormida. Estaba necesitando cada gramo de autocontrol para no liberar su lado dominante. Sabía sobre el trauma de Elena, sobre su secuestro, violación y tortura. Él había sido una de las personas que trabajaron en secreto para liberarla. Y justo ese mismo día, mientras la observaba a distancia en el aeropuerto, había recibido la confirmación de que el hombre que le había hecho todo eso, Vadym Andreikiv, estaba muerto… por orden suya.

Elena ahora estaba a salvo de todo, excepto de sí misma, y esa sería la batalla más difícil. Se necesitaba el corazón de un guerrero para vencer un dolor y un trauma como los que ella había sobrevivido, pero era una lucha que no le permitiría enfrentar sola. Ella no lo conocía. No sabía que él era amigo del profesor que la había liberado de Vadym. Pero por ahora eso era algo bueno.

Ella necesitaba concentrarse en el presente, no en el pasado. Saber quién era él solo retrasaría su recuperación. Así que, por el momento, mantendría su participación en secreto.

El azafato regresó con una botella de agua y vio que Elena estaba dormida.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el asistente en ruso.

—Mejor, pero muy cansada. Lamento que los hayamos asustado —dijo Dimitri. Sabía que probablemente había parecido que él y Elena estaban teniendo sexo en el baño, así que había explicado que ella tenía un terrible miedo a volar y que había sufrido un ataque de pánico.

—Avíseme si alguno de los dos necesita algo.

—Gracias —Dimitri volvió la mirada hacia Elena. Había movido algunos hilos para que le cambiaran el asiento a clase ejecutiva y se había asegurado de que el suyo quedara junto al de ella. Su previsión había sido acertada. Ella ya lo había necesitado, y él había estado allí.

Encogió los dedos sobre la palanca de su asiento mientras recordaba lo suave y sedoso que se había sentido su cabello bajo su mano. Era hermosa por dentro y por fuera. Su cabello rubio miel resplandecía bajo la suave luz superior, y sus ojos verde puro lo habían fascinado. Era feroz y valiente. Ahora era su deber protegerla de cualquier daño. Moscú había empezado a aburrirlo. Luchar contra la corrupción y la codicia se había vuelto cada vez menos inspirador con el paso del tiempo. Salvar a Elena le había dado un nuevo propósito en la vida.

Dimitri sujetó el anillo de sello dorado que llevaba en el meñique y giró la gruesa banda, un viejo hábito que tenía cuando pensaba. En la superficie del anillo estaba el emblema de un ave emplumada que surgía de una llama: un fénix. En el interior de la banda estaba grabado *"Virtute et valare luceo non uro"*, que en latín significaba: *"Por virtud y valor brillo, no ardo."*

Era el lema del Ejército Blanco, un ejército privado de hombres y mujeres que aún creían en proteger la memoria de la dinastía de los Romanov en Rusia, pero también en el poder de una Rusia que permitiera que la libertad y las verdaderas ideas democráticas prevalecieran. Durante el último siglo habían luchado contra los comunistas y los soviéticos, así como contra la corrupción que había prosperado y que ahora se alimentaba de sus restos.

Vivir en el Ejército Blanco significaba vivir con peligro. El gobierno buscaba erradicarlos, pero Dimitri y sus amigos más cercanos eran expertos en el juego de parecer corruptos cuando en realidad estaban muy lejos de serlo. Eso los mantenía fuera del radar del Kremlin.

Dimitri colocó la botella de agua en el portavasos entre su asiento y el de Elena y sacó su tableta del maletín. Los demás pasajeros estaban dormidos, viendo películas o leyendo. Había elegido la última fila de clase ejecutiva para tener una gran pared divisoria entre él y la primera fila de clase económica. Así nadie podía ver la pantalla de su tableta.

Encendió el dispositivo y desbloqueó con su huella digital antes de acceder al archivo que quería. Luego se desplazó hasta encontrar el expediente de Elena Allen. Su amigo Leo era el genio tecnológico

de su pequeño grupo, y había conseguido averiguar todo lo que había que saber sobre Elena, hasta su tipo de sangre. Tenía veinte años y cursaba el tercer año en la Universidad Pepperdine. Había adelantado un año de colegio gracias a sus excelentes resultados en los exámenes y a haber tomado cursos universitarios mientras aún estaba en la preparatoria. Tenía una doble especialización en antropología y finanzas. Sus comidas favoritas eran la pizza, los *lobster rolls*, la sopa de almejas, el helado de chocolate y la Coca-Cola Light. Le encantaban las comedias románticas tontas y las novelas románticas. Era soñadora, pero también una persona dinámica. Había sido adoptada al nacer por una pareja mayor en Maine que siempre había querido tener hijos.

Leo había conseguido fotos del pasado de Elena de quién sabe dónde. Había imágenes de una pequeña niña rubia con un uniforme de fútbol manchado de pasto sonriendo a la cámara. Otras la mostraban inclinándose sobre pasteles de cumpleaños llenos de velas encendidas, fotos de graduación e incluso una en la que Elena aparecía frente a un auto a los dieciséis años, sosteniendo orgullosa su licencia de conducir. Desde fuera parecía haber tenido una vida perfecta y protegida. Pero Dimitri sabía leer entre líneas: se había exigido mucho en la escuela, había trabajado mientras estudiaba en la preparatoria y en la universidad, había conseguido una beca y se había esforzado al máximo. Ella era fuerte.

Dimitri no pudo evitar sonreír al ver el adorable rostro de Elena en las fotos. Era tan vibrante, tan llena de vida. Y ese fuego rugiente que la definía casi había sido extinguido por Vadym. Dimitri no iba a permitir que eso sucediera. Sentía como si ahora sostuviera esa llama entre las palmas, protegiéndola hasta que pudiera volver a convertirse en ese infierno incontenible que solo se hacía más fuerte con el viento, no más débil.

Apagó la tableta y la guardó de nuevo en su maletín antes de apagar la luz sobre su asiento. Luego sacó las mantas de debajo de los asientos y presionó el botón para reclinar el asiento de Elena hasta convertirlo en una cama. Ella ni siquiera se movió cuando el asiento fue ajustado. Colocó una almohada bajo su cabeza, la cubrió con una de las mantas de felpa y finalmente cerró los ojos.

Los próximos meses serían los más difíciles. Tenía que encontrar la manera de entrar en la vida de Elena y comenzar el proceso de ayudarla a sanar. Maxim y Nicholas, sus otros dos amigos del grupo, pensaban que Elena no podía curarse, pero Leo creía que sí era posible. Dimitri se aferraba a esa esperanza con todas sus fuerzas.

Mientras se deslizaba hacia el mundo de los sueños, imágenes de su pasado lo acosaron: palacios vacíos y fantasmas que despertaban secretos entre las sombras y el polvo. Seguía viendo un rostro, el de un retrato que había colgado en un palacio imperial un siglo atrás y que había sido sacado de contrabando; el niño de aquel cuadro, ya olvidado desde hacía mucho tiempo…

CAPÍTULO 2



Elena durmió durante toda la noche y parte de la mañana, casi nueve de las doce horas entre Moscú y Los Ángeles. Cuando finalmente despertó, se encontró arropada bajo unas mantas que no recordaba haber colocado sobre su cuerpo. Se incorporó y presionó el botón para que la cama volviera a convertirse en asiento. El hombre a su lado estaba bebiendo una taza de café y leyendo un periódico. Parecía ser el *Wall Street Journal.*

Un hombre que leía un periódico físico era… algo atractivo. Bueno, muy atractivo. Y, si a eso le sumaba todo lo demás que tenía..., no podía dejar de mirarlo. Estaba sintiendo una atracción verdadera y profunda por ese extraño. Tan pronto como el pensamiento cruzó su mente, lo apartó.

—¿Dormiste bien? —preguntó el hombre, aún concentrado en su periódico.

—Eh… sí. Muy bien, en realidad. Creo que no me sentía tan segura desde… quiero decir, no *dormía tan bien* desde hace meses.

Él dio otro sorbo a su café y luego le entregó una botella de agua.

—Bebe esto. Necesitas rehidratarte. Luego podrás pedir el desayuno —le entregó un menú delgado. Elena bebió la mitad de la botella antes de revisar las opciones. Cuando estuvo lista, el hombre a su lado llamó a la asistente de vuelo para que pudiera ordenar.

—Quiero dos huevos estrellados, pan integral tostado y tocino. Muchas gracias —Elena devolvió el menú a Dimitri, quien se lo entregó al azafato. Él anotó el pedido en una pequeña tableta electrónica y se marchó. Elena miró de reojo a su compañero de asiento, sintiéndose repentinamente tímida—. Gracias otra vez por anoche, por evitar que yo… —se detuvo justo antes de decir en voz alta "me derrumbara".

—De nada.

—Soy Elena Allen —comentó.

Él le tendió la mano.

—Dimitri Razin.

Elena dudó un segundo antes de poner su mano en la suya.

—¿Tienes experiencia con muchas mujeres llorando? —intentó reír, pero el sonido salió áspero. No había sentido humor, mucho menos alegría, en meses. Era otra de las cosas que Vadym le había arrebatado.

—Un placer conocerte —Dimitri estrechó su mano—. Y no tengo mucha experiencia con mujeres llorando, pero soy bastante capaz de manejar la situación —su apretón era firme, pero no fuerte, y su mano estaba cálida, igual que su cuerpo cuando la había sostenido en sus brazos. Una repentina sensación de tristeza la invadió al darse cuenta de que nunca volvería a ver a este hombre después del vuelo. Alguna parte de ella se sentía conectada con él.

—Entonces, ¿viajas a Los Ángeles por negocios? —preguntó ella cuando llegó su comida. Comenzó a comer sus huevos y su tostada, sintiendo hambre por primera vez en mucho tiempo, y eso la hizo sentirse extrañamente relajada y conversadora. Debía de ser porque había dormido y había llorado un buen rato. La gente siempre se burlaba del llanto, pero la noche anterior, sollozar hasta quedar exhausta la había hecho sentirse más ligera, como si parte de la maldad de Vadym hubiera salido de ella con las lágrimas. No estaba curada, ni mucho menos, pero se sentía mejor.

—No exactamente por negocios. Hay algunos asuntos que necesito supervisar y proteger.

Elena se perdió en los ojos azules de Dimitri. Había un océano en esa mirada, que parecía arrastrarla bajo la superficie, y aun así no

sentía que se estuviera ahogando.

—¿Y tú, *kiska*? ¿Qué vas a hacer en Los Ángeles?

—*Estaba* estudiando en la Universidad Pepperdine, pero me otorgaron un semestre libre —unos días antes de abandonar Moscú había recibido la noticia de que le concedían una pausa en sus estudios para recuperarse de lo sucedido. Sus cursos en Moscú le habían otorgado créditos por el trabajo completado y podría terminar sus créditos de ruso en Pepperdine.

—¿Qué harás con tu tiempo libre? —Dimitri parecía genuinamente interesado.

—Probablemente ir a la playa, visitar algunos museos —quería hacer cosas normales, cosas *divertidas.* Quería volver a ser una persona. Por mucho que amara estudiar, realmente necesitaba tiempo para recuperarse. Todo se sentía abrumador ahora, y temía que intentar concentrarse en las clases fuera una mala idea. Vadym la había mantenido encerrada, humillada como a un animal en aquel espacio oscuro y cerrado. Cada minuto del día había enfrentado la posibilidad de la muerte y la tortura. No era fácil simplemente volver a ser la antigua Elena que podía correr por un parque o tumbarse en la playa a disfrutar del sol. Esa Elena ya no existía.

—La playa… suena encantador —sonrió Dimitri—. ¿Quizá te vea allí?

De cualquier otro hombre habría sonado como una frase para seducir, pero en él sonaba esperanzador, y la ternura en sus ojos parecía sostener su cuerpo con manos invisibles.

Dios, ¿qué le pasaba? Estaba obsesionada con este hombre y con lo segura que la hacía sentir, como un pollito recién salido del cascarón, aferrándose a la primera criatura frente a él.

—Sí, si alguna vez estás cerca de Malibú, quizá nos veamos —dijo riendo, intentando disimular el repentino nerviosismo y la emoción que le provocaba la idea de encontrárselo en una playa.

—Pasajeros, por favor prepárense para el aterrizaje —anunció uno de los miembros de la tripulación.

Elena levantó la bandeja de su asiento y guardó silencio mientras el avión comenzaba a descender. Su mano rozó el borde de la palma de Dimitri sobre el reposabrazos. Su piel era suave, y algo pareció

saltar de su piel a la de ella. No pudo evitar imaginar cómo sería si él realmente la tocara, si pusiera esas manos sobre su cuerpo…

¿Qué estaba pensando? No quería eso. No quería que nadie la tocara nunca más. Su estómago dio un vuelco cuando sintió su mirada sobre ella. Sin embargo, él no dijo nada y, después de un momento, volvió su atención a guardar su maletín debajo de su asiento.

Demasiado pronto llegó el momento de desembarcar. Ella y Dimitri permanecieron cerca mientras salían del avión y se dirigían hacia migración. Sus caminos se separaron en el punto donde los ciudadanos estadounidenses eran guiados hacia una dirección y los extranjeros hacia otra. La idea de no volver a ver a ese hombre nunca más le provocó una punzada de pánico.

—Dimitri —lo llamó cuando él comenzó a alejarse.

Él se detuvo y miró por encima del hombro. Su mandíbula cuadrada y sus pómulos altos lo hacían parecer una estrella de cine de una vieja película en blanco y negro. Tenía un atractivo atemporal que le quitaba el aliento cada vez que lo miraba directamente.

—Gracias —dijo ella otra vez, aunque su corazón quería decir mucho más que eso.

Una tormenta de emociones cruzó los rasgos de Dimitri antes de que esa tranquilidad regresara.

—Siempre estoy feliz de ayudarte, *kiska* —se volvió y se alejó caminando.

Elena cargó su mochila y se colocó en la fila para ciudadanos estadounidenses. Cuando llegó al frente, una oficial de aduanas le hizo una seña para que avanzara, y Elena le entregó su pasaporte. La mujer lo escaneó y frunció el ceño.

—Estuviste en Rusia durante varios meses. ¿Es correcto?

—Sí. Fui para un semestre de intercambio, pero…

La oficial esperó a que continuara. Dios, iba a tener que contarle a esta mujer lo sucedido. Si tan solo se hubiera limitado a mencionar la universidad y no hubiera dicho "pero".

—Yo… fui secuestrada en un bar y estuve cautiva durante dos meses.

Los labios de la oficial se separaron y sus ojos se abrieron de par en par.

—Dios mío, lo siento mucho.

—Está bien —la tranquilizó Elena—. Ahora soy libre y estoy aquí.

—Así es. Bienvenida a casa —la oficial le devolvió el pasaporte y le indicó que continuara.

Elena hizo una mueca al darse cuenta de que tendría que explicar su situación de esa manera una y otra vez. Era inevitable. Y todos reaccionarían exactamente igual, y ella terminaría odiándolo. En ese momento, consideró seriamente vivir en la playa y evitar a todo el mundo como una ermitaña.

Después de recoger su equipaje, llamó a un taxi para que la llevara al lugar donde se quedaría los próximos meses. Había perdido su lugar en las residencias de Pepperdine hacía mucho tiempo, pero Royce Devereaux, el profesor que había ayudado a salvarla, al parecer tenía una casa de playa en Malibú. Había insistido en que se quedara allí el resto del semestre hasta que volviera a haber alojamiento disponible en la universidad. Llamó a sus padres mientras estaba atrapada en el tráfico. Había hablado con ellos casi cien veces desde su llegada a la embajada en Ulán Bator, pero de alguna manera esta era la llamada más importante, porque ahora estaba en suelo estadounidense.

—¡Cariño! —La voz aliviada de su madre se oyó al otro lado de la línea—. ¿Pasaste bien por aduanas?

—Hola, mamá. Sí, todo salió bien.

—Entonces ahora estás a salvo en Los Ángeles, ¿verdad? —El tono de su madre se volvió tenso por la preocupación—. Tu padre y yo estaremos allí en unos días. Queríamos ir de inmediato, pero todos los vuelos estaban llenos.

—Estaré bien hasta que lleguen. Ya casi estoy en casa del doctor Devereaux. Solo estoy atrapada en el tráfico.

—Bien. Tu padre y yo no podemos esperar para verte. Estará triste de haberse perdido tu llamada. Acaba de salir a la tienda a comprar unas cosas.

—Le mandaré un mensaje cuando llegue a la casa —prometió. Elena no podía imaginar lo aterrados que debieron estar sus padres

cuando desapareció. Habían intentado parecer tranquilos, pero la primera vez que los vio por videollamada desde la embajada en Ulán Bator, su madre había estallado en lágrimas.

—¿Sabes? Me agrada mucho ese hombre, el doctor Devereaux.

—A mí también —admitió Elena.

Había tenido que contarles todos los detalles de lo que le había sucedido —¿cómo no hacerlo?—, y les había hablado de Royce y de su asistente de posgrado, Kenzie, y de cómo la habían salvado. Royce y Kenzie habían regresado antes a Estados Unidos y habían viajado hasta Maine para presentarse personalmente ante sus padres y decirles que Elena estaba viva y bien.

Bueno… en su mayor parte.

—Sabes, dijo que puedes transferirte a su universidad en Long Island cuando quieras.

—Lo sé. He estado pensándolo —pero la verdad era que, por ahora, solo necesitaba encontrarse a sí misma otra vez. No podía hacer otro gran cambio en su vida hasta sentirse más segura.

—Llámame cuando llegues. Mándame por mensaje la dirección del doctor Devereaux para que tu padre y yo la tengamos cuando vayamos.

—Lo haré —prometió Elena antes de colgar.

El conductor se detuvo en la caseta de vigilancia y ayudó a Elena con su maleta antes de marcharse. Ella se acercó a la reja y revisó su correo electrónico para encontrar el código de acceso. Marcó los cinco dígitos en el teclado y la pared blanca del portón se deslizó en silencio al abrirse.

La mandíbula de Elena prácticamente tocó el suelo cuando vio la casa frente a ella. Había esperado una acogedora casa de playa, pero lo que tenía delante no era ninguna casita pintoresca. Era una *mansión*. Algo que su Barbie Malibú habría tenido cuando era una niña. La fachada de la casa parecía el de una villa italiana, y entre ella y la puerta principal se extendía un exuberante jardín. Más allá se veía una inmensa extensión de agua azul.

Elena rodó su maleta por el sendero de piedra hasta la puerta principal. El mismo código también abrió esa puerta. Entró en la casa y su corazón se llenó de una silenciosa alegría. Por dentro era

aún más hermosa, con una decoración moderna, luminosa y aireada, aunque los muebles se veían cómodos y con señales de uso. Podría quedarse en un lugar así y sentirse segura y tranquila para siempre. Era el paraíso. Cerró la puerta detrás de ella y dejó su maleta junto a la escalera de caracol que conducía al segundo piso.

—Oh, guau… —delante de ella se extendía una enorme sala de estar con un gran sofá modular de cuero y un televisor gigantesco de ochenta y cinco pulgadas. Más allá había una cocina más grande que su habitación en la residencia de Pepperdine. Elena siguió caminando hasta llegar a la terraza exterior, y entonces se quedó paralizada.

No estaba sola. Un hombre estaba de pie al borde del balcón, con las manos apoyadas en la barandilla y el rostro oculto mientras contemplaba el mar. Llevaba shorts caqui, unos zapatos deportivos y una camiseta negra holgada que se ceñía a sus amplios hombros mientras la brisa le rozaba la piel.

Ese no era Royce…

El miedo la atravesó como un relámpago. Retrocedió torpemente, tropezó con la alfombra y cayó al suelo con estrépito. Su cabeza golpeó de lado contra la isla de la cocina y gritó de dolor.

El hombre del porche se volvió hacia ella, y Elena se estremeció, cerrando los ojos mientras esperaba cualquier cosa horrible que pudiera venir después. Sus pasos fueron rápidos cuando corrió hacia ella.

—Por favor, por favor, no me hagas daño —suplicó, levantando las manos y los brazos frente al rostro para protegerse.

—¿*Kiska*? —dijo una voz profunda y familiar.

Lentamente, obligándose a sí misma, abrió los ojos y bajó las manos de su cara.

Dimitri Razin, el hombre que había sido tan amable y tan atento durante el vuelo desde Moscú, estaba acuclillado frente a ella dentro de la casa de Malibú de Royce Devereaux.

—¿Dimitri? —jadeó—. ¿Q-qué estás haciendo aquí? —no podía ser coincidencia. Tenía que ser una trampa. Él era uno de los hombres de Vadym, había venido a buscarla.

—Un viejo amigo mío es dueño de esta casa. Se enteró de que me quedaría en Los Ángeles unos meses y me dijo que podía alojarme aquí en lugar de en un hotel. ¿Qué haces tú aquí? —preguntó mientras ella se ponía de pie.

Lo miró, insegura. Se aseguró de mantener cierta distancia entre ambos, suficiente espacio para correr si él hacía algún movimiento brusco, aunque intentó parecer más tranquila.

—Eh… lo mismo. Perdí mi habitación en la residencia de Pepperdine y, como no estoy yendo a clases, un amigo me ofreció quedarme aquí durante el semestre.

—Ah… —la comprensión iluminó los ojos de Dimitri—. ¿Eres amiga de Royce Devereaux?

Elena asintió.

—¿Tú también?

¿Por qué Royce no le había advertido que iba a permitir que algún desconocido —y además ruso—, se quedara allí mientras ella estaba en la casa? En cuanto tuviera un momento a solas, lo llamaría para exigir explicaciones.

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Es un buen hombre.

—En eso estamos de acuerdo —intentó sentarse, pero gimió cuando el dolor la invadió. Levantó la mano hacia su cabeza y vio sangre en las puntas de sus dedos.

—Permíteme.

Intentó acercarse, y ella se apartó con un sobresalto. Entonces la realidad de lo que había hecho la golpeó, y se obligó a relajarse cuando él volvió a acercarse con cuidado y esta vez la ayudó a levantarse. La cogió por la cintura y la sentó sobre la isla de la cocina. Ella comenzó a deslizarse para bajar, queriendo alejarse, hasta que comprendió exactamente *por qué* él estaba aquí.

—Quédate, *kiska*. No te haré daño —dijo. La orden fue suave, pero firme y absoluta. La antigua Elena habría temblado de emoción y placer, pero ahora su cuerpo y su mente estaban en guerra sobre cómo reaccionar.

Dimitri regresó con un botiquín de primeros auxilios y lo dejó sobre la encimera junto a su cadera. Abrió la caja y rebuscó dentro,

sacando un paño antiséptico, un tubo de crema antibacteriana y una curita.

Elena lo observó mientras abría el paquete que contenía el paño antiséptico. Luego él sostuvo su barbilla con una mano y le inclinó la cabeza hacia un lado. Sus rostros estaban tan cerca que ella notó la incipiente barba en su mandíbula. Dios, era un hombre hermoso, masculino en todos los sentidos correctos… incluso su olor, natural y silvestre. Vadym siempre usaba demasiada colonia cara que le provocaba náuseas.

Dimitri presionó suavemente el paño contra su frente.

—No parece profunda.

El dolor se apoderó de ella, pero no reaccionó. Si había aprendido algo durante su cautiverio, era a no mostrar nunca que sentía dolor, especialmente ante quienes se alimentaban de él.

Dimitri aplicó la crema antibacteriana sobre el pequeño corte y luego colocó la curita.

—Eres muy fuerte —él apoyó una mano en su hombro y lo estrujó con suavidad.

—No, no lo soy —murmuró ella mientras él se alejaba para tirar el paño ensangrentado en la basura. Él no tenía idea de por lo que había pasado ni de lo débil que se había sentido durante los últimos dos meses. La antigua Elena había sido fuerte, pero ¿quién era ahora? Se sentía tan frágil como el cristal.

—Entonces, *kiska*… parece que ambos nos quedaremos aquí. ¿Te parece bien?

—¿Me lo estás preguntando? —se sorprendió—. Yo… —se detuvo a pensarlo. ¿Podría relajarse con él bajo el mismo techo? Él mantenía cierta distancia, sin invadir su espacio, y eso le daba la oportunidad de pensar con claridad—. Si Royce te invitó, no querría ser grosera ni nada por el estilo pidiéndote que te vayas.

—No, *kiska*. Solo puedo quedarme si tú te sientes cómoda. Olvida a Royce. ¿Qué sientes *tú* respecto a que me quede?

Ella guardó silencio durante un largo momento. Su primer impulso fue decir que no, pero estaba cansada de tener miedo, cansada de dejar que ese miedo controlara su vida. No significaba que tuviera que lanzarse en paracaídas mañana, pero necesitaba y

quería empezar a dar pasos para volver a ser quien era antes, si alguna vez quería superar su trauma. Eso significaba que podía aceptar que él se quedara aquí. No era como si fueran a compartir cama ni nada por el estilo. Solo compañeros de casa.

—Me parece bien —respondió con más seguridad.

La tensión dentro de ella se disipó repentinamente, como la marea del océano arrastrándose mar adentro.

—Muy bien. Me quedaré. ¿Quieres elegir qué dormitorio prefieres? Tiene varios. A mí me sirve cualquiera, así que escoge dónde quieres dormir y yo me quedaré con otra habitación.

—¿De verdad? Está bien, gracias —se deslizó fuera del mostrador y tambaleó un poco. Él la sostuvo por la cintura, estabilizándola con su cuerpo musculoso. Elena se apoyó en él un poco más de lo prudente, pero irradiaba tanto calor y seguridad que se sentía atraída hacia él como una polilla hacia una llama.

—Por aquí —la soltó, y ella lo siguió con pasos más firmes mientras subían las escaleras. Había cuatro dormitorios en la casa, dos de ellos con vista al mar. Uno tenía la cama orientada directamente hacia el océano. Las paredes azules y la alfombra gris combinaban muy bien con el balcón privado, que le ofrecía un lugar donde estar sola cuando lo necesitara.

—¿Puedo quedarme con este?

—Es tuyo. Iré a buscar tu maleta.

—Oh… no hace falta que… —se giró, pero él ya se había ido. Abrió la puerta de cristal del balcón y caminó hasta la tumbona frente al mar, donde se recostó. Las olas azul oscuro rompían contra la orilla en una espuma blanca. Líneas de algas verde oscuro y negras ondulaban en la superficie. Eso la hipnotizó, y antes de darse cuenta, estaba quedándose dormida. Fue un sueño profundo, reparador y sin pesadillas.

Era ya entrada la primera hora de la noche cuando despertó. Sin el sol calentando desde arriba, el aire helado del mar la había enfriado, pero una manta cálida envolvía su cuerpo. Dimitri debió haberla puesto allí. Parpadeó y miró al cielo. El sol era una bola roja que se hundía parcialmente en el horizonte. Había dormido casi todo el día. Elena se levantó de la tumbona y entró al dormitorio. Su

equipaje estaba sobre el maletero, y una nota escrita a mano descansaba encima.

Elena,

Por favor dúchate si lo deseas y baja cuando estés lista.
Tendré la cena para ti.
Dimitri

Colocó la nota sobre la cama y buscó en su maleta hasta encontrar su bolsa de artículos de tocador. Había un enorme baño conectado a su dormitorio. Después de comprobar la puerta, la cerró con llave y se quitó la ropa.

Cometió el error de mirar su espalda por encima del hombro en el espejo. Un patrón de carne anudada formaba docenas de marcas entrecruzadas sobre su espalda.

Eso estaría con ella para siempre, la marca de propiedad de Vadym. Por mucho que sanara, siempre estaría ahí para recordarle que una vez había estado rota. Los labios de Elena temblaron y se mordió el inferior mientras apartaba la mirada del espejo. *No*. Vadym no podía encontrarla aquí. Estaba a salvo en América. Tenía que seguir adelante.

Entró en la gran ducha de cristal y suspiró al ver el océano a través de la ventana a la altura del pecho. Muchas veces, cuando estaba en aquella recámara oscura en la oficina de Vadym, había deseado estar en cualquier otro lugar, incluso en medio del océano sin ninguna posibilidad de volver a ver tierra.

Elena apoyó las palmas contra la pared de la ducha y dejó que el agua caliente cayera sobre su cuerpo. Esto era tierra. Estaba a salvo. No más oscuridad interminable, no más asfixia, no más hambre, no más ahogarse dentro de su propia mente.

Pasó un buen rato antes de que cerrara el agua y saliera de la ducha. Se secó el cabello con la toalla y lo trenzó sobre un hombro antes de cambiarse a unos jeans y un suéter ligero. Hacía un calor maravilloso en California, incluso en invierno. Después del clima invernal de Moscú, casi podría usar shorts, pero solo había

empacado ropa de invierno para su estancia en Rusia. Sus padres habían vaciado su habitación en la residencia de Pepperdine después de su desaparición, y toda su ropa de verano ahora estaba en Maine. Tendría que ir de compras, pero primero tenía que descubrir si podía vivir con un extraño bajo el mismo techo.

Encontró a Dimitri en la cocina, colocando platos y cubiertos en una pequeña mesa de comedor informal que daba al patio y al mar. La piel dorada y ligeramente bronceada de sus antebrazos dejaba ver el leve relieve de las venas en sus músculos definidos. Muchos hombres no lucían bien con shorts, pero las pantorrillas esculpidas de Dimitri, con apenas una ligera capa de vello, eran perfectas para ellos. Todo en él era atlético, una perfección física pulida que ninguna mujer podía ignorar con facilidad.

—¿Disfrutaste tu ducha, *kiska*? —preguntó. Del fogón y del horno llegaban aromas deliciosos.

—Sí. ¿Por qué sigues llamándome *kiska*? Significa "gatita", ¿no?

Sus labios carnosos se curvaron en una suave sonrisa que acentuaba aún más la seducción natural de sus rasgos.

—Sí. Es un término de cariño muy común en Rusia. ¿Te ofende?

Ella no esperaba esa pregunta.

—No, pero no me conoces lo suficiente como para tener un apodo cariñoso para mí.

—Sé que algo te ha sucedido, algo que te ha dejado herida y asustada. Admito que, por naturaleza, soy demasiado protector. Tu dolor… —se detuvo, como si eligiera cuidadosamente sus palabras—. Me llama. Quiero protegerte, como lo hice en el avión.

—Yo… —Elena no supo qué decir al principio—. No *necesito* protección.

Esa sonrisa suave volvió a confundirla y frustrarla.

—No necesitas a nadie, *kiska*. Eres fuerte, muy fuerte. Pero estoy aquí si alguna vez me necesitas —señaló una de las sillas en la mesa que había preparado para la cena.

Elena no se movió al principio. ¿Por qué este desconocido creía que podía aparecer en su vida y decirle todo eso? Lo que ella necesitaba era que la dejaran en paz. Finalmente se sentó, y él

regresó a la cocina para preparar dos platos, colocando uno frente a ella.

Miró la comida: carne, papas y zanahorias.

—¿Estofado?

—Estás demasiado delgada —fue su única respuesta antes de sentarse frente a ella.

No podía discutir eso. Su ropa casi le colgaba del cuerpo. Había perdido mucho peso cuando Vadym comenzó a matarla de hambre. Había bajado tres tallas, y no había sido saludable. La inanición podía hacer que una persona perdiera el pelo, el sistema inmunitario y la masa muscular. La grasa era lo último que se perdía. Durante su cautiverio había estado débil, algunos días apenas podía caminar, lo que solo le daba a Vadym una excusa para golpearla más.

Llevaba libre de su prisión más de una semana, y se había dado cuenta de que recuperar peso no sería fácil porque también había perdido el apetito. Le tomaría tiempo volver a su peso saludable. Ahora, sin embargo, sentía el estómago vacío, y el olor del estofado le provocó un rugido.

—Por favor, come —la animó Dimitri.

Ella empezó a comer y terminó todo lo que había en su plato.

—¿Quieres más? —se levantó y cogió su plato antes de que pudiera protestar, sirviéndole una segunda porción.

Cuando ya iba por la mitad, él finalmente habló.

—En el avión dijiste que temías que no saliéramos de Moscú. ¿Por qué?

Se quedó inmóvil, con el tenedor a medio camino de la boca. Había olvidado que había dicho eso.

—Eh… estuve allí estudiando un semestre en la Universidad Estatal de Moscú y realmente no quería quedarme.

Él dio un sorbo de agua y fijó los ojos en ella. No era una mirada amenazante, pero había algo más que simple curiosidad. Sabía que algo terrible le había sucedido, aunque ella no tenía idea de cómo podría saberlo.

La mano le tembló cuando cogió su vaso de agua.

—Lo siento, pero… no quiero hablar de eso, ¿de acuerdo?

Él asintió.

—Lo entiendo, *kiska*. Pero a veces, cuando pones en palabras tu dolor, puede ayudarte a superarlo. Siempre tememos más a lo que no hablamos que a lo que enfrentamos directamente —se levantó y llevó su plato a la cocina para lavarlo.

Ella esperaba que regresara a la mesa y la presionara con más preguntas. No lo hizo. Y eso la hizo sentirse más sola de lo que se había sentido en toda su vida.

CAPÍTULO 3



Dimitri se detuvo justo dentro de su dormitorio, con la mirada fija en el mar que se extendía a poca distancia de la casa. Necesitaba despejar la mente, coger aire, así que se cambió y se puso un traje de baño. El dolor de Elena era tan fuerte que amenazaba con asfixiarlo. Mientras ella lo mantuviera reprimido, nunca se libraría de su peso. Al final, terminaría por ahogarla. La frustración hizo que sus manos se crisparan. Esto no era algo que pudiera combatir con los puños. Era algo que debía enfrentar con delicadeza. Era lo opuesto a todo lo que estaba acostumbrado a hacer. Quería matar a sus demonios, asesinar al hombre que la había lastimado, pero Vadym ya estaba muerto, y ahora ella necesitaba suavidad y apoyo de su parte.

Guardó su celular en los shorts de baño antes de bajar las escaleras. Vio a Elena en la cocina recogiendo los platos. Por mucho que quisiera consentirla, esas tareas normales la ayudarían a recuperar una sensación de vida cotidiana. Dimitri ya había abierto la puerta trasera cuando escuchó el suave sonido de pies descalzos detrás de él.

—Eh… ¿vas a algún lado? —preguntó ella con timidez.

Miró por encima del hombro.

—Voy a la playa. Puedes venir si quieres. Hay un sendero por las escaleras de atrás, y abajo hay un estante con toallas —señaló una

repisa donde había suaves toallas de playa color azul pálido. La dejó sola otra vez, odiando cada segundo de ello, pero ella debía acercarse a él solo cuando realmente quisiera hacerlo. Forzar su presencia no iba a generar confianza entre ellos. No estaba allí para obligarla a nada. Solo quería ayudarla de la manera que ella necesitara.

La arena de la playa estaba tibia a pesar de ser invierno. Siempre le maravillaba lo agradable que era el clima allí durante todo el año. Él había visitado Los Ángeles una docena de veces en los últimos cinco años, y siempre lo había disfrutado. Miró hacia el horizonte. El cielo era de un dorado profundo, pero la luz sobre el agua oscura la volvía casi púrpura, con destellos dorados en la superficie.

—Eso es hermoso —dijo Elena.

Si Dimitri no hubiera sido entrenado para no sobresaltarse ante sonidos inesperados, lo habría hecho en ese momento. Había estado tan absorto mirando el atardecer que no la escuchó bajar.

—Lo es —respondió.

—La gente siempre dice que los atardeceres y amaneceres son demasiado cliché para disfrutarlos, ¿sabes? Pero en realidad son las cosas más hermosas del mundo —su voz era suave, melancólica, y le oprimió el corazón.

¿Cuántas noches ella habría pasado en cautiverio preguntándose cuándo volvería a ver un amanecer o un atardecer? En ese momento, Dimitri deseó que Vadym estuviera vivo solo para poder matarlo otra vez. Su mayor arrepentimiento era no haber podido hacerlo con sus propias manos.

Sus amigos se habían encargado de ello mientras él vigilaba a Elena. Lo habían envenenado mientras comía en un restaurante, y después habían irrumpido en su casa y en su oficina. Leo había usado la computadora de Vadym para rastrear a cada mujer que había capturado, herido y asesinado. Interpol había recibido la información de forma anónima, y las familias de esas jóvenes habían sido notificadas. Elena había sido la última mujer que Vadym había atrapado. La única que había sobrevivido.

Sus manos se cerraron en puños mientras los últimos rayos de luz comenzaban a desvanecerse. Era la mejor forma de contener la

furia que surgía cada vez que pensaba en Vadym y en otros como él.

Una mano tocó su espalda desnuda.

—¿Estás bien? —él se tensó, y luego se obligó a relajarse mientras sus manos se abrían.

—Sí. Ha sido un día difícil —murmuró.

—Ya lo creo. Por cierto, *¿cómo* llegaste antes que yo después de bajar del avión? Vi la fila para los no ciudadanos estadounidenses. Deberías haber estado ahí durante horas.

Además de inteligente, era observadora. Él sonrió ligeramente, relajándose.

—Tengo un pasaporte especial que me permite entrar a la mayoría de los países de forma más rápida. Es una ventaja de mi trabajo —extendió su toalla sobre la arena.

Se sentó junto a él con la suya.

—¿Y exactamente a qué te dedicas? —al principio su cuerpo estaba encogido, con las rodillas apretadas contra el pecho, pero a medida que el silencio se instalaba entre ellos, ella se relajó y se estiró.

—Varía. Tengo intereses en bienes raíces, en empresas tecnológicas y en otras cosas.

—Entonces, ¿cómo eso te da un pasaporte especial?

Él no pudo evitar sonreír. Ella no cedía. Esa era la verdadera Elena, la que no tenía miedo de buscar respuestas.

—Puede que tenga algunos contactos en varios gobiernos —la miró de reojo, y ella lo estaba observando con atención, levantando una ceja.

—Sigues sin responder mi pregunta.

—Cuéntame qué te pasó en Moscú y responderé tu pregunta.

Ella puso los ojos en blanco.

—Touché —sonrió un poco, y una dulce chispa ardió en sus ojos verdes.

Dimitri lo consideró una pequeña victoria. Estaba sacando a la antigua Elena del oscuro abismo en el que había sido arrojada.

—Entonces… ¿vas a trabajar todos los días mientras estés aquí o algo así? —preguntó con aparente casualidad, pero él detectó una docena de miedos ocultos bajo esa simple pregunta.

—O algo así —respondió, y soltó una pequeña risa al ver su ceño fruncido.

—Mis padres quizá vengan a visitarme.

Él sabía con certeza que llegarían en unos días, pero por alguna razón ella no quería asustarlo ni hacerlo marcharse. Tampoco parecía segura de querer tenerlo cerca. Era desconcertante ver a alguien desear algo y, al mismo tiempo, temerlo.

—Puedo quedarme en otro lugar cuando lleguen, si lo prefieres —dijo él, manteniendo un tono suave.

—No es eso, es solo que… podría haber algunas preguntas incómodas.

Él se recostó sobre la arena, apoyándose en los codos.

—¿Preguntas?

—Sí. Podrían sacar conclusiones equivocadas si te ven aquí. Quiero decir… no es que estemos juntos.

—Somos dos personas que se alojan al mismo tiempo en la casa de un amigo en común —lo dijo con tanta naturalidad que casi pudo sentir cómo ella se relajaba otra vez.

—Claro. Por supuesto.

Ella se recostó sobre su toalla, y él hizo lo mismo. El cielo nocturno se oscureció, y algunas estrellas brillantes comenzaron a titilar en lo alto.

—*Kiska* —susurró.

Ella no respondió. Él giró la cabeza y la vio dormida otra vez, acurrucada de lado, con el cabello rubio extendido sobre la toalla y la arena. Odiaba despertarla, pero necesitaba descansar en su cama, donde estaría segura.

Con suavidad, apartó un mechón de cabello de su rostro y lo acomodó detrás de su oreja.

—*Kiska*, despierta.

Ella se movió un poco.

—*Kiska*, despierta —ordenó con más firmeza.

Elena rodó sobre su espalda y bostezó.

—Dios, ¿cuánto tiempo dormí?

—No mucho, pero pronto hará frío aquí afuera. Deberías entrar a dormir.

Ella se sentó y se pasó las manos por el cabello antes de recoger su toalla, y él hizo lo mismo. Ambos guardaron silencio mientras la dejaba entrar primero en la casa y luego cerraba con llave la puerta del patio detrás de él. Allí deberían estar seguros, pero había sido entrenado para no correr riesgos con una puerta sin asegurar.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó ella desde lo alto de las escaleras.

Él alzó la mirada desde el pie de las escaleras.

—Estaré aquí —prometió.

Esperó hasta oír el clic de la puerta antes de sacar su teléfono y marcar una línea privada y segura.

—Dimitri, estaba preocupado de que hubieras caído al océano —bromeó Nicholas.

—Sí, ¿qué tal están las playas? —intervino Leo con tono seco.

—Nosotros tres nos estamos congelando el trasero, y él aquí disfrutando del sol —gruñó Maxim.

Fue un placer volver a oír sus voces.

—No he caído al océano. Las playas están bien; no, y siento que te estés congelando, Maxim —respondió con una risa.

—Tal vez ella necesite tres guardaespaldas más —comentó Nicholas.

—Sí, me gustaría ese encargo. He estado revisando más de sus registros. ¿Sabes que tiene ascendencia rusa antigua en su ADN? —preguntó Leo.

Dimitri caminó hasta la sala y se sentó en el sofá modular.

—¿Qué? Eso no estaba en el expediente que enviaste.

—Bueno, acabo de hackear su cuenta de genealogía hace una hora. ¿Crees que podrías conseguirme una muestra de ADN? Me gustaría analizarla en nuestras bases de datos. No puedo obtener cierta información con los registros básicos que usan esos sitios de ADN para civiles.

—¿Qué, como sangre?

—O saliva. Es mucho mejor que una muestra de cabello —dijo Leo.

—Juro que te excitas cuando hablas de esas cosas científicas —gruñó Maxim desde el fondo.

—Tengo sangre. Te la enviaré por mensajería urgente —dijo Dimitri.

Se dirigió al baño de invitados y recuperó el paño ensangrentado que había usado antes para limpiar el corte en la cabeza de Elena. Lo metió en una bolsa transparente para sándwiches y la guardó en su maletín.

—¿Puedes decirme algo sobre su perfil? —le preguntó a Leo.

—Bueno, tiene algunas coincidencias interesantes. Ya sabes que hay mucho ADN que nuestro gobierno ha retirado de todas las bases de datos públicas, excepto de las nuestras… y ellos ni siquiera saben que lo tenemos. Ella comparte algunos ancestros comunes que me hacen preguntarme…

—¿Preguntarte qué? —dijo Dimitri, sintiendo que el vello en la nuca se le erizaba.

—No puedo asegurarlo todavía. Solo consígueme ese ADN y creo que podré obtener respuestas.

—¿Cómo está ella? —preguntó Maxim. De los cuatro, Maxim era el más serio. Nicholas era un encantador conquistador, y Leo era su genio técnico. Maxim había sido el responsable de envenenar a Vadym y de enviarle a Dimitri la prueba de su muerte.

—Está muy herida, pero no rota. Su fuego sigue ahí, solo que muy débil.

Dimitri nunca habría podido hablar con nadie más sobre Elena ni sobre lo que había sentido la primera vez que la vio. Ya había sido lo suficientemente difícil explicarle a Royce Devereaux que tenía una necesidad inexplicable de estar cerca de ella, de protegerla y ayudarla a sanar. Pero esos tres hombres lo entendían.

—Cuando esté lista para saber quién eres realmente, debes mostrarle que *él* está muerto —dijo Maxim.

Vadym se había llevado a una de las hermanas de Maxim. Nunca encontraron su cuerpo; ni siquiera sabían si estaba viva o muerta, y el trauma había destrozado a su familia. Matar a Vadym había sido el derecho de Maxim, y él había logrado lo que tantos otros no pudieron.

—Lo haré, pero aún soy un extraño para ella. No sabe que yo estaba en la embajada en Ulán Bator el día de su rescate. Necesito

mantenerlo así, al menos por ahora. No necesita ningún recordatorio de lo que ocurrió… no hasta que esté lista para hablar de ello.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —preguntó Nicholas—. Digo, no soy psicólogo, pero tienes que tener cuidado con ella…

—No lo sé. Tendré que dejar que ella me guíe en lo que quiera y necesite.

—Llámanos si nos necesitas —dijo Maxim—. En serio, ahora mismo me encantaría estar en una playa.

Dimitri colgó y se quedó mirando por la ventana hacia los jardines delanteros durante un largo rato antes de irse a dormir. Se quitó la ropa, se puso unos ligeros pantalones de pijama de algodón y se recostó en la cama tamaño king. En la habitación contigua estaba el cuarto que Elena había elegido. Miró el techo. Sus ojos apenas comenzaban a cerrarse cuando escuchó un grito ahogado. Dimitri se puso de pie al instante y corrió hacia su habitación.

Ella estaba en el suelo con las sábanas enredadas alrededor de su cuerpo mientras se retorcía y gritaba. Él se arrodilló e intentó liberarla, pero el puño de Elena golpeó su mandíbula con una fuerza inesperada.

—Mierda —murmuró mientras bloqueaba el segundo golpe y ella se agitaba debajo de él—. ¡Elena! —pronunció su nombre con firmeza y sus movimientos se detuvieron. Él tenía sujeta una de sus muñecas y podía sentir el latido frenético de su pulso bajo sus dedos.

—Por favor, no me hagas daño. Haré lo que sea —gimió ella. Tenía los ojos fuertemente cerrados y había girado su cuerpo todo lo posible para alejarse de él.

—Elena —dijo con suavidad—. Estabas soñando. Ya pasó. Abre los ojos.

Ella negó con la cabeza como una niña, y él comprendió que seguía atrapada en la pesadilla que estaba teniendo.

—*Kiska* —dijo con más suavidad mientras soltaba sus muñecas.

Ella se hizo un ovillo dentro de las mantas enredadas en el suelo. Todo su cuerpo temblaba. Él apartó el cabello de su rostro con delicadeza.

—¿Te caíste de la cama?

—No… no. No puedo dormir en camas. Son demasiado suaves. Yo… —estuvo a punto de decir algo más, pero entonces pareció despertar lo suficiente para darse cuenta de que estaba hablando y se detuvo.

Dimitri entendió. Vadym la habría mantenido en una celda, sobre un suelo duro, quizá con solo una manta sucia para cubrirse. No le habría permitido usar una cama. Aquello no era algo poco común entre los soldados que regresaban de la guerra. Estaban acostumbrados a las literas duras de los cuarteles militares y, cuando volvían al mundo civil, los colchones suaves y enormes resultaban demasiado. Pero eso iba a terminar esta misma noche. No iba a permitir que pasara ni un minuto más en el suelo.

La rodeó con los brazos, aún envuelta en la manta, y la levantó. Luego la volvió a colocar en la cama, pero no se marchó. Se cubrió con el edredón ligero mientras se recostaba a su lado y después la atrajo hacia sus brazos. Ella seguía temblando, pero él absorbió ese temblor en su propio cuerpo y la sostuvo hasta que finalmente se calmó.

—*Kiska*, a partir de ahora dormirás en una cama, ¿entendido? —susurró junto a su oído. No estaba dormida; su pulso seguía demasiado acelerado, pero ella no discutió—. Y te sostendré así hasta que lo que sea que atormente tus sueños desaparezca.

Otra vez no discutió. Lentamente, centímetro a centímetro, su cuerpo comenzó a relajarse. Después de lo que pareció una eternidad, su respiración se volvió lenta y el latido de su corazón se estabilizó.

Dimitri permaneció despierto durante largas horas. Tenerla entre sus brazos de esa forma había despertado algo dentro de él. Siempre había sido un dominante protector, pero lo que sentía por Elena iba *más allá* del deseo o la lujuria. Era algo más profundo, algo en su sangre que lo atraía.

Cuando había estado en la embajada de Estados Unidos en Ulán Bator, ayudando a Royce y a Kenzie a recibir atención médica, había visto cómo llevaban a esa frágil belleza rubia a otra sala de exámenes. Ella había estado en shock, con sus ojos verdes vidriosos por el terror y el agotamiento.

Él había pasado desapercibido, desvaneciéndose entre la multitud y las sombras mientras el caos llenaba los pasillos de la embajada. Más tarde, había visitado a Kenzie mientras Royce dormía profundamente por sus heridas, sedado. Dimitri se había reunido con Kenzie para beber café en la embajada, ambos permaneciendo en silencio durante un largo momento.

—Kenzie, ¿quién es la chica?

Los ojos marrones de Kenzie se alzaron hacia él con cautela.

—¿Chica?

—La rubia que llegó contigo.

—Esa es Elena Allen —Kenzie dejó escapar un suspiro profundo y se frotó los ojos cerrados con el pulgar y el índice—. Vadym la secuestró en el mismo bar al que fuimos tú, Royce y yo. La mantuvo cautiva al menos un par de meses —le sostuvo la mirada—. La violó, la torturó y la dejó morir de hambre.

—¿Vadym le hizo esto? —preguntó Dimitri.

Kenzie asintió.

—Entonces es hombre muerto —prometió Dimitri.

Los ojos de Kenzie se endurecieron.

—Más te vale cumplir esa promesa. El mundo no necesita a un hombre así. Es maldad pura. Ni siquiera el veneno es suficiente castigo para él.

Dimitri se había inclinado sobre la mesa y cerrado los dedos alrededor de la mano de Kenzie.

—Él será eliminado. Te lo juro —poco después de aquella conversación, Kenzie, Royce y Elena fueron trasladados a la embajada de Estados Unidos en Moscú para preparar su regreso a Estados Unidos.

Kenzie no había tenido ni idea de la seriedad de esa promesa. Como miembro del Ejército Blanco, descendiente de quienes una vez habían protegido a los Romanov, Dimitri vivía según su honor, y no iba a fallar en su promesa.

Desde entonces, el rostro de Elena lo había perseguido a cada momento. En cuanto supo que la embajada estadounidense en Moscú estaba lista para devolverla a Estados Unidos, llamó a Royce y puso su plan en marcha. Sería su sombra, la ayudaría a sanar y a

dejar atrás la oscuridad de su pasado. Lo necesitaban de vuelta en Rusia, pero ahora que tenía a Elena entre sus brazos, no pensaba dejarla ir, aunque eso significara darle la espalda al trabajo de toda su vida.

Por mucho que extrañara a su padre, se sentía aliviado de que ya hubiera muerto; de lo contrario, habrían discutido por esto. Su padre le habría ordenado regresar a sus deberes, pero Dimitri se habría negado. Su lugar en el mundo ahora estaba ligado a dondequiera que estuviera Elena.

Él era su hombre hasta el final… fuera cual fuera ese final.

CAPÍTULO 4



El rostro de Elena estaba tibio por la luz del sol, y una acogedora sensación de seguridad la envolvía. Permaneció allí un buen rato, medio dormida, escuchando las olas romper contra la orilla arenosa. La cama bajo ella era suave, casi demasiado suave, y frotó la mejilla contra la almohada, respirando el delicioso aroma de un hombre.

Cada hueso de su cuerpo se quedó inmóvil. Su respiración se detuvo a medio camino entre los pulmones y los labios. ¿Dónde estaba? Abrió un ojo con cautela y se encontró en medio de una enorme cama tamaño king, con un mullido edredón blanco arropándola hasta la barbilla.

Fragmentos de la noche anterior regresaron a su mente. Había hecho un bulto con la ropa de cama en el suelo para dormir, y cuando comenzaron las pesadillas, había gritado… y entonces *él* había entrado en la habitación. Dimitri.

La había levantado y la había colocado en la cama. Había dormido con ella. Apartó las cobijas de golpe y revisó su cuerpo con urgencia. Su camiseta, los shorts de algodón y la ropa interior seguían en su lugar. No se sentía como si la hubieran violado. Estaba segura. Después de todo lo que Vadym le había hecho, se había vuelto hipersensible a notar cuándo alguien había abusado de ella. Pero Dimitri no lo había hecho. Su aroma seguía impregnado en las

sábanas y, después de un momento, volvió a frotar la mejilla contra las almohadas mientras su corazón se calmaba, queriendo grabar ese olor profundamente dentro de ella.

Una parte de ella se sentía tentada a quedarse allí todo el día, descansando, pero eso no era propio de ella. Cogió su teléfono de la mesita de noche y revisó sus mensajes. Había uno de Kenzie, recordándole que necesitaban hacer una videollamada cuando despertara. Comprobó que la puerta hacia el pasillo estuviera cerrada y luego llamó. La otra mujer respondió casi de inmediato.

—¡Hola! —Kenzie sonrió, aunque Elena pudo ver la preocupación en los ojos de su amiga.

—Hola, Kenzie.

Salió al balcón y se acurrucó en una silla frente al mar, sosteniendo el teléfono en un ángulo adecuado.

—¿Llegaste bien ayer a la casa de Royce?

—Sí, pero… Kenzie, no me dijiste que tendría un compañero de casa.

El rostro de su amiga palideció.

—¿Un qué?

—Un tipo llamado Dimitri Razin. De hecho, lo conocí en el vuelo. Es amable, pero me asustó saber que también se está quedando aquí. Dijo que es amigo de Royce.

Las cejas de Kenzie se fruncieron.

—¡Royce! —gritó apartándose de la pantalla—. Un segundo, Elena.

Kenzie dejó el teléfono sobre la mesa y Elena solo pudo ver el techo de mármol. Apenas alcanzaba a oír la conversación de fondo.

—¿Dejaste que Dimitri fuera a quedarse con ella? ¿En qué *demonios* estabas pensando?

—Es un buen hombre. Lo *sabes* —replicó Royce.

—Un buen hombre con ciertas… inclinaciones. Y sabes cómo es… posesivo, todo un macho alfa…

—No te escuché quejarte cuando te compartí con él.

Los labios de Elena se separaron, sorprendida. ¿Royce y Dimitri habían estado con Kenzie al mismo tiempo? Vadym nunca la había compartido, y esa era una de las pocas cosas por las que se sentía

agradecida. Su codicia la había mantenido a salvo del abuso adicional de otros.

Hubo un segundo de silencio, y luego Kenzie gruñó:

—Yo consentí eso. Elena es una víctima, Royce. Acabas de arrojarla a un lobo.

—Él no la tocará, a menos que ella se lo pida… y quizá ni siquiera entonces —replicó Royce, con su voz desvaneciéndose mientras se alejaban.

El resto de la conversación no era audible y pronto se convirtió en susurros airados. Luego el teléfono se movió y el rostro de Kenzie volvió a aparecer en la pantalla, con las mejillas enrojecidas.

—Hola —dijo otra vez, con un tono demasiado casual.

Elena estuvo tentada de fingir que no había escuchado la discusión, pero lo había hecho y ahora tenía preguntas.

—Kenzie, ¿quién demonios es ese tipo? Acabas de decir que tiene una especie de fetiche serio. ¿A qué te referías? ¿Puedo confiar en él?

—Sí… Dimitri es amigo de Royce. Es muy poderoso en Rusia; estamos hablando de una cantidad ridícula de dinero e influencia, pero no es como Vadym. Es un buen hombre, te lo juro.

—¿Confías en él?

—Con mi vida —respondió Kenzie sin dudar—. Royce tiene razón. No te hará nada, a menos que tú se lo pidas.

Elena guardó silencio un momento.

—¿Y lo del fetiche?

—BDSM —respondió Kenzie—. Como Royce. Nada de sadismo, solo dominación, a veces bondage y disciplina. No te gusta eso, ¿verdad? Quiero decir… después de todo lo que te pasó, no creo que a nadie pudiera gustarle.

—Me gustaba un poco —admitió Elena en voz baja—. Antes de Vadym —era la primera vez que decía su nombre sin que le provocara dolor físico y ansiedad.

Kenzie no respondió.

—¿Por qué está aquí? Me dijo algo de que estaba aquí por trabajo.

—Royce dijo que está aquí para proteger algunos activos valiosos o algo así. Si puedo averiguar más, te lo diré. Y tú dime si necesito echar a Dimitri. La idea era que tuvieras un lugar seguro donde relajarte y recuperarte, ¿sabes?

Elena apartó la mirada del mar y la dirigió hacia la cama donde había dormido toda la noche… ¡lesa en los brazos de Dimitri.

—Creo que estoy bien por ahora —dijo finalmente.

—Bueno, llámame de inmediato si eso cambia, ¿sí?

—Está bien —Elena terminó la llamada y se quedó observando las olas durante un largo rato. Había cierta paz en mirar cómo el agua azul caía sobre sí misma y se transformaba en espuma pálida que se acercaba y se alejaba de la orilla.

Era casi mediodía cuando su estómago gruñó y miró la hora en su teléfono. Antes tenía un bonito reloj plateado, uno que su padre le había regalado en su cumpleaños número dieciocho. Pero uno de los secuaces de Vadym, Jov Tomenko, se lo había robado para luego perderlo en una partida de cartas. El recuerdo de esa noche hizo que su hambre reciente se desvaneciera por un momento.

Después de una ducha rápida y de cambiarse de ropa, decidió que no podía evitar volver a ver a Dimitri. Bajó las escaleras, con pasos silenciosos sobre el suelo de mármol. Recorrió habitación tras habitación.

Él no estaba *aquí*…

La idea de que se hubiera ido, de que se hubiera marchado sin decir nada, la inquietó. Él había prometido estar allí… Comenzó a temblar.

Oyó el clic de la puerta principal al abrirse. Se tensó, quedándose clavada en el lugar donde estaba. Su estómago se contrajo y sus manos se cerraron en puños mientras se preparaba para luchar o huir. Un momento después, Dimitri entró y cerró la puerta; la tensión dentro de ella se disipó.

—Ah, bien, ya estás despierta. ¿Quieres almorzar? —le mostró una bolsa de comida rápida mexicana.

—¿Tacos? —se le hizo agua la boca al instante. Después de la pizza, los tacos eran su comida favorita.

—Sí, esperaba que te gustaran —señaló hacia la cocina y ella lo siguió. Hoy parecía más intenso de alguna manera. Tal vez era la ropa más oscura que llevaba: jeans azul oscuro, una camiseta negra y botas. Ayer había parecido casi sereno, pero ahora notó que le estaba mostrando otra faceta, quizá la *verdadera*. La antigua Elena se habría enamorado perdidamente de él.

—Yo… eh… sí… —no estaba segura de qué la hacía salivar más, si la bolsa de tacos o *él.*

—Por favor, siéntate. Traeré los platos —su tono suave pero autoritario hizo que ella respondiera de inmediato, dejándose caer en la silla más cercana a la mesa. Frunció el ceño ante su propia reacción.

—Dimitri, anoche… —empezó con incertidumbre—. Entraste en mi habitación.

—Sí —respondió, colocando frente a ella un plato con tres tacos.

—Me tocaste.

—Te levanté mientras sufrías una pesadilla. Estabas en el suelo.

Ella sacudió la cabeza, frustrada, sin saber muy bien qué estaba intentando decir.

—Te quedaste en mi cama.

—Necesitabas que alguien te sostuviera, *kiska*. Lo que sea que te haya pasado fue terrible, quizá lo peor que una persona puede soportar. Sabía que lo único que podía ofrecerte anoche era eso. Si me lo permites, puedo ser un buen amigo para ti.

—No voy a *dejar* que simplemente te metas en mi cama. Nunca tendremos sexo. Eso está fuera de discusión.

Tenía que hacer que ese hombre lo entendiera. No podía tener una aventura casual ni un romance pasajero. Incluso si lo deseara de esa manera, no sería posible. Su cuerpo ya no podría soportar volver a ser tocado así nunca más.

—Solo soy un amigo —dijo Dimitri—. Anoche necesitabas a alguien que te ayudara a mantenerte en el presente. Eso fue todo lo que hice, y no espero nada de ti —señaló su plato—. Ahora, por favor, come.

Todavía frunciendo un poco el ceño, ella acercó su plato y cogió uno de los tacos. Sabía a manjar divino. Un gemido de placer escapó

de sus labios. Cuando miró a Dimitri, él la estaba observando.

Ella tragó con un sonido audible. Había dicho que solo sería un amigo… pero un hombre que lucía como él no vivía como un monje, y aparentemente había estado involucrado en un trío con sus amigos Kenzie y Royce. Se propuso no dejarse llevar por él. No podría soportarlo si él cambiaba de opinión y quería algo más.

—Pensé que quizá querrías ir a comprar ropa —dijo Dimitri—. Imagino que en Moscú solo tenías ropa de invierno.

—Sí, me vendría bien comprar algo —terminó sus tacos y colocó el plato en el lavavajillas. Se unió a ella, con su cuerpo fuerte y cálido muy cerca mientras se colocaba a su lado. Esperó la inevitable ola de pánico, pero no llegó. Él posó una mano sobre su brazo y ella levantó la mirada.

—¿Te molestaría si voy contigo? Me vendría bien una distracción y algo de actividad.

—Yo… —Tenía todo el derecho de decir que no, pero no quería hacerlo. Tal vez no lo conocía bien, pero tenía dos amigos que podían dar fe de él, y quería confiar en ellos y en su propio instinto, que le decía que estaba a salvo—. Está bien. ¿Puedes estar listo para salir en diez minutos?

—Sí —guardó sus platos—. Yo conduciré.

—Espera, ¿tienes coche?

—De alquiler. Preguntaste cómo llegué antes que tú. Los taxis suelen tomar rutas más largas para subir la tarifa.

Tenía sentido; su viaje en taxi había sido bastante caro.

—Bajo en un momento —ella subió corriendo las escaleras y cogió su bolso, además de su nueva licencia de conducir. Vadym había quemado todos los documentos que llevaba en el bolso. Su pasaporte había quedado en su apartamento en Moscú y no lo habían tocado, pero todo lo demás había sido destruido. Había recibido algo de dinero en efectivo de la embajada, pero pasarían unos días antes de que llegaran sus nuevas tarjetas de crédito y débito. Tendría que comprar en una tienda de segunda mano.

Dimitri la esperaba junto a la puerta principal. Levantó un juego de llaves.

—¿Lista?

Ella asintió y colocó una mano sobre el bolso que llevaba colgado del hombro. En cuanto salió, se detuvo al ver el coche estacionado frente a ella.

—¿Eso es…?

—Lo es —respondió Dimitri con naturalidad. Abrió la puerta del pasajero de un Aston Martin para ella. Era un deportivo gris plateado, elegante, con faros azul hielo.

—¿Dónde alquilaste un coche así? No pudiste haberlo conseguido en el aeropuerto —la repentina inverosimilitud de su historia hizo saltar todas las alarmas. Dimitri encendió el motor, y el rugido inicial se suavizó hasta convertirse en un ronroneo seductor.

—Tienes razón. Este es un Aston Martin One-77, vale alrededor de 1.4 millones. Me lo prestó un amigo. Lo dejó para mí en el estacionamiento de corta estancia del aeropuerto. Solo tuve que recogerlo.

—Entonces eres como… ridículamente rico o algo así, ¿no? — relajó un poco el apretado agarre con el que sostenía su bolso.

Dimitri se rio mientras salían del camino de entrada.

—O *algo así.*

—Empiezo a pensar que te gusta ser un hombre misterioso —murmuró—. Solo prométeme que no eres algún tipo de espía ruso, ¿de acuerdo? Ahora mismo no podría manejar eso.

Dimitri soltó una carcajada profunda, llena de auténtica diversión.

—*Kiska*, de verdad que eres única. No, no soy ningún espía —se puso un poco más serio al decirlo. Cambió de velocidad y el coche salió disparado por la calle.

Ella desvió la conversación hacia otro tema.

—Entonces, si puedes encontrar la tienda de segunda mano más cercana, sería genial.

Él arqueó una ceja oscura y le lanzó una mirada.

—¿Tienda de segunda mano?

—Sí. Tengo un presupuesto limitado. Perdí todas mis tarjetas de crédito y esas cosas en Moscú —Elena jugueteó con la hebilla de la correa de su bolso, demasiado avergonzada para mirarlo a los ojos.

Era patético que prefiriera que él pensara que era el tipo de persona que perdía sus cosas antes que contarle la verdad.

—Nada de tiendas de segunda mano.

—Pero no puedo…

Él levantó su cartera y la agitó ligeramente.

—Por favor. Considéralo un regalo de un amigo.

—No, no, gracias. De verdad no puedo —esta vez miró su rostro. Fue un error. Había una belleza dura en sus rasgos.

—Sí *puedes*. Me permitirás comprarte ropa.

No fue una petición, fue una orden. Una extraña sensación de inquietud la desconcertó. Era casi como si estuviera nerviosa, pero su pecho no estaba oprimido por la ansiedad.

Se estacionaron frente a una tienda llamada AllSaints. Era una tienda de ropa que le encantaba, pero normalmente estaba fuera de su presupuesto. Abrió la boca para protestar, pero una sola mirada de Dimitri apagó cualquier resistencia. Daba miedo lo mucho que reaccionaba a sus órdenes, pero a él le gustaba el BDSM, así que claramente disfrutaba dando órdenes… igual que a ella antes le gustaba recibir órdenes, al menos en el dormitorio.

Bien, le dejaría salirse con la suya, esta vez. Pero no iba a permitir que él eligiera su ropa. Ahí ponía el límite: no iba a dejar que un hombre le dijera qué ponerse.

❄

Dimitri mantuvo la distancia mientras Elena compraba. Él había comprendido enseguida que era una mujer que necesitaba desesperadamente controlar algo en su vida. Él había insistido en que compraran allí, pero eso era lo único que iba a obligarla a hacer. Por mucho que disfrutara comprando ropa para una mujer y viéndola lucirla, sabía que incluso la mayoría de las sumisas necesitaban elegir su propia ropa fuera del dormitorio.

Dimitri maldijo para sus adentros. Tenía que dejar de pensar en Elena como su sumisa. No lo era ni podría serlo jamás. Tendría que conformarse solo con fantasías sobre lo que podrían hacer juntos,

pero incluso esas le dejaban un sabor amargo en la boca. Después de todo lo que ella había pasado, incluso si lograba sanar, no querría el tipo de relación física que él necesitaba.

Elena cogió varias blusas de seda y algunas camisas abotonadas de distintos percheros y lo miró.

—Voy a probármelas.

—Estaré aquí —la observó, asegurándose de que entrara sola al probador. No sabía por qué, pero esta mañana se había despertado sintiéndose inquieto. Su intuición le advertía que algo andaba mal, y la persistente preocupación en el fondo de su mente no desaparecía. Algo sobre lo que Leo había dicho…

Sacó el teléfono del bolsillo y llamó a Leo por la línea segura.

Leo contestó casi de inmediato.

—Dimitri.

Leo era el más confiable de sus tres amigos cuando se trataba de responder llamadas. Nicholas solía estar ocupado acostándose con cualquier mujer bonita que encontrara, y Maxim a veces desaparecía por completo; ni siquiera Leo podía localizarlo durante esos períodos de oscuridad.

—Envié la muestra de sangre. Debería llegarte en menos de veinticuatro horas.

—Bien, la compararé con nuestra base de datos y prepararé un perfil completo —de pronto, Leo se quedó en silencio. Se oyó un pitido de fondo.

—¿Qué ocurre, Leo? —preguntó Dimitri.

—Perdona, es una alerta. Viktor Ivanoff está en Los Ángeles. Activó el software de reconocimiento facial que tengo instalado en el sistema de la TSA. Está usando un pasaporte falso, claro, pero aun así lo encontré —Leo resopló—. Estos agentes rusos nunca aprenden. Tienes que usar prótesis en la nariz y las orejas; es la única forma de engañar a mi sistema.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Dimitri.

Viktor Ivanoff era uno de los principales agentes del Kremlin, encargado de rastrear a los operativos del Ejército Blanco. Pero, hasta donde Dimitri sabía, su identidad falsa seguía intacta. Había devuelto como donaciones el dinero que había sustraído a los líderes

del partido ruso, y por eso se mantenía fuera del radar del gobierno. Ivanoff había sido elegido por Putin para continuar frenando el desarrollo de un sistema democrático en Rusia, y también participaba en el encarcelamiento de opositores políticos, incluida la prensa libre. Rusia no había tenido una elección justa en veinte años. Si Ivanoff estaba en Los Ángeles, era por una razón muy seria.

—Aún no lo sé, pero lo averiguaré —prometió Leo. Si alguien podía descubrir a el motivo de su visita, era él.

—Avísame en cuanto lo sepas —no era raro que agentes rusos viajaran a Estados Unidos, pero a Dimitri no le gustaba la sincronía —. Leo, asegúrate de borrar mi actividad otra vez.

—¿Crees que podrías estar comprometido? —se escuchó el tecleo del otro lado de la línea.

—Siempre es posible. Es exactamente el tipo de bastardo que enviarían tras de mí si el Kremlin creyera que formo parte del Ejército Blanco.

—Limpiaré todo esta noche. También pondré una alerta en mis transmisiones hackeadas y en las cámaras de seguridad de tu zona. Recibirás un mensaje en cuanto sea detectado y sabrás dónde está.

—Gracias, Leo.

Leo dudó.

—Dimitri…

—¿Sí?

Su amigo se aclaró la garganta.

—Puede que necesites refuerzos.

—¿Te refieres a que los tres vengan a Los Ángeles?

—Sí.

La mirada de Dimitri recorrió la tienda. Vio a Elena salir del probador. Se sentiría más tranquilo teniendo a sus compañeros con él, pero ¿podría ella soportar a cuatro rusos bajo el mismo techo?

—Déjame pensarlo un par de días.

—Muy bien. Eso me dará tiempo de analizar primero la sangre de Elena.

Dimitri murmuró un agradecimiento antes de colgar y esperó a que Elena se acercara.

—Creo que estos son lindos —le mostró varias blusas elegantes y tops de algodón coloridos, junto con algunos shorts—. ¿Cuál debería elegir?

—¿Te gustan todos?

—Sí, pero no puedo…

—Sí puedes —hizo una seña a una dependienta, y la joven se acercó rápidamente para coger la ropa de los brazos de Elena—. ¿Elegiste traje de baño?

—No, ¿para qué?

Le lanzó una mirada divertida ante lo evidente.

—Porque hay un océano precioso a unos cuantos metros de nuestro patio.

Ella se sonrojó, y el leve tono rosado en sus mejillas lo hechizó por completo.

—No estoy segura de si me apetece nadar…

—Vamos —la animó. Colocó una mano en la parte baja de su espalda y la guio suavemente hacia la sección de trajes de baño. Ella no entró en pánico ni reaccionó al contacto; simplemente caminó hacia los percheros. Como era invierno, no había muchas opciones, y el agua seguramente estaba algo fría para nadar. Él esperaba que la idea de comprar un traje y tumbarse al sol en el balcón de su habitación o en la arena cálida de la playa le resultara tentadora. Quería que se relajara, que soltara un poco la tensión.

Dimitri le entregó su tarjeta a la dependienta y eligió unas gafas de sol que estaba seguro de que le quedarían bien, añadiéndolas a la compra. Elena regresó y colocó tímidamente un traje de baño de una pieza sobre el mostrador.

—De verdad necesitas dejarme pagar algo —empezó ella. Él le lanzó una mirada que la silenció—. Está bien —exhaló de manera dramática, y él percibió que intentaría encontrar la forma de devolverle el dinero. Eso casi le sacó una sonrisa.

Cuando subieron al coche, ella guardó silencio durante un largo momento.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Tú… *esto* —hizo un gesto con la mano a su alrededor—. Algo no encaja. Simplemente no logro entender qué.

Dimitri encendió el motor y condujo de regreso a la casa. Necesitaba pensar. Tal vez podría decirle que Royce quería que alguien la cuidara; no tenía que entrar en más detalles. Solo esperaba que lo que dijera no destruyera la poca confianza que había conseguido ganar.

❄

Viktor Ivanoff subió a un Honda Civic gris de cuatro puertas en el estacionamiento del aeropuerto de Los Ángeles y abrió la guantera. Dentro había un sobre de papel manila y un estuche negro. Cogió primero el estuche, lo colocó sobre su regazo y abrió los broches de plástico. En su interior había una Ruger SR9 básica. No era su estilo habitual. Prefería una Makarov o una Beretta, pero este viaje se había organizado con poca antelación y su contacto en Los Ángeles no había tenido tiempo de preparar la operación como a él le gustaba.

Volvió a guardar el estuche en la guantera y abrió el sobre. Dentro había nuevos documentos de identidad: una licencia de conducir de California, seguro y registro del auto y un pasaporte estadounidense tan detallado que incluso incluía sellos falsificados de viajes a Francia, Canadá y México. También había una dirección y una foto del apartamento donde se alojaría durante su estancia.

El último conjunto de documentos era el más importante. El nombre de la persona a eliminar, junto con toda la información personal que su gobierno había podido reunir sobre el objetivo. Al final había varias fotografías. Frunció el ceño, confundido. Había esperado un desafío, algo digno de sus habilidades. La persona a la que debía eliminar era una mujer apenas mayor de veinte años.

Sacó el teléfono desechable del sobre y marcó.

—¿Sí? —respondió la voz al otro lado en ruso.

—¿Qué es esta mierda? —exigió Viktor—. ¿Estoy aquí para matar a una chica? Podrías haber enviado a cualquiera.

—No. Necesitamos asegurarnos de que esto se haga correctamente —respondió el hombre en voz baja.

—¿Por qué? ¿Quién es ella? —Viktor ya había matado mujeres antes; se había vuelto un experto en el uso de ricina. Un roce en un elevador, un empujón en la calle mientras alguien esperaba para cruzar. Un leve pinchazo en la piel, casi imperceptible. Luego, uno o dos días después, el objetivo moría. Pero el arma indicaba que esta vez no debía usar veneno.

—Eso no es algo que necesites saber. Asegúrate de hacerlo: un disparo en la cabeza. Luego deshazte del cuerpo para que nunca sea recuperado.

La llamada se cortó.

Viktor maldijo y lanzó el teléfono al asiento mientras observaba las fotografías de su objetivo.

Elena Allen.

Era bonita, de una forma dulce y delicada, nada que ver con las mujeres deslumbrantes que él buscaba cuando quería tener sexo. Pero había algo en ella, algo en su rostro que le resultaba inquietantemente familiar. Ella era importante, y lo averiguaría antes de matarla.

CAPÍTULO 5



Elena pudo darse cuenta de que había pillado a Dimitri por sorpresa con su suposición. No apartó los ojos de él mientras estacionaba el coche en la entrada y se aseguraba de que la reja se cerrara detrás de ellos antes de bajar. Estaba siendo cauteloso; no la perdía de vista. Era evidente que esto no se trataba de la amabilidad de un desconocido cualquiera. Había dicho que era amigo de Royce Devereaux, y Royce no era alguien con quien se pudiera jugar. Que fuera un profesor que excavaba huesos de dinosaurio no quería decir que no supiera defenderse. Ella lo había visto manejar un arma y mantener la calma bajo presión. Era demasiada coincidencia que compartiera casa y vuelo de regreso con ese hombre. Había intentado ignorar ese pensamiento, pero ya no podía.

—Estás aquí para vigilarme, ¿verdad? Royce te pidió el favor de venir hasta aquí para observarme. Pues no es necesario —lo dijo en voz baja, pero por dentro estaba gritando ante la idea de que esos dos hombres quisieran tratarla como a una niña. Solo quería ser libre del control de los hombres.

Dejó las bolsas con ropa nueva en la cajuela del coche de Dimitri y apenas se contuvo de azotar la puerta de la casa al entrar. Lanzó su bolso sobre la mesa de la cocina antes de bajar por las escaleras

de piedra que llevaban a la playa. Se quitó las sandalias y se adentró hasta los tobillos en el mar.

El agua fría la despertó como una descarga eléctrica, aclarándole todo. Dimitri la había estado siguiendo desde el principio. Su asiento había sido cambiado a clase ejecutiva a propósito. Y cuando había entrado en pánico en el baño del avión, él había estado tranquilo y había ido tras ella. En ese momento realmente era un completo desconocido, pero si ella lo hubiera sido para él, jamás habría acudido a ayudarla. Ahora lo entendía. Él sabía lo suficiente sobre su situación como para entender que había sufrido. ¿Cuánto le había contado Royce?

Dios, soy una idiota…

Al girarse hacia la casa, lo vio en el balcón del patio, inclinado sobre la barandilla, observándola. Se veía más peligroso que nunca… y hermoso. ¿Cómo había podido Royce hacerle eso? ¿Kenzie lo sabía? Si era así… Elena cerró los puños y volvió a mirar el océano. Sin decir palabra, comenzó a adentrarse en las olas hasta que estas la golpearon con tanta fuerza que casi perdió el equilibrio. Necesitaba estar en el agua, dejarse llevar por la corriente…

Eventualmente, el agua le llegó al cuello y saltó hacia la siguiente ola, pero unos brazos fuertes la sujetaron repentinamente. El aire salió de sus pulmones cuando fue presionada contra un cuerpo sólido.

—¿Estás intentando matarte? —gruñó una voz furiosa antes de arrastrarla de vuelta, lejos de la parte más profunda del agua.

—Suéltame —agitó piernas y brazos, pero él no la soltó hasta llevarla a la orilla.

Cuando la soltó, ella retrocedió sobre la arena mojada, resbalando ligeramente. Lo miró con rabia, y él le devolvió la mirada. Estaba empapado igual que ella, la camiseta ceñida al torso, el pecho subiendo y bajando con fuerza. Debió haber corrido para alcanzarla.

—Niégalo —gritó ella.

—¿Negar qué?

—Que estás aquí para vigilarme. Que soy solo una *patética* criatura que Royce te pidió que cuidaras.

—No, *kiska*, eso no es cierto —él avanzó, y ella retrocedió, casi como si se estuvieran rodeando.

—Confié en ti, Dimitri. Sé que no debía hacerlo. Eres un desconocido. Pero solo quería sentirme segura, y tú… —estaba dividida entre gritar y llorar—. Me mentiste.

—Nunca te mentí, Elena. Nunca. Pero tienes razón, no te conté todo.

—¡Es lo mismo! —jadeó. Él se acercó con rapidez y esta vez no pudo esquivarlo. La sujetó por la cintura, impidiéndole huir. Y en lugar de miedo, sintió algo distinto… algo que no había sentido en mucho tiempo.

Antes de comprenderlo, alzó las manos, lo cogió del cuello y tiró de él hacia sí. Pareció comprender lo que ella quería en el instante en que sus labios se unieron. La besó con intensidad, silenciándola. Se quedó rígida en sus brazos, más sorprendida de haber dado ella el primer paso que por miedo. Cuando se *limitó* a besarla y no intentó nada más, el miedo que la mantenía inmóvil como una estatua comenzó a desvanecerse. Empujó su pecho, no para detenerlo, sino porque tenía las manos atrapadas y sentía un impulso desesperado de tocarlo solo para sentirse como una mujer con deseos sanos…

Tan rápido como la había atraído hacia él, Dimitri se apartó bruscamente y le dio la espalda. Se pasó las manos por el cabello, murmurando en ruso. Ella alcanzó a entender algunas palabras: *estúpido, idiota, error…*

Los ojos de Elena se llenaron de lágrimas. Era su primer beso desde Vadym, y justo cuando empezaba a disfrutarlo, Dimitri lo consideraba un error.

Porque él no quiere estar aquí… no quiere cuidarme.

Nunca había sido alguien que se compadeciera de sí misma, pero en ese momento se sintió miserable. Dimitri jamás querría a alguien dañada como ella. Sus miedos, sus ataques de pánico… ningún hombre querría lidiar con eso. Él querría a una mujer perfecta, libre de cicatrices y problemas.

—Te equivocas —dijo Dimitri.

Por un instante, ella creyó haber expresado sus miedos en voz alta.

—¿Qué?

—No estoy aquí para cuidarte, y no eres una criatura patética —la miró de nuevo, y ella contuvo la respiración—. Royce no me pidió que hiciera nada. *Yo* se lo pedí. Estoy aquí por mi propia voluntad. Fue idea *mía*, no suya.

Sus palabras no tenían sentido.

—Espera… Solo espera —necesitaba entender. Tal vez era una barrera idiomática—. ¿Qué quieres decir con que se lo pediste?

Dimitri guardó silencio un momento antes de decir:

—Sé lo que pasó en Moscú, con Vadym Andreikiv. Lo sé todo, Elena.

Sus palabras resonaron en su cabeza, y de repente el mundo dio vueltas y todo se sumió en la oscuridad.

Cuando Elena se recuperó, ya no estaba en la playa. Estaba en su cama, de vuelta en la casa. Su ropa mojada había desaparecido, y una camiseta grande cubría su cuerpo. Una manta sherpa la envolvía, manteniéndola caliente.

Mi ropa…

Dimitri la había desvestido, había visto su cuerpo. Se sintió violada durante unos segundos antes de darse cuenta de la necesidad de que él la sacara de su ropa mojada. De lo contrario, podría haberse enfermado. Se acurrucó más entre las mantas, y su nariz rozó la manga de la camiseta que llevaba puesta. El olor de Dimitri estaba ahí en la tela, ese toque suyo que era demasiado tentador. Llevaba una de *sus* camisetas. Eso debería haberla asustado, haberla hecho sentir que era posesivo, como Kenzie había dicho que era, pero ¿llevar su camiseta justo en ese momento? Se sentía… segura.

¿Qué tan mal estaba eso? Dios, definitivamente tendría que hablar de ello en su próxima sesión de terapia.

Elena no quería pensar en lo sucedido en la playa, al menos no en lo que había descubierto. Lo que él había dicho todavía le revolvía el estómago. Él sabía de Vadym, pero no podía saberlo todo. Ella no le había contado *todo* a nadie. Su mente revivía el beso, cómo ella

había sido quien lo había buscado, quien había iniciado algo, y cómo él la había correspondido en ese momento, pero sin exigir más. Fue… inesperado, y sintió nuevamente esa misma extraña seguridad al saber que él no había exigido más, como algunos hombres podrían haber hecho.

Se movió en la cama y oyó el crujido de un papel cerca de su hombro. Se removió entre las sábanas y encontró una nota parecida a la que él había dejado antes.

Elena,

Por favor, baja cuando hayas descansado.

Se recostó en la cama y se quedó mirando al techo durante un buen rato. Su terapeuta le había advertido que esto podría suceder, que a veces se sentiría abrumada y con ganas de desmayarse, pero sentía que estaba abrumada *todo* el tiempo. Le habían dicho que buscara a alguien aquí, alguien que tratara específicamente a víctimas de agresión sexual para ayudarla a sobrellevar lo que había vivido. Recordó lo que le había dicho su terapeuta en Moscú.

—Lo que sea que sientas… está bien. No hay un plazo fijo para sentirte mejor. La experiencia de cada persona es única.

Vergüenza, culpa, confusión, miedo: todas esas eran emociones que experimentaba a diario. Empezaba a temer que su recuperación duraría varios años.

Incapaz de seguir en la cama, se levantó, se quitó la camisa de Dimitri y se puso su ropa nueva. Iba a devolverle el dinero de las cosas que había comprado hoy, pero no hasta que encontrara la manera de hacerlo discretamente.

Lo encontró abajo, recostado en el sofá de cuero, con un brazo apoyado en el respaldo mientras veía las noticias locales. Se quedó completamente inmóvil mientras ella se acercaba y se colocaba frente al televisor para bloquearle la vista.

Por un instante, se distrajo con las cosas que ahora sabía de él, las cosas que no debería saber: la sensación de estar en sus brazos, sus labios juntos a los de ella, la intensidad de su beso y la dulce

desesperación de cómo él necesitaba demostrarle que la estaba protegiendo, resguardándola de las cosas del mundo que la lastimarían, como un dominante a su sumisa.

No, no podía pensar en eso, no podía dejarse distraer por pensamientos tan peligrosos. Ese no era un tipo de vida que pudiera tener, ni una relación que pudiera permitirse.

—Tenemos que hablar —dijo.

Él silenció el televisor, sin apartar la mirada de su rostro.

—Ven. Siéntate —palmeó el diván del sofá a su lado, pero ella negó con la cabeza. Necesitaba permanecer de pie, necesitaba sentir algo de poder mientras decía lo que tenía que decir.

—Merezco la verdad.

—La verdad —repitió en voz baja.

—Sí. ¿Quién demonios eres y por qué te importo si no estás aquí porque Royce te lo pidió? Si conoces a Vadym, ¿qué relación tienes con él?

Él se inclinó hacia adelante, apoyando los antebrazos en las rodillas. Su postura parecía casi arrepentida. Entrelazó los dedos.

—Me llamo Dimitri Razin; no era mentira. Sé de Vadym porque es conocido en ciertos círculos por lo que les hace a las jóvenes. He estado trabajando con mis amigos para detenerlo. Me importas por quién eres. Mereces ser feliz. Necesitas a alguien que entienda, aunque sea un poco, lo que has sufrido —su acento era ahora un poco más marcado y áspero, cargado de seriedad.

El corazón de Elena se aceleró con una mezcla de miedo y comprensión repentina. Vadym probablemente ya tenía a otra chica. Alguien nueva a quien torturar. Su estómago se contrajo, y tuvo que luchar contra las ganas de vomitar.

—Puede que ya tenga a otra. ¿No lo habías pensado? Olvídame. Tienes que volver a Moscú y detenerlo.

¿Por qué no había pensado en eso antes? ¿Por qué? Había estado tan atrapada en su propio dolor que no había considerado a las víctimas que vendrían después.

Dimitri alzó una mano, silenciando sus palabras de pánico.

—Nunca más habrá otra chica para él —la dureza de su mirada la desconcertó. ¿Cómo podía saberlo Dimitri? Vadym era adicto al dolor

y a la muerte. No dejaría de herir y matar chicas.

—No fui la primera, y sé que no seré la última.

—Eres la última, porque Vadym está muerto.

Vadym está muerto.

Las palabras retumbaban en su mente, de pronto vacía de todo salvo ese único pensamiento. Vadym… estaba muerto.

—No puedes saberlo… ¿o sí?

Él se puso de pie, sacó su teléfono del bolsillo y marcó un número. Luego habló en ruso en voz baja antes de poner la llamada en altavoz.

—Leo, ella está escuchando. Por favor, dame acceso al video y a las fotos de la morgue.

—Un momento —respondió una voz profunda, masculina, con acento ruso.

Dimitri le indicó que lo siguiera a la cocina. Sacó su laptop del maletín y la encendió. Mientras iniciaba sesión en un sitio seguro, Elena se quedó de pie a su lado, aún en estado de shock.

—Ya tienes acceso —dijo el hombre al teléfono.

—Gracias, Leo —Dimitri colgó y abrió una nueva pantalla. Había algunas imágenes y un archivo de video. Hizo clic, y la pantalla se llenó con una grabación en blanco y negro, pero nítida.

Vadym estaba comiendo en un restaurante con dos de sus hombres cuando, de repente, se llevó la mano a la garganta y cayó de la silla. Se retorció de dolor durante casi un minuto antes de quedarse inmóvil. Los hombres que habían corrido hacia él dejaron de intentar ayudarlo. Ya no respondía. El video terminó. Dimitri abrió las fotos: Vadym, pálido, sin vida, sobre una plancha de morgue. Varias tomas desde distintos ángulos mostraban su cuerpo con detalle. Había una herida roja profunda en su pecho, pero sin sangre alrededor. Elena había visto suficientes programas de crímenes reales como para saber que esa herida había sido hecha después de la muerte.

—¿Qué es eso? —susurró, señalando.

—Ahí es donde Maxim le clavó una cuchilla de siete pulgadas a ese bastardo, solo para asegurarse de que estaba muerto.

—¿Quién es Maxim?

—Alguien que es como un hermano para mí. Vadym secuestró a su hermana menor hace dos años. No sabemos si está viva o muerta. Por *eso* me importa. Por eso estoy aquí. Y por eso él está muerto.

—No pudiste ayudarla a ella… ¿pero pensaste que podrías ayudarme a mí? —su voz tembló. La realidad de que Vadym estaba muerto provocó en ella una reacción tan intensa como la que había sentido al ver las imágenes.

—Sí —respondió él—. Yo estaba en la embajada en Ulán Bator el día que tú, Royce y Kenzie fueron salvados. Cuando supe lo que te había pasado, le dije a Royce que necesitaba ayudarte.

—¿Cómo puedes ayudarme? —Las lágrimas empezaron a quemarle los ojos—. Nadie ayuda con algo así. Todo está tan jodido. *Estoy* jodida —se cubrió el rostro con las manos. Era demasiado.

Dimitri la atrajo contra su pecho. Esta vez no lloró. Solo se apoyó en él, absorbiendo su calor, su fuerza, como si él fuera un sol brillante y ella una flor congelada desesperada por calor y luz.

—No puedes ayudarme —susurró contra su pecho. El latido de Dimitri era firme bajo su mejilla, y poco a poco el suyo se calmó hasta que parecieron latir al mismo ritmo.

Él sostuvo la parte posterior de su cabeza, con sus dedos fuertes masajeando los músculos tensos de su cuello hasta que comenzó a relajarse.

—Dime qué quieres de mí. Dime qué *necesitas.*

—Quiero volver a vivir. Quiero poder amar y confiar otra vez.

—Nunca perdiste la capacidad de amar, *kiska*. Amas a tus padres, ¿no?

—Sí, pero me refiero a una manera *romántica.* Lo deseo demasiado, pero estoy aterrada.

Dimitri le alzó el rostro para que lo mirara.

—Volverás a amar. Y volverás a confiar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —quería creer en la sinceridad de sus ojos, pero lo que sentía no iba a desaparecer de la noche a la mañana.

—Porque te besé en la playa y ahora me dejas abrazarte sin miedo, ¿sí?

—Sí… —murmuró, mordiéndose el labio inferior. Él tenía razón. No estaba asustada. No estaba entrando en pánico.

Él sonrió lentamente, y pequeñas líneas aparecieron en las comisuras de sus ojos… líneas de risa. Ella recordó su risa en el coche, ese sonido que la había hecho querer reír también.

Un cosquilleo agitado en su vientre hizo que le temblaran las rodillas, y se aferró a él un poco más.

—Eso es confianza, *kiska*. Tal vez solo un poco, pero sigue siendo confianza.

Al besarla en la playa, ella solo había sentido un breve ataque de pánico antes de que se desvaneciera, igual que cuando él la sostuvo en el baño del avión. Este hombre era distinto. Su cuerpo había reaccionado de forma impredecible… o eso creía Elena. Ahora veía un patrón. Dimitri era increíblemente atractivo, naturalmente dominante, experto en el tipo de intimidad sensual que a ella le había interesado antes… y su contacto no la repelía ni la aterraba. Al contrario. La calmaba y la excitaba al mismo tiempo. Era exactamente el tipo de hombre del que se habría enamorado antes de ser secuestrada.

Pero… ¿estaba demasiado rota como para volver a sentirse completa?

—Dimitri… —dijo, una de las pocas veces que pronunciaba su nombre, alzando el rostro hacia él.

—¿Sí, *kiska*?

Su acento la hizo estremecerse. Con Vadym, su acento la había mantenido tensa. Pero cuando Dimitri hablaba, era suave y seductor. Le hizo pensar en chimeneas encendidas, brandy tibio girando en copas sin tallo y piel desnuda deslizándose sobre alfombras de piel.

—Quédate muy quieto. Quiero intentar algo —colocó las manos en su rostro, sintiendo el leve roce de la barba incipiente en sus palmas. Todos sus sentidos estaban intensificados, y aspiró su aroma, dejando que la envolviera mientras se ponía de puntillas y acercaba su rostro al de él. Sus labios se rozaron tan suavemente al principio; era casi un sueño más que la realidad. Luego movió su boca con más insistencia contra la de él.

El aliento de Dimitri le acarició el rostro cuando entreabrió los labios y permitió que su tímida lengua jugara con la suya. Aunque una urgencia la empujaba a acercarse más, no se atrevió a hacer nada más que besarlo. Un cosquilleo creció en su vientre, y continuó explorándolo con sus labios. Él se movió ligeramente, y el pulso de Elena se aceleró cuando sintió el leve roce de sus dedos en la parte baja de su espalda. Sus labios se separaron, y su mano descendió del rostro de Dimitri hasta su cuello. Ella cerró los ojos, respirando lentamente. Un momento después, los abrió para mirarlo.

—No tuve miedo —susurró.

—No, no lo tuviste —confirmó Dimitri. Sus músculos se tensaron cuando puso las manos en su cintura—. ¿Esto está bien?

Elena volvió a cerrar los ojos. Imágenes fugaces de Vadym sujetándola con brusquedad, empujándola contra una cama…

—*Kiska*, abre los ojos —la orden fue imposible de ignorar, y ella lo miró—. No puedes verlo ni sentirlo si me estás mirando a mí. Ahora, ¿cómo se siente esto? —sus manos estrujaron ligeramente su cintura, llamando su atención hacia su contacto. Esta vez no cerró los ojos. Se concentró en su mirada azul, en la pureza increíble de sus ojos, a la vez que suaves y firmes en su intensidad. Su rostro, como el resto de él, parecía forjado por el destino para embriagarla de deseo.

—Se siente bien —admitió—. ¿Tú te sientes bien? —en cuanto lo dijo, se sintió ridícula. No eran dos adolescentes vírgenes en la parte trasera de un coche.

—Tenerte entre mis brazos es uno de los mayores placeres de toda mi vida.

Los labios de Elena se entreabrieron, sorprendida.

—¿A mí? ¿Por qué?

—No hay nada más embriagador para mí que una mujer valiente, y tú eres la mujer más valiente que he conocido.

—No soy valiente. Tengo miedo todo el tiempo.

Él sonrió.

—El coraje no es lo mismo que la ausencia de miedo. Coraje significa enfrentar los miedos. Significa levantarse cuando alguien te derriba. Significa seguir luchando por vivir.

—Dimitri, ¿crees que…? Es decir… yo… —de pronto, sintió que le subía el calor a la cara, como si tuviera fiebre.

Él no dijo nada, pero su mirada la mantuvo inmóvil.

—Quiero ser valiente. Quiero volver a ser yo… pero no sé si puedo confiar en alguien más. ¿Me ayudarías? —tensó la mandíbula, esperando que él la rechazara.

Las pestañas oscuras de Dimitri se alzaron con sorpresa.

—Elena, no estás lista.

Ella frunció el ceño.

—Puedo estarlo. Es *mi* proceso, ¿no? Mi decisión sobre cómo y cuándo volver a esto —señaló sus cuerpos aún cercanos.

—Tienes razón, es tu decisión. Pero no quiero que sientas que debes forzarlo. No vine aquí por eso. Vine a cuidarte. A ayudarte a sanar. Después de lo que le pasó a la hermana de Maxim… no puedo dejarte sola. No todavía —cogió su rostro, rozando su mejilla con el pulgar.

Elena se inclinó hacia su mano, suspirando.

—¿Es cierto que te gusta el BDSM? Kenzie dijo que sí.

Él la observó en silencio un momento.

—Disfruto la dominación y la atadura, pero no me interesa el sadismo ni el masoquismo. Pero nada de eso importará si me quieres.

—No… no, quiero… quería eso antes de Moscú. Me gustaba, me gustaba lo poco que había experimentado. No quiero tenerle miedo ahora solo porque él me lo arrebató. Creo que sí lo querría… experimentar la dominación y la sumisión otra vez. ¿Lo harías conmigo?

Los labios de Dimitri se tensaron en una línea dura. Dio un paso atrás, soltándola.

—*Kiska*, me estás ofreciendo demasiado.

Los ojos de Elena se llenaron de lágrimas. Se dio la vuelta para ocultarlas. Claro. Era demasiado. Ningún hombre querría estar con alguien como ella. Estaba rota, herida, marcada y asustada. Era imposible que ella pareciera sexy o atractiva si él tenía que preocuparse por cualquier cosa que la alterara.

—Lo siento. Olvidemos esto, ¿sí? —se giró y salió corriendo hacia su habitación.

—Detente —la orden la hizo frenar en seco, con su cuerpo reaccionando automáticamente. Se obligó a tensarse. Si él no quería ser su dominante, no tenía por qué obedecerle. Intentó avanzar de nuevo.

Pero antes de llegar a la puerta, Dimitri la alcanzó, la giró y la presionó contra la pared con su cuerpo firme e imponente. La rodeó con sus brazos, atrapándola, mientras sus ojos ardían al sostener los suyos. El miedo la invadió solo por un segundo antes de darse cuenta de que no iba a hacerle daño.

—Me ofreces algo que no merezco, Elena. Te deseo con desesperación, desde el momento en que te vi. Pero eso no significa que mis deseos sean más importantes que los tuyos. Si fueras sumisa, sabrías que eres *tú* quien tiene el verdadero poder sobre tu amo. No siento placer a menos que tú lo sientas. Por eso pediste demasiado. Te desearía de muchas maneras perversas, maneras que temo que te asustarían, y no puedo lastimarte así —apoyó su frente contra la de ella, cerrando los ojos mientras cogía varias bocanadas de aire, como para recuperar el control.

Elena tembló, pero no de miedo. Había otras emociones, otras sensaciones, que había creído jamás volver a sentir. Sin embargo, estaban ahí, cobrando vida lentamente como una pequeña cerilla encendida y arrojada sobre un campo seco mientras el viento avivaba la llama. Ella deslizó las manos por su pecho, clavando las uñas en la tela de su camisa y en su piel. Él se tensó y su agarre sobre ella se intensificó.

Elena inclinó la cabeza hacia arriba, con sus labios a centímetros de los de él.

—No tengo miedo —lo besó por segunda vez. Pero a diferencia de cuando estuvieron en el piso de abajo, este beso fue intenso, apasionado, y así era como ella lo deseaba. Igual que en la playa.

Este hombre era el único en quien podía confiar. Su corazón y su mente estaban de acuerdo con su cuerpo. Él sería quien la alejaría del peligroso borde del precipicio del que había sentido el deseo de arrojarse.

Dimitri hundió las manos en su cabello y la mantuvo cautiva. Su boca devoró la de Elena, y ella gimió, derritiéndose por completo en sus brazos. Destruyó su alma herida con sus labios y construyó una nueva para ella, una más fuerte que la anterior. Una que no se rompería, no esta vez. Su beso fue más que esperanza. Fue una promesa.

CAPÍTULO 6



Esta era una idea espantosa. En cuanto se lo contara a Royce, ese hombre subiría al primer avión hacia Los Ángeles para darle una paliza, y se la merecería.

Dimitri se apartó de Elena, con la sangre rugiendo en sus oídos y el deseo ardiendo en su interior, como si sostuviera el calor de una estrella en su pecho.

—Tenemos que hacer esto —dijo ella. Sus labios estaban hinchados por sus besos bruscos y su cabello agitado por sus manos. Tenía el rostro sonrojado.

Nunca la había visto así de viva, al menos desde que la conoció en la embajada de Mongolia. Así debió haber sido la vieja Elena, la que no temía vivir en el mundo.

—*Tengo* que hacer eso —corrigió ella. Le tendió una mano con la palma hacia arriba—. Por favor…

Su súplica lo dejó sin palabras. No podía negarle esto. No podía negarle nada. Al mirarla, vio en ella lo que siempre había soñado: la perfección, por dentro y por fuera. De repente, sintió un calor sofocante. Cerró los puños para no tocarla. Si no se controlaba, intentaría tocarla, y no lo haría hasta que hubieran establecido reglas y límites. Era un dominante, pero lo último que quería era asustarla.

—Si hacemos esto, tengo reglas —advirtió.

Ella asintió y esperó pacientemente a que continuara.

—Harás *todo* lo que te pida. La mayoría de las órdenes serán por tu seguridad, no con fines de intimidad. Usarás el sistema verde, amarillo y rojo conmigo, y lo respetaré. Empezaremos despacio. No te dejaré apresurar nada porque podría hacerte retroceder. ¿Estás de acuerdo?

Ella asintió. Solo entonces él le cogió la mano. Este era el momento. Se había entregado a Elena de maneras que ella jamás se entregaría a él, y ella nunca lo sabría. La atrajo lentamente, y cuando estuvo junto a su cuerpo, le dio un beso en la frente.

—¿Empezaremos a… ahora? —preguntó, sin parecer asustada, pero él notó la aprensión en su voz.

—Empezamos esta noche, y el primer paso es fácil. Dormirás en mi cama.

—¿Solo dormir? Pero si ya lo hemos hecho. Fue…

—¿Fácil? —terminó por ella—. Puede que lo creas, pero en muchos sentidos, dormir es más íntimo que el sexo. Es el momento en que eres más vulnerable ante otra persona.

Elena frunció el ceño al empezar a comprender sus palabras.

—No me harás… nada mientras duermo, ¿verdad?

La vacilación en su suave voz atravesó su corazón.

—No —respondió él con la voz entrecortada—. *Jamás* lo haría.

Pareció satisfecha con la respuesta; levantó ligeramente la barbilla y enderezó los hombros.

—Pero —continuó antes de que ella pudiera intervenir con más argumentos para que se precipitaran a la intimidad—, tu lección será confiar en mí. Dormir a mi lado sabiendo que la confianza puede romperse, pero confiando en mí de todos modos.

Su rostro se sonrojó intensamente. Él la dejó reflexionar antes de continuar.

—Ya hemos dormido juntos y no te hice daño, lo que espero que facilite las cosas —más fácil para Elena, por supuesto. Dormir tan cerca de ella sería un reto para él. Quería tocarla, darle placer, hacerla olvidar todo el dolor, pero eso vendría después, y solo si ella seguía progresando y confiando en él. Elena tenía razón: el ritmo de su recuperación dependía de ella, y no había una velocidad correcta

o incorrecta para sanar. Dimitri solo esperaba que este pacto no fuera un error.

—Es demasiado temprano para ir a la cama, y aún no hemos cenado —señaló ella.

—Tienes razón. Debería cocinar algo —volvió a poner un poco de distancia entre ellos. Tocarla solía nublarle la mente, y necesitaba pensar con claridad, al menos durante las próximas horas.

—En realidad, estaba pensando que tal vez podríamos salir. Aunque me gusta la tranquilidad de aquí, sería agradable estar con gente un rato.

Él asintió. Solía ser una persona solitaria, pero salir, por así decirlo, sería una buena distracción para no darle demasiadas vueltas a los nuevos planes para dormir esa noche.

—Ve a cambiarte. Te veo abajo en media hora.

Elena se tocó los labios con la punta de los dedos y su mirada recorrió su cuerpo de una manera que sabía que era jugar con fuego, luego entró en su habitación y cerró la puerta.

Dimitri fue a su recámara y se detuvo frente al lavabo del baño. Abrió el grifo, colocó una mano bajo el agua fría y se la echó en el rostro.

¿En qué estaba pensando? Aceptar esto era peligroso para ambos. Ahora que había probado un poco de ella, no estaba seguro de poder cumplir su promesa de ir despacio. Se miró al espejo, pero en realidad no se estaba viendo a sí mismo. Había sabido, desde el momento en que la siguió al aeropuerto de Moscú, que esto era una posibilidad, pero en ese momento le había parecido ínfima. Ahora era una certeza.

Corría el peligro de romper su juramento, de anteponer a una sola persona a la causa del Ejército Blanco. Por una vez, se alegró de que su padre no estuviera vivo. Sus padres habían antepuesto el deber y el honor a todo lo demás, incluso a su amor. Lo habían criado para que se comportara de la misma manera, pero en algún punto del camino había encontrado un nuevo propósito, uno que transitaba paralelamente al destino que le había tocado vivir. Había sido fácil mientras ambos caminos iban en la misma dirección… pero

si llegaban a separarse, elegiría a Elena, y temía que el precio fuera alto.

Conocer a Wes Thorne, un hombre al que había encontrado mientras se introducía en el mercado artístico parisino, y a Royce Devereaux, el carismático profesor universitario, lo había cambiado. Le habían mostrado un lado de la vida que una parte de él siempre había anhelado: una vida con amor e independencia. Luchaba por la libertad de su pueblo, pero rara vez se sentía libre él mismo. Quería ser dueño de su propio destino, no una pieza en una batalla mayor. Pero eso era imposible. Significaba abandonar a Leo, Maxim y Nicholas, y no podía abandonar a los hermanos de su corazón.

Dimitri se puso unos jeans y una camisa blanca abotonada que dejó por fuera, con las mangas remangadas. Bajó las escaleras y cogió la cartera y las llaves. Se detuvo un momento, escuchando el sonido del agua corriendo sobre él. Seguro de que tenía un instante para sí mismo, abrió el armario del pasillo y sacó un estuche negro y delgado. Royce le había dicho dónde encontrarlo antes de que Dimitri se marchara de Moscú. Dentro había una pistola sencilla. Nada del otro mundo, pero serviría por ahora. No había traído nada por la aduana, así que, por el momento, esta sería su única arma.

Era una CZ 75 B, una pistola fabricada en la República Checa. El modelo estaba bien calibrado y tenía rieles internos en el armazón, lo que la hacía increíblemente precisa al efectuar disparos en rápida sucesión. Era un arma de fuego muy utilizada por muchas fuerzas militares y policiales europeas. Dimitri la cogió y luego evaluó el peso en cada mano. Guardó la pistola en sus jeans y bajó la camisa para cubrirla, luego cerró el estuche y lo devolvió al armario. Tendría que conseguir pronto una funda para portación oculta, ya que Royce no tenía una en la casa que pudiera prestarle.

Regresó a la entrada justo cuando oyó los pasos de Elena en las escaleras, y su corazón dio un vuelco al verla. Se había peinado las ondas sueltas de su cabello rubio, dejándolas caer sobre sus hombros. Llevaba unos shorts de sirsaca hasta medio muslo y una blusa blanca de manga larga fruncida en los codos. Y unas sandalias de cuña de corcho en azul marino. Era uno de los conjuntos que se había comprado ese día en la tienda.

—¿Qué tal me veo? —preguntó, mordiéndose el labio inferior al llegar al último escalón—. Todavía no me siento cómoda con vestidos —añadió en voz más baja.

Él lo entendía. Vadym la habría mantenido con vestidos reveladores o prácticamente desnuda para tener fácil acceso a su cuerpo. El pensamiento le revolvió el estómago, e intentó apartarlo de su mente.

—Estás preciosa —le dijo. Demasiado preciosa, si era sincero consigo mismo.

Ella se animó al oír eso.

—¿Adónde vamos?

Él abrió la puerta y le indicó que avanzara primero.

—Hay un camión de comida cerca del Museo de Arte del Condado de Los Ángeles que tiene una reputación bastante peculiar.

—¿Ah, sí? —La curiosidad iluminó sus ojos verdes, y él le devolvió la sonrisa.

—Te lo diré cuando lleguemos.

❄

Era el atardecer cuando llegaron a los camiones de comida. La gente ya hacía fila para ordenar la cena.

—¿Vamos a pedir tacos otra vez? Si es así, no me quejo —Elena observó los tres puestos de comida mexicana que había cerca y casi no notó la sonrisa divertida de Dimitri.

Se detuvieron frente a un camión azul oscuro con una bandera italiana verde, blanca y roja ondeando en la parte trasera.

—¿El Príncipe de Venecia? —Elena leyó el nombre y miró a Dimitri.

—¿Ves a ese hombre? —Señaló a un chico atractivo de pelo castaño claro que cocinaba en una estufa junto a las ventanas abiertas del camión mientras hablaba con los clientes.

—Sí…

—Es Emanuele Filberto di Savoia. Es nieto del rey Humberto II, el último rey reinante de Italia. Pertenece a la dinastía real de Saboya,

que existe desde 1003 en la región de Saboya.

Elena observó al príncipe con más detenimiento.

—No sabía que los italianos habían tenido un rey tan recientemente.

—Tras el fin del régimen de Mussolini, el rey Víctor Manuel III estuvo temporalmente al mando de Italia, pero en 1944 cedió el poder a su hijo, Humberto, con la esperanza de fortalecer la monarquía. Sin embargo, Humberto solo reinó treinta y cuatro días, de mayo a junio de 1946. Lo llamaron el *Re di Maggio*, el Rey de Mayo. Ahora, su nieto, un verdadero príncipe, dirige este camión de comida. Aquí encontrarás la comida italiana más auténtica de Los Ángeles.

—¡Guau…! —Elena entreabrió los labios mientras contemplaba el camión de comida—. Un verdadero príncipe.

Dimitri le colocó una mano en la espalda con delicadeza mientras la guiaba hacia la fila frente al camión de comida del príncipe.

—¿Qué te gustaría? —preguntó Emanuele mientras ellos se acercaban a la ventana.

Dimitri miró a Elena, quien examinó el menú antes de pedir.

—Quiero los orecchiette al pesto.

—Y yo quiero los bucatini de limón —añadió Dimitri, y le entregó su tarjeta de crédito a Emanuele.

Su pasta estuvo lista enseguida, y fueron hasta un parque cercano con cómodas mesas de picnic.

—Es una locura llevar pantalones cortos en pleno invierno —dijo Elena al dar su primer bocado. Estaba tan cremosa, tan exquisita, con un sabor tan intenso y delicioso, que apenas pudo contener un gemido.

—Tú y yo venimos de lugares fríos. Maine y Rusia —Dimitri soltó una risita y levantó su botella de agua a modo de brindis.

Elena sonrió. Tras unos cuantos bocados más, se dio cuenta de que aún tenía al menos una docena de preguntas sin respuesta.

—Dimitri, si hacemos esto, necesito saber quién eres —desde el principio había intuido que no era solo un tipo apuesto y dominante. Había algo en él lleno de una ternura casi desgarradora, que parecía estar en constante conflicto con su lado oscuro. No era un hombre

cualquiera. Era alguien poderoso, pero ella no tenía ni idea de en qué sentido.

Los ojos azules de Dimitri se suavizaron y apartó la mirada por un instante.

—*Kiska*, hay cosas que no puedo contarte, cosas que solo mi familia o mi esposa podrían saber.

—¿Estás casado? —jadeó.

—No, no, no lo estoy —se apresuró a tranquilizarla—. Pero algún día, si me casara, esas verdades más profundas se las explicaría a mi esposa.

Su esposa… Por alguna razón, la idea de que se casara con alguien le provocó una punzada de anhelo desesperado que resonó como una campana de iglesia. Pero no podía pensar en el matrimonio, ni siquiera en Dimitri casándose; eso era un lío de pensamientos y emociones que no estaba preparada para desenredar, así que se obligó a retomar sus preguntas.

—¿Qué puedes decirme? Necesito algo, Dimitri.

Él extendió la mano por encima de la mesa para coger una de las suyas y sostenerla. La miró fijamente a los ojos de una manera que ella empezaba a sospechar que la hipnotizaba.

—Mi nombre es real. No te lo he ocultado. Lo que te voy a contar ahora solo lo saben unos pocos, y espero que respetes mi confianza al compartirlo contigo.

Ella asintió.

—Mi madre murió cuando yo tenía cuatro años, asesinada por agentes del Kremlin. Mi padre me crio, pero no estaba solo. Me dio hermanos en la vida que eligió para mí. Esa vida es la que debo mantener oculta, pero de los hermanos de mi corazón puedo contarte un poco.

—No eres como Vadym, ¿verdad? ¿Te gustan las cosas de mafiosos y hacer daño a la gente por placer…?

—No, soy todo lo contrario a ese bastardo. Mis hermanos y yo luchamos contra todo lo que representan hombres como él —Dimitri acarició suavemente la palma de su mano con los dedos. Algo tan simple, una caricia, y un lugar tan inocente y, sin embargo, la conmovió profundamente.

—Bien, porque no puedo volver a hacer eso. No puedo estar bajo el poder de alguien así —se sintió tonta por siquiera preguntar, ya que todos sus instintos le decían que él no era como Vadym, pero él le gustaba demasiado como para confiar en sus instintos.

Dimitri continuó acariciándole la palma de la mano con esa suavidad.

—Pregúntame lo que quieras, y haré todo lo posible por decirte la verdad cuando pueda.

—Mencionaste hermanos, ¿pero no de sangre?

—Sí, los llamo los hermanos de mi corazón. Nos conocimos cuando teníamos ocho años, y desde entonces hemos sido inseparables. Leo es especialista en tecnología, Maxim es experto en seguridad, y Nicholas… bueno, supongo que podrías decir que es una especie de diplomático —su afecto por estos hermanos era muy evidente en su voz.

—¿A qué te dedicas realmente? —preguntó ella en voz más baja.

Sus ojos se oscurecieron.

—Lo único que puedo decirte es que mi vida está dedicada a detener a hombres como Vadym —eso fue todo lo que dijo, y por ahora tendría que ser suficiente—. ¿Y tú, *kiska*? ¿Por qué quisiste ir a Moscú?

Era una pregunta personal, aunque él no podía saberlo. Pero estaba siendo sincero, así que ella también tendría que serlo.

—Fui adoptada de bebé. El año pasado me hice una de esas pruebas de ADN. Salió que era completamente rusa. Ni siquiera sé los nombres de mi madre ni de mi padre, ni nada sobre ellos. Supongo que quería sentirme más cerca de ellos, conocerlos. Mi madre murió justo después de que yo naciera. Se desangró; eso fue lo único que el hospital pudo decirle a la agencia de adopción, y estaba sola, no había rastro de mi padre. Decidí estudiar ruso durante un año en Pepperdine, y tenían un programa de intercambio de un semestre en Moscú. Pensé que sería bueno ir allí y conocer su lugar de origen.

—Eres rusa —reflexionó Dimitri. Su mirada se perdió en la distancia, y ella deseó saber qué pensaba.

Terminaron la pasta y las botellas de agua, y entonces, sin decir palabra, Dimitri le tendió la mano y caminaron hacia el Museo de Arte del Condado de Los Ángeles. Varias docenas de farolas pintadas de blanco, de las décadas de 1920 y 1930, habían sido instaladas en filas muy juntas. Las esferas redondas de las farolas eran de un blanco nacarado y brillaban como la luz de la luna sobre la nieve recién caída. Era una vista indescriptible. Se oía música proveniente de algún parque lejano; la melodía de un violín flotaba en el aire vespertino.

Elena se detuvo al llegar a la mitad de las farolas y tocó una de las columnas metálicas, inclinando la cabeza hacia atrás para contemplar las luces y el cielo que se oscurecía.

—He estado en la oscuridad muchas veces.

Dimitri le cogió el rostro y la giró hacia él.

—Nunca estás en la oscuridad.

Dimitri cogió una de sus manos y la apoyó sobre su pecho, por encima de su corazón. Podía sentir el leve pero constante latido bajo su palma.

—La luz proviene de tu interior, y tú *siempre* brillas —su voz grave y el suave retumbo de su acento se estaban volviendo agradables de oír en lugar de inquietantes.

Se recostó contra la farola y miró fijamente la boca de Dimitri. El repentino deseo de su beso la dejó mareada y confundida. Su mano seguía sobre su pecho, y curvó ligeramente los dedos, luchando contra el impulso de sujetarlo por los hombros y aferrarse a él.

—¿Me besarías? —preguntó finalmente.

Él le cogió la nuca mientras se inclinaba.

—No puedo pedir un regalo mayor que ese —dijo mientras bajaba la cabeza hacia la de ella.

Ese roce de labios fue fuego y luz, disipando las sombras que se arrastraban dentro de ella, amenazando con impedirle volver a vivir. La presencia sanadora de este hombre era tan poderosa que era como si hubiera descubierto una medicina milagrosa que podía curarla, y deseaba desesperadamente poder guardarla para siempre. Los recuerdos de otras manos, de otro cuerpo que la había herido,

golpeaban la caja mental en la que los había encerrado. Pero no tenían poder sobre ella cuando estaba en los brazos de Dimitri.

Él profundizó el beso. Los labios de Elena se abrieron, y ella rodeó su cuello con un brazo, acercándose mientras juntos vencían sus miedos. Mientras estuviera con él, tenía la esperanza de poder sanar.

❄

Viktor permanecía junto a una mesa de picnic, comiendo un burrito de uno de los camiones de comida. Cuando terminó, caminó hacia la instalación *Urban Light*, frente al Museo de Arte del Condado de Los Ángeles. Justo frente a él, a unos doscientos metros, estaba su objetivo. Había seguido sus movimientos hasta una casa en Malibú esa tarde y había esperado a que el coche saliera. Era bueno siguiendo sin ser visto, aunque casi había perdido el vehículo en dos ocasiones. Sin embargo, no había esperado que ella estuviera acompañada. Aunque no importaba. Solo sería un cuerpo más del que ocuparse cuando llegara el momento. Todo lo que tenía que hacer era esperar la oportunidad adecuada.

Se acercó lentamente a las farolas iluminadas donde estaba la joven. Ella atrajo a su acompañante hacia sí, y ambos comenzaron a besarse.

Viktor resopló. Esto era casi demasiado fácil.

La camisa del hombre se tensó en su espalda cuando se inclinó, y el leve indicio de una forma rígida en la parte baja de su espalda hizo que Viktor se quedara inmóvil. El acompañante de la mujer llevaba un arma. Eso complicaba las cosas.

Reanudando su movimiento, pero más despacio, Viktor sacó su teléfono del bolsillo y empezó a tomar fotos de la instalación de luces, actuando como cualquiera de los muchos turistas que merodeaban por allí. Cambió de posición una y otra vez, tomando fotografías cada vez, hasta que logró acercar el zoom al rostro del hombre que estaba con Elena Allen. Había algo familiar en él, pero no lograba identificarlo. Envió la foto a sus contactos en Moscú,

pidiéndoles que realizaran un reconocimiento facial. Iría tras la chica pronto, pero primero necesitaba saber a qué se enfrentaba. Quizá no sería tan fácil matarla como había pensado al principio.

CAPÍTULO 7



Elena estaba más que nerviosa cuando ella y Dimitri regresaron en coche a la casa de Royce. No ayudaba que ahora estuviera completamente despierta. Haber dormido a horas extrañas durante el día hacía que conciliar el sueño en este momento pareciera imposible.

—Creo que voy a dar un paseo por la playa —dijo al entrar en la casa. Dimitri dejó las llaves en un cuenco de vidrio junto a la puerta y la miró con una expresión indescifrable que no le gustó nada.

—Quédate donde pueda verte desde el patio —respondió él, y estaba claro que era una orden.

—No te estoy desafiando, pero ¿por qué? Si Vadym está muerto, ya no debería estar en peligro, ¿verdad?

Durante un largo momento, él no respondió.

—Vadym está muerto, pero no confío en nadie ni en nada cuando se trata de tu seguridad.

—Eso suena un poco paranoico.

Él la miró fijamente, con los labios tensos.

—Si hubieras crecido como yo, si hubieras visto lo que yo he visto, sabrías que el peligro puede estar en cualquier parte.

—Lo sé —le recordó Elena—. Y nada es peor que lo que Vadym me hizo pasar, ni siquiera la muerte —pasó junto a él y salió al patio, donde se quitó los zapatos y bajó las escaleras de piedra hacia la

playa. La luz de la casa caía en cascada sobre la arena, tiñendo todo en tonos monocromáticos.

La brisa salada del mar despejó su mente y le permitió pensar. Iba a dormir con Dimitri esta noche. *Solo dormir.* ¿Eso lograría generar la confianza que esperaba? Tenía que hacerlo. Ya se había quedado dormida en su presencia algunas veces. Había algo en él que la calmaba lo suficiente como para confiar… pero ahora intentaría hacerlo a propósito. Eso cambiaba las cosas.

Dirigió la mirada hacia el agua y jadeó al ver una aleta asomar a la superficie. Un momento después apareció otra. *¡Delfines!* Se adentró en la orilla poco profunda, observándolos a unos cincuenta metros mientras jugaban en el agua iluminada por la luna. Algo en ellos la llenó de paz. Eran criaturas puras, llenas de bondad y dispuestas a proteger a quienes amaban, incluso a algún humano ocasional. Le recordaban que aún había bondad en el mundo. No todo era oscuridad y sufrimiento. Elena permaneció en la playa unos quince minutos más antes de subir de nuevo a la casa.

Dimitri estaba en la oficina que ella suponía pertenecía a Royce, ya que en una de las paredes había estanterías con una colección de hojas fosilizadas. Él no reaccionó cuando ella asomó la cabeza por la puerta. Estaba concentrado en su computadora, leyendo algo.

—Voy a subir a dormir. Si todavía quieres… hacer lo que hablamos, puedes reunirte conmigo cuando quieras —lo dijo con aparente seguridad, pero por dentro su alma temblaba ante la idea. Era una locura. Parte de ella sabía que pensar que un completo desconocido podía sanarla era una idea descabellada. Era aún más insensato confiar lo suficiente como para dormir con él. Pero justo ahora estaba desesperada por sentir algo, cualquier cosa que no fuera miedo, y Dimitri despertaba una docena de emociones en ella cada vez que entraba en una habitación. Ninguna de ellas era miedo.

Levantó la mirada hacia ella, y sus ojos se encontraron.

—Dulces sueños, *kiska*. Iré contigo pronto.

Si eso no la hacía derretirse… algo tan dulce que la antigua Elena se habría reído, pero ahora le encantaba que alguien quisiera desearle dulces sueños. Sin mencionar la promesa implícita de que

iría a su habitación. *Solo para dormir*, se recordó a sí misma… pero aun así, su imaginación —la parte de ella que deseaba amor y pasión—, comenzaba a despertar de su largo letargo.

Se detuvo justo dentro de su dormitorio y permaneció allí un momento, insegura. Vadym la había obligado a dormir desnuda en el suelo, y la había condicionado a obedecer esa regla, pero ya no tenía que vivir así. Sin embargo, una parte de ella todavía necesitaba reglas que seguir. Las reglas casi siempre eran seguras. Cuando obedecía, nada demasiado terrible le sucedía… al menos no de inmediato. Elena no quería sentirse así, pero la necesidad de reglas seguía ahí, como un zumbido ansioso en el fondo de su mente.

Sacudiéndose los pensamientos, se cambió a unos shorts de algodón y una camiseta demasiado grande. No era algo sexy —no quería algo sexy—. La comodidad era lo importante. Luego apartó las sábanas y se metió en la cama. Seguía siendo demasiado suave, pero recordó que Dimitri había dicho que no podía dormir en el suelo. *Una regla.* Eso facilitaba las cosas. Se movió un poco, intentando acomodarse, pero no era fácil cuando no estaba completamente agotada.

Estaba casi dormida cuando Dimitri abrió la puerta de su habitación y entró en silencio. La brillante luz de la luna lo iluminó cuando se detuvo junto a la cama. Se desabrochó la camisa, y los ojos de Elena se fijaron en el movimiento, fascinados.

—No estás dormida —dijo suavemente.

Ella negó con la cabeza.

—Todavía no me acostumbro a la cama —se giró boca arriba para mirar el techo. No estaba segura de cuánta ropa se quitaría él, y se sentía un poco culpable por querer mirarlo cuando no iba a pasar nada. Las sábanas se movieron cuando él se acomodó a su lado en el colchón. Había suficiente espacio para ambos, incluso cuando ella ocupaba el centro de la cama.

—¿Prefieres algún lado en particular, o…?

Una leve risa vibró en su pecho e hizo temblar ligeramente la cama. Luego se giró de lado para mirarla.

—*Kiska*, eres adorable.

Estaban a apenas treinta centímetros de distancia, y aun así parecía existir un abismo entre ellos. Elena quería estar más cerca. Él apoyó la cabeza en una mano, y las sábanas se deslizaron hasta quedar en su cintura, permitiendo que sus ojos se deleitaran con la vista de su torso desnudo. Era fuerte, poderoso, y eso debería haberla aterrorizado, pero no lo hizo.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, señalando una cicatriz abultada en su hombro izquierdo.

—Una herida de bala. Es antigua.

—Una herida ahí causaría un daño importante, ¿no? ¿Qué pasó? —observó la zona, preguntándose qué circunstancia terrible había provocado esa lesión.

—Así fue. Tuve que someterme a dos cirugías distintas para reparar el daño en los nervios. Ahora ha recuperado alrededor del noventa y cinco por ciento de su fuerza.

—¿Cómo ocurrió? ¿Puedes contármelo?

Dimitri cogió su mano y la sostuvo entre las suyas. Luego la colocó sobre su pecho, alentándola en silencio a tocarlo.

—Es una historia larga y bastante sombría. ¿Estás segura de que quieres escucharla?

—Sí —extrañamente, la idea de una historia que quizá no tuviera un final feliz no la desanimaba. Había sufrido tanto que sentía que podía soportar un poco más, aunque fuera escuchar el dolor de alguien más.

—Era muy joven cuando murió mi madre, como te conté, pero lo que no te dije es que yo estuve allí cuando la mataron…

El estómago de Elena se contrajo. Tal vez no estaba preparada para oír aquello.

—Mi madre no creía en el gobierno soviético.

—Quieres decir que estaba en contra del Partido Comunista.

—Sí. Estaba entregada al pueblo de Rusia y a una forma de vida que nos fue arrebatada. Ella… —dudó un instante—, realizaba ciertas tareas, entregaba cosas, si entiendes a lo que me refiero.

Elena estaba bastante segura de entender. La madre de Dimitri había sido espía.

—Una noche, cuando mi madre me llevaba a casa desde el mercado… —sus ojos azules se oscurecieron—, habíamos pasado horas en la fila para conseguir comida. Aquellos tiempos eran duros. Y, en realidad, las cosas siguen siendo difíciles ahora, incluso peores en muchos sentidos. Recuerdo el olor del pan. Era tan tentador, y mi estómago no dejaba de rugir. Tenía los ojos cerrados. Escuché el sonido de pasos apresurados acercándose, y entonces mi madre hizo un ruido, un suave gemido, mientras se desplomaba al suelo a mi lado. Estaba oscuro, justo después del atardecer, y recuerdo haber mirado hacia atrás y haber visto a un hombre con un abrigo oscuro alejarse corriendo. Al principio no entendí qué había pasado. Me volví hacia mi madre. Estaba tendida boca abajo sobre el concreto, con las puntas de los dedos de una mano tocando la llanta trasera de nuestro coche. Dejé caer la bolsa de la compra para poder arrodillarme a su lado. Recuerdo eso con una claridad terrible…

Elena apenas podía respirar. Estaba allí con él, atrapada en la pesadilla de su pasado que se iba desplegando lentamente.

—Le habían cortado la garganta. La sangre brotaba, espesa y oscura, manchando las puntas de mis zapatos —la voz de Dimitri no vaciló; era como si hubiera contado aquella historia mil veces y, sin embargo, Elena se preguntó si realmente lo había hecho. Por la expresión abierta y dolorosamente sincera de sus ojos, pensó que quizá era la primera vez que pronunciaba esas palabras para alguien que no fuera él mismo—. Corrí tras el hombre… no sé muy bien por qué. La mayoría de los niños de mi edad se habrían quedado junto a su madre. Pero yo me lancé tras él y me aferré a su pierna cuando llegó a su coche. Se giró hacia mí, sorprendido al ver que un niño lo estaba reteniendo. Me golpeó, pero no lo solté. Entonces sacó una pistola con silenciador de su abrigo, la presionó contra mi hombro y disparó.

—¿Le disparó a un niño? —Elena casi se incorporó al sentir una nueva oleada de horror.

—Dolió terriblemente. Perdí el conocimiento y desperté una hora después en un hospital. A mi padre le tomó casi medio día encontrarme. El asesinato de mi madre quedó enterrado en la

burocracia, e incluso mis registros médicos fueron modificados para decir que la causa de mi herida era desconocida.

—¿Qué? ¿Por qué cambiarían algo así?

Dimitri aún sostenía su mano y continuaba manteniéndola contra su pecho.

—Cuando un gobierno desea controlar a la gente, no solo silencia las voces de la oposición… las *borra*. El gobierno ruso es experto en presentar la eliminación de la verdad como algo positivo, llamándolo progreso social y político, cuando en realidad borrar la historia es todo lo contrario al progreso. Aunque eso ponga en peligro a quienes amo, me opongo a esa ideología cada día —dejó escapar un suspiro cansado—. Incluso ahora, esas ideas se extienden más allá de las fronteras de Rusia… incluso aquí… —no dijo nada más, pero ella comprendió. El mundo había empezado a cambiar en los últimos años, y no precisamente para bien.

Saber que Dimitri no tenía miedo de luchar, aunque fuera una batalla que probablemente perdería, le reveló algo importante sobre él. Era leal a las personas y a las causas en las que creía.

—¿Qué pasó después de que ella murió? —Elena movió las puntas de sus dedos sobre su pecho, y él le permitió explorarlo. Había una sensación de seguridad en él, y en la manera en que ella podía hablar de cosas difíciles mientras lo reconfortaba con su toque.

—Perder a mi madre casi destruyó a mi padre. Pasó diez años intentando encontrar al hombre que la mató y que casi me mata a mí. Pero cuanto más se hundía en su dolor y en su deseo de venganza, más olvidaba que yo seguía vivo… que todavía necesitaba un padre —había dolor en su voz, pero era imposible ocultarlo en sus ojos.

—¿Él está…?

—¿Vivo? No. Murió en la explosión de un coche bomba cuando logró localizar al asesino de mi madre. Por lo que otros me han contado, tuvo una única oportunidad de acabar con ese hombre, pero el detonador remoto de la bomba falló. Eligió activarla manualmente. Se escondió en la parte trasera del coche de su objetivo y esperó.

Elena no quería imaginarlo, y aun así podía hacerlo. Él habría parecido una versión mayor de Dimitri, oculto en la parte trasera del automóvil, esperando, con el corazón latiendo con fuerza mientras decidía morir para vengar el asesinato de su esposa, en lugar de seguir con vida por su hijo.

—Por eso tengo miedo de intentar darte lo que me pides —dijo Dimitri.

—¿Qué quieres decir?

Él cerró los ojos, y ella se distrajo contando sus largas pestañas, que se extendían como un abanico sobre sus mejillas.

—Hay una oscuridad dentro de mí, *kiska*. Mi vida ha estado llena de dolor. Eso me ha moldeado de una manera que me hace necesitar cosas que no puedo pedirte. Tú no estás hecha para mi oscuridad.

—¿No crees que yo también tengo oscuridad en mí? —preguntó en voz baja. Su mano había descendido hasta la parte baja de su abdomen y se detuvo allí, descansando sobre la firme perfección de su vientre.

—Tú eres luz, pura y brillante. No hay oscuridad en ti —Dimitri lo dijo con tal convicción que la sorprendió.

—Estás equivocado. Déjame demostrártelo —se incorporó en la cama—. Antes de Vadym… antes de que me capturara, yo no era una virgen protegida que soñaba con príncipes de cuentos de hadas. Tenía deseos, Dimitri, deseos que se parecen mucho a los tuyos.

Ante eso, él también se incorporó.

—No, *kiska*. No tienes que demostrarme nada —gruñó las palabras mientras su lado dominante comenzaba a salir a la superficie.

Elena controló su respiración, que de pronto se había acelerado.

—Tal vez necesito demostrármelo a mí misma —salió de la cama y dejó la habitación. Entró en el dormitorio contiguo, el de él, y encontró lo que buscaba antes de regresar. Dimitri también se había levantado y estaba de pie en el umbral de su puerta. Sus ojos se posaron en lo que ella sostenía en la mano: una corbata de seda gris. Extendió la mano, ofreciéndosela.

—*Kiska*… —advirtió con esa voz tan adictiva.

—Solo quiero intentarlo. Solo la restricción… —quería que fuera él quien la sujetara, quien tuviera el control. Si podía confiar en él y en la experiencia, significaría un gran progreso para ella.

Elena presionó la corbata contra su pecho. Luego lo rodeó y regresó a la cama. Se acomodó y se recostó boca arriba, esperando. Él se giró lentamente, y la corbata de seda comenzó a brillar en tonos pálidos y plateados bajo la luz de la luna que se filtraba por la pared de ventanas frente al mar.

Él enrolló la corbata alrededor de su mano, tensando la tela. Era similar a lo que Vadym solía hacer con un cinturón de cuero. Su corazón golpeaba con fuerza contra su pecho, pero no apartó los ojos de Dimitri. Él no era Vadym, y cuando estaba cerca de ella, se sentía como se suponía que debía sentirse una mujer cuando estaba con el hombre que deseaba.

Se acercó a la cama, con nubes de tormenta aún reflejadas en sus ojos. Incluso en esa acción tan simple, ella se sintió hipnotizada por su poder puro y dominante.

—Ven aquí —señaló el borde de la cama. Elena se incorporó y se movió hasta el borde, dejando que sus piernas colgaran hacia el suelo—. Las manos —su tono era suave, pero no admitía discusión, justo como sonaría un Dom en sus fantasías más profundas y secretas.

Elena extendió las muñecas, y Dimitri desenrolló la corbata de su puño cerrado. Luego comenzó a envolver la seda alrededor de sus muñecas, atándolas juntas. Ajustó la corbata lo suficiente para mantener sus manos unidas, pero cuando terminó de anudar la tela, ella aún podía sentir que la sangre circulaba con normalidad. Vadym nunca… Sacudió la cabeza para apartar cualquier pensamiento sobre ese hombre. Ahora estaba con Dimitri, y eso era lo único que importaba.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él—. ¿Rojo, amarillo o verde?

Esas palabras eran mucho más fáciles de usar mientras su mente estaba inundada de pensamientos y sensaciones.

—Verde…

—No suenas muy segura —se sentó a su lado en la cama.

—Verde con un toque de amarillo —aclaró ella—. ¿Podríamos… intentar un poco más? —su corazón latía con fuerza mientras su mente asimilaba lo que su cuerpo deseaba.

—¿Cuánto más?

Ella se mordió el labio. Era muy vergonzoso explicar lo que quería. Un buen Dom habría sabido simplemente actuar y permitirle frenar las cosas cuando llegara a un punto para el que no estuviera preparada. Pero sus circunstancias estaban muy lejos de ser normales para ambos.

—Eh… ¿y si simplemente seguimos, y yo te digo cuando sea demasiado?

Las cejas de Dimitri se fruncieron en un gesto de desaprobación. Parecía no gustarle la idea, pero Elena no quería detenerse. A la luz del día, jamás habría sido capaz de pedirle algo así, pero la noche le había devuelto un poco de poder, y no quería desperdiciarlo.

—Por favor, Dimitri.

Él sostuvo sus manos atadas y acarició suavemente el dorso de sus nudillos con ligeras caricias.

—No debería aceptar esto —murmuró, más para sí mismo que para ella.

—Necesito ver hasta dónde puedo llegar.

Finalmente respondió con un lento asentimiento y se levantó de la cama.

—¿Adónde vas?

Él estaba ya en la puerta cuando respondió:

—Iré por más corbatas.

CAPÍTULO 8



Elena contuvo la respiración cuando Dimitri regresó a su habitación con más corbatas de seda. Las arrojó sobre la cama antes de inclinarse frente a ella y ayudarla a ponerse de pie, tirando suavemente de sus muñecas atadas. La condujo hasta las ventanas de vidrio que daban al mar.

—Mira el océano —ordenó, y luego se colocó detrás de ella. Pequeños temblores de aprensión recorrieron su cuerpo. No le gustaba tener la espalda expuesta.

—Dimitri…

—*Kiska*, usarás rojo, amarillo o verde cuando haga algo que provoque una reacción fuerte en ti, buena o mala, ¿entiendes?

Ella asintió.

Él rodeó su cintura con una mano.

—¿Vadym te ordenaba llamarlo *amo*?

Se estremeció ante los recuerdos viles y degradantes que resurgieron.

—¿Cómo preferirías llamarme cuando nos encontremos en este juego? —las palabras de Dimitri eran tan sedosas como las corbatas que ataban sus muñecas.

—Señor —respondió Elena. Siempre le había gustado esa palabra. Era respetuosa y, al mismo tiempo, seguía siendo parte del juego.

—Entonces, desde ahora hasta que terminemos esta noche, me llamarás *señor* —la mano en su cintura la mantuvo quieta. Sus dedos largos y fuertes la sujetaban mientras se acercaba más a ella desde atrás. El calor de su pecho desnudo calentó su espalda a través de la camiseta que llevaba puesta, haciéndola sentirse casi desnuda—. Ahora mira el océano y dime cómo te sientes —esa fue su única advertencia antes de que presionara sus labios contra su oreja en un beso ligero y sensual.

—V-verde… —susurró. Su boca descendió hacia el punto sensible justo detrás de su oreja. Elena se estremeció cuando una oleada de excitación la atravesó. Ese lugar siempre había sido su mayor debilidad.

—¿*Kiska*? —gruñó antes de rozar ese punto con los dientes y deslizar la lengua sobre él. Olas de deseo recorrieron su cuerpo, imparables, dejándola desesperada por más.

—Verde, verde, verde… —jadeó tan rápido que sonó como un canto frenético.

Dimitri soltó una risa suave. La mano que tenía en su cintura se movió hasta sostener sus manos atadas, rodeando sus muñecas con sus dedos.

—Ahora estás bajo *mi* poder, *kiska*. Te sostengo en mis manos —esas palabras deberían haberla aterrorizado, pero no fue así.

Él esperó su respuesta, y ella susurró:

—Verde.

Solo entonces continuó. La presionó con más firmeza contra la ventana, su cuerpo cubriéndola por detrás, encerrándola en su calor. Sintió su excitación presionarse contra la curva de sus nalgas. Ambos llevaban ropa allí —sus shorts y la ropa interior de Dimitri—, pero no importaba; juraría que podía sentir cada centímetro de esa parte tan masculina de él. ¿Iría demasiado lejos y la reclamaría? El pensamiento la asustó, pero no tanto como habría esperado.

—¿Te gusta saber que me perteneces? ¿Que estás a salvo en mis brazos?

—Sí, señor —se sentía segura, y no tenía ningún sentido lógico. Después del infierno que había vivido, debería tener demasiado miedo como para desear esto otra vez. Pero ¿no merecía recuperar

su vida? ¿No incluía eso también sus deseos físicos? No debía permitir que Vadym destruyera lo que había amado del sexo: la dominación sin dolor, la guía suave que un buen Dom, atento y cuidadoso, podía darle, para no sobre pensarlo como lo estaba haciendo ahora…

Él besó su cuello otra vez.

—Estás pensando demasiado. Solo estamos nosotros dos en esta habitación, ¿entiendes?

Elena se mordió el labio y asintió. Eso era lo que necesitaba. Él podía ayudarla a concentrarse en lo que deseaba… solo esto, solo ellos dos. Como recompensa, la giró lo suficiente para apartarla un poco de la ventana y reclamar sus labios con los suyos. Su boca creaba magia; ese beso lento, juguetón y provocador hacía que todos los demás pensamientos desaparecieran. Solo existían este hombre, esta habitación, este beso. Pero necesitaba más, necesitaba sentir lo que no había sentido en más de dos meses.

Se movió inquieta, tirando de sus muñecas, y él intensificó su agarre, recordándole en silencio quién tenía el control de su cuerpo.

—Por favor, señor, necesito…

—Sí, *kiska*, ¿qué necesitas?

—Necesito correrme… por favor… —era tan fácil, tan natural pedírselo, que si hubiera estado pensando con claridad, se habría preguntado por qué. Pero estaba demasiado perdida en su deseo justo ahora.

—¿Por favor qué? —él mordió suavemente el punto sensible entre su cuello y su hombro, como un lobo sujetando a su pareja. Ese pensamiento salvaje solo intensificó la punzada aguda de su excitación. Apretó los muslos, pero no fue suficiente.

—Por favor, señor, por favor use su mano para hacer que me corra—no estaba preparada para nada más que eso, pero aun así sería una victoria que nunca pensó volver a tener.

La risa sensual de Dimitri casi la hizo sonreír también.

—Porque lo has pedido con tanta dulzura, no puedo negarme —convirtió ese juego oscuro y erótico en algo dulce y *seguro.* Lo convirtió exactamente en lo que Elena más necesitaba.

Continuó besando su cuello mientras deslizaba uno de sus pies entre los de ella, obligándola a separarlos un poco más. Luego dejó que una gran palma recorriera su cuerpo, rozando sus clavículas, después sus pechos, y descendiendo hasta su vientre suave. Sus dedos se deslizaron bajo la cintura de los shorts y la ropa interior que llevaba. Aunque su mano era suave, ella sintió el áspero roce de sus dedos contra su piel. Sus manos eran fuertes, testimonio de una vida vivida intensamente. Se sentía increíble. Cuando sus dedos alcanzaron la parte superior de su monte de Venus, la mano que sujetaba sus muñecas atadas se movió ligeramente, ajustando su agarre.

—¿Y ahora, *kiska*?

—Verde —susurró, conteniendo el aliento mientras él deslizaba los dedos por sus pliegues, que ya estaban húmedos de deseo.

—Bien. Me dirás si eso cambia.

—Sí, señor —Elena deseó que existiera un color mejor que el verde cuando él separó sus pliegues y recorrió la piel sensible con sus dedos. Sus piernas temblaron y dejó escapar un leve gemido.

—¿Estás lista para que te toque?

Ella asintió con urgencia. Necesitaba su contacto para borrar los recuerdos de todos los demás que habían estado antes. Deseaba que solo él volviera a tocarla.

—Sí… Oh, Dios, por favor… —echó la cabeza hacia atrás cuando deslizó un dedo dentro de ella. Se tensó, pero Dimitri murmuró suaves palabras de consuelo en su oído, elogiando su valentía, su coraje, su belleza y lo mucho que lo complacía. Movió el dedo dentro y fuera lentamente al principio, permitiéndole acostumbrarse a la sensación—. Por favor, señor, más fuerte.

No tenía miedo. Quería que él la llevara hasta el límite, y en este momento no necesitaba suavidad.

—Qué chica tan traviesa, *kiska* —la provocó. En lugar de asustarla con la amenaza de castigo, la recompensó con placer. Añadió un segundo dedo, abriéndola un poco más, y luego movió la mano con mayor rapidez, con sus largos dedos hundiéndose profundamente en su húmeda necesidad.

Tan cerca… muy cerca… Ella estaba a punto de lograrlo. Lágrimas de frustración nublaron sus ojos cuando, de pronto, temió que quizá nunca volvería a alcanzar el clímax.

—Eres mía, para siempre, *kiska*. Siempre unida a mí —gruñó Dimitri.

Fue esa promesa posesiva la que la llevó al límite. Jadeó, demasiado abrumada para gritar, mientras una ola de éxtasis la atravesaba con fuerza, devastándola. Sus piernas cedieron y se desplomó contra el cristal de la ventana. Dimitri la sostuvo, con sus dedos aún dentro de ella, pero ahora con suavidad, prolongando su orgasmo y provocando pequeñas réplicas que hicieron que su cuerpo temblara de placer hasta que quedó tendida en sus brazos. Entonces la levantó y la llevó hasta la cama. Aturdida, permaneció quieta mientras él desataba sus manos y masajeaba sus muñecas.

Apartó el edredón y la acomodó bajo las mantas. Quedó envuelta en calor y una suavidad exquisita y, de pronto, todo fue demasiado abrumador. Comenzó a llorar en sollozos profundos y entrecortados. Él se acostó a su lado, rodeando su cuerpo con el suyo, sosteniéndola mientras atravesaba esa montaña rusa de emociones hasta que estuvo demasiado cansada para hacer otra cosa que alzar la mirada un par de veces y frotar su rostro contra el pecho de Dimitri.

—Has sido muy valiente esta noche, *kiska*. Esas son lágrimas de alegría. Esta noche has recuperado tu deseo y tu placer. *Tú* lo lograste. ¿Lo entiendes?

Elena asintió, demasiado cansada para hablar, pero él tenía razón. Sus lágrimas eran de alivio y felicidad. Ya no era la cautiva de Vadym. Su cuerpo estaba volviendo a ser suyo.

❄

Viktor Ivanoff revisó las cremalleras de su traje de neopreno negro. Estaba sentado en el borde de una pequeña lancha a motor, anclada a media milla de la costa frente a una hilera de costosas casas de

playa en Malibú. Consultó su reloj. Era casi medianoche. Esperaría un poco más y luego iría a tierra.

El teléfono desechable vibró sobre el asiento a su lado. Lo cogió.

—¿Sí?

—La foto que enviaste no arrojó ninguna coincidencia.

—¿Estás seguro?

—Completamente. La mujer debió de conocerlo en Moscú. Era una de las pequeñas prostitutas de Vadym Andreikiv. Ya sabes cómo son esas mujeres. Probablemente pasó al siguiente hombre después de que Vadym fuera asesinado.

Viktor conocía bien el expediente de Vadym. Tras su misterioso envenenamiento, el Kremlin había considerado una posible relación con una serie de desapariciones de varios jefes de la mafia rusa en los últimos seis meses. Lo único que diferenciaba a Vadym era la naturaleza pública de su muerte. Los otros hombres simplemente habían desaparecido, dejando sus operaciones en el caos. Su mano derecha, Jov Tomenko, había enloquecido y había disparado contra unos estadounidenses mientras huían hacia la embajada de Estados Unidos en Mongolia, lo que a su vez provocó que los Marines estadounidenses lo abatieran. Pero Vadym tenía otros hombres a su servicio que se habrían llevado a Elena Allen y la habrían matado después de usarla. Sin embargo, de alguna manera había logrado escapar y abandonar el país. ¿Esa era la razón por la que ahora ella era el nuevo objetivo de Viktor? ¿Ella había visto u oído algo que no debía mientras estaba con Vadym?

Viktor había sido entrenado para no hacer preguntas, pero esta misión lo inquietaba. No tenía reparos en matar a la mujer, pero no le gustaba percibir que había un problema mayor en juego sin haber sido informado al respecto.

—Termina con ella y envía un informe, luego regresa a Moscú.

Viktor colgó, guardó el teléfono en un bolsillo impermeable dentro de su traje de neopreno, y luego cogió su tanque de aire, la máscara de buceo y las aletas. Cuando estuvo listo, se dejó caer hacia atrás por la borda de la lancha y se hundió en el agua oscura, dirigiéndose hacia la costa.

❄

Dimitri sostuvo a Elena en sus brazos durante largo tiempo. Dormía como si fuera a descansar durante mil años, y por eso él se alegraba. Esta noche ella había demostrado que poseía un alma que la oscuridad no podía conquistar. La pequeña llama había crecido hasta convertirse en un fuego vigoroso, pero aún quedaba un largo camino por recorrer para reavivar su pasión.

Aun así, Dimitri tenía esperanza. Ella había progresado enormemente en apenas unos días, más de lo que él había imaginado. Sin embargo, debería tener cuidado de no presionarla demasiado ni demasiado rápido. Cualquier error podría hacer que volviera a derrumbarse. Eso era lo último que cualquiera de los dos deseaba.

Presionó sus labios contra la mejilla de Elena y cerró los ojos. Intentó no pensar en su propia reacción esta noche. La había reclamado; era suya para siempre… pero ¿podría ella soportar un "para siempre" con un hombre como él? Involucrarse en estos juegos para que ella volviera a sentirse cómoda en su propia piel era una cosa, pero compartir su vida con un hombre que tenía deseos oscuros y un futuro aún más oscuro… eso sería demasiado para cualquier mujer. Por eso nunca se había establecido con nadie. Si se atrevía a amar a una mujer lo suficiente como para casarse con ella, para construir una vida juntos, solo la condenaría a una existencia llena de mentiras y peligro. Nunca estaría verdaderamente a salvo. Esa vida había matado a sus padres. No podía permitir que también reclamara la vida de la mujer que amaba. Y aun así, incluso sabiendo todo eso, no podía evitar desear una vida diferente, una que pudiera compartir con Elena.

Era ya pasada la medianoche cuando sintió la necesidad de levantarse. Besó a Elena en la frente y salió de la cama con cuidado. Después de ir al baño, regresó a la habitación y se detuvo un momento a contemplar el mar iluminado por la luna. No lograba librarse de la inquietud que sentía en su interior. ¿Estaba siendo paranoico? Tal vez era solo porque alguien como Viktor Ivanoff

estaba allí. No creía en las coincidencias. Habían ocurrido demasiadas cosas en su vida como para pensar que este tipo de situaciones sucedían simplemente por azar.

Se giró de nuevo hacia la cama donde Elena dormía, y su corazón se contrajo en su pecho. Era una locura desearla, anhelarla por completo como lo hacía. Sabía mucho sobre ella, pero esos eran datos organizados en un expediente. Quería conocer todo aquello que su red jamás podría descubrir. ¿Con qué soñaba cuando esos sueños no estaban contaminados por pesadillas? ¿Qué la inspiraba en su vida diaria? ¿Cuáles eran sus libros favoritos? ¿Qué lado de la cama prefería realmente? ¿Le gustaba hacer ejercicio? ¿Disfrutaba de la playa tanto como él? Se sentía como un adolescente ingenuo, queriendo saberlo todo, y ese era precisamente su problema. Debería mantener la cabeza fría y no comportarse como un tonto enamorado.

La tentación de volver a la cama con ella era casi insoportable. En lugar de eso, abrió la puerta del balcón y salió a la terraza de piedra. Había suficiente luz como para ver claramente la arena. Estaba inmaculada, sin marcas, mientras la marea subía… casi por completo. Se inclinó un poco más sobre la barandilla del balcón para observar mejor. Un escalofrío lo recorrió. Unas huellas salían del agua en dirección a la casa de playa.

❄

Leo Antonov estaba recostado en su silla, con los pies apoyados en el borde de su escritorio mientras sostenía una pelota de béisbol en una mano. Las pantallas de su computadora mostraban el progreso de un análisis profundo de la sangre de Elena Allen, que había llegado por mensajería privada una hora atrás. Ahora solo tenía que esperar a que terminaran las pruebas.

Nicholas llamó a sus espaldas:

—¡Lánzala!

Leo arrojó la pelota por encima de su hombro sin mirar, y escuchó la risa de Nicholas.

—¿Cómo va la ciencia?

Leo bajó los pies del escritorio y giró en la silla.

—El análisis de ADN debería terminar pronto. Entonces, ¿cuándo regresaste?

Nicholas se encogió de hombros.

—Justo ahora.

Leo, Maxim y Nicholas habían vivido en la pequeña casa señorial a las afueras de San Petersburgo durante los últimos diez años, desde que el antiguo palacio junto al lago había sido abandonado y los restos del Ejército Blanco se habían ocultado. Dimitri también vivía con ellos cuando estaba en la ciudad, pero por lo general pasaba la mayor parte de sus misiones en París o Moscú. Solían bromear diciendo que eran los cuatro mosqueteros, como los héroes del libro de Alexandre Dumas.

Nicholas se dejó caer en un sofá y lanzó la pelota al aire. Era una de las posesiones favoritas de Leo. Había atrapado una pelota nula en el Wrigley Field cuando asistió a un partido de los Chicago Cubs durante el año que estuvo en Estados Unidos por una misión.

—¿Dónde está Maxim? —preguntó Leo.

De nuevo, Nicholas se encogió de hombros.

—Afuera.

Los labios de Leo se tensaron.

—Llámalo. Lo necesitamos aquí.

—¿Por qué? Solo vendrá con su actitud fatalista —Nicholas colocó los pies en el reposapiés. Era la oficina de Leo, pero desde que vivían allí, ese espacio se había convertido en un lugar de relajamiento para Maxim y Nicholas. Por lo general a Leo no le molestaba, pero esta noche estaba preocupado.

—Nick, hablo en serio… —el sonido de la computadora lo interrumpió, y se volvió hacia el escritorio para analizar los resultados. Había docenas de coincidencias llenando la pantalla, pero varias estaban resaltadas en rojo por el software de análisis.

Leo se quedó mirando la pantalla, con la mandíbula desencajada mientras olvidaba respirar.

—¿Leo? —la voz de Nicholas comenzó a atravesar el repentino zumbido en sus oídos.

—¡Nick, llama a Dimitri ahora! —apenas pudo pronunciar las palabras.

—Me estás asustando —Nicholas apareció repentinamente detrás de él, inclinándose por encima de su hombro—. ¿Qué es eso?

Leo señaló una línea en particular en la pantalla, marcada en rojo.

—Coincidencia del 12.5% —dijo Nicholas—. ¿Coincidencia con quién?

—Nick, llama a Dimitri. Esto es una emergencia.

Nicholas sacó su teléfono celular del bolsillo, marcó el número de Dimitri y activó el altavoz. La llamada pasó directamente al buzón de voz.

—Dimitri, devuélvenos la llamada. Código 78 —dijo Leo, y luego asintió hacia Nicholas, quien finalizó la llamada.

—¿Vas a decirme con quién coincide la sangre de Elena Allen? —preguntó Nicholas.

Leo negó con la cabeza.

—No lo vas a creer. Incluso me da miedo decírselo a Dimitri por teléfono.

Nicholas marcó el número de Maxim y le dejó el mismo mensaje con el Código 78.

—Tenemos que ir a Los Ángeles ahora mismo. Empaca una maleta —Leo codificó el archivo del análisis de ADN de la sangre de Elena de tal manera que solo él podría descifrarlo nuevamente.

—¿Tan grave es? ¿Y Maxim?

Leo apagó sus computadoras y extrajo el disco duro portátil.

—Puede reunirse con nosotros en el aeropuerto —guardó los discos en el comedor, bajo una tabla del suelo junto a la pared. Toda la habitación tenía placas metálicas bajo el piso para generar lecturas falsas si alguien intentaba escanear el lugar con dispositivos de detección. No podían correr ningún riesgo.

Dimitri estaba protegiendo una bomba de tiempo. Si no llegaban a tiempo, todo aquello por lo que habían sido criados para luchar no habría servido de nada.

❄

Elena despertó cuando se estiró y solo encontró la cama vacía. Dimitri se había marchado… justo después de que ella se permitiera abrirse a él. Su corazón se contrajo y se encogió sobre sí misma con un dolor profundo. Permaneció allí un largo momento, intentando concentrarse en respirar. Fue entonces cuando la más ligera brisa marina rozó su rostro.

Se incorporó y miró fijamente la puerta del balcón abierta. Apartó las mantas y salió de la cama para ir a revisar la terraza. Estaba vacía. Un escalofrío recorrió su cuerpo y cerró la puerta, asegurándola. ¿Por qué Dimitri había dejado la puerta abierta?

Algo se estrelló escaleras abajo, y ella se giró hacia la puerta con la intención de ver quién era. Pero se quedó paralizada. Un hombre estaba en la entrada, apuntándole con un arma. Era alto como Dimitri, pero mayor, quizá de unos cuarenta años. Tenía un rostro común que se perdería fácilmente en una multitud y unos ojos fríos y oscuros. Ella se pegó al cristal de la puerta del balcón cerrada.

—¿Quién eres? —susurró el hombre con acento ruso—. ¿Qué te hace tan especial?

Otro ruso. Otro hombre como Vadym. Él dio dos pasos dentro de la habitación. Se oyó otro sonido lejano de cristales rotos. Los ojos de Elena se desviaron hacia la puerta.

—A tu novio fue difícil derribarlo, pero esas balas en su pecho tarde o temprano le pasarán factura —dijo el hombre riendo ante su propio comentario. El estómago de Elena se revolvió.

No… por favor, no… Dimitri estaba herido. Muriendo. Y ella estaba sola. La pesadilla había regresado.

El hombre avanzó hacia ella y, antes de que pudiera huir, ya la tenía sujeta por el cuello.

—¿*Qué* te hace tan especial? —exigió de nuevo, estrujando su garganta mientras con la otra mano presionaba el cañón del arma contra su abdomen.

Las lágrimas nublaron su vista mientras intentaba apartar su mano de su cuello.

—No soy especial —jadeó—. No soy nadie.

—Entonces, ¿por qué mi gobierno quiere que mueras? —la sacudió como si fuera una muñeca de trapo, y su cabeza golpeó el grueso cristal de la puerta del balcón detrás de ella. El dolor explotó en la parte posterior de su cráneo, y puntos blancos invadieron su visión. Cada vez le costaba más respirar. El hombre apuntó el arma a su sien mientras se inclinaba sobre ella. Elena lo miró, sintiendo cómo su cuerpo perdía fuerza. Sus ojos se clavaron en los de ella, pero de pronto se abrieron más, y sus cejas se elevaron—. Te pareces… No… Eso es imposible…

Las manos de Elena cayeron a sus costados. Cuando sus dedos colisionaron contra el cristal de la puerta del balcón, tuvo una última idea. Deslizó el seguro detrás de ella y comenzó a abrir la puerta.

Por un momento, ella y el ruso quedaron suspendidos en el vacío. Luego él logró sujetarse, pero tuvo que soltarla para hacerlo. Elena cayó de espaldas, con el aire escapando de sus pulmones, mientras él se erguía sobre ella, mirándola con furia.

—Estúpida perra —murmuró mientras levantaba el arma otra vez.

—En realidad, es bastante inteligente —dijo alguien detrás de él. El hombre comenzó a girarse, pero entonces media docena de balas lo atravesaron, con un estruendo ensordecedor. Elena se cubrió los oídos y se hizo un ovillo en el suelo.

Un segundo después, el hombre se tambaleó y cayó al suelo. Su arma chocó contra el piso, quedando apenas fuera de su alcance. Elena se apresuró a cogerla, temiendo que pudiera levantarse otra vez. Dimitri emergió de las sombras de su habitación, con un arma en la mano. Con la otra se sujetaba el costado, y había sangre deslizándose por su mejilla.

—Dimitri —jadeó Elena. Él hizo una mueca de dolor al pasar por encima del cuerpo sin vida del hombre para coger el arma de su mano temblorosa. La arrojó sobre la cama y luego extendió su mano hacia ella, ayudándola a ponerse de pie.

—¿Te hizo daño? —Dimitri la atrajo más hacia él, rodeándola con un brazo en un abrazo feroz mientras mantenía la otra mano lista para disparar.

—No mucho. Pero tú… te disparó.

Dimitri se apartó un poco y desabotonó su camisa para mostrar un chaleco antibalas debajo.

—Sí, pero estaba preparado.

—¿Cuándo…?

—Te explicaré todo, *kiska*, pero primero debemos limpiar la escena e irnos. Alguien podría haber escuchado los disparos.

—¿Irnos? —miró aturdida el cuerpo que yacía en el suelo del balcón. ¿Qué harían con él?

—Sí. Vístete y ponte tus tenis de deporte y unos jeans cómodos. Prepara tu maleta —Dimitri la soltó y cogió los brazos inertes del hombre, arrastrándolo a través de la habitación y hacia el pasillo—. ¡*Kiska*, ahora! —el tono de Dimitri la sacó de su aturdimiento. En quince minutos, estaba vestida y con la maleta lista junto a la puerta. Él bajó las escaleras diez minutos después, con el rostro libre de sangre y ropa diferente.

—¿Dónde…?

—En el sótano.

—Pero ¿no irá alguien…?

Dimitri negó con la cabeza.

—Tengo amigos que se encargarán del asunto.

Elena se detuvo antes incluso de formular una pregunta. ¿Tenía amigos que podían deshacerse de un cadáver y limpiar la escena de un crimen?

—Debemos irnos.

La hizo atravesar la puerta con rapidez. Ella subió al coche, sintiéndose aún más insegura sobre su futuro. Las palabras de ese hombre ruso resonaban en su cabeza.

¿Por qué eres tan especial? ¿Por qué mi gobierno quiere que mueras?

CAPÍTULO 9



Las manos de Dimitri temblaban mientras aceleraba el motor del Aston Martin. Tendrían que abandonar el vehículo pronto, pero necesitaba hacer algunas llamadas para pedir ayuda, ya que no había planeado huir de esa manera.

Viktor Ivanoff estaba muerto. Eso era lo único bueno de todo esto. Dimitri miró de reojo a Elena, quien estaba en silencio, con los ojos fijos en la carretera frente a ellos. Apretó los dedos con fuerza sobre el volante al ver las marcas rojas de la violencia de Viktor en su cuello.

Casi la pierdo. El pensamiento le revolvió el estómago. Ella debía estar protegida, y él había llevado el peligro directamente hasta su puerta.

—¿Qué quiso decir? —preguntó ella finalmente, volviéndose hacia él.

—¿Qué?

—Dijo: "¿Por qué mi gobierno quiere que mueras?"

—¿Qué?

¿El hombre le había dicho a Elena que su gobierno quería *matarla*? La sorpresa lo sacudió, pero eso explicaba muchas cosas. Dimitri había dejado que el hombre creyera que estaba mortalmente herido después de recibir dos disparos en el pecho. Viktor debería haber intentado rematarlo con un tiro en la cabeza, algo para lo que

Dimitri estaba preparado, pero en lugar de eso había subido directamente las escaleras. Él había intentado romper algunas cosas para hacerlo bajar de nuevo, pero Viktor estaba concentrado en encontrar a su objetivo.

Dimitri giró por una calle lateral oscura y detuvo el auto.

—¿*Tú* eras el objetivo?

—Sí. Pero ¿por qué? ¿Por qué querría él…? Yo no… ¿Esto es por Vadym? Sabía que él tenía amigos en posiciones importantes, pero no pensé que vendrían tras de mí aquí, en Estados Unidos.

—Es posible. Quizás el gobierno supone que oíste o viste algo que podría perjudicarlos.

—Pero no fue así —insistió ella.

—No importa, mientras estén convencidos de que lo hiciste. Para ellos sería más seguro matarte.

—¡Dios mío! ¡Mis padres! ¿Están en peligro? Iban a venir a visitarme en unos días.

—Llámalos ahora y luego tenemos que deshacernos de tu teléfono. Diles que cancelen su visita.

Elena sacó su celular y les dejó un mensaje de voz a sus padres, y luego él le quitó el teléfono. Tras extraer la tarjeta SIM, lo arrojó junto con el celular por la ventanilla del auto.

—Espera…

—Te prometo que te conseguiré uno nuevo, *kiska* —la cogió por la barbilla y la giró para que lo mirara—. Tienes que confiar en mí. ¿Entiendes?

Esperó a que asintiera. Luego sacó su celular del bolsillo. Había perdido una llamada de Leo y tenía un mensaje de voz. Se le detuvo el corazón al escuchar las primeras palabras: Código 78.

—¿Qué es un Código 78? —preguntó Elena. Estaba sentada lo suficientemente cerca como para haber escuchado el mensaje.

—Es información confidencial.

—¿Tiene que ver conmigo? —su voz sonó cortante.

—Sí.

—¡Entonces necesito saberlo!

Realmente no podía discutir con eso, pero este no era el momento. Él necesitaba un minuto para procesar lo que aquello significaba. Era un código que le habían dicho que jamás sería utilizado. Su padre solo lo había mencionado unas cuantas veces cuando Dimitri era más joven. La única razón por la que lo recordaba era por las fantasías que su mente imaginaba, soñando con un mundo en el que algo así fuera posible.

Volvió a encender el motor del coche y eligió con cuidado su ruta para salir de la ciudad, conduciendo hacia el norte por la Ruta Estatal 1.

—No es seguro hablar de esto.

—Estamos en un coche, completamente solos. Nadie nos va a escuchar —aunque la Ruta Estatal 1 solía estar concurrida, no era como si llevaran las ventanas abiertas.

—*Kiska* —advirtió él, incapaz de evitar un leve gruñido.

—Por favor —suplicó, colocando su mano sobre su antebrazo derecho. Ese contacto lo ancló al momento, y recordó que Elena estaba muy involucrada en su vida: ahora estaba en el centro de ella, en más de un sentido. Era más valiosa para él de lo que podía siquiera racionalizar, y casi la había perdido. Elena merecía la verdad.

—Código 78 significa que alguien como yo debe proteger a alguien como tú.

—Pero ya lo estabas haciendo…

—Esto es diferente. Esta es la razón por la que soy lo que soy. Significa que *eres* especial.

Ella estrujó su brazo con más fuerza.

—¿Especial cómo?

—Es tu sangre. Hay algo en tu sangre que te hace especial. No puedo decir cómo hasta que hable con Leo. Él analizó la muestra que le envié y…

—¿Qué? —jadeó Elena—. ¿*Mi* sangre? ¿Cómo…?

—Cuando te lastimaste la cabeza ese primer día en la casa. Le envié el paño con el que limpié tu herida.

—¿Enviaste una muestra de mi sangre a alguien al otro lado del mundo para que le hicieran *pruebas*? Eso no está bien, Dimitri —soltó su brazo—. Está muy lejos de estar bien.

—Sé que mereces privacidad, pero esto… esto es más importante que tu privacidad.

—¿Qué podría ser más importante que mi privacidad?

Él la miró con una expresión sombría.

—El destino mismo de Rusia.

Elena permaneció en silencio un momento, mordiendo su labio inferior. No tenía idea de lo que él quería decir con eso, pero pronto lo descubriría.

—Entonces, ¿en realidad no es por Vadym? —parecía una niña pequeña asustada. Él deseó más que nunca detener el coche a un costado de la carretera, sentarla en su regazo y consolarla.

—No. Yo pensaba que sí… hasta el Código 78.

Permaneció callada un largo rato mientras los kilómetros pasaban y el coche avanzaba por la carretera abierta.

—¿Adónde vamos? —preguntó finalmente.

—A Colorado.

—¿Por qué allí?

—Es temporada de esquí. Necesitamos multitudes. Otros agentes esperarán que nos escondamos en algún lugar pequeño. No lo haremos.

—¿No correremos el riesgo de que nos vean? Podríamos aparecer en el fondo de cientos de fotos de vacaciones. Quiero decir… ¿no tienen software de reconocimiento de imágenes?

—Tienes razón.

—Entonces, ¿por qué allí?

—El software de Leo actúa más rápido que el de Rusia. Encontrará cualquier foto en línea donde aparezcan nuestros rostros y la eliminará antes de que el enemigo la detecte.

—El enemigo —repitió ella, con incredulidad en la voz.

Dimitri odiaba que estuviera pasando por todo esto, y sabía que solo iba a empeorar. Una vez que Viktor no informara a su superior, los rusos sabrían que Elena tenía protección. El Kremlin pronto sabría lo que él era en realidad: un guardián del Ejército Blanco. Tendría que mirar por encima del hombro el resto de su vida… y Elena también.

Ella bostezó y apoyó la cabeza en su brazo, descansando contra la ventana del lado del pasajero.

—¿Nos detendremos pronto?

—En media hora. Necesitaré café para poder conducir unas horas más.

Ella levantó la cabeza para mirarlo.

—Dimitri, no puedes seguir conduciendo tanto tiempo. No dormiste nada. Deberíamos parar en un motel o algo así.

—Faltan unas tres horas y media para llegar a Las Vegas. Nos quedaremos allí y luego seguiremos.

—Vegas… —suspiró Elena, escuchando a medias mientras volvía a apoyar la cabeza en el hueco de su brazo.

—Vegas, en efecto —repitió él con un suspiro pesado. Iban a ser cuatro horas largas.

❄

Tres horas después, Elena salió del coche para estirar las piernas. Dimitri estacionó el auto en la parte trasera de un pequeño motel muy limpio con un letrero luminoso donde se leía "Aces Wild".

—¿Qué? ¿No nos vamos a quedar en el Bellagio? —bromeó ella. El estrés y el cansancio comenzaban a hacerla sentir un poco eufórica.

—No. Aún no podemos estar cerca de cámaras. Leo habrá dejado todo para salir de Rusia por un Código 78. No podrá ayudarnos hasta que esté aquí, en territorio estadounidense.

—¿Leo viene para acá?

—Y lo más probable es que traiga a Maxim y a Nicholas.

—Entonces supongo que voy a conocer a tu familia —se sentía extrañamente emocionada, pero también intimidada ante la idea de conocer a tres hombres más como Dimitri.

Él soltó una pequeña risa, pero su rostro seguía mostrando cansancio.

—Sí, mi familia —le hizo un gesto para que lo siguiera hacia la oficina del motel.

El encargado, quizás cercano a la edad de Elena, estaba viendo un programa de televisión en su laptop cuando entraron y se detuvieron en el mostrador.

—Nos gustaría una habitación, por favor —dijo Dimitri con un acento estadounidense impecable. Sacó un fajo de billetes de su billetera.

—Claro, sin problema —respondió el joven—. Lo único que nos queda son camas tamaño king. ¿Está bien?

—Una king está bien —contestó Dimitri—. Si el número seis, en la parte trasera, está disponible, nos gustaría ese.

—Claro. ¿Son recién casados?

—Lo somos —Dimitri pasó un brazo alrededor de su cintura, la atrajo hacia su costado y depositó un beso en su sien. Elena quiso derretirse en él. En las últimas horas se había sentido perdida otra vez, cansada y derrotada por el mundo, pero su contacto, su beso, incluso uno tan inocente, era como una lluvia intensa después de meses de sequía. Se empapó de él, aferrándose también a su cuerpo.

—¡Felicidades! Se ven realmente enamorados —dijo el joven, entregándole a Dimitri la llave de la habitación—. ¿Qué nombre anoto?

—John St. Michael.

—Perfecto. Que tengan una gran noche —el recepcionista los despidió con la mano mientras se marchaban. Ella y Dimitri caminaron hacia la habitación, cerca del coche, y entraron.

—Deberías descansar un poco. Yo traeré nuestras maletas —su acento había regresado. De hecho, ella lo había echado de menos.

Elena quería ayudarlo, pero el cansancio la estaba venciendo de nuevo. Se recostó en la cama y cerró los ojos, pero cuando escuchó el clic de la puerta al cerrarse y a Dimitri moverse por la habitación, se obligó a incorporarse.

—Ten, ponte esto —Dimitri colocó su pijama en sus brazos, y encima estaban su cepillo y su pasta de dientes. Él siempre pensaba en todo.

—Gracias —se encerró en el pequeño baño, se cambió y se cepilló los dientes, y luego fue directamente a la cama. Él ya había

apartado las sábanas para ella. La naturaleza reconfortante de un gesto tan sutil le provocó un nudo en la garganta. Él realmente se preocupaba por ella.

—Duerme, *kiska*. Te despertaré por la mañana.

—¿Dormirás conmigo esta noche? —preguntó ella, hundiendo el rostro en la almohada.

—Por supuesto —se inclinó y depositó un beso suave en su mejilla—. Mientras esté contigo, y tú así lo desees, nunca volverás a dormir sola.

❄

DIMITRI SE LAVÓ LA CARA EN EL BAÑO Y SE QUITÓ LA ROPA ANTES DE REVISAR el pequeño corte en su cabeza. Las suturas líquidas estaban funcionando bien. Intentó distraerse para dejar de pensar en el mensaje de Leo y concentrarse en qué hacer cuando llegaran a Colorado. Pero cada uno de sus pensamientos regresaba al *Código 78.*

No había podido contarle todo a Elena. Apenas podía creerlo él mismo. Había dicho la verdad cuando aseguró que su sangre, su propio ADN, era especial. El código estaba reservado únicamente para parientes cercanos de la familia Romanov. Leo debía haber encontrado algún código genético coincidente con el de uno de los parientes de la familia imperial. Ella no sería la única. Había decenas de parientes lejanos que habían escapado de Rusia. La pregunta era: ¿con cuál de ellos estaba conectada Elena? ¿Y por qué el gobierno iba tras ella y no tras los demás?

Cogió su teléfono del pequeño escritorio del dormitorio y dejó un mensaje de voz para Leo.

—Veintitrés, nueve, ocho, cuatro, sesenta y siete —el código le permitiría a Leo saber que Dimitri estaba en movimiento con Elena después de haber eliminado una amenaza, y que se dirigían al noreste desde Las Vegas, atravesando Utah y luego hacia Colorado. Dejaría otro mensaje pronto, pero no tenía sentido hacerlo hasta decidir en qué parte de Utah se detendrían para pasar la noche. Leo

no usaría aerolíneas comerciales; utilizaría el jet privado para no depender de horarios de vuelo. Aun así, eso significaba entre seis y doce horas antes de que estuviera instalado en Estados Unidos. Dimitri tendría que hacerle saber el lugar de la reunión.

Dimitri apartó ligeramente la cortina para revisar el estacionamiento, y luego volvió a asegurar la puerta antes de coger su arma y sentarse en el borde de la cama, junto a Elena. Ella ya dormía profundamente. Se maravilló ante la cantidad de confianza que eso implicaba. Se pasó una mano por la mandíbula al darse cuenta de que aún tenía una llamada más que hacer. Marcó a Royce en una línea segura.

Una voz adormilada respondió después de media docena de tonos.

—¿Dimitri?

—Tuvimos que irnos de Malibú.

—¿Qué? ¿Por qué? —Royce sonaba ahora más alerta.

—Es una larga historia, pero hay un agente ruso muerto en tu sótano.

—¿Un ruso muerto… en mi sótano? Sabes que hay mejores regalos para un amigo. Como una costosa botella de whisky escocés —Royce estaba bromeando, pero Dimitri no pasó por alto la preocupación en las palabras de su amigo.

—Prometo que pronto estará resuelto. Hubo algunos daños en tu casa. Agujeros de bala, un par de lámparas…

—Eso es reemplazable —lo tranquilizó Royce—. ¿Están bien los dos?

—Sí, gracias a ti. Tomé prestado el chaleco kevlar y la pistola. Supuse que no te importaría.

—Y pensar que Wes se burló de mí por poner un chaleco antibalas en el armario de mi casa de playa. ¿Quién se ríe ahora? —Dimitri logró esbozar una sonrisa. Wes Thorne, su amigo en común, siempre pensaba que Royce exageraba, pero esta vez Royce había tenido razón.

—Recibí dos disparos en el pecho, así que puedes decirle a Thorne que estoy de tu lado en ese tema.

—Mierda. ¿Qué hay de Elena?

—Llegó hasta ella. Las balas me retrasaron —hizo una mueca cuando sus costillas fisuradas protestaron—. Está viva, pero… —tuvo dificultades para terminar la frase. La imagen de su cuello amoratado se repetía una y otra vez en su mente—. Está muy afectada.

—¿Cómo lo está llevando? Esa chica ha pasado por muchas cosas, y solo tiene veinte años.

—Lo sé —seguía olvidando lo joven que era Elena. Parecía tan madura, tan valiente, *un alma vieja*, como habría dicho su abuela. Pero realmente era muy joven. Intentó recordar cómo se había sentido él a esa edad. Eso había sido nueve años atrás. Parecía más bien un siglo.

—Ha sido más valiente de lo que yo habría sido si hubiera pasado por lo que ella pasó —admitió.

—Sabes, ella debería hablar con Cody Larson, el experto en tecnología de Emery Lockwood.

—¿Sí? Lo recuerdo. Fue quien te ayudó a encontrar una forma de escapar del coche de Vadym en Mongolia.

—Bueno, ¿recuerdas cuando te conté sobre el secuestro de Emery? ¿Y sobre cómo encontró a su hermano gemelo después de veinticinco años?

—Sí…

—Pues, cuando todo eso ocurrió, Cody fue secuestrado y torturado por el hombre detrás del secuestro de Emery durante su niñez. El bastardo le destrozó una de las manos con un mazo de hierro. No es el mismo, ni física ni emocionalmente, pero sobrevivió, ¿sabes? Tal vez sería bueno que ella hablara con él.

—Estoy de acuerdo. ¿Podrías enviarme su número? ¿Decirle por qué lo estoy pidiendo?

—Lo haré —Royce dudó—. Entonces, si abandonaron Malibú, están en algún lugar…

—Pecaminoso —respondió Dimitri con una sonrisa, sabiendo que Royce entendería la referencia.

—Muy pecaminoso —Royce rio—. Bueno, hagas lo que hagas, nada de bodas exprés. Kenzie se enfadaría si se la pierde.

Dimitri puso los ojos en blanco.

—¿Dónde terminarán?

—Nueva Orleans, estoy pensando —respondió Dimitri, usando de nuevo un código para ver si Royce entendía su significado.

—Supongo que empacaste ropa para la nieve, entonces —replicó —. He oído que hace frío en Nueva Orleans en esta época del año. Pronunció Nueva Orleans como *Nueva Orlins*.

—Sí —Dimitri se relajó. El código había funcionado.

—Buen viaje.

—Gracias —Dimitri terminó la llamada.

—Pensé que íbamos a Colorado —dijo Elena a sus espaldas. Él se giró en el borde de la cama para mirarla.

—Vamos a Colorado.

—Pero dijiste Nueva Orleans.

—Era un código.

—¿Código para qué? —Elena se incorporó un poco en la cama.

—Royce me habló de un lugar en Colorado que le encanta, llamado Steamboat Springs, y comentó que Colorado no es precisamente un lugar apropiado para tener barcos de vapor, así que ambos nos preguntamos cómo la ciudad obtuvo ese nombre. Dije *Nueva Orleans* porque es famosa por sus barcos de vapor.

—Entonces realmente eres un buen amigo de Royce.

—Sí, *kiska* —sonrió y se inclinó hacia ella—. Ahora vuelve a dormir.

—¿Podrías…? —Tragó con tanta fuerza que él escuchó el sonido —. ¿Podrías abrazarme? Parece que duermo mejor cuando lo haces.

—Como desees —dejó su arma en la mesa de noche, se quedó solo en ropa interior y apagó la luz. Elena se acurrucó contra su costado, y él acomodó las mantas alrededor de ambos. Su corazón se tensó al sostenerla entre sus brazos. Era suave, pequeña y perfectamente femenina en todos los sentidos adecuados. Ella suspiró, con su cálido aliento rozando su pecho, y él tuvo que contener el deseo que comenzaba a crecer en su cuerpo. Cualquier cosa que ocurriera entre ellos debía ser a petición suya, no de él.

Apartó el cabello de su rostro y admiró sus facciones. Era, sin duda, la mujer más hermosa que había visto en su vida. No tenía líneas de preocupación, y sus labios suaves como pétalos se

curvaban ligeramente, como si los sueños que ahora la envolvían fueran agradables. Por eso se alegraba. Esta mujer no merecía lágrimas causadas por el dolor. Él mataría para protegerla y darle el futuro que merecía. Solo deseaba saber cuál sería su rol en ese futuro.

CAPÍTULO 10



Elena estaba soñando. Tenía que estarlo, porque en su sueño estaba atada y amordazada, indefensa, atrapada en la oscuridad, apenas pudiendo respirar.

¡Despierta! intentó gritar, pero la mordaza no permitió que saliera más que un jadeo. De pronto, una puerta se abrió y una luz brillante iluminó una figura alta e intimidante. Ella se encogió y las cadenas tintinearon mientras intentaba hacerse un ovillo para convertirse en un objetivo más pequeño. El hombre se acercó, adentrándose en la oscuridad y poniéndose en cuclillas a su lado.

—*Kiska*, nunca más tendrás que estar en la oscuridad —la tranquilizó una voz. Pronto, sus manos estaban en sus muñecas, desatando los grilletes y retirando la mordaza.

—¿Dimitri? —lanzó sus brazos alrededor de su cuello, aferrándose a él. Era lo único que la mantenía a flote en un mar negro de desesperación.

Hundió el rostro en el hueco de su cuello mientras él la levantaba en el refugio de sus brazos.

—Por favor, nunca me dejes.

Mientras avanzaban hacia la luz, el Dimitri de sus sueños bajó la mirada hacia ella.

—¿Por qué eres especial?

—No lo soy —se mordió el labio y las lágrimas llenaron sus ojos mientras todo, incluso la cálida luz, comenzaba a desvanecerse a su alrededor—. No soy especial. ¡No lo soy!

Elena despertó sobresaltada con un jadeo y luego un gemido cuando su cabeza palpitó por el dolor. Estaba de nuevo en la oscuridad… No, no lo estaba. Necesitó un momento para procesar su entorno. Estaba acostada en una cama de hotel, con las cortinas completamente cerradas. Todo estaba tranquilo y en silencio. El sonido de la ducha en el baño explicaba la ausencia de Dimitri en la cama. Se incorporó y respiró hondo, pero hizo una mueca cuando el dolor oprimió su garganta. Tocó la zona sensible donde el hombre había intentado estrangularla. Seguramente tenía un moretón allí.

¿De verdad había pasado todo eso anoche? ¿Un agente ruso irrumpió en su habitación e intentó matarla? ¿Exigió saber por qué ella era importante? Recordó a Dimitri disparando su arma y abatiendo al hombre. Debería estar más traumatizada, pero no era así, al menos no tanto como creía. Siendo el juguete de Vadym, había visto cosas mucho peores. Él había matado a decenas de personas en los dos meses que había estado cautiva, la mayoría a pocos metros de ella que la sangre le había salpicado la cara y no había podido lavársela durante horas. A Vadym le divertía verla sufrir así.

Pero Vadym ya no estaba. Tenía que dejar de pensar en él. Su vida avanzaba, no retrocedía, aunque hubiera personas intentando matarla. Eso era algo que aún no lograba procesar: la idea absurda de que, de alguna manera, ella era lo suficientemente importante como para que el gobierno ruso quisiera verla muerta. Era demasiado para asimilar.

Solo quería que todo se detuviera, que la vida volviera a ser como antes. Las clases en la universidad, preocuparse por los exámenes parciales y finales, pasar horas en la biblioteca buscando material para sus trabajos.

El sonido del agua corriendo en el baño le recordó lo que perdería si regresaba a su antigua vida.

Lo único que no quería que cambiara era Dimitri… y la forma en que la hacía sentir. Su piel se encendió y los dedos de sus pies se

curvaron al recordar lo que era tener sus manos sobre ella, su boca sobre la suya. Con él no solo se había sentido normal… se había sentido *viva*.

Los destellos de él cargándola fuera de la oscuridad y llevándola hacia la luz la hicieron estremecerse. El agua se detuvo en el baño, y Elena se recostó rápidamente, fingiendo estar dormida. No había olvidado lo que habían hecho la noche anterior antes de que los atacaran. Él la había llevado a un clímax cegador mientras ella permanecía a su merced. Incluso el recuerdo la hizo ruborizarse. Contuvo la respiración cuando la puerta del baño se abrió. Sus pasos suaves por la habitación la tentaron lo suficiente como para entreabrir los ojos y robarle una mirada.

Y vaya mirada.

Solo llevaba una pequeña toalla de motel, apenas lo bastante grande para mantenerse en sus caderas delgadas. Dimitri tenía unas caderas perfectas y esbeltas que contrastaban con unos hombros anchos. Lo había visto en traje de baño e incluso en ropa interior, pero así, solo con una toalla y aún húmedo… eso era mucho más excitante. Se mordió el labio para ocultar una sonrisa. Esto estaba bien. Quería verlo desnudo. Jamás pensó que volvería a desear ver a un hombre desnudo.

—Sé que estás despierta, *kiska* —la provocó.

Ella soltó el aire de golpe antes de abrir los ojos.

—¿Descansaste bien?

Se incorporó, conteniendo un bostezo.

—Sí.

No mencionó el sueño que la había despertado. No era exactamente una pesadilla, pero era demasiado personal como para compartirlo. Él podría no querer saber lo dependiente que se estaba volviendo de él. Podría asustarlo… sin importar lo que le hubiera prometido.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto?

Miró el reloj en la mesita. Marcaba las 9:00 a. m.

—Alrededor de una hora.

—¿Dormiste algo siquiera?

De algún modo, lo imaginaba vigilando toda la noche. Esperaba que no lo hubiera hecho. Lo último que necesitaba era que se agotara protegiéndola. Estaban en esto juntos, y no quería que él cargara con toda la responsabilidad.

—Sí.

—Pero no mucho —adivinó.

Dimitri se encogió de hombros.

—Estoy acostumbrado a trabajar con muy poco sueño.

—Cuando lleguemos a Colorado, ¿dormirás entonces?

Él se acercó, deteniéndose a escasos centímetros de la cama. Si quisiera, podría estirar la mano y quitarle la toalla.

—¿Por qué te preocupa tanto mi sueño, *kiska*?

Le sostuvo el mentón, inclinando su rostro hacia atrás para que sus miradas se encontraran.

—Es solo que… sé lo que la falta de sueño puede hacerle a una persona.

Al admitirlo, su voz apenas fue un susurro.

Dimitri se inclinó sobre la cama y sostuvo la parte posterior de su cabeza.

—Vas a acabar conmigo.

Y entonces la besó. La magia de su boca sobre la suya ahuyentó los malos pensamientos y los recuerdos. Ese hombre era un portador de luz, el héroe que siempre había deseado, el que la sacaría de la oscuridad.

Ella se acercó más, enredándose las piernas en las sábanas, y lo oyó reír contra sus labios. Era algo maravilloso, sentir una alegría tan suave con un hombre como él, donde la pasión no era un castigo, sino un placer.

—Por favor, no te detengas nunca —suplicó cuando él comenzó a apartarse.

—Si no me detengo ahora, iré demasiado lejos… y ninguno de los dos está listo. Tenemos que seguir moviéndonos. Cuando sea seguro, tú y yo nos tomaremos nuestro tiempo y exploraremos esto.

Trazó sus labios con la yema del pulgar y apoyó su frente contra la de ella, manteniéndola cerca, sus respiraciones mezclándose mientras poco a poco recuperaba el control.

—Dúchate y vístete. Necesito cambiar de auto y conseguirnos desayuno.

—Está bien.

Se liberó de las mantas y se levantó de la cama.

—Mantén esta puerta cerrada con seguro. Cuando regrese, solo ábreme si te digo la palabra *phoenix*. ¿Entiendes?

Elena asintió, cogió su ropa y su bolsa de baño, y se dirigió al baño.

Phoenix…

Le recordó al anillo de sello dorado que él llevaba en el meñique de la mano izquierda. No lo había observado con suficiente detalle, pero por lo poco que había visto, bien podría ser un fénix. Deseó tener un celular. Quería investigarlo, ver si existía alguna organización secreta cuyos miembros usaran ese símbolo. Los masones tenían su escuadra y compás, los templarios su cruz roja, y los illuminati el Ojo de la Providencia. No era experta en símbolos de sociedades secretas. Había leído *El código Da Vinci*, y esa era prácticamente toda su experiencia.

Se duchó y se puso unos jeans y una blusa blanca suelta con un bonito patrón de pequeñas ballenas azules bordadas. Luego se calzó sus tenis.

Cuando terminó de empacar su bolsa, se dio cuenta de que Dimitri había dejado su teléfono. ¿A propósito? Encendió la pantalla y deslizó el dedo. Requería un código de diez dígitos.

—Claro.

Dejó el teléfono en su lugar e intentó distraerse con las noticias en la televisión.

Había un gran evento de las Naciones Unidas programado para pronto. Una cena para honrar a los ganadores de premios humanitarios. Embajadores de todo el mundo planeaban asistir, y la seguridad se había reforzado en toda Nueva York. La segunda nota hablaba de noticias locales, el clima y los espectáculos más recientes en los principales casinos. Cambió de canal una y otra vez hasta que alguien llamó a la puerta.

—Soy yo —dijo Dimitri.

Comenzó a abrir, pero se detuvo.

—¿Cuál es la contraseña?

Se sintió como una niña tonta, pero él le había advertido que lo hiciera, y confiaba en él. Hasta ahora, la había mantenido con vida y a salvo.

—Phoenix —respondió.

Con un suspiro de alivio, quitó los seguros y lo dejó entrar.

—Casi abrías la puerta —dijo él, alzando una ceja oscura en señal de reproche.

—Sí… lo siento. Todo esto de *espía contra espía* no es fácil de asimilar.

Él ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Espía contra espía?

—Sí, ya sabes, esos personajes de caricatura con sombreros grandes y caras triangulares, uno todo de blanco y otro todo de negro. Siempre corriendo por ahí intentando matarse en juegos de espionaje.

Dimitri negó con la cabeza, incrédulo.

—Vosotros, los americanos, y sus caricaturas.

—Era más bien una tira cómica —respondió. Se sintió extrañamente impulsada a defender su infancia. A ella sí le gustaban los cómics. *Sabrina, the Teeange Witch* y *Wonder Woman* habían sido sus favoritos.

Él soltó una risa baja mientras recogía su teléfono y su maleta.

—Eres dulce, *kiska*. Nunca cambies. ¿Lista para irnos?

—Sí. ¿Ya cambiaste de auto?

Cogió su maleta y lo siguió hasta la puerta.

—Sí. Encontré algo más apropiado.

Afuera los esperaba un Range Rover negro.

—No es exactamente discreto —señaló ella.

Dimitri frunció el ceño, sin entender.

—Es muy discreto.

—Claro, pero… ya sabes, es ese tipo de intento exagerado por parecer discreto.

Como él seguía sin comprender, agregó:

—Como si esperaras que salieran de ahí hombres con trajes oscuros, gafas negras y armas ocultas.

Él se encogió de hombros.

—Ves demasiadas películas.

—Supongo que solo tenías otro amigo dispuesto a prestarte un auto, como con el Aston Martin.

—Así es, y le pedí este porque tiene vidrios antibalas.

Al oír eso, sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Esperamos que nos disparen? Solo estaba bromeando con lo de los hombres armados.

—Dadas las circunstancias, es más seguro prepararse para todos los escenarios.

—Creo que no quiero saber cuáles son esos escenarios.

Dimitri levantó su maleta y la acomodó atrás, junto a la suya.

—No, no quieres.

Ella se subió al asiento del copiloto y un aroma dulce y delicioso la envolvió.

—Oh, Dios mío… ¿de dónde sacaste esto?

Prácticamente se lanzó sobre la caja de rollos de canela entre los asientos. El pan aún estaba tibio y el glaseado seguía suave y brillante. Un vaso de café humeante reposaba en el portavasos.

—Me colé al buffet de desayuno del Bellagio.

Soltó una risa al ver la expresión de asombro en su rostro.

—¿En serio?

—¿Por qué no? Estamos cortos de tiempo.

Sonrió, y la travesura casi infantil en su rostro era tan atractiva que Elena tuvo que recordarse que ese hombre era algún tipo de agente secreto… y no solo un ruso millonario, sexy e inofensivo.

—Me dijiste en Los Ángeles que no eras un espía.

—No lo soy. Solo resulta que tengo las mismas habilidades.

—Como digas —murmuró ella.

—¿Perdón?

—Nada. Entonces, ¿cuánto dura el viaje a Colorado?

—Dependiendo del clima, unas diez horas. Aunque si atravesamos Utah directamente, podríamos tomarnos un día para descansar. Confío más en los espacios abiertos que en las ciudades, y nadie esperaría que pasemos la noche en una zona de parque.

—¿Zona de parque? ¿Como acampar?

Elena arrugó la nariz ante la idea. Definitivamente no era de las que acampaban. Glamping, quizá… pero nada de vivir a la intemperie.

Dimitri sonrió mientras jugaba con un mechón de su cabello.

—¿No te gusta acampar, pequeña *kiska*?

—No exactamente. Me gustan las duchas calientes y una puerta que pueda cerrar para que no entren los insectos.

Él rio y negó con la cabeza.

—Una verdadera *printcessa.*

—¿Acabas de llamarme princesa en ruso?

Resopló, aunque solo para ocultar una risa.

—Bueno… quizá lo soy un poco. Cuando era niña, mi papá me llevaba a un grupo de exploradoras llamado Indian Princesses. Un nombre totalmente incorrecto, lo sé, pero era divertido. Solo iban papás con sus hijas. Me encantaban las aventuras, pero dormir en tiendas con mosquitos *definitivamente* no era lo mío. Así que mi papá bajaba los asientos de la camioneta y dormíamos en bolsas de dormir dentro del auto. Un año hubo una tormenta terrible, y me alegré muchísimo de estar con él dentro del coche cuando empezó. Las demás niñas y sus papás terminaron con las tiendas inundadas.

El recuerdo la envolvió en calidez, y no pudo evitar sonreír mientras observaba la carretera.

—Tienes una sonrisa hermosa, Elena —dijo Dimitri—. Deberías sonreír más.

—Eso no se dice.

—¿Qué?

—Nunca le digas a una mujer que debería sonreír más. Créeme.

El ceño fruncido de Dimitri mostraba desconcierto y un poco de decepción, así que intentó explicarse:

—Los hombres que dicen eso suelen ser… raros. Siempre dicen: "Deberías sonreír más, te ves más bonita".

Dimitri asintió.

—Ah, entiendo. Objetifican a las mujeres, ¿correcto?

—Algo así.

—No lo decía de esa manera. Sonreír puede hacerte sentir mejor. Por eso lo sugerí.

Le ofreció su propia sonrisa, esa suave que la derretía por dentro como un helado al sol.

—Lo sé… —suspiró, y su intento de sonreír se desvaneció un poco.

La terapeuta de la embajada estadounidense en Moscú le había dicho que el simple acto de sonreír podía despertar sentimientos reales de felicidad. Pero era tan difícil siquiera pensar en sonreír… mucho menos en ser feliz. Aun así, sonreír -incluso reír- se volvía cada vez más fácil con Dimitri cerca.

—¿Por qué no desayunas y luego intentas dormir un poco más? —sugirió él—. El sueño es la forma en que la naturaleza sana, tanto emocional como físicamente. Quiero que te sientas lo mejor posible. Te lo mereces.

Era mandón… pero de una forma dulce, y a ella le encantaba por eso. Después de dos meses en cautiverio, sin poder tomar decisiones sobre su propia vida, había sido desconcertante volver de golpe a tener el control. La habían condicionado a obedecer sin cuestionar. Aunque anhelaba recuperar su vida y decidir por sí misma, le aliviaba que Dimitri pudiera darle cierta estructura mientras volvía a sentirse capaz de tomar las riendas.

Volvió la mirada a la carretera, absorbiendo el mundo brillante y parpadeante de Las Vegas antes de dejarlo atrás y entrar nuevamente en la inmensidad abierta. El sol iluminaba la autopista frente a ellos, y una sensación extraña se apoderó de Elena. Miró a Dimitri de reojo, recordando cómo en su sueño él la llevaba hacia la luz.

Ese hombre era su destino.

Por más salvaje e inexplicable que fuera, podía sentirlo. El destino la había llevado hasta él… y él la había recibido, con todas sus cicatrices.

Elena extendió la mano sobre la consola y la colocó sobre la de él. Dimitri giró la suya, y sus palmas se encontraron. Sus dedos se entrelazaron, y fue como si placas profundas dentro de su alma se acomodaran por fin en su lugar.

Estaba en casa… solo que ahora su *hogar* ya no era una pequeña casa en Maine con una cerca blanca.

Era ese hombre.

Su hermoso, aterrador protector ruso.

❄

Maxim Kamenev entró en la casa de playa en Malibú cuya dirección Leo le había dado. El código de la puerta funcionó en la reja, tal como esperaba, y se deslizó dentro con el sigilo de un leopardo al acecho.

Leo entró justo detrás de él.

—¿Qué ves?

Maxim no respondió. Tenía el arma lista en la mano. Fragmentos de vidrio y sangre cubrían la cocina y la sala familiar.

La escena lo tensó. Estaba tan unido a Dimitri, Nicholas y Leo que, cuando uno de ellos resultaba herido, casi podía sentir el dolor en su propio cuerpo.

—¿Venimos a retirar cadáveres? —preguntó Nicholas al acercarse por detrás—. Porque esa es la parte que menos me gusta del trabajo.

Maxim y Leo se giraron para mirarlo.

Nicholas les dedicó una sonrisa despreocupada.

—¿Qué? No pueden decir que lo disfrutan.

Maxim se encogió de hombros.

—Es como lavar ropa. Aburrido, pero necesario.

Volvió a concentrarse en la casa, recorriendo cada habitación. Notó que solo una de las camas estaba deshecha.

—Dimitri se está acostando con ella —dijo Maxim a los otros dos hombres cuando se reunieron con él en una de las habitaciones con vista al mar.

Los ojos de Nicholas se abrieron de par en par.

—¿Estás seguro?

—Solo una cama estaba deshecha. No tuvieron tiempo de arreglar nada.

—Pero él… él no sabe quién es ella. Si lo supiera, jamás habría…

—Sabe lo suficiente. Sabe que tiene sangre Romanov —intervino Leo.

—Pero mucha gente la tiene —replicó Maxim—. No podías decirle su verdadero linaje por teléfono. Ahora solo está siguiendo sus deseos. En el momento en que descubra que no es una descendiente cualquiera de los Romanov, se apartará.

—Eso espero —murmuró Leo—. Hicimos un juramento.

—Un juramento de proteger —dijo Maxim mientras se arrodillaba junto al charco de sangre en el balcón.

—Juramos proteger, y no podemos hacerlo si estamos emocionalmente involucrados. Nos vuelve vulnerables —le recordó Leo.

Maxim creía en las reglas, pero esa en particular lo dejaba dividido. A veces, una persona era más valiente, más rápida, más alerta, cuando defendía la vida de alguien a quien realmente amaba. Era la razón por la que los cuatro funcionaban tan bien juntos incluso después de tantos años. Se querían como hermanos, y eso hacía que su lucha fuera aún más feroz.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó Maxim a Leo.

—En el sótano.

—Vosotros encargaos de la sangre y de lo que esté roto. Yo me encargo del cuerpo.

Los tres se separaron, y Maxim localizó la puerta que conducía al sótano. No era una guarida oscura y siniestra… no. Era una sala familiar bastante cómoda, con televisión de pantalla plana, un sofá seccional y, en una esquina, bueno… vaya… un banco de azotes, una cruz de San Andrés y toda una pared llena de pequeños juguetes interesantes.

Maxim silbó en voz baja. Definitivamente ahí vivía un Dom… uno que sabía dónde comprar buenos juguetes, no la basura que la mayoría de los hombres adquiría para sus salas privadas. No, esos eran productos de BDSM de calidad. No era de extrañar que Dimitri y Royce se llevaran bien. Los demás también participaban un poco en ese estilo de vida, pero no tanto como Dimitri.

Apartando su atención del área de juego, Maxim encontró el cuerpo del agente ruso que había atacado a Dimitri y a Elena.

Frunció el ceño al reconocer a Viktor Ivanoff. Nunca se había enfrentado a él directamente, pero había limpiado muchas situaciones en las que Viktor había estado involucrado. La mayoría de los agentes del Kremlin hoy en día se enfocaban en muertes discretas, difíciles de rastrear. Que Viktor atacara de forma tan abierta… era inusual. Quienquiera que lo hubiera enviado creía que se necesitaba una acción directa, algo imposible de sobrevivir como un disparo. Pero eso planteaba una nueva pregunta: ¿quién era el objetivo? ¿Dimitri o Elena?

Maxim supuso que Elena, simplemente por lo que sabía de su linaje, y porque la tapadera de Dimitri siempre había sido la más discreta de los cuatro. El Kremlin creía que Dimitri era un playboy adinerado que disfrutaba viajar a París y Long Island, gastar su dinero en mujeres y entregarse al BDSM. El gobierno ruso lo consideraba un tonto que apoyaría a los hombres en el poder sin cuestionar. Eso hacía mucho más probable que Elena fuera el objetivo… y eso significaba que protegerla se había vuelto mucho más complicado.

Con un suspiro pesado, Maxim volvió su atención al cuerpo que debía desaparecer. Iban a ser un par de horas desagradables… y lo único que quería era tirarse en la maldita playa bajo el sol.

CAPÍTULO 11



Dimitri tomó una salida de la autopista hacia un camino rural.

—¿A dónde vamos?

Ya casi estaba entrando la noche. Elena se inclinó hacia adelante en su asiento, con los ojos fijos en el paisaje rojizo y dorado del terreno escarpado del desierto de Utah.

—Dead Horse Point State Park.

—Ese nombre suena… inquietante.

Elena se mordió el labio, un poco preocupada al no ver señales de vida en ninguna parte. Era un lugar árido. Hermoso, pero árido.

—Todo irá bien, *kiska*. Estás conmigo.

—Así que no solo eres un misterioso enigmático… también eres del tipo superviviente en la naturaleza.

Solo lo había dicho -un poco- en broma.

—Sí y no. Te prometo que estaremos bien, pero no estaremos en plena naturaleza… al menos no como tú imaginas.

Ella se recostó, cruzándose de brazos.

—Rusos y sus acertijos…

Él soltó una risa.

—Mira, ya llegamos.

A lo lejos, junto a un río marrón y tranquilo, se veía un gran edificio tipo lodge, otra construcción más pequeña y un enorme conjunto de paneles solares.

—Este es el base camp adventure lodge. Reservé todo el lugar, las siete habitaciones, solo para nosotros. No es lujoso, pero está muy por encima de una tienda de campaña sobre roca dura.

—Me convenciste con *lodge.*

Se relajó mientras él estacionaba el Range Rover frente al edificio. Un hombre de unos cincuenta y tantos salió a recibirlos.

—Ah, ¿señor y señora Smith?

—Somos nosotros —respondió Dimitri con un acento americano perfecto, digno de televisión.

—Felicidades por vuestra boda. Este es un lugar perfecto para una luna de miel. El cielo estará despejado esta noche y las estrellas serán magníficas. Os dejé algunas indicaciones en la mesa de la cocina sobre los mejores lugares para observarlas.

Le estrechó la mano.

—Me llamo Walter. Si necesitáis algo, usen el walkie-talkie. Canal 8.

—Gracias —dijo Dimitri, y luego se volvió hacia Elena—. Cariño, traeré las maletas. Tú entra.

Ese acento americano la hizo estremecerse… pero no de una buena manera. Él podía transformarse con demasiada facilidad en alguien que no era. ¿De verdad conocía al verdadero Dimitri? Aún había mucho que no sabía. Mientras estuvieran ahí, estaba decidida a descubrir todo lo posible sobre él.

Entró al lodge y quedó bastante satisfecha con lo que vio. Había calefacción, lo cual era fundamental considerando que era invierno. Tenían suerte de que aún no hubiera nieve. Además, había electricidad y agua corriente… todas las comodidades necesarias para sobrevivir. Las habitaciones eran acogedoras y bonitas. Eligió la principal, que tenía una cama tamaño queen. Si Dimitri cumplía su promesa, dormirían juntos, cómodos y cerca en esa cama. Se quedó mirándola, imaginándose entre sus brazos.

—Bueno, *kiska*, ¿qué te parece? —el acento ruso de Dimitri había regresado.

—¿Así que ahora somos los Smith?

Él asintió.

—Por hoy.

—Sabes que *El Señor y La Señora Smith* es una película sobre una pareja de espías en lados opuestos que terminan casándose, ¿verdad? No estás ayudando mucho a desmentir mi teoría de que eres algún tipo de espía.

Dimitri sonrió y la atrajo contra su cuerpo. La rodeó con los brazos y besó el lóbulo de su oreja.

—Sé una buena *kiska* y esta noche te *mostraré* lo que soy.

La forma en que lo dijo, provocándola para que fuera una buena gatita, envió escalofríos de deseo por todo su cuerpo, tan intensos que casi jadeó. Estar con él hacía tan fácil encontrar a la vieja Elena… la que anhelaba pasión y romance. La que quería encontrar algún día a su propio Dom. Durante dos meses había creído que esa parte de ella estaba muerta… pero no lo estaba. Era como si hubiera permanecido dormida, como Blanca Nieves bajo un ataúd de cristal. Ahora, con el beso de Dimitri, estaba despertando. Cerró los ojos, entregándose a la sensación embriagadora de su boca recorriendo su cuello.

—¿Y cómo se convierte una en una buena *kiska*? —preguntó entre suspiros.

—Una buena *kiska* cenará conmigo y luego se sentará bajo las estrellas… Después, me dirá una fantasía sexual que haya tenido.

—¿Solo una?

Se sintió un poco decepcionada ante la idea de compartir solo una.

—Por esta noche.

Le mordisqueó el lóbulo de la oreja y ella gimió, incapaz de contener la humedad que comenzaba a crecer entre sus muslos.

Por primera vez en lo que parecía una eternidad, sus fantasías volvían a ser eso… fantasías hermosas, y no pesadillas distorsionadas que la dejaban gritando hasta quedarse sin voz.

—Ahora, si quieres ducharte, hazlo. Yo prepararé la cena.

—¿Qué vamos a comer?

Él deslizó la yema de un dedo por el puente de su nariz.

—Es una sorpresa.

Su corazón se llenó de una calidez tan intensa que no supo cómo nombrarla.

Él la dejó sola y se dirigió a la cocina. Elena se dejó caer en la cama y respiró profundamente varias veces. Desde el ataque en Malibú, había estado tensa como un resorte, a punto de romperse en lugar de volver a su forma. Pero ahora estaban lejos de esa casa… y de ese cuerpo sin vida. Estaban en un parque estatal, con un rastro casi imposible de seguir… o eso esperaba. Dimitri también parecía más relajado, y eso la hacía sentirse aún más segura. Habían escapado. Estaban huyendo, sí… pero estaba bien. Al menos por ahora. Y el ahora era lo único en lo que podía pensar.

Después de refrescarse en la ducha y ponerse ropa abrigadora, siguió el delicioso aroma hasta la cocina. Dimitri estaba sacando algo del horno, y ella tuvo un momento para admirar su espalda y sus caderas bajo los jeans que llevaba. Se había puesto un suéter de pescador y ahora parecía alguien que pertenecía a Maine. La idea de verlo encajar tan perfectamente en el lugar donde ella había crecido hizo que algo se agitara en su interior.

Un anhelo profundo por una vida tranquila junto al mar la envolvió, con atardeceres interminables en un velero que se mecía suavemente, o inviernos nevados y fuegos cálidos. Era una vida que nunca había considerado realmente. Siempre había estado enfocada en explorar el mundo, pero en apenas unos meses, todo eso había cambiado. *Ella* había cambiado. Elena quería lo que sus padres tenían. Quería un futuro con Dimitri. Esa idea la dejó atónita. Le tomó un momento ordenar sus pensamientos, y tragó con dificultad el nudo que se formó en su garganta.

—¿Qué hay de cenar? —preguntó, usando el tono más casual que pudo, mientras se sentaba en un banco frente a la barra que daba a la cocina.

Él le lanzó una mirada cargada de una intensidad tan ardiente que sintió como si estuviera frente a un horno abierto.

—Lasaña. Una de mis especialidades.

—¿Un ruso que cocina comida italiana?

—A ti te gusta la pizza. Eso es italiano.

Le guiñó un ojo, y ella rio.

—Tienes razón.

Le encantaba cómo el suéter suelto caía sobre su cuerpo musculoso. Se imaginó, lentamente, quitándoselo, haciendo el amor con él… y luego quedándose con ese suéter puesto y nada más…

Elena sacudió sus pensamientos. Maldición, ese hombre era peligroso.

—Espera, ¿cómo hiciste lasaña? No hay exactamente un supermercado cerca.

—Compré provisiones esta mañana, justo antes de colarme en el Bellagio para conseguirte un rollo de canela. Las guardé en la hielera grande en la parte trasera del Range Rover.

—Oh…

No había reparado en la hielera. Bueno, sí la había visto, pero no le dio importancia.

—Sigues demasiado delgada. Necesitas carne y carbohidratos.

Colocó la bandeja sobre la isla de la cocina para que se enfriara y luego volvió al horno para sacar algo envuelto en papel aluminio.

—¿Pan de ajo? —preguntó ella. El aroma hizo que se le hiciera agua la boca.

Él sonrió con complicidad y le guiñó un ojo.

—Eres una especie de genio malvado. El pan de ajo es una de mis debilidades.

—Lo sé —respondió él con una leve risa.

Ella se quedó inmóvil.

—¿Qué quieres decir con que lo sabes?

Dimitri se quitó los guantes del horno y cogió su portafolio de la mesa. Sacó su tableta, la encendió, abrió un archivo y se la entregó.

—Hemos viajado demasiado juntos como para que esto siga siendo un secreto.

La dejó girar la pantalla para ver el contenido.

Elena se quedó mirando las decenas de fotos suyas a distintas edades. Todo estaba ahí… cada detalle de su vida, desde sus comidas favoritas hasta sus boletas escolares de primaria.

—Esto… esto es mi vida…

—Esto es solo una parte de ti —dijo Dimitri, como si eso lo justificara.

Apenas podía respirar. Se sentía como una traición.

—¿Por qué tienes esto?

—Cuando supe que habías escapado de Vadym, le pedí a Leo que preparara un dossier sobre ti. Fue entonces cuando supe que quería cuidarte. Quería saberlo todo de ti para poder darte lo que necesitas.

Le tomó un largo momento procesarlo. ¿Había estado guardando un archivo con todo sobre ella? ¿Estaba bien con eso?

—Son solo datos simples, *kiska*. No me dicen quién eres en realidad.

—¿No?

Él sonrió, pero había tristeza en su expresión.

—Las boletas escolares no me dicen nada. Prefiero que seas tú quien me diga qué materias te gustaban, quién era tu profesor favorito… las cosas que realmente importan.

Asintió hacia la tableta.

—Lo que te define no está ahí.

La Elena de antes no habría escuchado eso. Pero la persona en la que se había convertido en los últimos dos meses había envejecido años. Podía entender su punto de vista, por qué había querido esa información… y por qué no era suficiente para conocer realmente a alguien. Era evidente que él venía de un mundo completamente distinto, donde invadir la privacidad era algo casi normal. Tendría que acostumbrarse a eso.

—¿Me darías uno de esos dossiers sobre ti? —preguntó después de un momento.

El brillo travieso regresó a sus ojos azules.

—¿Te gustaría tener uno?

—Sería lo justo. Escríbele a ese tal Leo y pídele que haga uno sobre ti para mí.

—Considéralo hecho. Ahora siéntate, vamos a cenar.

Le indicó la mesa, y ella esperó a que él le sirviera el plato. Se dio cuenta de que, aunque él era un Dom en la intimidad, le gustaba atenderla y cuidarla. A ella no le molestaba que un hombre le abriera la puerta o le sirviera comida. Era la forma de Dimitri de mostrar respeto y afecto… y eso lo hacía aún más irresistible.

Mientras comían la lasaña perfectamente preparada, pensó en el dossier… en todo lo que él sabía sobre ella.

—¿Cuál es tu color favorito? —preguntó—. ¿Y tu comida favorita?

—El naranja, el color de una llama encendida. Y mi comida favorita es el stroganoff de carne.

La mención de la llama le recordó su anillo.

—¿Y el ave de tu anillo? Parece un fénix… ¿lo es?

Él se recostó en la silla, levantando la mano sobre la mesa mientras observaba el anillo de sello dorado en su dedo. Se lo quitó y se inclinó hacia adelante para dárselo. Era más pesado de lo que esperaba. Lo sostuvo en la palma, cerrando los dedos con cuidado. El oro estaba tibio al tacto y, cuando volvió a abrir la mano, el fénix parecía casi cobrar vida. Unas letras grabadas en el interior llamaron su atención.

—¿Qué dice?

Giró el anillo para leer mejor. No estaba en cirílico, pero tampoco reconocía el idioma.

—*Luceo non uro*. Es latín. Significa "Brillo, no ardo".

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que no dejo que las pruebas me consuman como fuego… brillo a través de ellas. Y si debo arder, renazco entre las llamas.

El vello en la nuca se le erizó, y Elena se estremeció al devolvérselo.

—Entonces sí es un fénix. ¿Es un lema familiar?

—En cierto modo —respondió él.

—¿Una de esas cosas que no puedes contarme?

—Lo siento, *kiska.*

Señaló su plato.

—Termina, para que podamos ir a ver las estrellas.

—¿Ver las estrellas?

Él sonrió.

—Es parte de la razón por la que elegí este lugar. Es una zona remota, pero además este parque estatal está designado como Parque Internacional de Cielo Oscuro. La altitud y la distancia de la contaminación lumínica lo convierten en un sitio ideal para observar la esfera celeste.

Elena nunca había hecho algo así, pero sonaba… especial.

—Abrígate. Te espero en la puerta en unos minutos.

Dimitri recogió los platos y regresó a la cocina.

Ella cogió un abrigo azul marino, unos guantes y un gorro blanco tejido, y lo encontró en la puerta. Él llevaba una manta gruesa de picnic bajo un brazo y dos almohadas bajo el otro. Vestía un abrigo largo de lana negra.

—Déjame abrir —dijo ella.

Abrió la puerta y salieron. Al cerrarla tras de sí, la oscuridad los envolvió por completo. Las luces del lodge desaparecieron detrás de cortinas opacas.

Cuando sus ojos se adaptaron, vio a Dimitri avanzar hacia un punto en la distancia. Lo siguió mientras él extendía la manta sobre el suelo. Se recostó, y ella hizo lo mismo. Estaban cerca… casi tocándose. El aire nocturno era frío y limpio. Elena quería acurrucarse contra él y absorber su calor.

Al cabo de un momento, él se recostó completamente boca arriba, apoyando la cabeza en una de las almohadas.

Ella lo imitó.

Ahora solo estaban ellos dos. Un horizonte nocturno rodeándolos por completo y un cielo infinito sobre sus cabezas. Era como si fueran las únicas dos personas en el universo… y ese pensamiento la llenó de una paz extraña.

—Dime qué ves —dijo Dimitri, señalando el cielo.

Miles… no, cientos de miles… quizá *millones* de estrellas cubrían el firmamento con tal perfección que todo lo que veía eran cuerpos celestes. Justo sobre ellos se extendía una franja espesa de nubes doradas y violetas que parecían brillar.

—¿Esa es la Vía Láctea? —susurró, asombrada.

Era tan clara… tan visible. Solo la había visto así en fotografías. Donde vivía, la contaminación lumínica ocultaba casi todo. Pero allí… allí se desplegaba inmensa, infinita, mucho más hermosa de lo que jamás había imaginado.

—Dicen que no todas las maravillas son eternas… pero yo creo que esta sí lo es.

La voz de Dimitri fue tan suave que hizo que su corazón se encogiera.

Tenía razón. La belleza sobre ellos era infinita. Sus ojos se llenaron de lágrimas al comprenderlo… una belleza sin final. Las estrellas morían y otras nacían, pero *siempre* habría algún objeto celestial brillando en algún lugar del universo.

Su madre le había dicho una vez que pensar en el universo la hacía sentirse pequeña… que no le gustaba. Pero para Elena era diferente. Especialmente esa noche. La inmensidad del cielo la hacía sentirse parte de algo más grande, más poderoso que cualquier cosa en la Tierra. Lo que Vadym le había hecho… lo que la había obligado a sentir… nada de eso importaba ahí arriba. Él era insignificante. Ella no.

Ella era parte de las estrellas. Parte de esa belleza misteriosa. Después de todo… estaba hecha de polvo de estrellas. Soltó un suspiro. Gran parte del miedo y la rabia que había cargado durante meses se disolvió en la noche.

—Es infinito…

—Infinito… y más valioso de lo que podemos imaginar —respondió él.

Se volvió hacia él y descubrió que Dimitri no miraba el cielo… la miraba a ella.

Sostuvo su mirada, comprendiendo lo que realmente quería decirle.

Quiso decirle que le había dado algo invaluable. Que le había devuelto su lugar en el mundo. Que la había hecho sentir que pertenecía… que volvía a ser dueña de su destino. Y más aún… la hacía sentirse deseada por un hombre al que ella también deseaba. La sensación fue tan embriagadora que casi la mareó.

—Dimitri… —susurró, extendiendo la mano hacia él.

Él se giró hacia ella, y Elena se acercó, refugiándose en sus brazos.

—Tú *brillas*, no ardes, Elena. Nunca lo olvides.

Y lo curioso era que le *creía*. Por primera vez desde que Vadym la había tomado, sentía que su vida volvía a estar en sus manos. Aunque estaban huyendo… había esperanza.

Levantó ligeramente la cabeza hasta apoyarla en la almohada junto a él y rozó sus labios con la yema de los dedos, perdiéndose por un instante en la idea de besarlo.

—Me salvaste —susurró, recorriendo su boca y luego su mandíbula.

—Tú te salvaste sola, *kiska* —respondió él, con la voz cargada de emoción.

—No…

—Sí. Te mantuviste con vida. Resististe más que cualquier otra mujer en tu situación. Tuviste la fuerza de escapar… de luchar.

—No siento que haya hecho nada.

Él posó una mano en su cadera, firme pero suave.

—Cada día que respiras es un día que te has salvado. Un día que has ganado simplemente por seguir viviendo.

Ella suspiró, cerró los ojos… y lo besó. ¿Era posible que un hombre supiera a oscuridad y a luz al mismo tiempo? Porque Dimitri lo hacía. Sabía a todo lo que siempre había imaginado… pero no era un sueño. Era real.

Ella se recostó sobre la manta mientras él se colocaba sobre ella. Sus labios no dejaron de buscarse. Él cogió sus manos y las sostuvo a ambos lados de su cabeza. El peso de su cuerpo sobre el suyo se sentía… bien. Seguro. Había olvidado esa sensación. La de sentirse protegida bajo un hombre. Con él no había peligro. Solo placer. Él la poseía por completo… y aun así, ella se sentía libre. Elena confiaba en él con su cuerpo… y ahora también con su corazón.

Él ralentizó el beso y la miró.

—Estás pensando demasiado otra vez, *kiska.*

Su tono tenía ese matiz dominante, juguetón, apenas una reprimenda.

—No pensaba —respondió ella, sonriendo—. Estaba sintiendo.

Alzó el rostro y mordió suavemente su labio inferior. Él gimió y volvió a capturar su boca, esta vez con hambre.

Le encantaba cómo la besaba. A veces era ternura pura… y al siguiente instante, una urgencia casi salvaje. Lo quería todo. Todo de él. Jadeó cuando sus labios descendieron a su cuello.

—Dimitri…

—¿Sí?

—Lo quiero todo contigo.

Esperaba que entendiera. Esta vez… estaba lista.

—Aún no. No es necesario. Tenemos tiempo.

Volvió a besar su cuello, presionando ligeramente los dientes contra su piel, arrancándole un estremecimiento de deseo.

—Por favor… lo necesito. Estoy lista. Sé mi Dom… no un caballero.

Él levantó la cabeza y la miró con intensidad.

—Si en algún momento siento que no estás lista, nos detenemos. ¿Entendido?

Su corazón se llenó.

—De verdad eres un caballero… ¿no?

—Solo contigo, *kiska*. Solo contigo.

Pero ella sabía que no era cierto. Él era un caballero en todos los sentidos.

Entonces volvió a besarla… y fue como si todas las estrellas sobre ellos estallaran en luz. Elena abrió las piernas, deseando que la tomara allí mismo, bajo el cielo. Él gruñó, un sonido que la encendió aún más.

—*Kiska…*

De pronto, Dimitri se tensó. Levantó la cabeza bruscamente. La suavidad desapareció de su rostro. El hombre de los secretos había regresado. Elena escuchó el sonido de un motor… y unos faros cortaron la oscuridad.

—Levántate. Corre. Ve hacia la orilla del río. No te detengas hasta llegar. Mantente agachada, pase lo que pase… y coge esto.

Ya se había apartado de ella y había puesto una pequeña pistola en sus manos.

—Dimitri…

—No hay tiempo.

La atrajo para un último beso que le robó el aliento… y la empujó en dirección al río. Cuando llegó, se deslizó por una pendiente y cayó unos dos metros hasta quedar oculta en una hendidura del terreno. Contuvo la respiración. Su sangre retumbaba en sus oídos mientras esperaba… cualquier sonido… lo que fuera. Pero todo

estaba en silencio. Oscuridad. Rezaba para que Dimitri estuviera bien. *Si algo llegara a pasarle*… No. No pensaría eso. Él estaría bien. Tenía que estarlo.

❄

Dimitri se resguardó en la esquina del lodge. En un lugar así, no era buena idea quedarse dentro de un edificio donde podían atraparte. Sostenía un largo cuchillo de caza.

El coche finalmente llegó. Las luces altas lo cegaron. No podía ver nada más allá del resplandor. Luego se apagaron… y el motor se detuvo. Contó las puertas. Dos… no, tres. Sus ojos aún se ajustaban a la oscuridad. Se agachó, atento a cualquier sonido. Eran silenciosos… pero la grava del suelo hacía imposible no hacer ruido.

Cuando recuperó la visión nocturna, distinguió a dos hombres… pero su instinto le gritaba que había tres. Se giró justo a tiempo para bloquear un ataque por la espalda. Derribó al hombre, rodó hacia atrás, lo lanzó por encima de su cabeza… y se incorporó con el cuchillo listo.

—Joder, Dimitri —gruñó una voz.

El hombre se levantó, sacudiéndose.

—¿Maxim?

Dimitri exhaló, y la tensión abandonó su cuerpo. Se volvió y vio a Leo y a Nicholas, armados.

—Estáis aquí…

No podía creer que lo hubieran alcanzado tan rápido.

—Sí, lo sabrías si hubieras contestado mis llamadas —dijo Leo.

—Dejé el teléfono en la casa. Pensé…

Se estremeció. No había pensado. Ese era el problema. Había estado tan concentrado en sacar a Elena a ver las estrellas y en tener una noche tranquila a solas con ella, sin preocuparse por lo que vendría, que había roto una de las reglas más básicas de proteger a alguien. Había bajado la guardia. Fue una pequeña fortuna que sus amigos lo encontraran antes que sus enemigos.—¿Cómo me habéis encontrado?

Leo sonrió.

—Puse un rastreador en tus botas favoritas hace tiempo. Es tan pequeño que ni en el aeropuerto lo detectan.

—Ni yo, al parecer.

Maxim miró a Leo.

—Espera… ¿también lo hiciste conmigo?

—Claro que no —respondió Leo, con total inocencia.

Maxim volvió a Dimitri.

Leo, a sus espaldas, sonrió y asintió en silencio, indicando que sí lo había hecho.

—Nos encargamos del cuerpo —dijo Maxim—. También limpiamos la escena para Devereaux.

—Gracias.

Nicholas miró alrededor.

—¿Soy yo o falta alguien?

Dijo con un tono burlón que Dimitri había echado de menos desde que se había alejado de sus amigos.

—Elena está escondida.

Nicholas soltó una risa.

—¿Dónde? ¿Debajo de una roca?

—Casi.

Dimitri los condujo hacia la orilla rocosa del río. Levantó la mano para indicarles que se detuvieran. Guardó el cuchillo en la bota y llamó:

—Elena, es seguro. Tenemos compañía… buena compañía.

Luego se asomó con cuidado por el borde.

Estaba vacío. Ella no estaba. Su estómago se hundió al temer que sus amigos hubieran sido seguidos.

—¡Quedaos donde estáis! —gritó una voz.

Elena estaba detrás de ellos, de espaldas al lodge, apuntando con el arma a Maxim, que era el más cercano.

—Vaya, es muy lista —comentó Nicholas en ruso.

—*Kiska*, es seguro. Phoenix… ¿recuerdas? Este es Leo, Maxim y Nicholas, los hermanos de mi corazón —dijo Dimitri, avanzando hacia ella con las manos en alto.

—¿Estos son tus amigos?

—¿*Kiska*? —se burló Maxim con una risa mientras seguía hablando en ruso—. Dimitri, por fin has encontrado a tu gatita… y tuviste que elegir a la única mujer que no puedes tener.

—¿Qué? —respondió Dimitri.

—Ahora no, Max —intervino Leo—. Primero quitémosle el arma antes de darle la noticia.

Dimitri llegó hasta Elena y le quitó suavemente el arma antes de atraerla hacia sus brazos.

—Elena, él es Leo. Ese es Maxim, y Nicholas está allá.

Señaló a cada uno de ellos. Uno por uno, sus amigos colocaron el puño derecho sobre el corazón y se arrodillaron ante Elena, apoyando una rodilla en el suelo.

Las siguientes palabras que pronunciaron cambiaron su vida para siempre.

—Klyanus' zhizn'yu tebe, poslednemu iz roda Romanovykh. Pravnuchka velikoy knyagini Anastasii.

CAPÍTULO 12



Elena retrocedió cuando los tres hombres se arrodillaron ante ella y Dimitri. Todos hablaron en ruso, pero no eran palabras que hubiera aprendido en sus estudios. Miró a Dimitri, que permanecía inmóvil a su lado, como de piedra. Lo que habían dicho lo había golpeado como una marea imparable. Aunque no entendía las palabras, supo que todo había cambiado.

—¿Qué dijeron? ¿Y por qué están arrodillados?

Dimitri la soltó lentamente y se colocó junto a sus amigos. El estómago de Elena se desplomó. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué estaba haciendo?

—Dimitri, ¿qué dijeron?

Se aclaró la garganta.

—Dijeron que juran sus vidas a ti, la última de los Romanov… la bisnieta de la gran duquesa Anastasia Nikolaevna.

Bajo el brillo de las estrellas, Elena observó cómo Dimitri se unía a sus compañeros y se arrodillaba también ante ella, con el puño sobre el corazón.

Le tomó un momento comprenderlo. Si sus rodillas no se hubieran tensado en ese instante, habría caído.

—¿Yo qué?

—Eres la última… —dijo Dimitri—. La última de la línea imperial directa de los Romanov.

—Pero…

No tenía palabras. Era imposible. Los tres seguían mirándola, expectantes, aún de rodillas.

—No puedo serlo… eso no es posible. Ella murió. El gobierno ruso dijo que encontraron restos óseos suyos en una fosa poco profunda.

Recordaba esa noticia.

Leo habló:

—Esos hallazgos fueron falsificados. Querían detener los rumores debido a la inestabilidad política.

—No… no, por favor, dime que esto es una broma.

Buscó el rostro de Dimitri, pálido bajo la luz de las estrellas.

—No es una broma, Su Alteza —respondió él con solemnidad.

Y entonces Elena lo entendió. Ya no había *kiska.* Ya no había juegos. Ya no había seducción. Algo invisible se había levantado entre ellos. La libertad que creía tener… se había desvanecido.

—Por favor… levantaos. Todos.

Hizo un gesto, y ellos obedecieron.

—Esto es ridículo.

—Su Alteza… —dijo Dimitri, inseguro.

Y eso fue lo peor. Ella necesitaba que él tomara el control. Que fuera el hombre en el que había aprendido a apoyarse. Pero ahora… él esperaba que ella lo hiciera. ¿Una princesa? No era justo. No estaba bien.

—Por favor… entrad y dejadme sola un momento.

—No puedes quedarte aquí sola… —empezó Dimitri.

—Entonces él se queda.

Señaló a Maxim.

Parecía el más callado… el que podría darle espacio.

—Max… —dijo Dimitri en voz baja.

—Estará a salvo conmigo —aseguró Maxim.

Desesperada por un momento a solas, Elena se dio la vuelta y se alejó. Se detuvo al llegar a la manta. Hacía apenas unos minutos, ella y Dimitri habían estado ahí, bajo las estrellas, a punto de hacer el amor.

Sus piernas cedieron. Cayó sobre la manta y hundió el rostro en la almohada que aún conservaba su aroma. Esto era un sueño… O una pesadilla. Algo que su mente agotada había inventado después de todo lo que había vivido. Anastasia murió en Rusia hace años. Elena era solo una chica de Maine. Una chica adoptada… con algo de sangre rusa por parte de su madre. Pero ¿descendiente de Anastasia Romanov? Era un cuento de hadas… Uno teñido de sangre y oscuridad.

Los Romanov habían sido asesinados brutalmente por soldados comunistas. Las jóvenes duquesas murieron lentamente porque llevaban joyas ocultas en sus corsés, y los soldados las remataron con bayonetas. Fue una masacre despiadada de inocentes como Anastasia, su hermano Alexei y sus tres hermanas mayores.

Elena cerró los ojos, y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Eres la última… La voz de Dimitri resonó en su mente.

Era una Romanov.

Siempre había sabido que era adoptada, pero solo en los últimos años había comenzado a preguntarse por sus padres biológicos. Había tenido una infancia feliz. No la cambiaría por nada. Pero ahora tenía respuestas aterradoras. Pensó en su madre, sola, asustada, dando a luz solo para morir minutos después.

¿Quién era ella? ¿Quién era su padre? Las respuestas solo habían traído más preguntas.

Al principio apenas notó a Maxim, pero tras un momento se obligó a incorporarse.

—¿Por qué… por qué Dimitri cambió cuando le dijeron quién soy?

Maxim no la miró. Sus ojos vigilaban el horizonte oscuro.

—Porque es su deber. Su misión más importante es protegerte. Eres descendiente del último emperador y la última emperatriz de Rusia. Ahora estás fuera de su alcance. Él lo sabe.

Sus palabras, aunque pretendían ser suaves, la hirieron.

—No estoy fuera de su alcance. Nosotros…

Se sonrojó, agradeciendo la oscuridad.

—Os sentís atraídos el uno por el otro… pero eso no puede continuar. Para protegerte, él debe mantener su corazón al margen. Si no lo hace… podría cometer un error que te cueste la vida.

—Pero él se preocupa por vosotros…

—Sí. Pero tú eres la mujer que ama.

¿Dimitri la amaba? Apenas llevaban tiempo juntos. Pero para ella él ya era mucho más. No solo un refugio. Algo más profundo.

—Lo necesito —susurró.

—Siempre lo tendrá, Su Alteza.

—No me llames así. Esos títulos no se heredan a alguien como yo.

—Para el Ejército Blanco, sí.

—¿El Ejército Blanco?

Lo miró, confundida.

—¿El que servía a los Romanov? Fue destruido hace más de cien años.

—La guardia real de élite pasó a la clandestinidad. Tuvimos que hacerlo, después de la masacre de los Romanov.

Hizo una pausa.

—Uno de los guardias rojos se dio cuenta de que Anastasia seguía con vida. La llevó con nosotros, y nuestros hombres la sacaron del país. Los que se quedaron en Rusia nunca supieron si sobrevivió —respiró hondo—. Crecimos con esa historia… pero nunca tuvimos pruebas de que fuera real. Hasta hoy —esbozó una leve sonrisa—. Además… se parece a ella. He estudiado su retrato lo suficiente como para reconocer la belleza Romanov en usted.

Elena se secó las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano, y nunca en su vida se había sentido tan sola; ni siquiera cuando había estado encerrada en la celda oscura de Vadym se había sentido así.

—¿Por qué importa siquiera quién fue mi bisabuela? ¿Por qué le importaría al Kremlin? Yo solo quiero que me dejen en paz para vivir mi vida —dijo, sorbiendo por la nariz. Dios, odiaba llorar… y últimamente lo había hecho demasiado.

Maxim se acercó un poco más y sacó un pañuelo blanco, ofreciéndoselo como un caballero de otra época, casi salido de *Downton Abbey*. Elena se limpió los ojos y luego se quedó mirando el fénix bordado en hilo dorado en una esquina de la tela.

—Nada volverá a ser igual. Eres un símbolo de esperanza para muchos en Rusia que se oponen al régimen actual. Eres el grito vivo de cambio, el deseo de poner fin a un gobierno que ha quebrado la espalda y el alma de nuestro pueblo. Por eso el Kremlin quiere verte muerta.

Ella le devolvió el pañuelo.

—Pero ¿cómo saben siquiera sobre mi linaje?

—La prueba de ADN que hiciste el año pasado. Todos los gobiernos importantes del mundo tienen acceso a esas bases de datos. El Kremlin lleva años en alerta, esperando ver si existen descendientes directos de la familia imperial. No tenían acceso a tu sangre como yo para confirmar el vínculo con Anastasia, pero sí lo suficiente como para reducir las posibilidades y saber que perteneces a la línea de Nicolás y Alexandra.

—¿Hay más? ¿Tal vez alguien más podría…?

—Es posible, pero mientras no los encontremos, tú eres lo mejor que tenemos.

—Escucha, yo no quiero ser nada de eso.

Estuvo a punto de decir que solo quería volver a casa… pero Dimitri era su hogar de una forma que ningún lugar ni ninguna persona habían sido jamás.

—A veces el destino elige nuestro camino por nosotros, y tenemos que cargar con el peso de nuestros dones.

Elena soltó una risa amarga.

—¿Dones? Es una maldición.

—Hay millones de personas a las que podrías ayudar, Elena —dijo Maxim, tendiéndole la mano—. La pregunta es… ¿vas a dejar que tu pasado te mantenga como una víctima el resto de tu vida, o vas a enfrentar tu destino y convertirte en líder de aquellos a quienes puedes ayudar?

Ella se estremeció, porque tenía razón. Se había estado escondiendo, aferrándose a su dolor, y solo las personas débiles hacían eso, dejaban que otros las definieran, permitían que su propio egoísmo las corrompiera hasta no hacer otra cosa que exigir y culpar cuando algo salía mal.

Sus padres la habían criado para ser fuerte, para valerse por sí misma, no para destruirse. Tenía que hacer lo correcto, por más difícil que fuera. El mundo se había vuelto demasiado oscuro, lleno de odio y miedo… era momento de creer en sí misma, de brillar a través de la oscuridad, de convertirse en una estrella dentro de la inmensidad del cielo. Pero eso tampoco significaba que tuviera que ser esclava de lo que otros esperaban de ella.

Le tendió la mano a Maxim y dejó que la ayudara a ponerse de pie, y juntos comenzaron a regresar al lodge. De alguna manera encontraría la forma de convencer a Dimitri de que su sangre no importaba… no cuando lo necesitaba en su vida.

❄

DIMITRI CAMINABA DE UN LADO A OTRO EN LA ENTRADA, CON LAS MANOS entrelazadas detrás de la espalda, deteniéndose cada pocos segundos para mirar su reloj. Había pasado demasiado tiempo allá afuera… se iba a enfriar.

—Dimitri, detente o vas a desgastar el suelo —bromeó Nicholas.

Dimitri le lanzó una mirada fría mientras él y Leo lo observaban con una mezcla de diversión y curiosidad. Llevaban ya varios minutos burlándose de su actitud sobreprotectora y de cómo su pequeña *kiska* había logrado rodearlos por detrás; ellos estaban impresionados… y él, aliviado. Sabía que ella era fuerte, que podía cuidarse sola, pero no quería que tuviera que hacerlo.

Y aun así, la idea de ella sola en la noche, temblando de frío y enfrentando la noticia de que su vida jamás volvería a ser la misma… era demasiado para él. No le importaba si necesitaba espacio, tenía que asegurarse de que estuviera bien.

—Voy por ella.

Abrió la puerta… y la encontró justo ahí, frente a él, con Maxim detrás, vigilando la carretera. Pero Dimitri solo vio sus ojos enrojecidos. Su *kiska* había estado llorando. Su rostro reflejaba exactamente la devastación que él sentía por dentro, sabiendo que jamás podría volver a tenerla entre sus brazos, que nunca más

podría tocarla como lo había hecho, ni estar con ella como ambos habían imaginado. Era como una mano helada de verdad brutal clavándose en su pecho, aferrándose a su corazón.

—Permiso.

Elena pasó junto a él hacia el interior del lodge, con una voz completamente vacía.

—¿Qué le dijiste? —gruñó Dimitri en ruso a Maxim en cuanto entraron.

Maxim alzó una ceja.

—¿Decirle?

—Ha estado llorando.

—Lloró por ti… y porque su mundo acaba de ponerse de cabeza.

Dimitri volvió a mirarla. Ella los observaba mientras discutían en ruso, y sus ojos, de un verde tan hermoso, estaban ensombrecidos por la preocupación. Esos ojos lo atravesaban, lo dejaban expuesto, sin defensa alguna.

—¿Por mí?

Maxim soltó una risa seca.

—Está enamorada de ti. Le expliqué que hemos sido criados para ponerla por encima de todo, que no eres suficiente para ella… no de esa manera. Ninguno de nosotros lo es.

Las palabras le golpearon el estómago. *No eres suficiente*… y quizá no estaba equivocado. Dimitri no tenía derecho a intentar una relación con una mujer que era la última de la línea Romanov. Su deber sagrado era protegerla, no entregarse a fantasías de tenerla en su cama y aliviar su pasado con placer.

—No me equivoco —añadió Maxim, con un atisbo de disculpa en su tono—, pero sé lo que es querer algo que nunca podrás tener.

—¿Podéis dejar de hacer eso? —interrumpió Elena.

—¿Hacer qué? —respondieron Dimitri y Maxim al mismo tiempo.

—Habláis demasiado rápido. Intento seguiros, pero no soy fluida, así que la mayor parte se me escapa.

Nicholas, detrás de ella, parecía contener la risa, mientras que en el rostro de Leo era evidente la curiosidad… y la admiración.

—Mis disculpas, Su Alteza —dijo Maxim con educación.

Elena miró a Dimitri, esperando.

—Lo siento —dijo él.

Ella soltó el aire con frustración.

—No quería una disculpa. Quería saber de qué estabais hablando.

—No tienes que preocuparte por eso. Deberías irte a dormir.

—Ni de broma —replicó ella, con los ojos afilados como jade—. Claro que tengo que preocuparme. Es mi vida, y no puedes decirme qué hacer como si fuera una mascota.

Dimitri se contuvo. De no haber sido una descendiente Romanov, habría bromeado con que sí, que era su pequeña gatita en la cama… pero no lo era. Si acaso, era él quien le pertenecía a ella, quien obedecería *cualquier* cosa que le pidiera.

Elena se volvió hacia los otros.

—¿Cuál de vosotros es Leo y cuál Nicholas?

—Yo soy Leo —dijo Leo, levantando la mano.

—Maxim —gruñó el otro.

—Y yo soy Nicholas, pero puede llamarme como quiera, Su Alteza.

Hizo una reverencia exagerada, y Maxim le dio un codazo en las costillas.

Los ojos de Elena brillaron con un toque de humor, y la tensión de Dimitri cedió un poco. Iba a ser difícil adaptarse a esta nueva distancia entre ellos después de lo que habían compartido, pero al menos sus amigos podían ayudar a aliviar el ambiente.

—¿Habéis comido ya? —preguntó Elena.

—Sí, Su Al…

—Por favor, no me digáis así a menos que yo lo pida.

Su tono ya tenía un matiz de seguridad, aunque Dimitri dudaba que ella misma lo notara.

—Hay muchas habitaciones. Elegid una. Supongo que os veré por la mañana.

Se dio la vuelta y caminó hacia la habitación que habían planeado compartir esa noche… la habitación que él había imaginado compartir con ella en todos los sentidos. Verla alejarse le dolió de una forma que jamás había experimentado. Se detuvo en la

puerta, y él esperó que se girara, que lo mirara una sola vez… para no sentirse tan solo en ese momento.

Pero no lo hizo. Y eso lo destrozó.

A pesar de su aparente calma, Dimitri había visto la tensión en su rostro. Seguía afectada… y tenía todo el derecho a estarlo. Él le había prometido ser lo que necesitara, y ahora estaba rompiendo esa promesa para cumplir la que le había hecho a su padre.

—Me agrada —dijo Nicholas.

—Es fascinante —añadió Leo.

Maxim solo miró a Dimitri.

—¿Qué vas a hacer?

—¿A qué te refieres?

—A ella. Te mira igual que tú la miras a ella.

El dolor volvió a clavarse en su pecho. No respondió de inmediato; las emociones eran demasiado intensas.

—Tú mismo lo dijiste… no soy suficiente, y no sería correcto. Hice un juramento.

Maxim, Nicholas y Leo intercambiaron una mirada que dejó claro que habían hablado de esto antes.

—Dimitri, todos hicimos ese juramento, pero a veces hay que romper la palabra si lo correcto es más importante —dijo Leo—. Creo que hablo por los tres cuando digo que te liberamos de ese juramento.

Maxim y Nicholas asintieron.

—Si ella te quiere, debería tenerte —añadió Maxim—. Con lo que viene, te va a necesitar más que nunca.

Dimitri quería aceptar, ir directamente con ella y cogerla entre sus brazos… pero había hecho demasiadas promesas, a su padre, al Ejército Blanco, y lo único que veía era el recuerdo de la muerte de su madre y cómo eso había destruido a su padre. Si lo detenía ahora, antes de que se unieran más… quizá sería lo mejor.

—No puedo —murmuró.

Salió por la puerta hacia la noche fría. Elena estaba a salvo, por ahora, y él necesitaba levantar un muro alrededor de su corazón.

Caminó hasta la orilla del río y se quedó mirando la extensión oscura del paisaje, empapándose de la luz de las estrellas. En su

mente, Elena volvía a aparecer a su lado, sus ojos reflejando la inmensidad de la Vía Láctea.

El destino era cruel. Le había ofrecido el único sueño que realmente había querido y luego se lo había arrebatado.

CAPÍTULO 13



Dimitri no regresó a la casa durante casi media hora, se quedó bajo las estrellas, cerca de la manta y las almohadas que había llevado para él y Elena, intentando aferrarse a ese momento que, hacía apenas una hora, había sentido como algo casi sagrado; había creído que el cielo tenía todas las respuestas, que encontrarse había sido una especie de bendición… y ahora, de pronto, todo volvía a estar fuera de su alcance. Nunca imaginó que tendría que elegir entre el deber y el amor de esa manera, y aun así ahí estaba, sintiéndose dividido, como si algo dentro de él se estuviera desgarrando.

Recogió la manta y las almohadas y caminó de regreso al lodge; al cruzar la puerta encontró a sus amigos en la cocina, hablando en voz baja mientras bebían cerveza, como si el mundo no acabara de cambiar por completo. Nicholas le ofreció una, pero él negó con la cabeza.

—¿Os encargasteis del cuerpo? —preguntó, aferrándose a lo único que le resultaba sencillo en ese momento: el trabajo.

—Sí —respondió Maxim con tono seco—. Me debes una.

—Encontramos su lancha anclada a medio kilómetro mar adentro —añadió Nicholas, apoyándose contra la encimera—. Debió nadar hasta la orilla, por eso Leo no obtuvo coincidencias con el

reconocimiento facial. También encontramos su teléfono desechable en una bolsa impermeable dentro del traje.

—¿Había algo útil? —preguntó Dimitri.

Leo asintió.

—Llamé a su superior usando registros de voz antiguos para imitarlo, le dije que la misión había sido completada. No fue fácil, pero creo que lo creyó. Le ordenaron regresar a Moscú, supongo que es su protocolo habitual.

—Entonces tenemos… ¿dos días? —calculó Dimitri. No era mucho, pero al menos era algo.

—Eso creo, pero tenemos que ser cuidadosos —continuó Leo—. Tienen fotos tuyas besándola, Dimitri. Por lo que pude ver, ya las compartió con su superior. Van a revisar todo lo que tengan sobre ti, van a querer saber por qué estás con ella. No creen en las coincidencias. En cuanto descubran que su agente está muerto… empezarán a unir las piezas. He mantenido limpia tu presencia digital, pero eso no significa que no te estén vigilando.

No había dónde esconderse. Tarde o temprano los encontrarían. Dimitri se pasó las manos por el cabello con tanta fuerza que le dolió.

—Va a estar huyendo el resto de su vida…

—Hay una opción —dijo Nicholas, dejando la cerveza sobre la mesa, serio por primera vez. Leo y Maxim intercambiaron miradas, desconcertados. Dimitri tampoco entendía.

—De verdad, vosotros sois demasiado cerrados —murmuró Nicholas mientras sacaba el teléfono y les mostraba la pantalla—. Las Naciones Unidas tendrán una gala enorme… los premios humanitarios anuales. Es pronto.

—¿Hablas en serio? —gruñó Maxim—. ¿Quieres ponerle un blanco en la frente y lanzarla a los lobos?

—No —respondió Nicholas con impaciencia—. Piensa… llevas a la última Romanov a un evento así, la haces visible ante todo el mundo y se vuelve…

—Intocable —terminó Dimitri, sintiendo el pulso acelerarse.

Hubo un silencio.

—Todos los líderes del mundo la verán, la conocerán y la querrán —añadió Nicholas.

—Todos menos uno —dijo Maxim con frialdad—. Y ese no podrá tocarla.

—No es el plan más descabellado que he escuchado —reflexionó Leo—, pero necesitaríamos apoyo… refuerzos.

Dimitri pudo verlo con claridad: el Ejército Blanco emergiendo de las sombras, dejando atrás el pasado, poniendo a Elena al frente de algo nuevo. No para gobernar… sino como símbolo, como cambio, como algo capaz de mover al mundo.

—Podría funcionar… —murmuró, cogiendo una cerveza.

Un grito rompió el silencio.

Subió corriendo al dormitorio principal y la encontró temblando en la cama, abrazándose a sí misma mientras los otros entraban detrás de él.

—Elena, ¿estás bien?

No había señales de intrusos. Solo sus pesadillas.

—Estoy bien…

Apartó la mirada, cubriéndose con las sábanas.

Maxim le lanzó una mirada a Dimitri antes de salir.

—Esto lo tienes tú.

Leo le dedicó una sonrisa cálida antes de irse también.

Nicholas le dio una palmada en el hombro.

—Quédate con ella.

Dimitri cerró la puerta, encendió la lámpara y la luz reveló su rostro pálido.

—Lo siento… no quería asustaros —murmuró ella—. Solo… fue un momento.

—Una pesadilla —corrigió él suavemente.

Ella asintió.

—Estoy bien, Dimitri. De verdad. Puedes volver con ellos… a lo que sea que estabais haciendo. A limpiar vuestras armas o hablar de asesinatos o lo que sea que vosotros hagáis.

Su tono ligero no lograba ocultar nada.

—Elena… —se detuvo, buscando las palabras—. Te hice una promesa… y hasta hoy, no entraba en conflicto con todo lo que soy.

—Lo sé —lo interrumpió—. No puedes estar conmigo. Y eso es… bastante estúpido.

Lo miró con frustración.

—¿Dejar que alguien más decida con quién puedes estar?

—Lo es… pero es la verdad. Tú estás por encima de mí.

—No —respondió de inmediato—. No lo estoy. No he cambiado. Sigo siendo yo. Mi sangre no me convierte en alguien intocable… así que deja de actuar como un idiota y bésame.

Lo cogió del suéter y lo atrajo hacia ella. Dimitri reaccionó sin pensar, apoyando las manos a ambos lados de su cuerpo mientras sus labios encontraban los de ella… suaves, cálidos… irresistibles. Se perdió en ese beso, en la necesidad de tenerla, de no soltarla nunca.

Sus brazos se deslizaron alrededor de su cuello, y sus bocas encajaron con una naturalidad que lo consumió por completo. Cada roce encendía algo más profundo, más urgente; el aroma de su piel, la suavidad de su cabello, el pulso acelerado en su cuello mientras la besaba… todo lo arrastraba. Y sería tan fácil ir más allá…

Ese pensamiento lo golpeó de repente. Se apartó. Ella no lo soltó del todo. Ambos respiraban con dificultad.

—¿Qué tan mala fue la pesadilla? —preguntó, con la voz tensa.

—Mala… —susurró ella, acariciando su nuca.

—Nada va a hacerte daño… no mientras yo esté aquí. Daría mi vida por ti. Y ellos también.

Ella tiró suavemente de su cabello para obligarlo a mirarla.

—Por favor, Dimitri. No necesito que mueras por mí. Necesito que *estés* conmigo. Por favor, *elígeme* a mí, no a cualquier juramento que hayas hecho y que te mantiene lejos. Si quieres que sea esa descendiente Romanov de la gran duquesa, entonces tienes que darme lo único que necesito… y eres *tú*. Quiero lo que me prometiste. Te quiero a ti.

La desesperación y el deseo en sus ojos eran una combinación imposible de ignorar. Ser deseado por quien uno es… tenía una fuerza devastadora.

En ese instante, Dimitri supo que jamás sería capaz de mantenerse alejado de ella. Era su sol, brillando en medio de un

universo oscuro, y él estaba irremediablemente atraído hacia su órbita, atado para siempre a la poderosa fuerza de su gravedad.

—Tú ganas, *kiska* —murmuró, y la barrera que había empezado a levantar alrededor de su corazón ese mismo día se derrumbó por completo, como si hubieran sonado las trompetas de Jericó.

Ella sostuvo su rostro entre las manos, sus ojos verdes brillando en la penumbra.

—Solo hacemos esto si tú también lo quieres, ¿recuerdas?

Él cerró los ojos, saboreando su contacto.

—Nunca he deseado nada más.

Sus hombros se relajaron, y ella recorrió sus labios con la yema de un dedo.

—Gracias —susurró.

—¿Por qué? —preguntó él, sin apartar la mirada de su boca.

—Por quererme. No creí… no creí que alguien pudiera quererme después de lo que pasó.

—Elena…

Sus palabras fueron como una cuchilla clavándose en su pecho. ¿Cómo podía pensar algo así?

—Lo sé —suspiró ella, y ese suspiro pesó más que el mundo entero en ese instante—. La terapeuta dijo que es normal sentirse así, pero no hay nada normal en sentirse rota, usada… destruida desde dentro.

—No eres nada de eso. Pase lo que pase por tu mente, no lo eres. ¿Lo entiendes?

Sostuvo su mirada hasta que ella logró asentir.

Elena apoyó una mano sobre la cama, a su lado.

—¿Te quedas?

Como si pudiera irse ahora. Como si alguna vez hubiera sido capaz de hacerlo. Estuvo a punto de reír ante ese pensamiento, pero no quería que ella creyera que se estaba burlando.

—Me quedo, *kiska.*

La sonrisa que iluminó su rostro fue más brillante que cualquiera de las estrellas que habían contemplado esa noche.

—Ya empezaba a extrañar eso.

Dimitri se quitó el suéter por la cabeza y lo dejó caer al suelo.

—¿Ya empezabas a extrañar qué?

—Que me llames *kiska* —se sonrojó un poco mientras apartaba las sábanas a su lado—. Me hace sentir segura.

Dimitri se inclinó hacia ella y le sostuvo el mentón. Su respiración se agitó tanto que él pudo sentir cómo lo arrastraba, cómo lo llamaba con ese deseo silencioso y esos ojos llenos de anhelo. Se acercó más, y ella se humedeció los labios. Pero se obligó a decir lo que ella necesitaba escuchar.

—Una mujer fuerte merece a un hombre fuerte. Y las mujeres fuertes también merecen sentirse seguras. No tienes nada de qué avergonzarte.

—Hazme sentir segura, Dimitri.

Se recostó en la cama, la invitación tan clara, tan pura… y él lo entendió. No se trataba de sexo, no esa noche; se trataba de conexión, de algo humano, y eso sí podía dárselo. Se desabrochó los jeans y se los quitó, sintiendo su mirada sobre su cuerpo, teniendo que contenerse para no responder a ella como su cuerpo le pedía. No esa noche. Ella aún tenía que asimilar todo lo que había descubierto, y él no permitiría que intentara escapar de eso usando su cuerpo… ni el suyo. También necesitaba descansar.

Se metió en la cama junto a ella, disfrutando del calor de su cuerpo contra el suyo. Elena llevaba solo una camiseta y unos shorts de algodón. Algún día dormirían piel con piel… pero no esa noche. Apagó la luz y la oscuridad los envolvió.

En la penumbra, su cuerpo encontró el de él sin esfuerzo. Se acurrucó contra su pecho, y permanecieron así un momento en silencio, escuchando el viento golpear suavemente contra las ventanas. No había nada más perfecto que sostenerla en una cama cálida, sabiendo lo frío que estaba el mundo afuera.

—Cuéntame algo bonito… algo maravilloso. No quiero que mi mente vuelva a ese sueño.

Apoyó la mejilla en su pecho, y él la rodeó con los brazos, abrazándola más cerca.

—Algo bonito…

De niño había amado aprender, descubrir el mundo, todo lo que lo rodeaba, y eso solo había crecido con los años. Se había

obsesionado con la naturaleza, el arte, la historia; en cada ciudad que visitaba, recorría museos, galerías, sitios históricos, absorbiendo cada detalle, recordándose a sí mismo que el mundo también podía ser hermoso.

—Existe una especie de medusa que es inmortal.

Ella soltó una pequeña risa.

—¿Qué?

—Es cierto. Puede revertir su estado a una fase juvenil después de haber alcanzado la madurez sexual, así que nunca muere. Es muy pequeña y vive en aguas templadas y tropicales por todo el mundo.

—¿Te imaginas vivir para siempre? —preguntó Elena.

Dimitri entrelazó los dedos en su cabello y comenzó a acariciarla con suavidad.

—No.

Si pudiera vivir para siempre… solo lo haría si ella estuviera con él.

Ella bostezó y se acercó aún más.

—Cuéntame más cosas interesantes.

—A ver… los osos polares tienen la piel negra y el pelaje transparente.

—¿Cómo es eso posible? Su pelaje se ve blanco.

Deslizó la mano hasta sus hombros, masajeándola con suavidad.

—Los pelos largos que protegen su pelaje interior son huecos y transparentes. Los más finos no son huecos, pero tampoco tienen color. Se ven blancos porque el aire dentro de cada pelo dispersa la luz en todas las direcciones. El blanco es lo que vemos cuando un objeto refleja todos los colores, en lugar de absorberlos. Así que los osos polares reflejan toda la luz.

—¿Cómo sabes todo eso? ¿Viene en tu manual de espía?

Él soltó una risa baja.

—Cuando era niño tenía muchos libros de animales. Mi madre solía leerme algunos. Después de que murió… seguí haciéndolo. Ella me enseñó a encontrar alegría en aprender.

—¿Y tu padre?

—Él me enseñó el deber.

No quería hablar de él. Lo había admirado toda su vida… pero ahora empezaba a cuestionarlo todo.

—Lo siento…

Elena dejó un beso sobre su piel, y una calidez suave se extendió por su pecho. La abrazó con más fuerza, apretándola contra él. Ella se acomodó un poco, y su cuerpo reaccionó al contacto, pero lo ignoró, concentrándose en el ritmo de su respiración. Pronto se quedaría dormida.

—Gracias… —murmuró, ya somnolienta.

—¿Por qué, *kiska*?

—Por *ti*…

Sintió cómo su cuerpo se relajaba por completo mientras el sueño la envolvía. No quería moverse, no quería romper ese momento ahora que por fin descansaba. La paz que sentía al sostenerla era casi abrumadora. Pero si quería que esto fuera real, si quería tenerla así el resto de sus vidas, tenía que encontrar la manera de protegerla… no solo ahora, sino siempre. Tenía un plan… y esperaba que funcionara.

Esperó a que estuviera profundamente dormida, luego salió de la cama con cuidado, cogió su teléfono y salió al pasillo. Marcó el número de Royce.

—Estas llamadas de madrugada me van a matar —gruñó Royce al contestar—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien? No me digas que ya estás en Colorado.

—No, estamos bien, pero seguimos en camino. Necesito que hagas algo.

—Dime.

—Los padres de Elena iban a visitarla en California. Les dejó un mensaje para que no fueran antes de que destruyera su teléfono. Quiero que pueda contactarlos, pero sus teléfonos probablemente están intervenidos. Necesito que les consigas dispositivos seguros… y que los saques de su casa y los pongas bajo protección.

El tono de Royce cambió al instante.

—¿Me vas a decir qué demonios está pasando? Pensé que estaría a salvo con Vadym muerto.

Dimitri se frotó los ojos.

—Analizamos la sangre de Elena.

—… ¿Y?

—¿Recuerdas las historias de alguien que escapó de la masacre Romanov?

—Sí… Anastasia…

Silencio.

—No… eso es imposible.

—No tanto, al parecer.

—¿Y el gobierno cómo lo supo?

—Ella se hizo una prueba de ADN para saber sobre su pasado. No conocen el vínculo exacto… pero sí lo suficiente para saber que es descendiente directa.

—Mierda… ¿sus padres lo saben?

—Lo dudo. Pero eso no los hace menos vulnerables. El Kremlin los usará para llegar a ella.

—De acuerdo. Iré por ellos y los llevaré a mi casa en Long Island hasta que me digas que es seguro.

—Llámame cuando los tengas. Elena necesita escucharlos.

—Te aviso… ¿puedo decirle a Kenzie?

—Sí, claro… y necesito otro favor.

—Te escucho.

—Llama a Wes Thorne. Necesito cinco entradas para la gala de la ONU… y un vestido para ella.

—¿Un vestido?

—Muy específico. Te mandaré referencias. Tal vez Kenzie pueda ayudar.

—Hecho.

—Gracias.

Colgó y se quedó un momento en silencio. Aún había una llamada más. Miró el reloj. Pasaban de las dos. Marcó otro número.

—Edgeworth.

—Soy Razin. ¿Está despierta?

—Sí… pero no atiende llamadas, ni siquiera de sus favoritos.

Dimitri sonrió levemente.

—Dile que necesito acceso a una tiara.

—¿Cuál?

—La gran diadema de diamantes de Alexandra Romanov.

Silencio.

—Solo hay una persona a la que se la daría.

—A su legítima dueña.

—No puedes estar hablando en serio… Dios mío… después de todo este tiempo… ¿las historias eran ciertas?

Ahora Edgeworth entendía exactamente lo que estaba en juego.

—Sí, y necesitamos enviarle un mensaje al embajador ruso. El más contundente que podamos.

—Solo el joyero real sabe que ella tiene esa tiara. Si te la envía, podrían surgir preguntas sobre cómo la obtuvo.

—Adquirir una pieza así en una subasta privada no es algo de lo que haya que avergonzarse —le aseguró Dimitri—. Y nunca tenemos por qué decir de dónde proviene.

—Muy bien, transmitiré tu solicitud cuando despierte. Si esto significa lo que creo… será mejor que tengas cuidado.

—Lo tendré.

Dimitri permaneció quieto en el pasillo durante un largo momento antes de regresar a la habitación. Luego tomó el cuerpo de Elena entre sus brazos y, por fin, logró descansar. Saber que Maxim, Leo y Nicholas vigilaban le permitió, por primera vez en días, permitirse soñar.

❄

—Señor, Ivanoff no ha reportado.

Vladimir Andropov giró su silla para observar al hombre que permanecía nervioso en la puerta. Normalmente no permitía que los agentes de bajo nivel lo molestaran. Sabían que debían quedarse en sus cubículos en ese edificio anodino en las afueras de Moscú, pero parecía que hoy no tendría esa suerte. Maldijo que su oficina estuviera en el mismo piso que esos inútiles.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —exigió Vladimir Andropov. No sabía el nombre del hombre, y no le importaba. Como cualquier otro encargado de agentes, podía ser reemplazado.

El superior de Viktor se acomodó las gafas gruesas sobre la nariz y cambió el peso de un pie a otro.

—Han pasado unas seis horas desde que esperábamos que enviara los detalles del vuelo.

—¿Seis horas?

Vladimir no gritó. No lo necesitaba.

—Asumimos que tuvo un retraso, pero en su último reporte indicó que estaba a tiempo. No confirmó la misión… al menos no con el código asignado.

Ante eso, Vladimir se inclinó hacia adelante, y su silla crujió levemente.

—¿Me estás diciendo que *tú* no has confirmado la ejecución?

Por la palidez en el rostro del hombre, era evidente que sabía que su respuesta podía costarle la vida.

—Estábamos seguros cuando reportó… prometió enviar más información junto con los datos de su vuelo, pero no hemos recibido nada… —balbuceó.

—¡Tráeme todo lo relacionado con su misión, *ahora mismo*! —ordenó Vladimir, sintiendo una nada despreciable satisfacción al ver cómo el hombre tropezaba en su prisa por salir.

Cuando se quedó solo, Vladimir se quedó mirando la pared de su despacho, donde sus medallas de servicio, otorgadas por el presidente de Rusia, colgaban dentro de vitrinas decorativas. Junto a una de ellas había una fotografía enmarcada de él cuando era joven, apenas con veinte años, al lado de su compañero, Viktor Ivanoff. Ambos eran jóvenes entonces, pero trabajaban bien juntos y se habían adaptado con facilidad a la naturaleza sombría de su labor.

Con el paso de los años, Viktor había querido permanecer en el campo, mientras que Vladimir había anhelado las comodidades del poder y había ido escalando posiciones dentro del sector de inteligencia. Oficialmente, ahora era el jefe de Viktor, pero siempre asignaba a otro hombre para que fuera su enlace en las misiones. En ese momento, empezaba a pensar que aquello había sido un error.

El hombre regresó con apresuramiento y dejó un expediente sobre el escritorio de Vladimir.

—Esto es todo lo que tenemos.

Vladimir lo despachó con un gesto y comenzó a revisar los documentos. Era un archivo nuevo, pero entre los informes recientes, impresos con nitidez, había decenas de hojas amarillentas, viejas, metidas de manera descuidada. Sacó todos los documentos antiguos y los examinó con atención. El corazón se le detuvo por un instante al reconocer la fecha y el lugar.

Maine, Estados Unidos. Hace veinte años. Levantó una mano hasta el cuello, donde una cicatriz irregular marcaba su piel. Él y Viktor habían compartido una misión en Maine para matar a una mujer llamada Tatiana Anderson.

Debería haber sido fácil. Sin embargo, había sido cualquier cosa menos eso. Él y Viktor apenas habían escapado con vida. La mujer había tenido ayuda para huir de ellos. Estaba con un hombre que sabía manejar armas. Al final, lo mataron, pero ella, el verdadero objetivo, logró escapar.

Se habían visto obligados a buscar atención médica y habían acordado decir que la mujer estaba muerta. Estaba embarazada de nueve meses y no habría llegado muy lejos a pie en la tormenta invernal hacia la que había huido. Lo más probable era que hubiera muerto en el bosque. Habían estado demasiado lejos de cualquier hospital como para que pudiera recibir ayuda, y Vladimir había estado seguro de que había roto fuente durante la pelea de aquella noche.

Vladimir siguió hurgando en el expediente, con las manos temblándole ahora que empezaba a unir algo que jamás habría imaginado.

Tatiana Anderson *había* llegado a un hospital y había dado a luz antes de morir.

Un hijo… ya adulto.

Vladimir examinó las fotografías del expediente. Una joven rubia, bonita, con grandes ojos verdes. El archivo de Tatiana había resurgido porque su hija había utilizado un sitio de perfiles genéticos. Sus marcadores de ADN habían activado una alerta en su sistema. La sangre de Vladimir se heló al comprender lo que eso significaba.

Tatiana había sido descendiente directa de los Romanov, de la línea de Nicolás y Alexandra. La hija de Tatiana llevaba esa misma sangre imperial. Nadie se lo había dicho ni a él ni a Viktor cuando los enviaron tras ella veinte años atrás. Si Vladimir no averiguaba qué le había sucedido a Viktor y no corregía ese error, las cosas podían salir muy mal para él.

Continuó revisando el expediente. Las respuestas tenían que estar ahí, en alguna parte. Viktor no habría pasado tanto tiempo sin reportarse. No informar a la central significaba que Viktor estaba herido o muerto. Tenía una cápsula de cianuro en una de las muelas, así que, si lo habían capturado, no habría permanecido con vida lo suficiente para traicionar a su país.

Vladimir iba a tener que encargarse de esto personalmente.

Cerró el expediente de golpe y lo guardó en su maletín. Luego cogió su abrigo del perchero en una esquina del despacho.

El hombre que le había avisado que Viktor no se había reportado seguía rondando por el pasillo.

—¿Señor?

—Me voy por una semana. Reporta a Boris Yatvin mientras no esté.

—Sí, señor.

El hombre volvió apresuradamente a su cubículo y dejó a Vladimir solo.

Pero su mente ya estaba a kilómetros de allí, planeando la muerte de una chica que jamás debió haber sobrevivido.

CAPÍTULO 14



Elena no supo qué pensar al despertar sola en el dormitorio principal del lodge. Durante un segundo, no recordó dónde estaba. No había sonido de mar, ni brisa salada entrando por un balcón abierto. Entonces todo lo ocurrido la noche anterior regresó de golpe, dejándole un dolor sordo detrás de los ojos.

Era descendiente de la gran duquesa Anastasia de Rusia. Parecía algo sacado de un cuento de hadas de la infancia… salvo por el pequeño detalle de que unos asesinos rusos intentaban matarla.

Se estiró sobre la cama y sintió la ligera marca que había dejado el cuerpo de Dimitri a su lado en el colchón. La noche anterior, él le había prometido quedarse con ella, *estar* con ella. Buscó en la almohada, esperando encontrar una pequeña nota suya, pero no había ninguna. El estómago se le contrajo con un pánico repentino. ¿Ya había roto Dimitri su promesa de quedarse con ella?

Cuando apartó las sábanas, de pronto oyó la risa alegre de Dimitri que llegaba desde el pasillo. El nudo de tensión dentro de ella se aflojó al instante. Se puso unos jeans y un suéter, y caminó descalza hacia el sonido de actividad. Se detuvo al ver a los cuatro apuestos rusos cocinando en la cocina como si aquello fuera lo más normal del mundo. Dimitri estaba en la plancha, volteando panqueques. Maxim cortaba limones y los dejaba caer dentro de una

jarra con agua. Nicholas estaba poniendo la mesa. Leo preparaba huevos revueltos en una sartén y freía tocino en otra.

—Buenos días, *kiska* —dijo Dimitri, sonriéndole con amplitud.

—¿*Todos* vosotros cocináis?

No era que fueran chefs impresionantes ni nada parecido, pero sinceramente había esperado entrar y encontrarlos limpiando sus armas en lugar de haciendo algo tan extrañamente doméstico.

—Naturalmente —respondió Nicholas, guiñándole un ojo—. Tenemos *muchas* habilidades.

—¿Dormiste bien? —preguntó Leo.

—Sí, dormí bien. Siento haberos despertado anoche.

Recordó ver sus rostros amontonados en la puerta, mirándola mientras sufría aquel terror nocturno.

Dimitri señaló la mesa con la espátula.

—Siéntate.

Parecía mucho más relajado ahora que sus amigos estaban ahí, y eso la alegró. De algún modo, ellos también la estaban ayudando a sentirse más tranquila. Era como si ahora tuviera un pequeño pero feroz ejército para protegerla. Aun así, no podía evitar pensar que era egoísta de su parte pedirle a Dimitri que se quedara con ella cuando eso ponía su vida en un peligro evidente.

Dimitri llenó un plato con comida y lo colocó frente a ella. Elena se sintió aliviada al ver en sus ojos una mirada sensual mezclada con afecto. Así que no había cambiado de opinión sobre ellos. Simplemente se había levantado temprano para preparar el desayuno. Se sintió tonta por haberse preocupado.

Pronto, los cuatro hombres tenían también sus propios platos y estaban sentados alrededor de ella. Sus platos estaban llenísimos. Casi se rio. Definitivamente necesitaban esas calorías. Todos tenían cuerpos como el de Dimitri: altos, duros, musculosos, con una fuerza cruda emanando de ellos. Se alegraba de que estuvieran de su lado.

Mientras comía, los hombres hablaban con naturalidad, con una intimidad suave y fraternal entre ellos, y eso llenó un vacío dentro de ella que ni siquiera había sabido que existía. Era hija única, y nunca había conocido la camaradería entre hermanos. Dimitri no se había equivocado: esos hombres eran sus hermanos. Debería haberse

sentido cohibida a su alrededor por muchas razones, pero resultaban sorprendentemente fáciles de tratar y no esperaban que se uniera a la conversación si no quería hacerlo. Hablaban en inglés y le dirigían sonrisas fraternales, lo que seguía haciéndola sonrojar.

—Entonces, ¿a qué parte de Colorado vamos? —preguntó Maxim mientras untaba mantequilla en una tostada.

—A Steamboat Springs. Hay un resort de montaña con cabañas privadas y bastantes habitaciones. Estaremos cerca de la civilización, pero no en medio de ella.

—¿Y el internet? —preguntó Leo.

—Deberían tener, pero me imagino que tendrás que aplicar todos tus protocolos de seguridad y reforzar la señal —respondió Dimitri.

—Estoy seguro de que podré hacerlo —dijo Leo.

—Max, Nicholas y yo vamos a entrenar a Elena cuando lleguemos.

—¿Entrenarme? —dijo Elena de pronto—. ¿Qué tipo de entrenamiento?

No le gustó cómo sonaba eso.

Dimitri alargó la mano por encima de la mesa y colocó la suya sobre la de ella. El contacto calmó al instante el pánico repentino que había sentido.

—Defensa personal.

—¿Qué, te refieres a golpes en la garganta, en la nariz y en la entrepierna? —preguntó.

Nicholas hizo una mueca al oír lo de la entrepierna.

—Sí, pero más que eso.

—Sí. La defensa personal es más que golpear. Casi siempre el ataque llega antes de que estés lista. Necesitas aprender a reaccionar cuando ya estás en una posición de desventaja.

Una posición de desventaja. Sí, sabía demasiado bien lo que era eso. Aunque la idea de las lecciones la ponía nerviosa, también sabía que las necesitaba.

—Está bien, acepto.

Eso le arrancó una sonrisa a Maxim, aunque ella tenía la sensación de que sería su instructor más difícil.

Cuanto más tiempo pasaba con ellos, más notaba lo distintos que eran entre sí los amigos de Dimitri. Nicholas y Leo eran más divertidos, si es que esa era la palabra correcta. Más relajados, quizá. Maxim y Dimitri eran más tensos, pero cuando los cuatro estaban juntos, se movían con una coordinación perfecta. Supuso que, si alguien entrenaba junto prácticamente toda su vida, terminaría conociéndose de esa manera.

Cuando terminaron el desayuno, Elena regresó a su habitación para hacer la maleta. Entonces la invadió de pronto esa inquietante sensación de no estar sola. Miró por encima del hombro y vio a Maxim en la puerta. Él entró en la habitación, con la tensión prácticamente irradiando de sus ojos castaño oscuro.

—Su Alt…

—Elena —lo corrigió con firmeza.

—Elena. Cuando estabas con *él*…

Maxim evitó pronunciar el nombre de Vadym, pero su tono dejaba claro a quién se refería.

—¿Mencionó alguna vez a una chica llamada Katya?

Elena se sentó en el borde de la cama y respiró hondo. Se esforzaba tanto por no pensar en esos días.

—Katya…

Una chispa de esperanza iluminó los ojos de Maxim.

—Es mi hermana pequeña.

Elena no mostró ninguna señal que pudiera hacerle saber que ya conocía la historia de su hermana. No quería que se enfadara con Dimitri por haber compartido algo tan personal.

—No lo creo…

Él sacó su cartera del bolsillo de los jeans, rebuscó dentro y le tendió una fotografía. Estaba gastada en los bordes, como si la hubieran manipulado muchísimas veces. Desde la imagen, una joven de cabello oscuro y hermosos ojos castaño claro sonreía a la cámara. Un recuerdo brusco y violento golpeó a Elena, haciéndola jadear.

—¿Qué pasa? —preguntó Maxim, acercándose, con una voz suave y urgente.

—Yo… yo no sabía su nombre…

Intentó convocar cada detalle de aquel recuerdo.

—Estaba en su oficina… había dejado abierta la puerta de mi celda. Al principio pensé que era una trampa…

Su celda siempre había sido tan fría, y lo único que llevaba puesto era una fina camisola negra. Había estado hambrienta de calor, y la oficina de Vadym resultaba casi acogedora comparada con aquella celda.

—Me arrastré hasta su oficina. Las cadenas estaban sujetas a la pared. Él se había ido con prisa.

Siguió hablando, tratando desesperadamente de recuperar cada detalle, aunque sabía que era una idea terrible. Pero tenía que decirle a Maxim lo que había visto. Sus manos se cerraron en puños mientras se hundía más y más en el recuerdo. La piel se le volvió húmeda y fría, y tuvo que tragarse la bilis que le subía por la garganta.

—Me escondí en una esquina de su oficina y noté un grupo de archivos en la base de una estantería. Estaban metidos detrás de un par de libros viejos. No era un escondite evidente. Ni siquiera sé por qué miré ahí, pero esperé que lo que fuera que lo había hecho salir de su oficina lo mantuviera alejado el tiempo suficiente para que yo pudiera leerlos. Recuerdo que las carpetas eran de un rojo intenso. No vi nada ahí dentro salvo fotografías de mujeres jóvenes, y tu hermana era una de ellas. Parecían hojas de estadísticas, pero mi ruso escrito es tan limitado que solo reconocí una palabra.

—¿Qué palabra?

—*Krasnyy*. Rojo. Estaba escrita en la parte superior de cada hoja —de pronto abrió más los ojos—. Dame una hoja de papel.

Él abrió el cajón de la mesita junto a la cama y le tendió un bolígrafo y una libreta. Elena se concentró en la forma de la segunda palabra que acompañaba a *rojo* cada vez que la había visto.

—Se veía más o menos así —dibujó los símbolos lo mejor que pudo y luego le pasó la hoja.

Él guardó silencio un largo momento, después trazó un patrón parecido y se lo mostró.

—¿Era esto lo que viste?

Elena estudió las palabras y asintió lentamente.

—¿Qué significa?

Los ojos de Maxim estaban tormentosos mientras miraba la pared detrás de ella.

—Significa… escuela gorrión.

—¿Escuela gorrión roja? ¿Qué significa eso?

—Es una escuela antigua, de la época de la Guerra Fría. Creíamos que había sido cerrada —volvió a mirarla—. Allí entrenaban a jóvenes, y sobre todo a mujeres jóvenes, para convertirlos en espías. Utilizaban la manipulación, especialmente la sexual, para obtener información de sus objetivos.

El horror fue imposible de ocultar en el rostro de Elena. La expresión de Maxim se endureció, y masculló una maldición en ruso entre dientes. Sus manos se cerraron en puños.

—Lo siento muchísimo, Maxim. ¿Qué va a pasar con ella?

Él permaneció callado un largo momento.

—Si sigue viva, la desharán por dentro y la reconstruirán como una asesina sin corazón —su voz se suavizó—. Se convertirá en una herramienta del Estado, capaz de traicionar a cualquiera que ame sin pensarlo dos veces. Una criatura que estaría mejor muerta que viva.

La garganta de Elena se cerró de golpe y sintió ganas de llorar por Katya… y por Maxim. Apoyó una mano en su brazo. Era la primera vez que tocaba voluntariamente a otro hombre que no fuera Dimitri desde que la habían rescatado. Incluso en un momento tan terrible, se sintió bien ofrecer consuelo y afecto a alguien más.

—Gracias —dijo él—. Al menos ahora tengo una idea de lo que pudo haberle pasado.

—¿Vas a ir tras ella? Tal vez todavía no sea demasiado tarde.

—En el momento en que llegó a esa escuela, ya era demasiado tarde —cubrió la mano de ella con la suya, y la tristeza en sus ojos casi la rompió—. Deberías terminar de empacar. Tenemos que irnos pronto.

Y entonces se marchó.

Elena se dejó caer sobre la cama, con las manos temblorosas. Había vuelto a ese lugar oscuro de su mente… pero también había conseguido salir. Y estaba bien. El alivio casi la sobrepasó. Quizá

algún día sería más fácil enfrentarse al pasado. Sabía que tal vez no, pero al menos podía aferrarse a la esperanza.

❄

Cinco horas después, los dos Range Rover pasaron por la entrada de un resort. Dimitri y Leo fueron al vestíbulo para registrarse, mientras Maxim y Nicholas se quedaron con Elena en el primer vehículo. Leo ya había accedido al sistema de wifi y había activado su software para bloquear el reconocimiento facial y filtrar cualquier imagen del grupo que pudiera aparecer, incluyendo grabaciones de cámaras de seguridad.

El silencio dentro del auto le resultaba un poco inquietante. Maxim no había dicho una sola palabra desde que ella le habló de su hermana en el lodge de Utah. Nicholas había intentado un par de veces iniciar conversación antes de rendirse. Ahora estaba tan sombrío como Maxim.

—Entonces… ¿cuál será la primera lección de mis clases de defensa personal?

—Esconderte —respondieron ambos al mismo tiempo.

—¿Esconderme? ¿Lo decís en serio? —resopló Elena—. Eso no es una defensa.

—Claro que lo es —dijo Nicholas—. La mejor defensa es evitar por completo la pelea.

Elena sonrió de lado.

—Yo pensaba que la mejor defensa era un buen ataque.

—Una actitud muy americana, sin duda —dijo Maxim sin alterar el tono—. Cuando el combate es inevitable, sí. Pero cuando se trata de sobrevivir, evitar el contacto con el enemigo siempre es preferible. No hay vergüenza en esconderse.

Nicholas se inclinó por encima del asiento para mirarla.

—De hecho, esa parte la hiciste bastante bien en Utah, con lo de la orilla del río.

—Ojalá pudiera atribuirme el mérito. Dimitri me dijo dónde esconderme.

—Pero luego saliste del escondite y lograste colocarte detrás de nosotros antes de que siquiera supiéramos que estabas ahí —Nicholas sonrió—. Todavía no nos conoces lo suficiente, pero te aseguro que eso fue impresionante.

—Nick tiene razón —dijo Maxim—. Ahora tenemos que enseñarte a perfeccionar esas habilidades. Esconderse no consiste solo en quedarse quieta. Al final te encontrarán. Se trata de hallar un lugar improbable, dejar el menor rastro posible y saber cuándo moverte a otro escondite sin que te descubran.

Elena volvió a pensar en aquella noche. Había tenido que elegir entre correr y ocultarse otra vez… o apuntar con un arma a hombres que no conocía para ayudar a Dimitri. No iba a admitirlo ante Maxim ni Nicholas, pero sabía que no huiría si Dimitri estuviera en peligro.

—Está bien, entonces ¿qué viene después de las clases de esconderse?

—Detener un ataque en curso —respondió Nicholas.

—¿No prevenir un ataque? —preguntó ella. Le habría parecido el siguiente paso lógico.

—Normalmente, sí. Pero las amenazas que enfrentas están muy por encima de lo normal. Lo más probable es que ya los tengas encima antes de verlos. Necesitas saber cómo salir de una llave al cuello o cómo bajar tu centro de gravedad para tirar a un hombre al suelo.

Eso sí era algo que Elena quería aprender. Había habido demasiadas veces en las que la habían inmovilizado y no había podido soltarse…

La puerta del auto se abrió de pronto, sobresaltándola. Dimitri le hizo una seña a Nicholas para que volviera al segundo vehículo con Leo.

—Ya estamos registrados —dijo—. Tú y yo seguimos siendo el señor y la señora Smith. Maxim es el señor Black, Leo es el señor Brown y Nicholas es el señor Gray, por si alguien pregunta.

Elena asintió, comprendiendo.

—Color de ojos, entendido.

—¿Qué? —Maxim se volvió a mirarla también.

—Vuestros alias. Dimitri los eligió para que coincidieran con el color de vuestros ojos —explicó Elena, y sintió cómo el rubor le subía a las mejillas.

—Tiene razón —rio Dimitri—. No lo había pensado así.

Maxim frunció el ceño.

—Mis ojos son marrones.

—Sí —dijo Elena—, pero son de un marrón tan oscuro que por la tarde parecen casi negros. Los de Leo son más claros y claramente marrones.

Maxim se encogió de hombros y volvió a sumirse en el silencio. Dimitri arrancó el vehículo y se alejó del resort principal, subiendo por el costado de la montaña. Cada cierto trecho había entradas a cabañas, pero Dimitri siguió de largo hasta la octava. Tomó un camino privado e introdujo un código en una reja.

Más adelante, construida sobre la ladera, se alzaba una enorme cabaña. Era incluso más grande que el lodge del parque en Utah. Se encontraba al final de un camino bordeado por abetos. Estaba hecha de troncos labrados a mano y vigas de madera recuperada. A pesar de su imponente construcción, la casa tenía la misma sobriedad tranquila que la brisa entre las copas de los árboles que se elevaban sobre ella.

—¿Cuántas habitaciones tiene? —preguntó Elena.

—Solo siete —dijo Dimitri—. También tiene jacuzzi, sala de ejercicios y algunas habitaciones más.

—Ah, ¿solo eso? Como gran duquesa, esperaba algo más —bromeó Elena.

La cabaña, que parecía más una casa señorial, la tenía completamente sobrepasada. Había imaginado una cabañita pequeña y acogedora. Aquello parecía sacado de una revista de arquitectura.

Dimitri estacionó en el acceso circular. Leo hizo lo mismo con el segundo Range Rover. Todos ayudaron a bajar las cosas y entraron rápidamente.

Leo detuvo a Elena con una mano cuando ella intentó cargar una de las maletas hacia el interior.

—Solo déjalas en el pasillo. Nosotros nos encargamos.

Elena dejó la maleta junto a la entrada y avanzó hacia una inmensa sala principal bañada por la luz invernal que entraba a través de una fila de ventanas altas, desde las que se veía la montaña de piso a techo.

Contempló la enorme chimenea de piedra natural, de dos pisos de altura, que dominaba la zona central de estar. Las piedras encajaban con tal perfección que parecía como si la chimenea se hubiera desprendido de la propia montaña para formar una pared impecable.

—Guau…

Elena avanzó más en la sala y pasó la palma de la mano por el cuero suave de los sofás y sillones. Las paredes revestidas en tonos tierra, del color de la gamuza, llenaban el espacio de calidez. A pesar de la nieve allá afuera, aquella cabaña inmensa se sentía cálida y acogedora.

Dimitri se reunió con ella junto a las ventanas.

—¿Qué te parece? —preguntó mientras le rodeaba el cuerpo con los brazos y la atraía contra su pecho.

Con cualquier otro hombre se habría tensado y se habría apartado. Con Dimitri, en cambio, no sintió ni una sola chispa de miedo.

—Se siente maravilloso. Es tan tranquilo aquí.

—*Fui a los bosques porque deseaba vivir deliberadamente, enfrentar solo los hechos esenciales de la vida y ver si podía aprender lo que tenía que enseñarme, y no descubrir, al llegar la hora de morir, que no había vivido* —Dimitri pronunció las palabras junto a su oído.

—¿Henry David Thoreau?

—Mi *kiska* es culta.

Ella se volvió dentro de sus brazos y dejó un beso sobre su mandíbula perfectamente esculpida.

—Y mi ruso peligroso también.

—¿Ruso peligroso? —rio él, con las manos apoyadas suavemente en la parte baja de su espalda, acercándola más.

—Así te llamo en mi cabeza —bajó la barbilla hasta mirar al suelo. Él apoyó la cabeza sobre la suya y la sostuvo en silencio

durante un largo momento. ¿Sería posible quedarse para siempre dentro de esa burbuja perfecta que formaban sus brazos?

—¿Te gustaría hablar con tus padres? —preguntó él.

Sus palabras atravesaron la neblina cálida de sus pensamientos.

—¿Mis padres?

—Royce los tiene en su casa. Tienen teléfonos que no se pueden rastrear. Es seguro hablar con ellos. Puedes usar mi tableta para hacer videollamada, si prefieres.

—¿Ya lo saben?

—¿Sobre tu linaje? Sí. Royce se los contó.

Los nervios le recorrieron la piel y la hicieron estremecerse. Desde que había descubierto la verdad, se sentía desconectada de la vida que conocía, y eso incluía a sus padres. Era una extraña dentro de su propia piel.

—Ni siquiera sé qué decirles. Seguro están en shock.

—Están preocupados por ti. Siempre serás su hija, y su amor por ti nunca va a cambiar —la voz grave de Dimitri siempre lograba calmarla. Le dio unas suaves palmaditas en la espalda—. Ven, vamos a hablar con ellos.

La animó a seguirlo hacia el dormitorio principal mientras cogía su portafolio.

El dormitorio principal estaba a solo unas cuantas habitaciones de la sala. Una elegante cama con dosel le daba al lugar un aire extrañamente romántico. Más allá del balcón se veía una sucesión de colinas ondulantes y montañas lejanas. El exterior de la cabaña tenía ese estilo rústico de montaña, pero por dentro las habitaciones eran lujosas, con muros estucados que suavizaban la estructura. Los troncos labrados a mano acentuaban la paleta de colores apagados del dormitorio. Trofeos de caza de la Selva Negra y antigüedades europeas combinaban a la perfección con los detalles rústicos. El marco de la entrada al dormitorio y al baño principal estaba decorado en las esquinas con ramas trabajadas, como si el baño existiera dentro del propio bosque.

Dimitri dejó su portafolio sobre la cama y sacó la tableta. La puso sobre el edredón y llamó a Royce desde su celular.

—Elena ya está lista para hablar. Te llamo desde la tableta.

Elena subió a la cama y acomodó la tableta sobre su regazo. Dimitri marcó el número de Royce para iniciar la videollamada.

—Vuelve a la sala cuando termines —al salir, cerró la puerta tras de sí.

Un momento después, la pantalla de la tableta se iluminó con la llamada entrante. Ella aceptó y, al instante, aparecieron los rostros de sus padres.

—Dios mío, cariño… —jadeó su madre, con lágrimas ya deslizándose por sus mejillas.

Elena intentó sonreír.

—Hola, mamá.

El rostro de su padre tenía nuevas líneas, y eso lo hacía ver varios años mayor.

—¿Estás bien? —preguntó—. El doctor Devereaux vino por nosotros esta mañana y nos trajo a su casa. Dijo que estabas en peligro y que nosotros también.

—Sí —Elena trató de encontrar las palabras correctas—. ¿Os contó sobre… bueno, sobre quién soy?

Su madre asintió.

—Dijo que el hombre con el que estás, Dimitri Razin, comparó tu sangre con muestras de la familia Romanov y que tenías un… —volteó a ver a su esposo—. ¿Qué fue lo que dijo, cariño?

—Una coincidencia del doce punto cinco por ciento con Anastasia. Así que eres su bisnieta. ¿Es así?

Su padre la miró esperando confirmación, y Elena asintió.

—Eso parece.

Todavía no sabía si realmente lograba creerlo, pero en algún momento tendría que hacerlo. El gobierno ruso lo creía lo suficiente como para intentar asesinarla.

—¿Estás a salvo? —preguntó su padre, con evidente cautela en la mirada—. Cuando el doctor Devereaux mencionó que estás con un hombre ruso, no supimos qué pensar.

No necesitó explicarse. Debía de parecer una locura que estuviera con un hombre que le recordaba todo lo que había sufrido.

—Dimitri me está manteniendo a salvo, papá. Es increíble. Es como una especie de espía, aunque él diga que no lo es. Pero lo es,

totalmente. Sus amigos ya se reunieron con nosotros y todos estamos bien. Estos hombres son peligrosos, papá. En serio. No te preocupes. Pueden cuidar de mí.

—¿Pero de verdad estás bien estando cerca de ellos? —preguntó su padre en voz más baja, como si temiera que alguien lo oyera.

—Sí. Sí lo estoy. Y estoy mejorando. Él me está ayudando.

Quería que supieran que Dimitri la ayudaba a sentirse normal otra vez, aunque no se atrevió a explicar cómo.

—¿Dónde estás? —preguntó su madre.

—No creo que pueda deciros. Podéis preguntarle a Royce. Si él decide deciros, entonces estará bien, pero no quiero poneros en peligro.

—Estaremos bien. Tu padre y yo vamos a tomarnos una breve pausa en el trabajo. Todo está bien. No te preocupes por nosotros —los ojos de su madre seguían brillando de lágrimas—. Ojalá estuviéramos contigo, cariño.

—Yo también, mamá. Pero todo va a salir bien. Lo prometo.

—Llámanos pronto otra vez para no preocuparnos, ¿sí? —dijo su padre.

—Lo haré si puedo, papá.

Grabó sus rostros en la memoria: la sonrisa alegre de su madre, los ojos bondadosos y llenos de alma de su padre, y sobre todo esa mirada de amor que siempre le daban.

—Os quiero mucho a los dos.

Su madre besó las puntas de sus dedos y los presionó contra la pantalla.

—Nosotros también te queremos, cariño.

—Volveremos a hablar pronto —prometió Elena, y terminó la llamada antes de perder la fuerza que le quedaba. El instinto de correr de vuelta con ellos era abrumador, pero no podía hacerlo. Esa era su lucha, no la de ellos. Y ya era hora de dejar de huir.

CAPÍTULO 15



Dimitri estaba junto a la chimenea, contemplando las llamas después de que Maxim y él la habían encendido. Pero sus pensamientos no tardaron en volver a la misma preocupación de siempre: cómo proteger mejor a Elena.

—Estoy lista para pelear.

Dimitri se giró bruscamente al oír la voz de Elena. Estaba en la entrada que conectaba la gran sala con el pasillo. Llevaba unos pants de yoga grises y una camiseta suelta que se le deslizaba un poco por un hombro, dejando ver el top deportivo debajo.

—¿Quieres entrenar? ¿Ya? —preguntó Dimitri, queriendo asegurarse. Él y Maxim intercambiaron una mirada.

—Sí. Pero vamos a saltarnos la parte de esconderse. Eso ya lo tengo cubierto. Quiero aprender… ¿cómo lo llamaste, Maxim? Esos movimientos para defenderme cuando ya me están atacando.

Dimitri volvió a mirar a su amigo.

—Ella preguntó —dijo Maxim, encogiéndose de hombros.

—Por favor, Dimitri. Necesito esto. Sé que aprender a esconderme es importante, pero necesito tener algo de control en mi vida. Si esconderme falla, necesito al menos tener una idea de cómo defenderme.

La determinación de acero en su rostro lo dejó atónito. Lo que fuera que hubiera pasado en esa llamada con sus padres había

puesto algo en marcha dentro de ella.

—Muy bien. Vamos —asintió hacia Maxim y condujo a Elena hasta la sala de ejercicios al fondo de la casa. Había un gran tapete, dos bicicletas y una caminadora en una esquina. Apartaron las bicicletas hacia un lado, dejando un espacio libre para practicar.

Elena se colocó en el centro del tapete y levantó las manos como si fuera a boxear con un canguro caricaturesco. Se veía adorable, y a Dimitri le costó concentrarse en lo que debía enseñarle.

—La primera lección consiste en ser atacada por detrás —se acercó despacio a ella. Cuando estuvo junto a su cuerpo, la sujetó por los hombros y la giró para que quedara de espaldas a él—. No existe el combate justo. Tienes que asumir que siempre te tomarán en desventaja.

Sus cuerpos quedaron pegados. Intentó sofocar el deseo que se deslizaba bajo su piel mientras inhalaba su aroma. Se obligó a concentrarse en ella, en lo importante que era ese entrenamiento. Ella no solo estaba aprendiendo a pelear; también estaba aprendiendo a dejar que alguien la tocara otra vez sin entrar en pánico.

—Lo primero que debes entender es la energía de la situación en la que estás. Las técnicas de defensa personal fallan cuando luchas contra la energía de la persona que te ataca. No intentes oponerte a la dirección en la que tu agresor te está moviendo. Por ejemplo, si alguien te cubre la boca con la mano, necesitas determinar qué brazo tienes libre… o si tienes ambos —Dimitri colocó la palma sobre su boca y envolvió con los dedos su brazo izquierdo—. ¿Ves? Tu brazo derecho queda libre. Si muevo mi mano a tu cintura, entonces tendrías los dos brazos libres. Tu respuesta debe ser rápida y simple. Tienes dos armas a tu disposición: el dolor… y desequilibrarlo.

Dimitri volvió a sujetarle el brazo izquierdo y tiró de ella hacia atrás con menos suavidad. Elena se tensó.

—Ahora sigue mi energía hacia atrás. Inclínate contra mi cuerpo. Deja que mi cuerpo estabilice el tuyo. Si tú estás estable, puedes usar tu energía para luchar. Ahora muévete conmigo.

La arrastró un paso hacia atrás. Tras un segundo de vacilación, Elena se relajó contra él, siguiéndolo paso por paso y flexionando las

rodillas.

—Bien. Ahora sujeta mi brazo, el que está junto a tu rostro. Puedes aferrarte ahí y estar aún más estable.

La mano de Elena se cerró alrededor de su muñeca con una fuerza sorprendente.

—Aquí tienes tu primer punto de ataque. Levanta el otro brazo, haz un puño, pero deja el pulgar hacia afuera, como si fueras a pedir aventón, y lánzalo hacia mi cara. Intenta apuntar a los ojos, si puedes, pero cualquier golpe al rostro me hará reaccionar. Si golpeas sus ojos, tu agresor dará un paso atrás y casi siempre aflojará el agarre. Lo que quieres es romper su concentración.

Ella practicó el movimiento en cámara lenta, lanzando el puño hacia su rostro. Dimitri apartó la mano de su boca y se colocó detrás de ella, cogiéndole el brazo derecho.

—Ahora coge tu brazo izquierdo y llévalo hacia atrás con un golpe duro contra mi muslo.

Ella apoyó la palma en su muslo, y por un segundo Dimitri tuvo que recordarse que solo estaban practicando.

—Sujeta mis jeans con el puño. Ahora gira la muñeca hacia arriba mientras tiras hacia abajo y hacia adelante.

—¿Y esto qué hace? —preguntó Elena mientras seguía las instrucciones.

—Me desequilibra y, si tienes suerte, me hará tropezar y caer. Asegúrate de girar hacia él si todavía te cubre la boca con una mano. Eso obliga a su fuerza y a su energía a moverse en una dirección que no espera.

Maxim entró al tapete, poniéndose dentro de su campo de visión.

—No puedes detener la fuerza de la energía que viene hacia ti, pero sí puedes controlar su dirección. Mira lo fácil que es ahora hacer que Dimitri pierda el equilibrio. Tropieza hacia adelante, sus rodillas ceden cuando tiras de su pierna.

—Guau… —murmuró Elena—. No puedo creer que eso funcione.

—Maxim tiene razón. Siempre intenta moverte *con* la energía que viene hacia ti. Eso hará que te canses menos, y podrás defenderte mejor —explicó Dimitri.

La soltó, y Elena se volvió para mirarlo.

—Eso no parece tan difícil…

Maxim la sujetó por detrás, cerrándole una mano sobre la boca. Dimitri vio el destello de pánico en sus ojos, pero tenía que hacerse. Ella confiaba en que él la tocara, pero a Maxim lo reconocería como una amenaza. Elena se agitó, presa del pánico.

—Usa su energía, Elena —la animó Dimitri.

Ella giró contra Maxim y lanzó la mano hacia su rostro. Él esquivó el golpe, pero eso bastó para obligarlo a dar un paso atrás, y Elena se aferró a su pierna y tiró hacia abajo y lejos de él, haciéndolo tambalearse. Se liberó lo suficiente para que él solo le sujetara la muñeca y, sin necesidad de indicación alguna, giró de nuevo hacia él y lanzó una patada. Maxim apenas logró evitar que su pie le impactara en la entrepierna. La soltó de inmediato, y ella retrocedió tambaleándose, con el pecho subiendo y bajando en respiraciones cortas. Mantuvo la distancia, jadeando, mirándolos como un animal asustado.

Dimitri levantó una mano antes de que Maxim pudiera avanzar otra vez sobre ella. Ninguno de los dos se movió ahora, mientras esperaban a que recuperara la calma.

—Respira hondo, *kiska*. Estás a salvo. Somos Maxim y yo —dijo Dimitri. Sus ojos verdes seguían desbordados de terror —. Elena — su mirada se apartó de la amenaza, de Maxim, y se clavó en Dimitri.

—Respira conmigo —le cogió una mano y la colocó sobre su pecho. Después inhaló varias veces, lenta y profundamente. La respiración de Elena se entrecortó un par de veces antes de acompasarse con un ritmo más lento.

—Eso es —dijo él con suavidad—. Estás bien. Lo hiciste muy bien.

Al cabo de un momento, ella volvió a mirar a Maxim, y aquella expresión decidida regresó a su rostro.

—Necesito hacerlo otra vez.

—Maxim… —empezó Dimitri, pero cuando Elena pareció prepararse para que Maxim la atacara de nuevo, esperando el siguiente movimiento, fue Dimitri quien la sujetó por detrás.

Ella reaccionó con miedo, como era de esperar, pero esta vez lo dominó mucho más rápido. Y cuando logró soltarse, sus ojos

estaban llenos de un fuego de jade.

—¿Qué sigue? ¿Y si me tiene sujetada del cuello o algo así?

Dimitri y Maxim intercambiaron una mirada.

—¿Puedo? —preguntó Maxim a Dimitri.

Dimitri le hizo un gesto para que avanzara y le enseñara a Elena el siguiente movimiento.

Durante la siguiente media hora, la expresión intensa de temor en el rostro de Elena empezó a relajarse, e incluso sonrió un par de veces al contrarrestar con éxito sus ataques.

Nicholas entró en la sala detrás de Elena sin que ella lo notara. Dimitri supo que sería una buena prueba. Estaba cansada, confiada y más relajada.

Le hizo a Nick la más mínima seña con la cabeza, y el hombre se lanzó sobre Elena por detrás. Nicholas era encantador, pero peleaba sucio. La sujetó por el cuello en una llave de estrangulamiento. La otra mano le subió por la cintura hasta apoyarse justo debajo de los pechos, y el corazón de Dimitri se hundió al ver que el viejo terror llenaba los ojos de Elena.

Y entonces, así de pronto, el pánico desapareció y fue sustituido por una resolución de hielo. Elena se plegó contra Nicholas y, en menos de medio segundo, utilizó la propia energía de él en su contra, enviándolo de espaldas al suelo. Un quejido escapó de sus labios, y ni siquiera se molestó en levantarse del tapete. Masculló unas cuantas palabras en ruso.

—Bien hecho, *kiska* —dijo Dimitri.

La dureza de sus ojos se fue desvaneciendo poco a poco.

—Lo siento, Nicholas —se inclinó y le tendió una mano para ayudarlo. ¿Era consciente siquiera de lo libremente que acababa de ofrecerla? Durante los últimos días había sido muy cuidadosa en mantener distancia física con sus amigos. Ahora se comportaba con más naturalidad que nunca y ya no se apartaba de ellos. Dimitri no pudo evitar preguntarse si el entrenamiento había hecho algo más que enseñarle defensa personal. Tal vez la exposición repetida al contacto cercano, en un entorno así, la estaba ayudando a sentirse de nuevo como la Elena de antes. Fuera lo que fuese, se alegraba muchísimo de ello.

—¿Qué sigue? —preguntó Elena.

—Lo que sigue es que te duches y luego cenemos. Esta noche vas a estar agotada, y necesitas descansar bien para reanudar el entrenamiento mañana —Dimitri no pasó por alto la mezcla de decepción y alivio en sus ojos.

La acompañó hasta el dormitorio principal y observó cómo reunía sus cosas para la ducha. Estaba anormalmente callada, como perdida en sus pensamientos. Él le apoyó una mano en el hombro. Ella se quedó inmóvil un instante antes de relajarse, y justo cuando él empezó a apartarse…

—No, espera, no… —Elena alargó la mano y atrapó la de él entre las suyas—. Lo siento. Todavía sigo acelerada por todo el entrenamiento, pero creo… creo que necesito que me toquen.

Sin decir una palabra, Dimitri la atrajo hacia sus brazos. La dejó sentir la seguridad y el calor de su cuerpo envolviéndola.

—¿Mejor? —preguntó. Ella asintió contra su pecho—. Entonces ven a buscarme cuando termines, *kiska* —le alzó el mentón y la besó. Dejó que sintiera su hambre, y Elena gimió suavemente en respuesta, apretándose más contra él. No supo cuánto duró realmente ese beso, pero la luz del exterior empezaba ya a desvanecerse cuando sus bocas por fin se separaron. Sintió una satisfacción demasiado intensa al ver la expresión aturdida y feliz en su rostro cuando al fin la soltó.

La dejó sola para que se duchara y regresó con los demás a la gran sala. Maxim y Nicholas habían encontrado un tablero de ajedrez y estaban jugando. Leo estaba en el sofá cercano, con la laptop apoyada sobre los muslos, bebiendo un vaso de scotch mientras repasaba los principales titulares de las noticias.

—Haces trampa —acusó Maxim con el ceño fruncido.

—No hago trampa —replicó Nicholas. Cuando Dimitri se acercó, Nicholas le lanzó un guiño conspirador que Maxim no alcanzó a ver.

—Tu alfil no estaba ahí. Lo moviste —insistió Maxim.

—Lo moví ahí en mi turno anterior. Tú no estabas prestando atención —Nicholas se recostó en el sillón de cuero, demasiado satisfecho de sí mismo.

Dimitri soltó una risa baja. Algunas cosas nunca cambiaban. Nicholas ignoraba las reglas y los límites siempre que podía, mientras que Maxim se aferraba a ellos hasta que se desmoronaban a su alrededor. Dimitri se dejó caer en el sofá junto a Leo y apoyó la cabeza hacia atrás en el respaldo.

—Elena lo hizo bien hoy. Maxim no ha dejado de elogiarla desde que entró —dijo Leo.

—¿Ah, sí? —Dimitri sintió una oleada de orgullo. Ganarse el respeto de Maxim no era fácil. Aunque, en realidad, no le sorprendía. Elena era una verdadera luchadora, y Maxim respetaba eso.

—Es bueno que lo haya hecho tan bien —añadió Leo, y su tono se volvió serio—, porque creo que se nos acabó el tiempo.

Todos se giraron hacia él.

—¿Qué? ¿Qué viste? —preguntó Dimitri. El estómago se le tensó al preguntarse qué nivel de amenaza enfrentaban ahora.

—Vladimir Andropov viene rumbo a Estados Unidos. Aterriza en Los Ángeles dentro de unas horas.

—Mierda —murmuró Nicholas—. No me cae nada bien.

—¿A alguien sí? —gruñó Maxim. Viktor ya había sido bastante malo, pero al menos era un asesino solitario. Vladimir era más peligroso porque no vendría solo. Traería un ejército.

Dimitri se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre las rodillas.

—¿Cuántos vienen con él?

—Viene solo… no ha traído a nadie más.

Maxim maldijo. Eso significaba que iba a movilizar a agentes encubiertos que ya estuvieran en Estados Unidos, gente sobre la que Leo no tendría ninguna alerta preparada. Ahora estaban peleando a ciegas.

—Sabes lo que tenemos que hacer —dijo Maxim. Su tono solemne hizo que a Dimitri se le erizara la piel en los brazos.

—No —respondió Dimitri—. No voy ni siquiera a considerarlo.

—Hicimos un juramento —le recordó Maxim.

Dimitri se puso en pie de golpe y caminó hasta las ventanas altas que daban a las montañas. El sol se había puesto detrás de los

picos, y un resplandor violeta descansaba sobre las laderas que descendían hacia la cabaña.

—Este es el mejor lugar para hacerlo. Atraes a los hombres hasta aquí… y lo terminas —dijo Maxim, con la mente ya varios pasos adelante, planeando la batalla.

—¿Y Elena? —preguntó Dimitri.

—Nos llevaremos a la pequeña zarina muy lejos —dijo Nicholas —. O mejor dicho, tú te la llevarás. Y nosotros encontraremos a una Jane Doe en la morgue para ponerla en su lugar. Cuando lleguen los informes, el Kremlin asumirá que quedó atrapada en el fuego cruzado y murió. Ella podrá vivir el resto de su vida tranquilamente, fuera de la vista de todos, con otro nombre…

—¿Y qué? ¿Vivir una vida silenciosa en algún pueblo, usando lentes de contacto distintos y tiñéndose el cabello para siempre? Eso no es vivir. Y no os voy a dejar aquí para que luchéis solos. Quedamos en que la haríamos pública, en que le daríamos la oportunidad de tener una vida y de no volver a temer que alguien viniera por ella.

—Eso fue antes de saber que Vladimir vendría tras ella. Está demasiado arriba en la jerarquía como para cometer el error de dejarla con vida. Hará lo que sea por matarla. Esta es la única manera. Si sobrevivimos a la pelea, entonces ella estará a salvo el tiempo suficiente para llevarla a Nueva York antes de las Naciones Unidas.

Dimitri tuvo el impulso de romper todo lo que tenía a la vista. ¿Cómo podían sus amigos aceptar así, con tanta facilidad, ponerse en peligro mortal y obligarlo a huir con Elena?

—Entonces busca a otro hombre dispuesto a morir por ella, y que sea él quien se la lleve. Y tú podrás quedarte aquí y hacer una noble última resistencia con nosotros, si llega el caso —dijo Nicholas. Se había levantado del sillón y había avanzado hasta quedar a medio camino entre él y Dimitri.

Esta vez fue Leo quien habló.

—No podemos seguir huyendo para siempre. Vladimir no va a ser tan fácil de matar como Viktor. A Viktor lo sorprendiste. No sabía a

qué se enfrentaba. Pero Vladimir ya habrá unido las piezas a estas alturas… y traerá un ejército consigo.

Los hombres a los que había considerado sus hermanos se habían vuelto contra él. Querían arrojar sus vidas por la borda para que él huyera como un cobarde.

—Mi padre jamás le habría dado la espalda a sus hombres —replicó Dimitri.

—¿No? —Maxim y Leo también se pusieron de pie—. Tu padre abandonó a sus hombres para vengar a tu madre. No nos des sermones sobre su deber con la causa.

Eso golpeó demasiado hondo. Su padre había elegido la venganza, y ni una sola vez pensó en sus hombres… ni en su hijo. Pero que fuera verdad no hacía que resultara más fácil aceptarlo. Ni de lejos. Cogió las llaves del coche que estaban sobre la encimera y se dirigió hacia la puerta principal. Tenía que pensar, tenía que hacer algo. Tenía que… en realidad, ni siquiera sabía qué.

❄

Elena estaba casi lista para entrar a la ducha cuando oyó el portazo lejano. Se puso una bata y salió de puntillas al pasillo, deteniéndose en el umbral que daba a la gran sala. Los amigos de Dimitri hablaban en ruso, en voz baja y urgente, y ella solo logró captar algunos fragmentos que reconoció.

—Tiene que hacerse… preparar el plan… él entrará en razón —dijo Leo.

—La pequeña zarina… estará bien. Una vida tranquila… eso lo calmará —dijo Nicholas.

—Depende de nosotros —dijo Maxi—. Hacemos los planes esta noche sin él. Cuando regrese, le diremos lo que tiene que hacer y obedecerá.

Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Dimitri era quien se había ido? ¿Por qué? ¿Iba a volver? El pánico la invadió, y se dejó caer de nuevo contra la pared, llevándose una mano al pecho.

Iba a volver. No la dejaría. Pero aunque lo hiciera, tendría que seguir adelante sola. Era lo bastante fuerte. Tenía que serlo. Demasiadas personas dependían ahora de ella como para permitir que el miedo siguiera gobernando su vida un segundo más.

Se separó de la pared, recuperó el control de la respiración y entró en la gran sala, procurando no pensar en que solo llevaba puesta una bata.

—¿Dónde está Dimitri?

La culpa cruzó por sus rostros antes de que la ocultaran bajo una cortés inocencia.

—Necesitaba tomar un poco de aire —dijo Leo, evasivo.

—Mucho aire —añadió Nicholas.

—¿Qué tiene que hacerse? ¿Qué estáis planeando? —Elena mantuvo la voz serena, pero firme—. Y si no me decís *nada*, dejaré de confiar en vosotros, y a partir de ahora voy a cuestionar absolutamente todo lo que me pidáis.

Era un farol. No tenía ningún poder real sobre ellos, y ellos debían saberlo, pero valía la pena intentarlo.

Maxim le hizo a Leo la más leve de las señas con la cabeza.

—Vienen hombres por ti —dijo Leo.

Ella se cerró más la bata alrededor del cuello.

—¿Cuántos?

—No lo sabemos —admitió Leo—. Probablemente demasiados.

—¿Cuándo llegarán?

—Depende de cuándo te encuentren. No creo que sepan adónde fuiste después de salir de Malibú. Pero no dejarán de buscar hasta que les demos una razón para detenerse —explicó Leo. Se pasó una mano por el cabello rubio oscuro y frunció el ceño.

—¿Queréis usarme como carnada? —dedujo ella.

—Sí. Pero cuando vengan, nos aseguraremos de que tú ya estés muy lejos con Dimitri —dijo Maxim.

En una ráfaga de claridad repentina, entendió por qué Dimitri había salido de la casa tan furioso. Querían que diera media vuelta y huyera.

—Dimitri no quiere hacer esto, ¿verdad?

—No —respondió Maxim—. No va a ponerte en peligro, y tampoco nos abandonará para pelear una batalla en la que nos superarán en número. Pero hace mucho tiempo aceptamos dar la vida por esta causa.

Elena guardó silencio un largo momento.

—Dimitri me dijo que a vosotros os criaron juntos dentro de esta vida desde niños. No pudisteis haber aceptado algo así siendo tan jóvenes.

—Cuando te vimos por primera vez en el lodge de Utah, renovamos esos juramentos. Moriremos por ti —Maxim habló con un orgullo tan feroz que le oprimió el pecho.

—¿Y si yo quiero que *vivan* por mí en lugar de morir por mí?

Quedó claro que ninguno de ellos esperaba esa respuesta.

—¿Y si pedimos ayuda y tendemos la trampa, como habíais planeado? —no era una estratega maestra, pero sí tenía algunas ideas.

Nicholas le lanzó una mirada compasiva.

—Elena, no podemos poner en riesgo a nadie más. Eres demasiado importante.

—Si soy tan importante, entonces escuchadme. Tengo personas en las que puedo confiar y que pueden ayudar. Dejadme llamarlas. Mientras más gente tengan de su lado, menos probable será que muramos, ¿no?

—No estarás aquí el tiempo suficiente para eso. Pase lo que pase, Dimitri te sacará de aquí después de atraerlos —Nicholas intentó decirlo con suavidad, pero sus palabras no la tranquilizaron en absoluto.

—¿Queréis que me esconda?

—Hasta que sea seguro hacerte pública, sí —dijo Maxim.

—Tus genes son una cuestión académica —añadió Leo—. No significan nada sin la historia. Lo que el gobierno teme es la *historia*, y esa historia tiene que salir a la luz. Pero no puedes presentarte frente a cien cámaras hasta que sepamos que hemos eliminado la amenaza principal y enviado un mensaje al Kremlin. Después será tu turno.

—¿Mi turno?

Nicholas asintió.

—Tienes que *convertirte* en la verdadera descendiente de Anastasia, no solo como una rareza de tu ADN, sino como alguien que reconozca eso como su derecho de sangre. El mundo entero debe saber quién eres y aceptarlo como un hecho.

La idea la mareó, y se aferró a la bata entre los dedos, deseando que fuera una armadura.

—El mundo entero… —repitió, casi para sí misma.

—Es la única manera de volverte intocable —Leo alzó la pantalla de la computadora y se la mostró. Había una página con la información de un evento de las Naciones Unidas.

—Empezaríamos aquí. Anunciarías tu linaje al mundo en este evento. Saldrías frente a las cámaras y te convertirías en la persona más protegida del planeta.

No pudo contener el estremecimiento que le provocó ese conocimiento. Le dibujó una imagen en la mente: estar en todas partes, convertirse en una verdadera fuerza en el mundo. La persona correcta, bajo el foco del mundo entero, a veces podía lograr más que muchos políticos. Pensó en las causas que podría defender, en las vidas que podría cambiar… si tenía el valor de dar ese paso.

—Solo tenemos que mantenerte viva el tiempo suficiente para llevarte a esa cena —dijo Maxim, con un humor sombrío en la voz—. Debería ser fácil.

—Entonces decidme vuestro plan —respondió Elena.

Solo tenían un breve margen para hablar antes de que Dimitri volviera, y había mucho que hacer si querían lograrlo y evitar el mayor número posible de bajas. No quería pensar en perder ni a uno solo de sus nuevos amigos.

❄

Royce se quedó mirando su teléfono mientras la pantalla se apagaba tras terminar la llamada. Estaba sentado ante el escritorio antiguo en

un rincón de su dormitorio, sintiendo el peso de los acontecimientos recientes de una forma que jamás habría esperado.

Kenzie lo observaba con abierta preocupación.

—¿Qué pasa?

Estaba recostada en su cama, con el cabello recogido en un moño desordenado. Tecleaba mientras trabajaba en una presentación para una de sus clases. Era adorable, condenadamente adorable. Pero en ese momento, su mente estaba en otra parte. En cosas de *vida o muerte.*

—Era Elena —dijo, todavía procesando sus palabras.

Kenzie apartó la laptop de golpe y se sentó, bajando las piernas por el borde de la cama para mirarlo mejor.

—¿Mi Elena?

Él se levantó del escritorio y comenzó a caminar de un lado a otro.

—Sí…

—Bueno, me estás asustando. ¿Qué pasa con tanto paseo?

—Elena dijo que hay varios agentes rusos en Estados Unidos buscándola. Todavía no saben dónde está. Tenemos que ayudarlos a atraerlos, eliminarlos si es necesario, para que Elena tenga tiempo de llegar a las Naciones Unidas.

—¿La ONU? ¿Por qué?

—Va a anunciar al mundo quién es realmente. Creen que entonces estará a salvo, con la atención de los medios encima.

Los ojos de Kenzie se abrieron de par en par.

—¿Para eso es el vestido, verdad?

Royce asintió. No había querido contarle el plan completo. Cuanto menos supiera, mejor… al menos por su seguridad. Pero ahora todos estaban metidos en aquello hasta el cuello.

—¿Qué tan grave es esto, Royce?

Él soltó un suspiro y se frotó las sienes.

—Piensa en cualquier villano de James Bond, pero con esteroides. Lo que enfrentamos con los hombres de Vadym es un juego de niños comparado con lo que viene por Elena.

Kenzie tragó con dificultad. Él se acercó y le cogió el rostro entre las manos. Ella alzó las suyas y le rodeó las muñecas con los dedos,

aferrándose a él.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó.

—*Tengo*, no tenemos. Tú no vas a acercarte a esto.

La protesta ya se estaba formando en sus labios, pero él se inclinó y la silenció con un beso. Jamás volvería a permitir que se acercara a un peligro así. Cuando al fin rompió el beso, ella lo miraba con esa expresión nublada de deseo. Parpadeó, y luego sus ojos se entrecerraron.

—Odio cuando haces eso.

Él sonrió.

—¿Hacer qué?

—Hacer que me olvide de lo que acabas de decir. Hablo en serio, Royce. Quiero ayudar.

—Lo sé, cariño. Pero si de verdad quieres ayudar, necesito que vueles a Nueva York. Haz que terminen el vestido y recibe un paquete importante que llegará a las oficinas de Emery en Manhattan. Después contacta a todos los medios principales y tantalízalos con la historia del siglo que va a ocurrir en la gala de la ONU. Los ojos del mundo tienen que estar sobre ella o esto no funcionará.

Kenzie guardó silencio un momento.

—Está bien. Pero si te hieren, te mato.

Él alzó el teléfono.

—Voy a estar bien. Estoy llamando refuerzos.

—Entonces llama… y luego vuelve a la cama. Necesito una noche más contigo antes de que todo esto pase…

Royce salió al pasillo y llamó a Emery, Wes, Fenn, Hans y Cody. Sus amigos habían pasado un infierno durante el último año, pero acudirían siempre que los necesitara. Para eso estaban los amigos. Te ayudaban a enterrar un cadáver… o en este caso, a enfrentarte a un pequeño ejército ruso para salvar a la descendiente de Anastasia Romanov.

CAPÍTULO 16



Dimitri estacionó el coche frente a un bar del pueblo. No bajó. Se quedó mirando las ventanas alegremente iluminadas, aunque sus pensamientos estaban a kilómetros de allí. No quería admitir que tal vez sus amigos tenían razón, que debían tender una trampa y luego él sacar a Elena de allí y llevarla a un lugar seguro. Era la única opción real que tenían.

No podía dejar que fuera sola a Nueva York, ni tampoco podía permitir que se quedara a pelear. Era demasiado peligroso, y había demasiado en juego. Apoyó la frente contra el volante durante un largo momento antes de maldecir y volver a encender el motor.

Condujo de regreso a la cabaña. Al entrar por la puerta principal, oyó a sus amigos aún conversando. Se callaron cuando cruzó el umbral. Jugó nerviosamente con las llaves, sin sentirse del todo preparado para mirarlos a los ojos. Nunca antes había peleado así con ellos.

Se aclaró la garganta.

—Yo…

Nicholas sonrió.

—Ve a buscar a tu pequeña zarina. Está preocupada por ti.

Leo y Maxim asintieron también, ofreciéndole silenciosas señales de perdón por su estallido. Aun así, todavía les debía las palabras.

—Teníais razón… sobre el plan, y sobre mi padre. No quería traicionaros. No quería dejaros.

Lo que no podía decir era que no quería dejarlos atrás para morir. No quería verse obligado a elegir entre ellos y Elena.

—Lo sabemos —respondió Maxim con una sonrisa poco habitual —. Ahora ve a tranquilizar a tu *kiska* y dile que estás bien.

Dimitri le lanzó las llaves del coche a Leo, que las dejó sobre la encimera, y luego caminó hasta el dormitorio principal. Llamó suavemente a la puerta cerrada, y esta se abrió de golpe. Elena saltó a sus brazos. Él soltó una risa baja al atraparla. Ella le rodeó la espalda con tanta fuerza que casi sintió crujir sus costillas.

—¿Dónde demonios te metiste? —exigió, con la voz cargada de ira, aunque sin soltarlo.

—Solo fui al pueblo y volví.

Ella levantó la cabeza y le lanzó una mirada furiosa.

—No puedes desaparecer así nada más. La gente se preocupa.

—¿Tú te preocupaste? —preguntó él con suavidad, rozándole la mejilla con los nudillos.

Las pestañas de Elena descendieron.

—¿*Tú* qué crees? —luego volvió a alzar la vista y lo fulminó con la mirada—. No vuelvas a hacerme eso nunca.

—No lo haré —prometió él.

Los hizo avanzar dentro del dormitorio y cerró la puerta tras de sí, echando el seguro.

—Deberías ducharte —ella le cogió la mano y lo arrastró hacia el baño.

No podía discutirlo. Había estado entrenando con ella esa tarde y necesitaba quitarse el sudor, pero percibía que Elena buscaba algo más que simplemente dejarlo limpio. Dejó que lo guiara hasta el amplio baño principal, muy consciente de que solo llevaba puesta una bata. Jugó con el cinturón de felpa anudado a su cintura.

—¿Tú tampoco te has duchado todavía?

Ella negó con la cabeza.

—Quería esperar *por ti.*

Había tanta fuerza y emoción detrás de esas últimas palabras, *por ti*. Entonces lo entendió. Elena ya había tomado su decisión, y él

iba a darle exactamente lo que necesitaba y lo que deseaba.

Dimitri contuvo el aliento cuando ella se acercó más y tiró de su suéter. Él se lo quitó por la cabeza y lo dejó caer al suelo, a sus pies. Las manos de Elena se posaron en su pecho y comenzaron a recorrerlo con suavidad mientras levantaba el rostro.

—Por favor, esté conmigo esta noche, señor.

Aquella única palabra encendió algo dentro de él, algo que había hecho todo lo posible por enterrar desde Utah.

—¿Esto es lo que de verdad quieres, *kiska*?

Ella asintió.

—He estado pensando mucho en quién soy… en quién quiero ser —siguió manteniendo las manos sobre él mientras hablaba—. Después de lo que pasó, yo estaba tan rota…

Él le atrapó el mentón.

—Nunca estuviste rota, *kiska.*

—Sigues diciendo eso, pero te equivocas.

—*Kiska*…

—No, escúchame, no estás entendiendo. Seguir insistiendo en que nunca estuve rota es como si… bueno, como si estar rota fuera una marca de vergüenza. Pero no lo es —sonrió, una sonrisa suave que contenía una comprensión más profunda—. ¿Has oído hablar alguna vez del *kintsukuroi*?

Dimitri negó con la cabeza. Estaba un poco distraído por la sensación de sus manos tocándolo. Ninguna mujer lo había afectado jamás de aquella manera. Le pertenecía a Elena, ahora y siempre. Ella siguió hablando mientras sus manos subían por sus hombros hasta acariciar los lados de su cuello.

—El *kintsukuroi* es un arte japonés en el que coges algo roto y lo reparas con oro, como una pieza de cerámica hecha añicos. Recoges los fragmentos y los unes con laca de oro o de plata. Parte de la belleza de ese arte está en reconocer que algo puede volverse más hermoso precisamente por haber estado roto. Entonces esa simple vasija o ese jarrón quedan impregnados del poder y el brillo del oro.

Él la miró, hechizado por sus palabras.

—Ya no quiero fingir que no estuve rota. Vadym me rompió. Pero me reconstruí… mejor, más fuerte, más hermosa. Y tú me ayudaste

a conseguirlo —le acarició el cuello con la punta de los dedos—. Y ahora lo quiero, señor. Lo deseo desesperadamente —sostuvo su mirada—. Sé la última pieza de oro que me devuelva a la vida.

Ella dio un paso atrás, pero él la atrapó, reteniéndola cerca justo cuando iba a avanzar hacia la ducha. Hundió el rostro en su cuello, sintiendo el latido de su pulso contra sus labios.

—Eres mi maravilla infinita —murmuró en su oído antes de reclamar su boca.

Fue un beso que llenó su corazón de oro. Ese beso lo consumió con más intensidad que cualquier estrella, con una profundidad que jamás había imaginado. Era un beso sobre el que se podía construir un mundo. Su cuerpo tembló al abrirse paso entre sus labios y profundizar, queriendo grabar su sabor en la memoria hasta tallarlo en la médula de sus huesos. Los labios de Elena se curvaron en una sonrisa juguetona y dulce mientras le tiraba del cabello. Retrocedieron juntos hacia la ducha y solo se separaron el tiempo justo para que ella abriera el agua, antes de que él volviera a arrastrarla hacia sus brazos mientras ella reía.

❄

Elena se sentía ligera, como si una suave brisa de montaña pudiera elevarla y llevarla a lugares lejanos. Estaba lista. Quería esto, y quería a Dimitri. El peligro que se alzaba en el horizonte había arrojado una claridad deslumbrante sobre su vida, mostrándole lo único que realmente importaba. Recordó algo que su padre le había dicho una vez, cuando se cayó de un caballo al intentar un salto.

"Una persona que nunca cae jamás adquiere la fuerza para levantarse e intentarlo otra vez."

Admitir que Vadym la había derribado había sido el primer paso para encontrar la fuerza de ponerse de pie de nuevo. Estaba levantando los puños, lista para la siguiente pelea, y esta vez era más fuerte. Saberlo la hacía sentir más hambre de vivir que de seguir teniendo miedo.

Escapó de los brazos de Dimitri el tiempo suficiente para quitarse la bata antes de volver a entrar en la cabina envuelta en vapor. Su hermoso ruso peligroso se quedó sin palabras al contemplarla. No pensó en las cicatrices de su espalda, no se preocupó por nada de eso. Ya no importaba. Dimitri avanzó hacia ella y Elena alzó un dedo.

—Creo que está olvidando algo, *señor* —remarcó su título con una sonrisa mientras señalaba sus pantalones y sus botas.

El brillo lupino de sus ojos se intensificó mientras se quitaba las botas y los calcetines, y luego llevaba las manos a los jeans. Se desabrochó el cinturón, lo sacó de las presillas y lo dejó caer antes de abrir el cierre del denim oscuro y bajarse los pantalones. A Elena se le cerró la garganta al ver los músculos tensos que descendían hasta formar una *V* perfecta que guiaba su mirada aún más abajo. Se quitó los bóxers y luego avanzó hacia ella.

Todo poder. Toda fuerza. Toda masculinidad perfecta.

Y era suyo.

Elena tembló de excitación mientras retrocedía más adentro de la ducha, con el agua caliente deslizándose por su cuerpo. Él la siguió en una lenta danza de depredador y presa que la excitó más allá de cualquier imaginación. Ese ritual era tan antiguo como el tiempo, el apareamiento de cuerpos y almas.

Dimitri le sujetó la cintura y la apretó suavemente contra la pared de granito frío de la ducha, su carne desnuda contra la suya, enviando oleadas de calor a través de todo su cuerpo. Era como si el fuego dentro de ella la empujara hacia él, fusionándolos hasta que los ojos azules de Dimitri brillaron con una mezcla de lujuria y algo más suave, más profundo.

Ella se recreó en la magnificencia de su cuerpo desnudo, en la estructura poderosa, fibrosa y cruda de su figura. Era sólido como una muralla, inmenso e implacable, y eso la hacía sentirse pequeña y femenina, pero no débil. Se sentía en control, sabiendo que su cuerpo provocaba en él exactamente la misma reacción. El rostro de Dimitri no le ocultaba nada. Esa era la belleza de la dominación y la sumisión. Ella se le entregaba por completo, y aun así era ella quien poseía el verdadero poder. Podía ver el deseo en sus ojos. Él encontraba placer en su rendición y en el goce mutuo.

Las manos de Dimitri se deslizaron por sus costados, sus grandes palmas endurecidas por el uso, suaves, pero posesivas, mientras memorizaban cada una de sus curvas a través del tacto. La marcaba de una forma que ninguna cicatriz dejada por Vadym podría igualar jamás.

Le atrapó la boca con la suya y la besó, sin dejarle espacio para responderle del mismo modo. Ella solo pudo someterse mientras él tomaba lo que le pertenecía. Con un gruñido bajo, la giró para que quedara frente a la pared.

—Manos —ordenó, y ella apoyó las palmas sobre el muro.

Luego le besó el cuello, la concha de la oreja, mordisqueando lugares que hicieron temblar sus piernas y amenazaron con dejarla sin sostén. Sus manos subieron por su cuerpo hasta sus pechos, llenos y pesados. Elena arqueó la espalda, presionándolos contra las palmas que la esperaban. Sus pezones se endurecieron en puntas tensas y rozaron la piel de sus manos. Él pellizcó cada uno, y esa pizca de dolor agudizó el placer que iba creciendo en ella.

—¿Eres mía? —su aliento cálido le rozó la oreja.

Las palabras se sintieron prohibidas, como si no pudiera pertenecerle a ningún hombre, pero era así. Era de *él*, corazón, cuerpo y alma. Ella asintió, y él la castigó con una suave palmada en una nalga.

—Usa tus palabras, *kiska.*

Cada nervio de su cuerpo cobró vida bajo aquella orden.

—Sí, soy suya, señor —las palabras fueron un juramento. Pasara lo que pasara, sin importar lo que su linaje trajera sobre ellos, ella era suya.

—Dime que no tienes precio, *kiska*. Dime que eres hermosa por dentro y por fuera. —él le cerró una mano en el cabello, con los dedos firmes, pero gentiles. *Siempre* gentil, ese hermoso y sexy Dom ruso.

—No tengo precio… soy hermosa por dentro y por fuera —pronunció las palabras, y el corazón se le hinchó dentro del pecho. Tuvo que tragarse un sollozo ante la alegría repentina que la invadió. Lo creía. *Creía* cada una de esas palabras.

—Ahora dime qué quieres, *kiska* —le mordió otra vez la oreja, y ella gimió cuando una oleada de excitación le debilitó las rodillas.

—Lo necesito, señor. Necesito que me haga el amor. Necesito que me recuerde lo que se siente.

Él la recompensó girándola nuevamente hacia sus brazos y besándola. Fue un beso lento, uno que le recordó los días de verano, la luz interminable y la alegría de estar viva con todo el mundo por delante.

—*Siempre* te daré lo que necesites —prometió Dimitri.

Sus ojos sostuvieron los de ella, su cuerpo cobijó el suyo, y Elena supo entonces que amaba a ese hombre más que a su propia vida.

Él la alzó en brazos, y ella abrió las piernas para rodearle la cintura. La sostuvo contra la pared de la ducha y guio su sexo dentro de ella. Se tensó solo por un latido cuando él empezó a entrar. Incluso en eso era un gigante gentil. Ella se relajó contra él, y Dimitri se hundió más, llenándola. Había olvidado cómo se sentía tener a un hombre dentro cuando era ella quien lo quería. Y con él no solo lo quería. Lo ansiaba con desesperación.

—Mi hermosa *kiska* —susurró en ruso mientras comenzaba a moverse dentro de ella.

Elena le rodeó el cuello con los brazos, y sus cuerpos se movieron juntos en perfecta armonía. Cubrió su rostro con besos ligeros mientras ambos se fundían en algo más grande de lo que cualquiera de los dos podría ser por separado. El cansancio de los últimos días y meses se desangró fuera de ella, y se abrió entre sus brazos como una flor absorbiendo su luz.

Hipnotizada por su tacto, por sus besos, por su cuerpo, fue arrastrada a una cima de placer tan intensa que solo pudo jadear desesperadamente, creyendo por un instante que podría morir. Su mente se vació al alcanzar el clímax, y cada rincón oscuro de sus recuerdos quedó bañado en luz blanca. Fue deshecha, desarmada y vuelta a forjar por la pura fuerza del placer… y del amor que sentía por ese hombre.

La sostuvo entre sus brazos, con la frente apoyada contra la de ella mientras intentaba recuperar el aliento. Su cuerpo temblaba cuando, poco a poco, la dejó de nuevo sobre sus pies. El agua

caliente de la ducha caía sobre ambos mientras él se retiraba de su cuerpo, aunque sin dejar de mantenerla apretada entre sus brazos.

Ella alzó la mirada hacia él, con gotas de agua perlándole las pestañas. Se pasó una mano por los ojos y lo contempló con asombro, y él la contempló a ella del mismo modo.

—Te amo —dijo.

Esperó a que él se lo dijera también. Un fugaz destello de miedo la atravesó, temiendo que quizá él no sintiera por ella la misma profundidad que ella sentía por él. Dimitri le sostuvo el rostro entre las manos, acariciándole las mejillas con los pulgares mientras sonreía. Las pequeñas líneas en las comisuras de sus ojos se marcaron.

—Nunca ha habido un instante en que no te haya amado, mi pequeña *kiska*. Desde el momento en que te vi por primera vez. Tú eras mía, y yo era tuyo.

Aquella era su manera de decirle que la amaba, y era todo lo que ella había soñado alguna vez.

Elena apoyó la cabeza contra su pecho. Por primera vez, supo que estaba completa. No porque amara a alguien o porque la amaran a cambio, sino porque se había abrazado a sí misma, con todas sus partes rotas, y se había reconstruido en algo más hermoso. Ahora volvía a tener una vida… y a alguien con quien compartirla.

No iba a permitir que nadie le arrebatara eso.

❄

Royce se encontró con Hans Brummer en la pista aérea privada justo cuando el sol empezaba a ponerse. El guardaespaldas de mediana edad era como un hermano mayor para él, y sonrió cuando Royce bajó del coche. Detrás de Hans, el jet privado estaba cargado de combustible y listo para despegar.

—¿Ya están todos aquí? —preguntó Royce mientras estrechaba la mano de su amigo.

Hans tendría ya algunas canas en las sienes, pero era el mejor hombre que Royce conocía de este lado del océano al que pudiera confiarle la misión que tenían por delante.

—Todos menos Fenn, que ya viene en camino. Estaba en Denver. Cody ya empacó todo lo que necesitamos. Sacamos la artillería pesada y trajimos los juguetes divertidos.

El tono de Hans era ligero, pero Royce sabía que se estaba tomando la situación muy en serio. Mejor que nadie, él sabía qué clase de hombres enfrentarían. No eran los consentidos sicarios de mafiosos rusos como los hombres de Vadym. Esta vez iban a enfrentarse a los hombres más peligrosos que Rusia tenía para ofrecer.

—Gracias, Hans —dijo Royce—. Deberías estar disfrutando de tu retiro, no preparándote para otra pelea.

Sabía que Hans estaba listo para retirarse. El hombre se había convertido en guardaespaldas privado de Emery Lockwood, el mejor amigo de la infancia de Royce, cuando Emery y su hermano gemelo, Fenn, fueron secuestrados. Durante veinticinco años, la desaparición de Fenn nunca se resolvió, y Hans se convirtió en la sombra fiel de Emery para protegerlo en caso de que el peligro volviera a alcanzarlo. Pero los gemelos Lockwood ya se habían reencontrado, y el peligro para Emery había terminado. El guardaespaldas tenía todo el derecho de cabalgar hacia el atardecer y recuperar la vida que había sacrificado para protegerlo.

Hans se encogió de hombros.

—Elena Allen merece recuperar su vida. Es una buena chica. Nadie debería quitarle nada más, y menos por culpa de su linaje.

—Estoy de acuerdo.

Royce lo siguió escalerilla arriba hasta el interior del avión. La cabina tenía menos asientos que un vuelo comercial, pensada para la comodidad y el lujo. Dos hombres ya estaban sentados a una mesa. El rubio oscuro era Emery Lockwood, y el hombre frente a él era Wes Thorne. Ambos tenían la edad de Royce, poco más de treinta.

—Royce —lo llamó Emery al verlo entrar.

Hans saludó con la cabeza a los hombres antes de sentarse en otra parte del avión, frente a un hombre de veintitantos años de cabello rubio desordenado. Era Cody Larson. El hombre que les había salvado la vida aquel día en Ulán Bator. Cody se parecía más a un surfista listo para irse a la playa que a un hombre criado en las calles del centro de Chicago. Sabía más de tecnología que cualquier persona que Royce hubiera conocido jamás.

Las azafatas cerraron la puerta y comenzaron a asegurar la cabina para el despegue. Royce ocupó un asiento vacío junto a Wes y frente a Emery.

—¿Kenzie ya está instalada en Manhattan? —preguntó Emery.

—Sí, gracias por eso. Me deja más tranquilo saber que está en tu penthouse con Sophie.

Emery asintió.

—Claro. Sophie está encantada de ayudar. Con todos sus contactos en los medios, estarán listos para lanzar la historia de Elena en cuanto tú des la señal.

—Hablando de eso —intervino Wes—, ¿cómo está la señorita Allen? Emery me dijo que ella… —se aclaró la garganta—. Me contó lo que pasó.

Royce cerró las manos en puños. Pensar en lo que Elena había soportado a manos de Vadym seguía persiguiéndolo. Emery y Wes eran como él, Doms con un instinto natural de protección hacia las mujeres, y ninguno toleraba el abuso contra ellas.

—Dimitri dice que está mucho mejor. Pero ahora que se enfrenta a todo esto… —hizo un gesto en el aire con la mano—… toda esta mierda de asesinatos, no lo sé. Demonios, una noticia así me habría sacudido a mí también. No puedo ni imaginar lo que le ha hecho a ella.

—Bueno, no estará sola —prometió Emery.

—No, no lo estará —coincidió Royce.

Iban a llevar su propio ejército. Era pequeño, sí, pero condenadamente peligroso.

CAPÍTULO 17



Elena suspiró mientras se estiraba en la cama. Se sentía bien. No… se sentía *maravillosa.*

Por primera vez, Dimitri no se había escabullido de la cama antes de que ella despertara. Eso también era maravilloso, sentir su presencia grande y protectora acostada junto a ella. Se giró de lado para contemplarlo, y el amor que sentía por él le hizo doler el pecho. Alargó la mano y pasó las yemas de los dedos por su mandíbula, luego por su garganta y finalmente por su pecho. Era exquisito, desde su cabello oscuro hasta sus labios llenos. Rozó uno de sus pezones planos y soltó una risita cuando él abrió lentamente un ojo para mirarla.

Su voz retumbó suave, cargada de diversión.

—Estás de muy buen humor, *kiska.*

—Lo estoy.

Después de la noche anterior, sentía que cualquier cosa era posible.

—¿Disfrutaste anoche? —él alargó la mano para apartarle del rostro un mechón rebelde.

—Sí. Me siento increíble.

Ella estaba completamente desnuda bajo las sábanas, y él también. Encontró su muslo bajo las cobijas y deslizó la mano por él hasta envolver su miembro. Estaba duro, pero no la presionaba para

que hiciera algo al respecto. Solo la observaba con una intensidad serena, como si pudiera sostener aquella tensión durante todo el día.

—Inmovilízame —dijo ella.

Quería sentirlo atrapándola bajo su exquisito cuerpo.

Él le sostuvo el mentón.

—¿No estás olvidando algo? —preguntó.

Un rubor le recorrió la piel.

—Por favor, señor, inmovilíceme y tómeme.

Cada vez se volvía más audaz al expresar lo que deseaba, y ayudaba mucho que él siempre respondiera de forma positiva a lo que ella pedía.

Dimitri la rodó sobre la espalda mientras se colocaba encima de ella. Le atrapó las muñecas con una sola mano y las inmovilizó contra el colchón, por encima de su cabeza. Elena separó los muslos y lo dejó acomodarse en el hueco de su cuerpo. Él la besó despacio, con suavidad al principio, su lengua tentándola hasta que ella comenzó a retorcerse debajo de él, desesperada por sentirlo dentro.

Había algo maravilloso en estar a merced de un hombre en quien confiaba, un hombre al que amaba, un hombre que solo quería darle placer. Así era como debía ser.

Dimitri deslizó una mano entre sus cuerpos y se guió dentro de ella. Todavía estaba un poco adolorida por la noche anterior, pero valía la pena sentirlo entrar, unirse a ella de la forma más primitiva. Nunca había entendido la idea del sexo *casual*. Aquello, la unión de dos cuerpos, era lo más íntimo que una persona podía compartir con otra.

Cuando estuvo completamente dentro, se quedó quieto. Ella intentó elevar las caderas, instándolo a moverse. Él soltó una risa baja y empezó a mordisquearle y besarle la garganta.

—Qué impaciente, *kiska.*

Su aliento cálido contra la oreja le envió oleadas agudas de excitación por todo el cuerpo y le hizo palpitar el clítoris.

—¡Dimitri! —gimió cuando él la mordió un poco más fuerte—. Señor —se corrigió, jadeando.

—¿Sí? —siguió dejando los labios sobre los puntos más sensibles de su cuello.

Dios, lo deseaba tanto que le dolía.

—Por favor…

—¿Cómo lo quieres? —preguntó él.

A Elena le encantaba que se lo preguntara, pero en ese momento quería que él la tomara como quisiera. Necesitaba que fuera el Dom que siempre había anhelado.

—Soy tuya… úsame.

Esperaba que él entendiera. Todavía no estaba lista para hablar con total libertad de sus deseos sumisos.

Él levantó la cabeza, y sus ojos azules se clavaron en su rostro mientras la estudiaba.

—*Kiska*… —pronunció la palabra con una ternura tal que casi la hizo llorar.

—Por favor, señor, usted sabe lo que necesito.

Tómame, llévate esta oscuridad y llena ese vacío con placer.

Él le sostuvo las muñecas, manteniéndolas por encima de su cabeza, mientras apoyaba el otro brazo a un lado de su cuerpo. Sus miradas se encontraron, y en los ojos de Dimitri había una pregunta silenciosa, como si quisiera asegurarse de que tenerla inmovilizada no era demasiado para ella. El cuerpo de Elena se sonrojó ante la idea de todas las cosas que él podría hacerle, cosas que solo confiaría en él para hacer si de verdad estuviera atada a la cama. Alzó la barbilla y le sonrió, invitándolo a seguir. Los labios de Dimitri se curvaron en una sonrisa lobuna. Ella separó los muslos y él se acomodó un poco.

Él embistió hondo y con fuerza dentro de ella, tomando su placer, y en cuestión de segundos Elena salió disparada hacia ese pico cegador, explotando en fragmentos centelleantes de éxtasis. Era una criatura hecha para el placer, no para el dolor. Era la satisfacción misma mientras se deshacía. Pero el momento no terminó ahí. Dimitri siguió haciéndole el amor, retrasando su propio placer una y otra vez hasta dejarla lánguida y tan feliz que casi deliraba de dicha. Apenas le quedaban fuerzas para mover las caderas, invitándolo a tomar por fin lo que necesitaba.

Él se corrió después de ella con un grito que hizo temblar el armazón de la cama. Dimitri enterró el rostro en su cuello, y ella se

quedó tendida, floja, sin un solo hueso en el cuerpo, demasiado saciada para hacer otra cosa que sonreír.

—Vas a matarme, mujer —su gruñido ahogado hizo que ella soltara una risita.

Por fin lo había encontrado, la relación que siempre había querido. Un Dom que la entendía. Dimitri rodó sobre la espalda, llevándosela con él, dejándola tendida encima como una manta. Elena apoyó la mejilla en su pecho y se dedicó a contar los latidos de su corazón con un deleite agotado.

Alguien golpeó la puerta del dormitorio con el puño.

—Dimitri. Vístete. Tenemos compañía —dijo Maxim desde el otro lado.

Elena sofocó un chillido de sorpresa cuando Dimitri apartó las cobijas de sus cuerpos y se puso de pie.

—¿Quién es? —preguntó Dimitri a través de la puerta. No había urgencia en el tono de su amigo, así que no parecía preocupado.

—Aliados. Solo quería que lo supieras —respondió Maxim.

Dimitri se puso la ropa a toda prisa.

—¿Aliados?

Elena cayó de espaldas sobre la cama.

—Probablemente sea Royce. Lo llamé anoche.

—¿Hiciste qué? —Dimitri giró para mirarla, vestido solo con esos jeans azules ceñidos a las caderas. Ella no quería que se enfadara… quería que regresara a la cama, aunque ya no fuera posible.

—Cuando te fuiste anoche, lo llamamos. Necesitamos apoyo si vamos a salir de esto. No pienso dejar que enfrentemos a Vladimir solos —no quería que nadie muriera innecesariamente, y necesitaban refuerzos. Había pensado decírselo a Dimitri hoy, pero no esperaba que Royce lo dejara todo y volara hasta allí de un día para otro.

—No existe un *nosotros*, Elena. Tú y yo esperaremos a que sepan dónde estás, y entonces nos iremos, eso es todo —los ojos de Dimitri estaban tormentosos, y Elena supo que se acercaba una pelea, pero no iba a dar marcha atrás.

—*Sí* que existe un nosotros. Tus amigos estarán en desventaja numérica. Yo no iba a correr y dejarlos morir, y tú tampoco quieres

hacerlo. No voy a permitir que me conviertas en la razón por la que ellos mueran.

—¿Entonces pondrás en riesgo a otros que no tienen ningún motivo para pelear por esto?

Ella lo fulminó con la mirada, completamente desnuda.

—¿Ningún motivo? Tienen todos los motivos del mundo. Estoy harta de que los abusivos sigan gobernándolo todo, y ellos también. ¿Quieres que me convierta en un símbolo detrás del cual la gente pueda unirse? Ser un símbolo es más que presentarse y verse bonita frente a la prensa. Si de verdad soy una Romanov, entonces eso tiene que significar algo, o no significa nada. Esto se termina ahora. Se termina conmigo. Royce y sus amigos están de acuerdo conmigo. Esto es algo que ellos quieren hacer. El Kremlin no tiene derecho a borrar ninguna parte de la historia, y mucho menos la mía. Si quieren matarme, voy a hacer que les cueste un infierno.

Dimitri la observó en silencio durante un largo momento.

—Vístete. Continuaremos esta discusión más tarde —cogió la camisa y las botas y salió del dormitorio a zancadas.

—No, no la continuaremos —murmuró Elena para sí.

Se dio una ducha rápida y se secó el cabello antes de dirigirse a la gran sala. La puerta principal estaba abierta, y un grupo de hombres ocupaba ahora la entrada. El aire invernal se colaba con remolinos de nieve detrás de ellos mientras hablaban en corrillo y cargaban bolsas dentro de la casa.

Entre ellos distinguió a Royce. Estaba hablando con Dimitri, y la expresión normalmente encantadora de Royce era ahora dura como la piedra. Un hombre de cabello rojo oscuro hablaba con Leo, que asentía a lo que fuera que le estuviera diciendo. Otro hombre, este ya en sus cuarenta y tantos, con canas en las sienes, estrechaba la mano de Maxim mientras hablaba. Elena lo reconoció como uno de los hombres de Royce en Mongolia. Hans Brummer, amigo de Royce y guardaespaldas ocasional.

Otro par de hombres, casi idénticos en los rasgos, estaban metiendo al interior enormes estuches negros. La única diferencia que Elena alcanzaba a notar entre ellos era que uno llevaba el

cabello rubio un poco más largo y botas vaqueras. Supuso que los estuches iban llenos de armas.

Le había dicho a Royce que viniera preparado, y él le había asegurado que traería un arsenal.

—Parece una convención de tipos peligrosos, ¿no? —dijo alguien detrás de ella.

Elena dio un respingo y se volvió para ver a un hombre de más o menos su edad contemplando la escena. Sonreía, con unos ojos color avellana llenos de picardía. Su cabello despeinado, de un tono arena, le recordó a los jóvenes que había visto a lo lejos en Los Ángeles, caminando hacia la playa con sus tablas de surf.

—Sí, da un poco de miedo —admitió ella.

—Soy Cody Larson —le tendió la mano—. Tú debes ser Elena.

Ella se la estrechó, fijándose en las cicatrices blancas e irregulares del dorso de su mano.

—Perdón —él retiró la mano y se bajó la manga del suéter para cubrir las cicatrices—. Un imbécil con un mazo de metal decidió jugar al golpea-al-topo con mi mano.

El estómago de Elena se contrajo con una punzada de dolor ajeno.

—¿Qué pasó?

—Es una historia larga. Necesitaría media botella de tequila antes de contarla —a pesar de su sonrisa juguetona, tenía los ojos llenos de dolor—. Escuché que tú también has tenido lo tuyo.

Elena asintió, sintiéndose terriblemente cohibida. Una cosa era que Dimitri y Royce conocieran los detalles, pero esos hombres nuevos eran desconocidos.

—¿Quién… quiénes son todos los demás? —preguntó en voz baja —. Solo conozco a Royce y a Hans —aunque él era tan devastadoramente guapo como los otros, resultaba mucho menos intimidante.

—El rubio de botas negras es el jefe, Emery Lockwood. Dirige Lockwood Industries en Nueva York. El que está a su lado con botas vaqueras es su hermano gemelo, Fenn. Tiene un rancho aquí en Colorado. Ellos también han pasado por un infierno.

—Espera… ¿los gemelos Lockwood? —había crecido escuchando hablar del famoso secuestro que ocurrió hacía veinticinco años, antes de que ella naciera.

—Esos mismos —la expresión de Cody se ensombreció—. Y al hombre mayor ya lo conoces, Hans Brummer.

—Sí, lo conocí en Mongolia.

De repente, Cody sonrió.

—Claro. Yo fui el que manipuló las pantallas digitales para que lanzaran mensajes en código Morse mientras ustedes escapaban.

Un recuerdo de aquel día, de estar atrapada en el coche, del choque y de su huida de Vadym y de sus hombres, cruzó su mente de golpe. El mensaje de Cody había ayudado a advertir a Royce de que estaban manipulando los semáforos, dándoles la oportunidad que necesitaban para llegar a la embajada. Elena lo abrazó con fuerza, cerrando los ojos mientras luchaba contra unas lágrimas repentinas.

—Guau… Sí… eh… —Cody le dio unas palmaditas torpes en la espalda hasta que ella lo soltó.

—Lo siento —se secó los ojos—. No sabía que habías sido tú. Nos salvaste a todos. Gracias.

Las mejillas de Cody se tiñeron de rojo, y se frotó la nuca, tratando de restarle importancia.

—No fue nada. Solo parte del trabajo. Entonces… sí… el pelirrojo es Wes Thorne. Es una especie de coleccionista de arte —soltó una risa—. Sé que parecen playboys ricos, pero créeme, saben muy bien lo que hacen. Hans nos ha entrenado a todos, incluso a mí.

Eso la ayudó a relajarse un poco.

Entonces Cody llamó a Emery:

—Jefe, ¿dónde me instalo?

Emery miró a Dimitri, que asintió hacia Leo.

—Cody, puedes trabajar con Leo —dijo Emery.

Cody volvió a sonreírle a Elena mientras pasaba junto a ella y seguía a Leo hacia una habitación al fondo del pasillo.

Cuando terminó de hablar con los demás, Royce se acercó y la abrazó.

—Gracias por venir —susurró ella—. Dimitri está molesto porque os llamé.

Royce le guiñó un ojo.

—Ya no le molesta, te lo prometo. ¿Cómo estás tú? Kenzie estaba muy preocupada cuando llamaste.

—Estoy bien… mejorando. Gracias por enviar a Dimitri a cuidar de mí.

Él soltó una risa baja.

—Eso fue idea completamente suya. Puede que estuviera un poquitín obsesionado contigo. Nunca lo habría dejado seguirte a California si hubiera pensado que era una mala idea.

—Ha sido maravilloso —admitió ella. *Lo mejor que me ha pasado.*

—Asegúrate de mandarle un mensaje a Kenzie para decirle que estás bien —le dijo Royce antes de llamar a sus amigos para empezar con las presentaciones.

Elena retrocedió hasta apoyarse en la pared mientras los hombres iban pasando junto a ella, uno por uno, deteniéndose para estrecharle la mano y presentarse, antes de que Nicholas los condujera a sus habitaciones.

Cuando por fin solo quedaron ella y Dimitri en el pasillo, él cerró la puerta principal con llave. Había una extraña sensación de final en aquel gesto, y eso hizo que algo revoloteara en su estómago. ¿Tenía razón Royce? ¿De verdad Dimitri ya estaba bien con que los demás hubieran aparecido? Él se volvió hacia ella.

—¿Sigues enojado conmigo por haber llamado a la caballería? —preguntó ella.

Él avanzó hacia ella hasta arrinconarla contra la pared, con una expresión indescifrable en los ojos mientras apoyaba las manos a ambos lados de su cabeza e inclinaba el cuerpo hacia el suyo.

—Nunca estuve enojado, *kiska*, solo preocupado. Estos hombres también son mis amigos. Son más que capaces de ayudarnos, pero temo por cada vida bajo este techo, especialmente por la tuya —recorrió la última distancia entre ellos y la besó. Su seducción fue tan completa que, cuando al fin se apartó, Elena había olvidado por

completo dónde estaba. Su hermoso ruso peligroso sonrió al verla, demasiado satisfecho con el efecto que tenía sobre ella.

—Algún día voy a descubrir cómo hacerte eso a ti —le advirtió ella.

Dimitri deslizó un dedo por sus labios.

—Voy a disfrutar cada intento que hagas.

Luego cogió su mano entre las suyas y la condujo hasta la gran sala, donde Maxim ya los esperaba.

—Ya acomodamos a todos. He hablado con Hans y creemos que tenemos un plan, si queréis escucharlo.

—Te escuchamos.

Dimitri le apretó la mano a Elena. Ella se la devolvió con un leve apretón, agradecida en silencio. Estaban en eso juntos.

❄

Vladimir estaba de pie frente al hotel Bellagio, en Las Vegas, frunciendo el ceño. Estaba tan cerca que podía sentirlo. Había seguido los movimientos de Viktor hasta Malibú, pero después de eso no había salido de la ciudad por ninguna cámara de tráfico ni de circuito cerrado. Solo había una explicación: Viktor estaba muerto, y Vladimir estaba convencido de que el hombre de las fotografías que Viktor había enviado a su enlace era el responsable.

Dimitri Razin, el multimillonario ruso al que habían visto besando a Elena, era mucho más de lo que aparentaba. Había una fotografía de Razin, borrosa en el mejor de los casos, tomada en el vestíbulo del Bellagio el día después de que Viktor tomara las fotos de Elena y Razin juntos. Razin estaba ya en el radar de Vladimir. Fuera quien fuera en realidad, había sacado a Elena de California y la había escondido en alguna parte. Vladimir ya se había topado con una docena de callejones sin salida. Ya casi anochecía, y no había tenido ni la menor suerte encontrando nuevas pistas.

Su teléfono vibró y lo sacó del bolsillo. En la pantalla aparecía el número de su oficina en Moscú.

—¿Sí? —respondió con un gruñido.

—¿Señor? —era el enlace de Viktor—. Creo que podríamos tener algo.

Vladimir esperó a que el hombre nervioso continuara.

—¿Y bien? —espetó cuando el hombre no habló.

—Es una fotografía que captamos en redes sociales. Creemos que es la chica.

—¿Qué tan seguros estáis? —los ojos de Vladimir recorrieron a la multitud de turistas que se abría paso hacia el hotel, por si acaso.

—Es una coincidencia del setenta y ocho por ciento.

—¿Dónde está?

—En Colorado, en el pueblo turístico de Steamboat Springs. Estaba afuera de un restaurante.

—Reservadme un vuelo para allá ahora mismo. Voy camino al aeropuerto. Activen a los agentes más cercanos en Colorado. Quiero al menos treinta hombres esperándome allí.

—Sí, señor.

El enlace colgó.

Las manos de Vladimir se crisparon. Muy pronto mataría a la chica y se libraría de la amenaza que suponía su existencia. Incluso podría traducirse en un ascenso, si jugaba bien sus cartas.

CAPÍTULO 18



Durante los días siguientes, Elena cayó en una rutina. Cada día entrenaba dos horas con Dimitri y Maxim en la sala de ejercicios. Después, Hans la llevaba al bosque detrás de la cabaña para practicar con armas de fuego. Las armas la ponían nerviosa, pero el guardaespaldas tenía una manera tranquila de ser que conseguía relajarla. Le mostró los distintos tipos de pistolas que podría encontrarse, pero a la hora de disparar usaba una con silenciador para que las cabañas situadas a casi una milla a cada lado no oyeran la sucesión constante de disparos. No querían llamar la atención de las autoridades locales sobre lo que estaban haciendo.

—Siente el peso y prepárate para el retroceso. Recuerda: aprieta, no jales —Hans le corrigió la postura, y ella apretó el gatillo. La lata apoyada sobre el tocón no se movió, pero se dio cuenta de que había impactado el tronco justo debajo, así que su puntería no había estado tan mal. Frunció el ceño y se mordió el labio, deseando haber apuntado mejor.

—Es más fácil acertarle a un cuerpo que a una lata —dijo Hans —. El blanco es mucho más grande.

—También es más difícil pensar en dispararle a un cuerpo —se estremeció al pensar en quitarle la vida a alguien. Ella no era una asesina.

Hans cogió la pistola de su mano y activó el seguro.

—A veces tienes que dejar que tu cerebro reptiliano tome el control.

—¿Mi cerebro reptiliano?

Él se dio un golpecito en la sien.

—Sí, la parte de ti que desarrolló instintos de supervivencia hace millones de años. Los científicos tienen un término más elegante para nombrarlo, pero en el fondo se reduce a tu instinto, a tus corazonadas. Los hombres que vienen por ti tienen un solo objetivo: matarte. No habrá misericordia ni oportunidad de razonar con ellos. Simplemente actuarán. Así que tú también debes hacerlo.

Él tenía razón, pero a Elena no le gustaba admitirlo. Si llegaba el momento, quizá tendría que matar a alguien para seguir con vida.

—Los hombres que envíen aquí no serán inocentes ni novatos; serán asesinos curtidos, con sangre en las manos. Matarán a quien les ordenen matar, sin hacer preguntas. A eso te enfrentas. Algunos podrían argumentar que luchan por su país o por cualquier otra estupidez, pero si su gobierno le tiene miedo a una chica de veinte años por ninguna otra razón que no sea su linaje… bueno, entonces ese gobierno tiene problemas mucho más graves y no debería estar al mando. El punto es que no les debes ninguna misericordia a esos hombres.

Elena tragó saliva y contempló el bosque nevado. La luz del sol había salido de entre el banco de nubes e iluminaba la fina capa de nieve que había caído la noche anterior como si fueran diamantes. Muy pronto, aquellos bosques silenciosos se llenarían de violencia.

Se cerró más el abrigo alrededor del cuerpo.

—Volvamos adentro.

Hans apoyó una mano en su espalda, indicándole que avanzara primero.

Dentro, la casa había cambiado. Habían movido los muebles para despejar los pasillos, las ventanas de la planta baja estaban tapiadas y habían instalado extraños paneles reflectantes a lo largo de muchas de las paredes más delgadas. Cody le había explicado que estaban ahí para reflejar cualquier sistema de detección térmica desde el exterior. De modo que, si alguien intentaba obtener una

lectura precisa de cuántas personas había dentro de la casa, no podría hacerlo.

Hans dejó el arma sobre la encimera de la cocina, y Elena se dejó caer en una silla junto a Leo, que trabajaba furiosamente en el teclado. Cody estaba sentado a su lado, con su propia laptop abierta. De vez en cuando hablaban entre ellos, revisando las pantallas del otro y usando un lenguaje técnico que a Elena la dejaba completamente perdida. De pronto, ambos lanzaron un grito de triunfo, y Cody levantó la mano pidiendo un choque, que Leo correspondió con una sonrisa casi juvenil.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó ella.

Leo volvió hacia ella su sonrisa.

—Bueno, acabamos de encontrar una puerta trasera en el Departamento de Seguridad Nacional.

—Y ya conseguí permiso del jefe para usar mi nuevo dron —Cody crujió los nudillos y se recostó en la silla con una sonrisa arrogante.

—¿Un dron?

—Sí. El jefe tiene contratos militares. Hemos estado trabajando en un prototipo que vuela lo suficientemente bajo como para pasar desapercibido para la mayoría de los sistemas gubernamentales. Si lo hacemos volar sobre el bosque, podré ver las firmas térmicas acercándose hacia nosotros. Sabremos cuántos son y dónde están.

—Eso es increíble —dijo Elena. Le parecía alucinante que de verdad tuvieran acceso a ese nivel de tecnología.

—Dimitri pidió que fueras a buscarlo cuando terminaras —dijo Leo antes de que él y Cody retomaran su discusión.

Elena, no por primera vez, fue consciente de que era la única mujer en una casa llena de hombres peligrosos. Eso la inquietó un poco, aunque ninguno de ellos representara una amenaza para ella. Salió de la cocina y comenzó a recorrer la casa hasta encontrar a Dimitri en el loft, que tenía una acogedora sala con un sofá seccional y una pantalla grande.

Maxim estaba sentado a su lado en el sofá, y ambos hablaban en voz baja en ruso. Se interrumpieron al verla subir las escaleras. Maxim se puso de pie y asintió hacia Elena antes de retirarse.

Dimitri dio unas palmaditas al asiento junto a él. Ella fue hacia allí, agradecida por la oportunidad de acurrucarse a su lado. Él le rodeó los hombros con un brazo y, sin decir una palabra, Elena cerró los ojos. El simple hecho de estar con él siempre traía consigo una oleada de paz. Se quedó dormida por un momento, sintiéndose solo un poco culpable porque seguramente él tenía cosas mejores que hacer que servirle de almohada humana.

Algún tiempo después, una mano suave sobre el hombro la sacudió para despertarla.

—*Kiska*, ya es hora. Tienes que comer y beber un poco de agua.

Dimitri estaba de pie frente a ella. Afuera ya había oscurecido.

—¿Ya es hora?

—Sí —Dimitri le apartó el cabello del rostro—. Leo localizó a Vladimir en el pueblo hace unas horas. Fenn y Maxim lograron colocar un rastreador en su coche y han estado siguiéndolo, esperando ver qué hacía. Ahora viene subiendo por la montaña.

Elena se incorporó, frotándose el rostro mientras intentaba quitarse de encima el cansancio. El pánico empezaba a apoderarse de ella.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —le preguntó.

Él esbozó una sonrisa torcida mientras le acariciaba la mejilla.

—Porque me he entrenado para esto toda mi vida. Ahora ven y come. Luego te prepararemos.

Ella siguió a Dimitri hasta la cocina, donde todos estaban comiendo barras de proteína y bebiendo botellas de agua. Todos permanecían en silencio, excepto Cody, que iba dando actualizaciones sobre la posición del coche de Vladimir.

—Está a una milla, pero se detuvo junto al camino —dijo Cody.

Leo frunció el ceño y se inclinó sobre la laptop. Maxim estaba sacando un chaleco de kevlar de una bolsa negra.

—Come rápido —la urgió Dimitri.

Elena masticó a toda prisa una barra de proteína y se bebió una botella de agua, pero el estómago se le revolvía. Tenía que concentrarse en otra cosa o corría el riesgo de vomitar. Dimitri cogió el chaleco de manos de Maxim.

—Ven aquí.

Dimitri la condujo hasta el dormitorio y la ayudó a quitarse el suéter. Luego le colocó el chaleco de kevlar sobre la camiseta blanca de tirantes y volvió a cubrirlo con el suéter.

—Llevarás una mochila con comida, agua, una manta térmica y un teléfono satelital. Si nos separamos, tendrás lo que necesitas para sobrevivir unos días. Hay una lista de números a los que debes llamar si me ocurre algo a mí o a cualquiera de nosotros y te quedas sola.

Ella se aferró al suéter de él, deteniéndolo cuando intentó apartarse.

—No va a pasarte nada, ¿verdad?

Él atrapó su mano entre las suyas y le besó los dedos.

—Vamos a estar bien —prometió, pero por primera vez Elena tuvo miedo de que Dimitri estuviera mintiendo.

Emery apareció en la puerta del dormitorio principal.

—Leo dijo que detectó treinta firmas térmicas avanzando montaña arriba hacia nosotros.

—¿Treinta? ¿A pie? —preguntó Dimitri.

—Sí. Cody cree que Vladimir se reunió con sus agentes en el bosque.

Dimitri la empujó suavemente hacia la puerta.

—Tenemos que irnos.

Y mientras la giraba en dirección al garaje, alejándola de los demás hombres, Elena oyó a Maxim dirigirse a ellos desde la gran sala.

—No dejen a nadie con vida. Si alguno de ellos reporta de vuelta, Elena seguirá estando en peligro. Si alguien tiene un problema con eso, que lo diga ahora.

Nadie dijo una sola palabra.

Esa última imagen del pequeño ejército que se preparaba para defenderla quedó grabada a fuego en su mente. Si perdía aunque fuera a uno de ellos, nunca podría vivir con ello.

Dimitri la llevó de la mano a través de la puerta del garaje. El viento helado de la nieve invernal le hizo cosquillas en la nariz. Estaba oscuro y silencioso allí dentro, pero más adelante distinguió la tenue luz de la luna. La gran puerta del garaje estaba abierta.

Conocía el plan. Se irían a pie para alcanzar un coche que habían escondido más lejos. Los demás se quedarían atrás. Era la única manera: sacarla de allí antes de que la casa estuviera rodeada para que el plan de atraer a Vladimir y a sus hombres funcionara. Después solo quedaba esperar… esperar para ver quién sobrevivía. Era un plan que odiaba porque le hacía sentir que estaba simplemente huyendo, pero también sabía que, si se quedaba, se convertiría en un lastre. Tenía que estar a una distancia segura para que ellos pudieran concentrarse en eliminar la amenaza.

Elena sostuvo la mano de Dimitri mientras avanzaban a toda prisa por el bosque nevado. En un momento se volvió y vio a Emery Lockwood de pie, inmóvil, al borde de la entrada, todavía observándolos. Alzó una mano solemne en despedida. Un escalofrío de terror le recorrió la piel.

Manteneos a salvo…

Envió aquella oración silenciosa antes de volver a mirar hacia el bosque. Ella y Dimitri corrieron en silencio. Los únicos sonidos eran sus respiraciones y el crujido de la nieve bajo sus botas. Afortunadamente, la mochila que llevaba sobre los hombros era ligera, pero sabía que si tenía que seguir durante horas acabaría sintiéndose pesada.

—¿Qué tan lejos vamos? —susurró.

—Otra media milla —murmuró Dimitri.

Los abedules blancos que llenaban el bosque parecían observarlos con miles de ojos oscuros. Intentó no imaginar a los agentes rusos arrastrándose entre los árboles hacia sus amigos. No quería que nadie muriera por ella, pero en realidad no había elección. Ellos habían empezado esa lucha, y ahora ella y sus amigos tenían que terminarla.

❄

Cody se quedó mirando las figuras en su monitor mientras avanzaban hacia la cabaña. Los cables trampa que habían colocado lanzaron bengalas al cielo cuando el enemigo los activó. Cada punto

importante de acceso estaba cubierto por alguien dentro de la casa. Los dedos de su mano cicatrizada se crisparon al regresar viejos recuerdos de dolor. Cerró los ojos, inhaló hondo y se imaginó muy por debajo del océano, con el agua sobre él ondulando bajo la luz del sol.

Hans le puso una mano en el hombro.

—¿Estás bien, chico?

Cody abrió los ojos.

—Sí —extendió la mano hacia la pistola que estaba junto a su laptop—. Dales la señal a todos.

Hans tocó el pequeño dispositivo de comunicación que llevaba en la oreja. El toque reverberó en los oídos de Cody al entrar por el comunicador. No debían hablar por los auriculares salvo que fuera necesario, ya que a los rusos les resultaría fácil captar cualquier comunicación cuando se acercaran más.

Cody cerró la laptop, la deslizó debajo de la mesa y se colocó las gafas térmicas, alzadas por ahora hasta que fueran necesarias. Luego él y Hans tomaron posiciones junto a una ventana cerca de la cocina. Un instante después, la ventana explotó. Cody y Hans se tiraron al suelo mientras una lluvia de cristales caía a su alrededor. Hans protegió la cabeza de Cody antes de incorporarse y abrir fuego a través del enorme hueco donde antes había estado la ventana. Cody se arrastró por el suelo hasta el otro lado del marco y asomó por encima del alféizar, barriendo el bosque en busca de firmas térmicas. Dos figuras se distinguían a medias detrás de los árboles. Recordó lo que Hans le había dicho.

"Si estás a mi derecha, dispara a los objetivos de tu derecha."

Cody descargó varias rondas sobre la figura de su derecha antes de tener que agacharse de nuevo. La respuesta de disparos desde el bosque fue ensordecedora. Alguien lanzó una bengala directamente hacia ellos, cegándolo a través de las gafas térmicas.

—¡Mierda!

Volvió a agacharse mientras los ojos le ardían dentro del cráneo por el resplandor de la bengala, y se subió las gafas. En una neblina de rabia, cogió una granada cegadora que llevaba sujeta al chaleco de kevlar y la lanzó hacia el bosque.

—¡Va a estallar! —avisó por el comunicador un segundo antes de que la granada cegadora detonara. Más disparos atravesaron las ventanas, haciendo añicos los gabinetes de madera y la vajilla.

Un dolor feroz le rasgó el hombro a Cody, y cayó hacia atrás por debajo del alféizar, sujetándose el hombro mientras soltaba una sarta de maldiciones. Hans ya estaba junto a él, presionando una mano sobre la herida mientras intentaba verla en la oscuridad.

—¿Te dieron?

—Solo un roce —jadeó Cody a través del dolor—. Creo.

Hans lo ayudó a incorporarse hasta dejarlo sentado y lo arrastró lejos de las ventanas.

Los disparos continuaban. Sonaba como si los tiros desde el bosque se estuvieran acercando más.

—Maldita sea… —jadeó Cody.

No pudo terminar, porque Hans ya estaba sujetando su herida con una tira de cinta adhesiva.

—¿Cinta adhesiva? ¿Hablas en serio?

—El arma secreta de todo buen manitas —dijo Hans.

Cody se apretó la pistola contra el pecho mientras levantaba la vista hacia su amigo.

—Sabía que las probabilidades eran malas… pero…

—¿Qué es lo que siempre dices de esa película, chico? ¿Nunca me digas las probabilidades?

Y con eso, Hans volvió de lleno a la pelea justo cuando los rusos irrumpían en la cabaña.

❄

Elena tropezó en el instante en que las bengalas comenzaron a arquearse en el cielo y los disparos retumbaron a lo lejos. Dimitri la atrapó, sosteniéndola cerca. En el otro brazo llevaba un rifle de francotirador con supresor de fogonazo. Ambos permanecieron inmóviles un momento, escuchando. Dimitri ajustó el agarre sobre el arma, con la mirada clavada en el bosque que conducía de regreso a la cabaña. Ella sabía lo que él estaba pensando, y lo sentía también.

Otra bengala iluminó el cielo cuando más hombres activaron las trampas que habían colocado alrededor de la casa.

—Dios mío, Dimitri, tenemos que volver.

Se giró hacia el sonido del peligro, necesitando estar allí, estar al lado de los hombres que estaban arriesgando la vida por ella.

—No, tenemos que seguir avanzando.

Dimitri la hizo girar para que diera la espalda a la cabaña. Los ojos de Elena se le llenaron de lágrimas mientras intentaba seguirlo.

Unos instantes después, una explosión ensordecedora detrás de ellos los lanzó a ambos al suelo. Dimitri cubrió su cuerpo con el suyo. Cuando lograron recuperar el sentido de lo que ocurría, ella miró por encima del hombro. Parte de la cabaña estaba en llamas. Vio la agonía grabada en los rasgos de Dimitri. El impulso de volver se intensificó en ambos.

Él se puso en pie de un salto, levantándola con él. Comenzaron a correr aún más deprisa hacia la ruta de escape que habían planeado. A lo lejos, ella vio la camioneta delante de ellos. Dimitri sacó el arma y se quedó inmóvil, deteniéndola junto a él, y luego los llevó detrás de un árbol. Alzó el rifle y lo barrió a través del bosque, buscando. Si disparaba, el supresor de fogonazo ayudaría a ocultar mejor su posición, pero aun así cualquier disparo delataría su ubicación general.

—Dimi…

—Shh… —siguió escaneando el bosque.

Elena se apretó contra él, con la sangre rugiéndole en los oídos. Sus ojos recorrieron la oscuridad. Entre franjas de luz lunar, vio varias figuras avanzando sobre ellos. Estaban rodeados. Dimitri abatió a tres hombres con el rifle antes de que ambos se enfrentaran a la horrible verdad: estaban en franca desventaja numérica.

—Dimitri —jadeó ella, mientras el terror le comprimía el pecho hasta dejarla sin aire.

Él la sostuvo con fuerza, con los labios rozándole la oreja.

—Pase lo que pase, recuerda que te amo, *kiska.*

Y entonces la empujó hacia abajo, sobre la nieve, y salió corriendo a campo abierto, atrayendo el fuego de los hombres que

avanzaban hacia ellos. El tiempo se volvió lento, como en una pesadilla en la que las piernas no obedecen. Dimitri fue alcanzado… una vez, dos veces, tres… y cayó bajo una lluvia de disparos, quedando inmóvil a unos veinte metros de distancia.

Ella se quedó clavada en el sitio, incapaz de apartar la mirada del cuerpo de Dimitri. *No, no, no*… Dio un paso, pero los disparos comenzaron a incrustarse en los árboles a su alrededor, y eso, más que ninguna otra cosa, la obligó a reaccionar. Tenía que apartar a los hombres y desviar sus disparos lejos de Dimitri. Si corría, esos hombres la seguirían… y quizá Royce y los demás podrían encontrar a Dimitri. Era la única manera que tenía de salvarlo, aunque fuera apenas una hebra de esperanza que se desvanecía a toda velocidad.

Elena apenas tuvo un segundo para reaccionar. Corrió hacia la camioneta, pero algo describió un arco en el aire sobre su cabeza y, al segundo siguiente, la camioneta explotó en una bola de fuego.

La onda expansiva la lanzó hacia atrás, haciéndola caer sobre la nieve, con los oídos zumbando y la vista borrosa. Cuando recuperó el aliento, tres hombres vestidos de negro avanzaban hacia ella, con las armas apuntándole. El hombre que iba al frente se quitó el pasamontañas negro y las gafas, y los arrojó al suelo. En persona se veía mayor de lo que ella esperaba, pero lo reconoció por las fotos de vigilancia que Leo le había mostrado.

—Vladimir —susurró.

—Señorita Allen —Vladimir hizo un gesto a los hombres que lo flanqueaban. Ellos se inclinaron, la sujetaron de los brazos y la pusieron de pie de un tirón. En algún momento había perdido la mochila, pero ya no importaba. Nada importaba. No iba a escapar de aquello.

La arrastraron más adentro del bosque, y con cada paso el cuerpo de Elena parecía volverse más pesado a medida que el impacto de lo que acababa de suceder terminaba de asentarse. Dimitri estaba muerto. Y lo más probable era que la mayoría de los otros hombres también. No quería dar un paso más, ni ahora ni nunca. Dimitri se había convertido en su mundo, y ahora estaba sola. No creía que pudiera volver a amar a nadie aparte de él. Era

extraño, pero sabía que era verdad. En lo más profundo de su corazón, no había nadie más que él.

Se zafó bruscamente de los hombres que la sujetaban. Vladimir levantó una mano cuando uno de ellos alzó el brazo, listo para golpearla. El hombre bajó el brazo.

Vladimir la estudió con detenimiento.

—Te pareces muchísimo a tu madre.

El corazón de Elena empezó a latir desbocado.

—¿Mi madre?

No esperaba que él hablara. Le habían dicho que simplemente la matarían sin vacilar.

—Tu madre biológica, por supuesto. Me enviaron a matarla hace veinte años. Se me escapó. Estaba embarazada de ti, y supuse que moriría en la tormenta de nieve. Nunca imaginé que sobreviviría el tiempo suficiente para llegar a un hospital. Encontrarte viva después de todos estos años… —frunció el ceño—. Y descubrir lo que realmente eres… —Vladimir alzó lentamente la mano y le sujetó el cabello, como si aquello lo fascinara—. Una Romanov. La sangre de Anastasia corre por tus venas —sonrió con ironía—. Muy poca, además, apenas un doce punto cinco por ciento, pero suficiente como para justificar tu muerte.

Elena permaneció insensible mientras lo miraba fijamente.

—Yo no era nadie, solo una mujer viviendo una vida tranquila. Podrías haberme dejado en paz para vivirla.

—Tal vez. Pero mientras siguieras viva, siempre existiría el riesgo de que alguien te encontrara y te usara como símbolo. Antes ha habido impostores, pero aunque alguno de ellos hubiera sido heredero, habría sido imposible probarlo. Tú, en cambio… la prueba está en tu propia sangre, al alcance de todos. Y esa prueba les da esperanza a otros —miró a los otros dos hombres—. Iros. La mataré yo mismo.

Los dos hombres se internaron en el bosque, ahora en silencio. La lucha -su lucha- había terminado. Vladimir levantó el arma, apuntándole al pecho, pero luego cambió de idea y empezó a subirla hacia su cabeza.

La vida de Elena pasó destellando ante sus ojos, momentos de dicha y de dolor en igual medida, momentos que la habían cambiado para siempre. Su madre sosteniéndola cuando se raspó la rodilla al caerse de la bicicleta. Su padre abrazándola el día en que se graduó de la preparatoria y le mostró su carta de aceptación a la universidad. Dimitri sosteniéndola en medio de las olas. Maxim, Leo y Nicholas arrodillándose ante ella, atando su destino al suyo. Los rostros de los hombres en la cabaña cuando los vio por última vez…

Un millón de recuerdos distintos se mezclaron y fundieron en una sola imagen final, una imagen que lo cambió todo. Ni siquiera era su recuerdo, sino el de una joven de hacía más de un siglo. De pie frente a un pelotón de soldados en un sótano oscuro, hombres que creían que la violencia era la única forma de cambiar el mundo.

Aquella muchacha había sobrevivido contra toda lógica, y Elena, como su descendiente, le debía no rendirse jamás. Si moría ahora, todo lo que esa muchacha y todos los que vinieron después de ella habían soportado no habría servido de nada.

Elena inclinó la cabeza cuando el arma de Vladimir se alzó hacia la suya. Y entonces golpeó, desviándole el brazo hacia arriba y lejos de sí, enviando el arma a hundirse en un montón de nieve.

Vladimir reaccionó rápido y se lanzó sobre Elena cuando ella intentó echar a correr. Le atrapó un brazo por detrás y rodeó su garganta con el otro. La adrenalina le atravesó el cuerpo, pero en lugar de forcejear, ella giró directamente hacia él mientras lanzaba la mano libre, con el pulgar extendido, directo a su rostro.

Él no lo esperaba. Con un gruñido, echó la cabeza atrás, y Elena giró aún más hacia él y le asestó una rápida rodilla en la entrepierna. En el mismo instante en que la rodilla conectó, él le lanzó un golpe a la sien. Elena se tambaleó hacia atrás, pero ahora que estaba libre, echó a correr.

—¡Detenedla! —gritó Vladimir.

Elena oyó a los otros hombres lanzarse tras ella. Había abandonado la protección del bosque espeso cuando los dos hombres le salieron al paso desde el frente, con las armas en alto. Frenó en seco, con la esperanza de poder cubrirse detrás de un árbol, pero allí no había ninguno.

Entonces uno de los hombres que le apuntaba se giró y disparó al hombre que tenía al lado. Elena se quedó mirando el cuerpo caído, sin acabar de comprender lo que acababa de pasar. El hombre que seguía en pie se quitó la máscara y las gafas térmicas.

Cody le sonrió.

—Siempre quise hacer eso. Fingir que era uno de los malos, digo. No dispararle a algún imbécil cualquiera.

—¿Cody? —Elena lo miró fija.

Apenas tuvo un segundo para procesar lo ocurrido antes de que Cody gritara y la derribara al suelo. Las balas salpicaron la nieve a su alrededor mientras Vladimir abría fuego. Luego todo quedó mortalmente quieto. Elena y Cody levantaron la cabeza con cautela para mirar. Vladimir yacía de lado, con un charco de sangre brotándole de un agujero entre los ojos. A unos cuantos metros detrás de él, Dimitri estaba de pie, con una mano apretándose el costado y la otra sosteniendo un arma.

Elena parpadeó, intentando aclararse la vista.

—Ya me estaba preguntando dónde demonios te habías metido —Cody se puso en pie y ayudó a Elena a levantarse. Las piernas le temblaban mientras corría hacia Dimitri y se arrojaba contra él.

—¿Cuántos quedan? —preguntó Dimitri.

Cody asintió hacia el cuerpo de Vladimir.

—Era el último.

—¿Estás seguro?

—Es la única razón por la que estoy aquí afuera y no allá atrás.

Elena apenas lo escuchaba. Estaba concentrada en revisarlo en busca de heridas. Le apartó el abrigo, y sus dedos encontraron el chaleco de kevlar bajo el suéter, que estaba lleno de agujeros de bala.

Dimitri siseó cuando ella tocó un punto en el que una bala lo había rozado por debajo del borde del chaleco.

—Lo siento… —apartó las manos.

Dimitri la atrajo hacia él.

—Estoy bien, *kiska.*

Ella cerró los ojos y su respiración se volvió cada vez más corta mientras empezaba a llorar. Dimitri la calmó con murmullos suaves,

con sonidos tranquilizadores que finalmente lograron atravesar la neblina del derrumbe de adrenalina que la invadía. Odiaba no poder dejar de temblar ahora que todo había terminado.

—Cody… ¿cuántos…? —Dimitri no pudo terminar la frase.

—Ninguno cuando me fui de allá. Hans me sacó después de la mayor parte del tiroteo. Me dijo que viniera a buscaros. Cuando me fui, todos seguían resistiendo contra los últimos dos que tenían acorralados, pero el fuego en la cabaña se estaba poniendo mal. Si alguien quedó atrapado adentro…

Los tres se volvieron hacia la cabaña a lo lejos, que ardía como un esqueleto negro recortado contra las llamas anaranjadas.

❄

Dimitri ignoró el dolor de las costillas rotas y el ardor lento de los dos lugares donde las balas lo habían rozado. La adrenalina lo mantenía en pie mientras él, Elena y Cody regresaban apresuradamente hacia la cabaña. Cody se comunicó con Hans, quien les dio vía libre a través del comunicador para volver.

Dimitri vio a Fenn Lockwood cuando llegaron al garaje abierto. Fenn estaba moviendo las camionetas hacia la entrada con Leo y Emery, para alejarlas del fuego.

—¡Maxim! ¡Están aquí! —rugió Leo por encima del estruendo del incendio.

Desde la oscuridad del garaje emergió Maxim. Se relajó visiblemente al ver que todos seguían vivos.

—¿Perdimos a alguien? —preguntó Dimitri.

Maxim negó con la cabeza y le tocó el hombro, preocupado.

—Nicholas y Hans tienen heridas en el hombro, y Emery tiene un disparo que le atravesó el brazo derecho, pero los demás salieron bien, aparte de algunos raspones menores. ¿Y tú?

Dimitri se dejó caer un poco.

—He estado mejor.

Estaba exhausto, pero no podía detenerse ahora. En cualquier momento llegarían las autoridades locales. Tendrían que explicarlo

todo, y no tenían tiempo para eso. Elena necesitaba salir de allí cuanto antes. Los demás podían encargarse de la policía.

—Dimitri, vete. El avión de Devereaux está esperando en el aeropuerto —dijo Maxim, como si le hubiera leído el pensamiento.

—No podemos dejaros.

—El peligro para nosotros ya terminó, pero si no la llevas a Nueva York, nunca estará a salvo. Quedarte aquí para lidiar con las autoridades solo le dará a los rusos otra oportunidad de alcanzarla.

Royce se acercó y abrazó a Elena.

—Vamos, niña, subámonos a ese avión —señaló una de las camionetas—. Dimitri, muévete.

—Mantenme informado —le ordenó Dimitri a Maxim.

El otro hombre asintió.

Sus amigos tenían razón, pensó Dimitri. Elena tenía que llegar a Nueva York. La gala sería en unos días, y debían estar listos.

Dimitri le rodeó la cintura con un brazo cuando subieron al asiento trasero de la camioneta. Royce iba conduciendo y Cody en el asiento del copiloto. Dimitri la atrajo contra su costado, ignorando la punzada en las costillas. Elena estaba casi inmóvil contra él, y más de una vez le presionó los labios contra la frente, solo para sentirla reaccionar a su contacto. Eso le aseguraba que seguía bien.

Para cuando subieron al jet privado de Royce, ambos se desplomaron en un par de asientos.

—Relájate. Yo me encargo de todo desde aquí —le aseguró Royce mientras él y Cody hablaban con la tripulación.

Dimitri no estaba acostumbrado a dejar que otros se encargaran de las cosas, pero tuvo que admitir que no podía mantenerse despierto. El estrés y el miedo de las últimas horas le habían pasado factura.

El vuelo duró un poco más de tres horas y media, y Dimitri se lo durmió entero, con Elena acurrucada contra su costado. Despertó cuando el avión aterrizó. Elena seguía profundamente dormida, y a él le dolía tener que despertarla. Una parte de él solo quería quedarse allí y sostenerla para siempre. Pero tenían que moverse.

—Tengo un coche esperándonos —susurró Royce mientras la azafata abría la puerta y aseguraba la escalerilla del avión para que

pudieran bajar.

Dimitri intentó levantar a Elena, haciendo una mueca cuando las costillas protestaron. La volvió a dejar en el asiento, y ella se removió y bostezó.

Intentó no pensar en esos momentos después de haber caído, cuando las balas golpeando el chaleco lo dejaron inconsciente y lo dieron por muerto. Se había despertado y la había encontrado desaparecida, y había temido lo peor. Esa carrera desesperada por el bosque hasta encontrar a Vladimir había sido una de las experiencias más aterradoras de su vida.

—¿Dónde estamos?

—Nueva York. ¿Puedes caminar hasta el coche? —Dimitri la habría cargado, pero en el estado en que se encontraba no creía que pudiera llegar muy lejos.

—Sí, puedo —bajó los escalones y caminó delante de él.

Dimitri se detuvo un momento para hablar con Royce mientras ambos la observaban.

—Una parte de mí piensa que esto es un sueño, que ni siquiera hemos peleado todavía —Dimitri se frotó los ojos.

—Lo sé. Cuesta creer que la pesadilla esté a punto de terminar.

Dimitri soltó una risa baja.

—No lo salas —dijo con su acento de turista americano.

La puerta de la SUV se abrió y Kenzie salió de ella. Corrió hacia Elena y la abrazó, y luego vio a Royce y salió disparada hacia él. Dimitri llegó al final de la escalerilla justo a tiempo para ver cómo Kenzie pasaba de largo junto a él y se lanzaba sobre Royce.

—¡Estás bien! —jadeó Kenzie—. Estáis bien. Todos estáis bien.

Royce besó a Kenzie con fuerza y la estrechó con fuerza entre sus brazos, con los ojos cerrados, dejando escapar solo un suspiro.

—Sí, cariño. Estamos bien. Todos estamos bien.

Dimitri tragó con dificultad y se volvió para ver a Elena de pie junto a la SUV. El amanecer empezaba a asomarse en el horizonte cuando se reunió con ella.

Ella preguntó, mientras él le sostenía el rostro entre las manos:

—¿De verdad ya terminó?

Sus ojos verdes eran oscuros y luminosos, recordándole el resplandor suave de las luciérnagas.

—Casi. Aún queda la cena de la ONU. Eso decidirá todo.

—Puedo enfrentar cualquier cosa mientras estés conmigo —se puso de puntillas cuando él se inclinó y capturó su boca con la suya, mientras el amor estallaba en cada célula de su cuerpo.

Él la atrajo más contra sí, y Elena dejó otro beso sobre sus labios, aliviando su alma maltrecha. Quedaba una última batalla. Ahora tenían que mostrarle Elena al mundo… y esperar que eso fuera suficiente para protegerla.

CAPÍTULO 19



Tres días después

Elena abrió la gran caja blanca del vestido que Kenzie había llevado al cuarto del hotel. Papel de seda blanco, atado con listones dorados, ocultaba el vestido a la vista.

—Vamos —la animó Kenzie—. No tenemos mucho tiempo. La gala está por comenzar.

Elena retiró el listón y el papel de seda, revelando un vestido de seda color crema y terciopelo azul. El corpiño y la sobrefalda interior de seda color crema estaban bordados en oro. Las mangas de terciopelo azul estaban abiertas y caían sueltas, y la sobrefalda azul descendía por detrás en una cola larga y elegante, bordada con hilo dorado brillante. Elena se volvió hacia Kenzie con asombro.

—Está inspirado en los vestidos de los Romanov, los que la familia llevaba justo antes de que… —Elena inhaló, conmocionada.

—Sí —Kenzie se aclaró la garganta—. Eres una Romanov, y ya es hora de que se lo mostremos al mundo.

Kenzie la ayudó a vestirse, algo que Elena no esperaba, pero el diseño de inspiración antigua definitivamente requería una segunda persona para abrochar toda la parte de atrás. Después, Kenzie sacó una caja más.

—Solo falta una cosa.

Elena levantó la tapa de la caja azul marino y descubrió una tiara cubierta de diamantes, anidada en terciopelo.

—Oh, Dios mío…

—Venía con una nota —Kenzie sacó un pequeño sobre blanco del bolsillo y se lo entregó. Con manos temblorosas, Elena extrajo una tarjeta pequeña con el escudo del Palacio de Buckingham grabado en la parte superior.

Señorita Allen:

Esto estuvo bajo mi resguardo. Ahora debe ser devuelto a la familia a la que legítimamente pertenece.

Elizabeth R.

La piel se le erizó de pies a cabeza mientras levantaba la mirada de la nota al rostro de Kenzie.

—¿*La* Elizabeth?

Kenzie asintió.

—Técnicamente estás emparentada, aunque de manera lejana, con la familia real británica. Ahora deja que te la pongamos y bajemos.

Kenzie dejó la caja sobre una mesa cercana y cogió la tiara que había pertenecido a Alexandra, la madre de Anastasia, la última emperatriz de Rusia. La tiara pesaba al posarse sobre la frente de Elena, pero ella recibió ese peso con gusto. Si conseguía que el mundo la aceptara por quien era, entonces tal vez escucharían lo que tenía que decir y la ayudarían a hacer del mundo un lugar mejor. Aquello podía ser el comienzo de algo extraordinario.

Había recorrido un camino inmenso en solo tres días. Hombres como Dimitri y sus amigos habían estado dispuestos a morir por ella porque creían que podía cambiar el mundo para bien. ¿Podría hacerlo? Era un pensamiento sobrio, uno que había resonado muy dentro de ella. Les debía mucho a esos hombres y a tantos otros, pero no quería ayudar al mundo por culpa. Quería cambiarlo porque de verdad quería ayudar.

Kenzie se cubrió la boca con una mano, con las lágrimas brillando en los ojos.

—Creo que ya estás lista.

—Lo estoy —respondió Elena en voz baja, aunque esas palabras significaban mucho más de lo que Kenzie podría imaginar.

Elena inhaló profundamente y salió al pasillo para encontrarse con su destino.

❄

DIMITRI CAMINABA DE UN LADO A OTRO POR EL PASILLO, PRESA DE LA ansiedad. Debajo de él, una gran escalinata conducía a un amplio salón de baile donde los embajadores de un centenar de naciones conversaban y bebían vino. Un pequeño conjunto tocaba música suave, y Dimitri sentía cada nota atravesarlo mientras esperaba a que Elena saliera de su suite.

—Dimitri, debes mantener la calma —Maxim le sujetó el brazo y lo obligó a detenerse—. Recuerda que esta aparición es una declaración. Una declaración de hechos. No conviene que la prensa te vea tan incómodo.

Dimitri asintió, recuperando la compostura.

Una puerta más abajo en el pasillo se abrió. Elena apareció, con la tiara de diamantes de su tatarabuela descansando sobre la frente mientras caminaba hacia ellos.

En un destello cegador, recordó el retrato que colgaba en el palacio que había sido su hogar de infancia. El retrato de la joven gran duquesa Anastasia. Ahora veía a la duquesa con total claridad en los rasgos de Elena, y se preguntó cómo había podido no notarlo antes. El aire se le quedó atrapado en los pulmones. Kenzie se había superado con aquella recreación histórica. Era como si la propia Anastasia caminara hacia él.

Cuando Elena llegó hasta ellos, él y Maxim se inclinaron formalmente ante ella. Llevaban esmoquin para que tanto él como Maxim pudieran mezclarse con mayor facilidad entre los invitados de

la cena. Hasta que Elena tuviera la oportunidad de hablar ante los miembros de la ONU, el peligro seguía existiendo.

—¿Cómo me veo? —el tono de Elena estaba tan tenso como él se sentía por dentro.

—Te ves radiante, *kiska* —la tranquilizó Dimitri—. ¿Estás lista para cambiar la historia?

Le ofreció el brazo. Elena se enderezó un poco, y una calma suave le alisó el rostro. Asintió.

Bajaron las escaleras, y gracias a un comunicado de prensa perfectamente calculado que los contactos periodísticos de Sophie Lockwood habían lanzado unas horas antes, la última descendiente de Anastasia Romanov entró en medio de la multitud en la gala de premios humanitarios de las Naciones Unidas y atrajo de inmediato todas las miradas de la sala. Dimitri sostuvo el brazo apenas tembloroso de Elena mientras un rostro tras otro se volvía hacia ella con excitación.

Pero aquella noche solo importaba de verdad la reacción de una persona: el embajador ruso, Fyodor Turgenev. Su asesor más joven se inclinó para mostrarle algo en el teléfono y susurrarle frenéticamente al oído. Los ojos del embajador pasaron de la pantalla a Elena mientras ella avanzaba por el salón. En cuestión de segundos, hombres y mujeres comenzaron a rodearla, desesperados por hablar con ella. El secretario general de las Naciones Unidas, el señor António Guterres, de Portugal, llegó primero hasta Elena y se inclinó ante ella.

—Señorita Allen. Mi equipo acaba de informarme que está programado que usted se dirija a los invitados antes de que entreguemos los premios. Si me acompaña… —le hizo un gesto para que lo siguiera, y Dimitri soltó el brazo de Elena. Ella avanzó sola junto al secretario general hacia el estrado principal.

El embajador ruso se deslizó hasta quedar al lado de Dimitri.

—Muy inteligente de su parte, señor Razin —dijo en voz baja, apenas lo bastante alta para que Dimitri lo oyera.

Dimitri sonrió con frialdad. Aquel hombre no podía hacerle nada allí.

—Supongo que está al tanto de lo que ocurrió en Colorado. Ninguno de sus agentes sobrevivió.

—No tengo idea de qué está hablando.

—Por supuesto que no. Aun así, creo que descubrirá que después de esto no le resultará tan fácil volver a acercarse a Elena.

—Sin duda está a punto de captar la atención del mundo —concedió Turgenev—. Al menos por un tiempo.

Dimitri jugueteó con el anillo dorado del fénix que llevaba en el meñique, atrayendo la atención del embajador hacia él.

—Mire a su alrededor, embajador. Cada hombre y cada mujer que lleva uno de estos anillos esta noche se interpone entre usted y la señorita Allen. El Ejército Blanco ha vuelto, y somos más de lo que usted imagina.

Había sido casi un milagro cuando, ese mismo día, Leo le dijo a Dimitri que había logrado contactar a más de trescientos miembros durante la última semana, y que todos habían prometido acudir al evento. Dimitri nunca antes había visto a tantos hombres y mujeres del Ejército Blanco reunidos en un solo lugar. Según Leo, había cerca de diez mil miembros repartidos por todo el mundo, y todos conocían ya a Elena y habían jurado apoyarla en cualquier causa que decidiera defender.

El embajador echó un vistazo alrededor. Casi un centenar de hombres y mujeres en el salón tenían la vista fija en él y no en Elena. Todos llevaban el mismo anillo de sello.

—¿Qué es lo que quiere, Razin? Ella nunca gobernará Rusia. La era de los monarcas ha terminado. Incluso en los países que todavía se aferran a esas tradiciones, no son más que figuras decorativas sin poder. La casa Romanov jamás podrá ser restaurada.

Dimitri le dedicó una sonrisa peligrosa.

—Ella no quiere ni necesita un trono. Pero conquistará el corazón de cada hombre y cada mujer que crea en un futuro mejor. Las rebeliones más fuertes arden con el fuego de la esperanza.

El embajador frunció el ceño.

—Puede que aquí esté protegido, pero no tendrá esta protección en suelo ruso.

Después se dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas, empujando a varios delegados fuera de su camino. Dimitri sonrió y volvió su atención al estrado en el momento en que Elena comenzó a dirigirse al público.

—Esta noche celebramos los premios humanitarios. Esta noche se honra a personas que promueven el bienestar de toda la humanidad y ayudan a prevenir el sufrimiento. Pero en esta era moderna enfrentamos una crisis terrible. Yo estuve cautiva durante dos meses en Moscú, víctima de la trata sexual. Un problema sobre el que nos hemos acomodado mintiéndonos a nosotros mismos, fingiendo que rara vez ocurre, o que ni siquiera ocurre. He venido a deciros la verdad. Este es un problema mundial, uno que crece con cada día que pasa. Las mujeres son blanco en todos los países y a casi cualquier edad. Y aunque a quienes están presentes aquí les parezca inconcebible, no es un problema que vaya a desaparecer. Sin embargo, las personas que están en esta sala tienen el poder de cambiar eso. Estoy aquí hoy para preguntaros qué pueden hacer vosotros, qué puede hacer su nación, para hacer del mundo un lugar mejor. Para respetar y hacer cumplir los derechos humanos que se supone que estas Naciones Unidas deben defender.

No mencionó su linaje. Ese nunca había sido el plan. A los medios se les había dicho lo suficiente, y el resto lo descubrirían por su cuenta. Pero aquello no se trataba de hacer alarde. El mensaje de esa noche no podía percibirse como algo centrado en ella. Se trataba de todos aquellos que no podían estar allí para hablar. Ese era su verdadero llamado: hablar por quienes no tenían voz.

Mientras Elena seguía hablando, Dimitri contemplaba fascinado los cambios que se habían obrado en ella. Había desaparecido la universitaria asustada que se sobresaltaba ante cualquier sombra. La mujer que tenía delante rivalizaba incluso con la emperatriz de la que descendía. Era gracia, dignidad y valentía. Un faro de esperanza.

Leo, Maxim y Nicholas estaban junto a Dimitri, y el nudo de preocupación que había llevado dentro comenzó a aflojarse.

—Ojalá mi padre y mi madre pudieran ver esto —murmuró a sus amigos—. Él diría que estamos presenciando el nacimiento de algo

maravilloso.

Leo le puso una mano en el hombro.

—Es magnífica.

La garganta de Dimitri se cerró por la emoción. *Era* magnífica, y él dedicaría el resto de su vida a amarla.

EPÍLOGO



Cuatro meses después

Elena estaba recostada en la cubierta del velero, observando a Dimitri manejar los cabos que movían las velas. Estaba sin camisa y descalzo, vestido solo con un traje de baño azul marino y blanco. El sol del atardecer hacía brillar la ligera capa de sudor sobre su cuerpo musculoso, y eso le recordó el agradable… más que agradable… día que habían pasado en la cama en una pequeña posada de Camden, frente a la costa de Maine.

Dimitri había pasado horas adorando su cuerpo, y ella estaba deliciosamente exhausta… aunque un poco adolorida por ello. No es que le molestara. Él sabía lo que necesitaba y nunca dudaba en dárselo.

—¿En qué piensas? —preguntó él mientras aseguraba las velas y se acercaba a sentarse junto a ella en la cubierta. Elena se recostó de nuevo, contemplando el cielo dorado que se rendía lentamente a los tonos violetas del atardecer.

—Estaba pensando en ti —respondió con honestidad.

—Ah. ¿Y qué piensas de mí?

Él se inclinó para besarle la punta de la nariz, y el corazón de Elena se derritió al ver la sonrisa juguetona en sus labios. En los últimos meses él se había relajado mucho, convirtiéndose en la persona que estaba destinado a ser. Un hombre que sonreía más,

reía con frecuencia y ya no miraba las sombras con inquietud en los ojos.

—Ese día en Colorado, cuando te vi recibir los disparos… ni siquiera tuve la oportunidad de volver a decirte que te amaba. Eso era lo único en lo que podía pensar… que ojalá hubiéramos tenido más tiempo —las palabras se le atascaron de pronto en la garganta.

—Ahora tenemos tiempo, *kiska* —le prometió—. Tiempo suficiente para decir *te amo* y quizá algo más —deslizó la yema de los dedos por su clavícula, por encima del sensato traje de baño de una sola pieza.

—Te amo —repitió ella, necesitando que él volviera a oírlo.

Él se inclinó para besarla y rozó su mejilla con la nariz. No había nada más perfecto en el mundo que estar tendida al sol junto a él y sentirlo besarla así.

Después de su discurso ante las Naciones Unidas, la prensa la había acorralado. Naturalmente, la cuestión de su linaje había acaparado la atención, pero los amigos de Dimitri ya se habían encargado de poner a disposición de todos todas las pruebas que pudieran exigir.

Una vez resuelto eso, el tema candente pasó a ser su experiencia como cautiva, algo que ella no quería revivir de una manera tan pública, pero sabía que era un paso necesario para dirigir la narrativa hacia donde ella quería. No tardó mucho en convertir su tragedia personal en la historia de incontables otras personas. La gente empezaba a escucharla, no por quién era, sino por lo que tenía que decir.

Había pasado meses trabajando con varios países en estrategias para detener la trata de personas, entre ellas una mayor comunicación entre agencias policiales y acuerdos de refugio para quienes fueran rescatados lejos de su hogar. Lejos de ser solo la imagen pública de esa cruzada, se había entregado de lleno al estudio, comprendiendo las dificultades que implicaba enfrentar aquel problema y proponiendo soluciones.

Luego, por insistencia de Dimitri, se habían tomado unas vacaciones muy necesarias para visitar a sus padres en Maine. Había tenido que contener la risa la primera vez que sus padres conocieron

a Dimitri. A su madre casi se le salieron los ojos de la cabeza, y su padre se quedó simplemente mirándolo boquiabierto mientras le estrechaba la mano. Era fácil olvidar lo alto e intimidante que Dimitri resultaba para cualquiera que no fuera ella.

Elena volvió a cerrar los ojos, queriendo decirle todo lo que llevaba en el corazón.

—Estaba pensando…

—¿Sí?

—Bueno, Royce dijo que me ayudaría a transferir mis créditos universitarios a su universidad, y podría terminar mi carrera en Long Island. Está mucho más cerca de mis padres y de nuestros amigos —quería preguntarle cuáles eran sus planes. Él había jurado estar siempre con ella, pero ¿eso significaba jugar a la casita mientras ella iba a la universidad y trataba de equilibrar su nueva vida?

Dimitri no dijo nada; simplemente se apartó un poco para mirarla. Así que ella continuó.

—Las Naciones Unidas votan pronto la nueva propuesta contra la trata de personas, y me han pedido que vuelva para defenderla, pero siento que no es suficiente. Hay muchísimo más por hacer, ¿no? —sentía que le habían dado una nueva oportunidad de vivir, una nueva posibilidad de empezar de nuevo donde tantos otros no la habían tenido, y creía que eso venía acompañado de la responsabilidad de ayudar a otros.

—Solo si tú quieres hacerlo, Elena. Nadie te lo exige. Tú ya iniciaste el cambio, y si quieres, eso es suficiente —siguió acariciándole la piel con esos movimientos suaves que siempre parecían sacarle toda la tensión del cuerpo.

—Quiero seguir. Quiero seguir luchando —le sostuvo la mirada—. Pero solo si tú estás a mi lado. ¿Quieres quedarte conmigo? Quiero decir, Nicholas, Maxim y Leo van a volver a Rusia por un tiempo, y no sabía si tú querrías ir con ellos… —lo último que quería era sonar desesperada porque él se quedara.

Dimitri puso los ojos en blanco.

—No se quedarán mucho tiempo. Leo se va a encargar de vender mis propiedades allí y de enviar mis cosas aquí. Hablé con Royce sobre casas en la Gold Coast de Long Island, y creo que hay varias

que vale la pena ver. Pensé que, cuando nos aburramos de hacer el amor en cada pequeña posada a lo largo de la costa, podríamos ir a visitar algunos de esos *palacios* americanos.

Su sonrisa se hizo más profunda, y un atisbo de hoyuelo apareció en una de sus mejillas.

—¿De verdad? —el corazón de Elena dio un vuelco salvaje—. ¿Quieres mudarte a Long Island?

Él puso los ojos en blanco otra vez.

—Por supuesto. Quiero mudarme dondequiera que estés tú, y por el momento eso sería Long Island.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia un beso lento, agradeciéndoselo sin palabras. Luego él se apartó un poco y se incorporó.

—Quédate ahí —dijo antes de desaparecer bajo cubierta. Cuando volvió a subir, llevaba una pequeña caja negra en la palma de la mano.

—¿Qué es eso? —ella cogió la caja con cautela, pero él seguía sonriéndole.

—La semana pasada hablé con tu padre. Aunque él estuvo de acuerdo en que no necesitaba su permiso, aun así quería tener su bendición —soltó una pequeña risa—. Estoy demasiado atado a la tradición como para no pedirla.

Con dedos temblorosos, Elena abrió la caja. Dentro la esperaba un sencillo anillo de compromiso con una gema azul pálido, tallada en forma marquesa.

—Es alejandrita. La piedra preciosa oficial de la Rusia imperial. Cambia de color según cómo le dé la luz.

Incluso en ese momento, la gema cambiaba de color mientras ella la sacaba de la caja. Dimitri cogió el anillo y sostuvo con enorme ternura los dedos de su mano izquierda.

—Dime que te casarás conmigo.

Sonó más a una orden que a una petición, y ella no pudo evitar soltar una risita.

—Siempre estás diciéndome lo que tengo que hacer —le besó la comisura de la boca, y él dejó escapar un suspiro mientras le

sostenía la nuca y reclamaba sus labios, haciéndole olvidar por un instante de qué estaban hablando.

—¿Aceptas? —preguntó esta vez.

—Sí, acepto —respondió ella con una sonrisa, y observó cómo él deslizaba el anillo en su dedo—. Pero creo que será mejor que me beses otra vez, por si acaso necesito un poco más de persuasión.

—Esa es una orden que te dejaré darme por el resto de nuestras vidas, *kiska.*

Ella le rodeó el cuello con los brazos mientras él la subía a su regazo. Sus bocas se encontraron en un beso sobre el que algún día les hablaría a sus hijas y a sus nietas. Duró más y ardió con más intensidad que cualquier estrella del cielo. Era una de esas cosas que pertenecen a los cuentos de hadas, hechas realidad. Si amar a Dimitri le había enseñado algo, era que el amor, el amor verdadero, es una permanencia de la mente, del corazón y del alma.

El amor era esperanza. El amor era una rebelión. El amor no dejaba espacio para el odio ni para el miedo.

El amor era imparable.

¡Muchas gracias por leer Dark Desire! No dejes de visitar mi sitio web para ver más títulos en español en: https://laurensmithbooks.com/genre/spanish/